

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO



Facultad de Filosofía y Letras  
Colegio de Historia

---



Un ritual del progreso y la modernidad.  
México ante la primera Conmemoración  
del *descubrimiento* de América (1892)

TESIS

que para obtener el título de  
Licenciado en Historia  
presenta

Miguel Angel Castro Estrada



Asesora

Dra. Evelia Trejo Estrada



Universidad Nacional  
Autónoma de México



**UNAM – Dirección General de Bibliotecas**  
**Tesis Digitales**  
**Restricciones de uso**

**DERECHOS RESERVADOS ©**  
**PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL**

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

*A mi familia, mis amigos y por su puesto  
a la Universidad Nacional Autónoma de México*

## AGRADECIMIENTOS

Ya el gran filósofo español José Ortega y Gasset ha señalado que las *circunstancias* son lo único que nos es dado en esta vida. Y en efecto, desde que llegamos a este mundo nos encontramos con un escenario histórico-social que nos determina en un doble sentido: por un lado nos topamos con una situación establecida, y por el otro hallamos en esa situación modos preformados de pensamiento y de conducta. Yo me considero sumamente afortunado por el lugar, la sociedad y el momento en que he nacido, pues en medio de las facilidades y las complicaciones que imponen tales circunstancias he tenido la dicha de poder estudiar la carrera que hoy mismo dota de sentido a mi vida.

Gracias doy por ello, en primera instancia, a mi papá, a mi mamá y a mi hermana, quienes con enorme paciencia siempre me han apoyado en la realización de mis más grandes sueños. Gracias asimismo a todos los profesores que tuve en la Facultad de Filosofía y Letras, particularmente: a la Dra. Berenice Alcántara, por haber puesto en mis manos el primer libro que leí en la licenciatura y cuyas reflexiones fueron fundamentales para la elaboración de esta tesis (*La invención de América*); a la Dra. Josefina Mac Gregor por su dinámico método de "introducirme a la historia" que me hizo desistir de la prematura idea de abandonar la carrera; a la Dra. Antonia Pi Suñer, quien sembró en mí el profundo interés de estudiar la realidad mexicana a partir de las interacciones con España; a la Dra. Alicia Mayer por mostrarme la riqueza de historiar las ideas e instruirme para captar los puntos de contacto y divergencia entre modernidad y tradición, sobre todo a partir de la Religión.

Gracias también a todos los profesores investigadores del Seminario Internacional *Cultura liberal en México y España* (IIB, IHH-UNAM y Universidad de Cantabria), entre ellos la Dra. Aurora Cano Andaluz y los Doctores José Enrique Covarrubias, Vicente Quirarte y Silvestre Villegas por todos sus sugerentes y constructivos comentarios desde que les di a conocer mi proyecto de investigación. Estoy profundamente agradecido con la Dra. Cano por apoyar mi desempeño académico desde que fui becario de dicho Seminario hasta hoy en día; y desde luego con el Dr. Covarrubias, por también haber aceptado leer y ayudarme a mejorar mi trabajo. Otro de mis lectores con quien tengo una enorme deuda de gratitud es más joven, pero no por ello menos comprometido y sabio, el Mtro. Ricardo Candia, a quien agradezco todo el interés y su generosidad para compartir conmigo importantes fuentes primarias que de no ser por él, hubiese terminado obviando en esta investigación.

Muchas gracias también al Dr. Miguel Rodríguez, porque después de sus clases e investigaciones en la Sorbona de París, siempre se dio el tiempo para hacerme llegar sus consejos y bibliografía sobre el tema. Con el Dr. Álvaro Matute, por su parte, estaré eternamente agradecido por ser mi Maestro en toda la extensión de la palabra; por enseñarme a desempeñar con pasión las tres facetas que hacen a un verdadero historiador: la investigación, la docencia y la difusión. El enorme conocimiento y la experiencia del Maestro Matute desde luego son objeto de admiración para muchos, pero quienes hemos tenido la oportunidad de conocer de cerca su generosidad y la gran disposición con que atiende las inquietudes de cualquier alumno, también sentimos hacia él un profundo cariño.

Por último, quiero agradecer de manera muy especial a dos grandes mujeres, tan inteligentes como bondadosas, comprometidas ambas a forjar a los mejores profesionales del quehacer historiográfico. Una de ellas es la Mtra. Alicia Salmerón, a quien agradezco profundamente por haber estado siempre al pendiente de esta investigación y por darla a conocer en diversos espacios; gracias por impulsar mi trabajo desde que comenzó como un proyecto en el Seminario de Porfirismo y gracias por seguir apoyándome incondicionalmente hasta el día de hoy. La segunda es la Dra. Evelia Trejo, quien no ha dejado de preocuparse por mi desempeño académico desde mi segundo día de clases en la Facultad. A usted, mi querida Maestra, le agradezco infinitamente la paciencia y el compromiso con que ha sabido guiarme, reorientarme y motivarme para explotar al máximo todo lo que he aprendido de mis demás maestros y dejarlo plasmado en éste que constituye mi primer ejercicio historiográfico serio.

México, D.F., marzo de 2015.

## CONTENIDO

<b>AGRADECIMIENTOS</b>	<b>IV</b>
<b>INTRODUCCIÓN</b>	<b>VII</b>
NUESTRA MANERA DE PROCEDER	X
¿POR QUÉ ESTUDIAR LA <i>NACIÓN</i> A PARTIR DE UNA CONMEMORACIÓN CENTENARIA?	XVI
LA PERTINENCIA DE UN ESTUDIO DE ESTE TIPO	XIX
<b>I. LA RUTA QUE LLEVÓ A COLÓN A LA PRIMERA CONMEMORACIÓN     UNIVERSAL DEL <i>DESCUBRIMIENTO</i> DE AMÉRICA</b>	<b>1</b>
CRISTÓBAL COLÓN COMO EMBLEMA NORTEAMERICANO	4
UN COLÓN DISTANTE DE ESPAÑA	13
CRISTÓBAL COLÓN: EL ALMIRANTE DE LA PROVIDENCIA	21
<b>II. UNA CONMEMORACIÓN DE RELEVANCIA TRASATLÁNTICA</b>	<b>33</b>
LA DISPUTA POR EL CENTENARIO DE COLÓN	36
DOS PROYECTOS DE APROXIMACIÓN CON AMÉRICA LATINA	45
LOS DESAFÍOS DEL CENTENARIO AL INTERIOR DE ESPAÑA	54
MÉXICO ANTE EL PANAMERICANISMO Y EL HISPANOAMERICANISMO	60
<b>III. MÉXICO EN LOS EVENTOS CONMEMORATIVOS DE 1892</b>	<b>68</b>
LOS ESFUERZOS PARA DESTACAR A MÉXICO EN LA EXPOSICIÓN HISTÓRICO-AMERICANA	73
EL LIENZO SOBRE EL QUE DEBÍA SER PLASMADA LA IDENTIDAD NACIONAL MEXICANA	85
EL RETRATO DE LA IDENTIDAD NACIONAL MEXICANA EXHIBIDO EN ESPAÑA	89
UN DISCURSO NACIONALISTA DESPLEGADO A TRAVÉS DE VITRINAS Y PEDESTALES	96
<b>CONCLUSIONES</b>	<b>109</b>
<b>FUENTES</b>	<b>123</b>

## INTRODUCCIÓN

Tras varios años de rencor y distanciamiento, en 1892 América y Europa se reunieron para dar lugar a uno de los eventos político-culturales más importantes y poco estudiados del siglo XIX: el IV Centenario de lo que conocemos como “el Descubrimiento de América”.<sup>1</sup> Dicho aniversario constituye nada menos que el precedente inmediato de aquella tan polémica y controvertida conmemoración que se organizaría cien años más tarde bajo el título de “Quinto Centenario del *Encuentro de dos Mundos*”. De hecho, yo me atrevería a afirmar que la celebración de los cuatrocientos años de la hazaña colombina tuvo mayor relevancia política, cultural y científica que el Centenario siguiente. Y es que el de 1892 fue un aniversario tan importante para la sociedad decimonónica de occidente que dio pie a una acalorada disputa entre Italia, Estados Unidos y España por adjudicarse la sede.

El interés del gobierno y las élites italianas estaba animado por el deseo de fortalecer las glorias comunes de su nación recién unificada. Los estadounidenses, en cambio, pretendían acaparar la atención internacional en 1892 y aprovecharse del Centenario para potenciar su política panamericanista con la que, sobre todo a partir de la Primera Conferencia Internacional Americana (1889-1890), buscaban extender su influencia a lo largo y ancho del continente americano. Mientras que la motivación peninsular, por su parte, se fundaba en las aspiraciones de recuperar el prestigio internacional de España y fortalecer sus relaciones culturales, diplomáticas y comerciales con las repúblicas iberoamericanas, en un claro desafío al panamericanismo de los Estados Unidos.

La reclamación de España para sí de la gloria del *Descubrimiento*, sin lugar a dudas tiene razón y legitimidad histórica. Nadie puede negar que de sus tierras salieron las tres carabelas, ni que la Corona de Castilla fue la que dio el apoyo definitivo a la aventura colombina; por eso mismo es que las élites peninsulares terminaron encabezando los

---

<sup>1</sup> Vale la pena confesar de una vez por todas mi adhesión a la tesis ontológica, muy heideggeriana por cierto, de que Cristóbal Colón *no descubrió* América, como *nadie* más podía descubrirla por no ser ésta un *ente descubrible*: el almirante genovés llegó a unas tierras que concibió hasta su muerte como asiáticas, mismas que Américo Vesputio percibiría como nuevas o desconocidas, dando comienzo así, al paulatino proceso de lo que Edmundo O’Gorman llamaría *La Invención de América*. Pero puesto que para las fechas dentro de las que se circunscribe mi investigación el gran acontecimiento del 12 de octubre de 1492 era generalmente concebido como el “descubrimiento de América”, en varias ocasiones utilizaré el término *Descubrimiento* para referirme al primer contacto de Colón con el posteriormente nombrado continente americano.

festejos centenarios. España otorgó a la conmemoración de 1892 un papel fundamental en su política exterior: no sólo porque representaba una excelente oportunidad para liberarse de la “Leyenda Negra” forjada en torno a la Conquista y a los tres siglos de dominio español sobre gran parte de este continente; sino también porque al mismo tiempo ofrecía la posibilidad de promover la idea de una “raza hispánica” insigne, valiente y generosa, capaz de contraponerse a la “raza anglosajona” que perseguía la hegemonía política y económica mediante el panamericanismo.

En este sentido, el IV Centenario del *descubrimiento* de América constituyó un serio esfuerzo de España por acercarse a las repúblicas de su progenie. La celebración era una magnífica ocasión para tratar de preservar la integridad del carácter hispánico en sus antiguas colonias americanas, por lo que todos los gobiernos de América Latina recibieron la invitación a participar en los festejos centenarios. La mayoría de las nuevas naciones iberoamericanas (que en total sumaban 16 para esos años) accedieron con gusto al convite peninsular, y sólo El Salvador, Honduras, Paraguay y Venezuela se rehusaron a tomar parte en la conmemoración programada por los políticos e intelectuales españoles.

Después de varias décadas dominadas por el recelo que dejaron los procesos independentistas de principios de siglo, por fin en 1892 europeos y americanos tuvieron la oportunidad de reencontrarse en España para celebrar en grande la hazaña del *Descubrimiento*. Éste fue un momento de convivencia; una ocasión, sin precedentes, de convergencia entre las repúblicas latinoamericanas y su Madre Patria:

En cuanto a los tres centenarios anteriores, casi nada podría decirse porque no hubo mayor remembranza del hecho, mucho menos algo que se asemejara, como ocurrió en 1892, a la orquestación de un mayúsculo homenaje en el que participaron prácticamente todos los países de América, respondiendo al llamado del gobierno español para convertir el 12 de octubre en una gran fiesta de la familia hispana.<sup>2</sup>

Para conmemorar por vez primera el *descubrimiento* de América, el gobierno y las asociaciones culturales de España organizaron tres exposiciones universales, once congresos internacionales, gran cantidad de conferencias y diversos actos de mayor proyección popular. Todos estos eventos estaban enmarcados por un discurso hispanocentrista que, a su vez, era sustentado por una interpretación teológica del

---

<sup>2</sup> José María Muriá, "El IV Centenario del Descubrimiento de América", en *Secuencia. Revista Americana de Ciencias Sociales*, México, Instituto Mora, núm. 3, septiembre-diciembre de 1985, p. 123.



acontecimiento del 12 de octubre de 1492. En la península ibérica, la hazaña del *Descubrimiento* era generalmente vista como el cumplimiento de un designio divino, marcado en el destino de España para llevar a cabo la misión de civilizar y convertir al cristianismo a los pueblos gentiles del Nuevo Mundo. De modo que la conmemoración del 12 de octubre se enarbolaba como un reconocimiento a la superioridad de la nación castellana que trajo el progreso a los americanos: su máximo aporte a la Humanidad.

Pero ¿así también era visto de este lado del Atlántico? Si lo que España perseguía en el contexto conmemorativo de la gesta colombina era básicamente afirmar su centralidad en ese mundo de cultura hispana que debía poner freno a la política expansionista de Estados Unidos, sería interesante conocer cuál fue la postura que México adoptó frente al hispanoamericanismo impulsado por los políticos e intelectuales españoles al calor del IV Centenario del *descubrimiento* de América. El gobierno de Porfirio Díaz definitivamente algo tuvo que hallar de provechoso en la conmemoración para acceder a participar en los festejos peninsulares de 1892: ¿por qué las élites mexicanas habrían de colaborar en un evento promovido desde la antigua metrópoli? ¿Acaso para estas fechas ya no existía ningún rencor hacia España por los abusos cometidos durante la Conquista y la posterior sujeción colonial?

Es muy probable que, al igual que en la península ibérica, las élites porfiristas veían con cierto recelo la expansión norteamericana, pero ¿acaso por ello se dejarían arrastrar totalmente por la oleada nacionalista española? O bien ¿en medio de esa corriente hispanocentrista encontrarían la oportunidad para exhibir y afirmar la identidad nacional mexicana? Si fuese así ¿cómo le hicieron para defender su identidad en tierra no sólo extranjera, sino en el seno mismo de la nación que había mantenido “encadenada” al águila mexicana por 300 años? ¿De qué se valieron? Y ¿por qué adoptaron esa postura? Son algunas de las interrogantes a las que pretende dar solución el presente trabajo de investigación.

## NUESTRA MANERA DE PROCEDER

Cuando la tesis que usted está a punto de leer comenzó como un proyecto, me había propuesto satisfacer todas mis inquietudes analizando desde el primer capítulo:

la “imagen” que de México proyectaron gobierno y élites porfiristas en dos de los múltiples eventos culturales celebrados en España con motivo del IV Centenario del descubrimiento de América. Me refiero, por un lado, a la Exposición Histórico-Americana de Madrid, de 1892; y por el otro, al ciclo de conferencias dedicadas al estudio, exposición y discusión de temáticas americanas, que fueron escuchadas en el Ateneo madrileño entre 1891-1892.<sup>3</sup>

Pero la verdad es que al ir profundizando en la investigación, me fui encontrando con varios huecos historiográficos que no me permitían avanzar con paso firme. De modo que a mis preguntas iniciales se fueron sumando otras inquietudes más, cuya resolución a final de cuentas ha terminado por proporcionarme una visión más completa de mi tema de estudio.<sup>4</sup> En principio, todos los trabajos que abordan el IV Centenario del *descubrimiento* de América coinciden en que éste fue un aniversario encabezado por España (y en efecto, así fue), pero nadie explica de dónde ni mucho menos cómo surgió la idea de conmemorar el magno suceso del 12 de octubre de 1492.

Por ello es que en el Capítulo I me propongo hacer un rastreo de la figura de Cristóbal Colón y del significado del *descubrimiento* de América, tanto en México como en diferentes países: sobre todo en los años previos al Tercer y Cuarto Centenarios de la gesta colombina, que parecen haber sido justamente los primeros aniversarios en despertar algunas pretensiones serias de recordar el 12 de octubre. La exploración fuera de las fronteras mexicanas podrá explicarnos el jaloneo entre naciones por adjudicarse la sede de los festejos y, por ende, nos dará la pauta para entender qué fue lo que motivó la celebración internacional del IV Centenario de la hazaña colombina. Mientras que un balance historiográfico al interior del país, nos permitirá identificar si el interés que por el

---

<sup>3</sup> Véase la reproducción parcial de lo que inicialmente fuera mi proyecto de tesis de Licenciatura: "México a través de la ciencia. El retrato de la identidad nacional mexicana exhibido en la primera conmemoración del Descubrimiento de América (1892)", en Alicia Salmerón y Laura Suárez (selección y edición), *¿Cómo formular un proyecto de tesis? Guía para estructurar una propuesta de investigación desde el oficio de la historia*, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora-Editorial Trillas, 2013, pp. 22-24.

<sup>4</sup> Un ejercicio que me ayudó a pensar mejor sobre el desarrollo de mi tema fue mi participación en las XIII Jornadas Académicas del Instituto de Investigaciones Bibliográficas-Biblioteca y Hemeroteca Nacionales, con la ponencia "Un ritual del progreso y la modernidad: México en el IV Centenario del Descubrimiento de América", 2 de diciembre de 2011. Misma que puede consultarse en *XIII Jornadas Académicas 2011. Compendio*, México, Instituto de Investigaciones Bibliográficas-UNAM, 2014, pp. 241-252.

*descubrimiento* de América exhibieron los políticos e intelectuales mexicanos hacia 1892, fue el mismo a lo largo de todo el siglo XIX.

Al igual que la propia Historia, las construcciones memoriales, como los Centenarios, "no podrían estar separadas ni de sus autores, ni del momento o del contexto en el que fueron elaboradas, ni de los grupos que se las han apropiado".<sup>5</sup> Muy pocos son los historiadores que han logrado identificar el juego diplomático al que dio lugar la conmemoración de los cuatrocientos años de la hazaña colombina.<sup>6</sup> Y hasta donde he podido averiguar, sólo un pequeño trabajo toma en cuenta, además del contexto, las repercusiones que tuvo el aniversario de 1892 para la historia de nuestro país.<sup>7</sup> Por lo que en el Capítulo II me detendré a examinar el contexto internacional en el que se celebró el IV Centenario del *descubrimiento* de América: para conocer, por una parte, la estrategia puesta en marcha por el gobierno y las élites peninsulares para adjudicar a España la sede de las fiestas centenarias; y para poder entender, por la otra, el complejo entramado de intereses políticos, económicos y culturales que enmarcaron la participación de México en dicha conmemoración.

Con base en todos estos elementos, en nuestro tercer y último Capítulo contaremos ya con las herramientas suficientes para analizar de lleno la actuación mexicana en los festejos conmemorativos por los 400 años de la gesta colombina. En el segundo apartado de la tesis habremos validado o rebatido nuestra hipótesis de que al aceptar participar en los eventos españoles, el gobierno de Díaz aceptaba estrechar la mano amistosa que les tendía España a las repúblicas de su progenie en un claro intento por frenar la política expansionista norteamericana. De modo que ya en el Capítulo III podremos apreciar si esa presumible revaloración histórica de España en el México finisecular, implicó o no que la delegación

---

<sup>5</sup> François-Xavier Guerra, "Introducción" a *Mémoires en devenir. Amérique latine XVIe-XXe siècle. Colloque international de Paris, 1er- 3 décembre 1992*, Burdeos, Maison des Pays Ibériques, 1994, p. 10; o en la traducción que de este texto hizo al español Rodrigo Martínez Baracs ("Memorias en proceso. América Latina, siglos XVI-XX"), para *Historias. Revista de la Dirección de Estudios Históricos del INAH*, Núm. 75, México, enero-abril de 2010, p. 16.

<sup>6</sup> El primer estudio serio y sistemático sobre el tema lo llevó a cabo el historiador español, Salvador Bernabéu Albert, a partir de su texto: "El IV Centenario del descubrimiento de América en la coyuntura finisecular: 1880-1893", *Revista de Indias*, vol. XLIV, núm. 174, Madrid, 1984, pp. 344-366.

<sup>7</sup> Me refiero a una investigación de Dení Ramírez Losada que se basa en la copiosa documentación encontrada por la autora en el Archivo General de la Administración (en Alcalá de Henares), y centra su interés en mostrar que la participación de México en la Exposición Histórico-Americana de 1892 constituyó todo un hito científico para la antropología mexicana: "La Exposición Histórico-Americana de Madrid de 1892 y la ¿Ausencia? de México", *Revista de Indias*, 2009, vol. LXIX, núm. 246, pp. 273-306.

mexicana siguiera por completo el guión preestablecido por las élites peninsulares en 1892, que en concreto significaba abrazar de lleno las propuestas del hispanoamericanismo.

Como ya se ha anticipado, de la gran cantidad de eventos he seleccionado sólo dos, los que a mi parecer tuvieron mayor relevancia: la Exposición Histórico-Americana de Madrid; y el ciclo de conferencias americanas que organizó el Ateneo madrileño entre 1891-1892. Al analizar la participación de México en estos dos certámenes, no sólo busco exponer mis argumentos de por qué considero que los comisionados de Díaz desplegaron un discurso nacionalista en España hacia 1892, sino también pretendo reconstruir las partes esenciales de ese retrato de la identidad nacional mexicana que fue especialmente concebido para ser exhibido en el escenario conmemorativo del IV Centenario del *descubrimiento* de América.

Mi enfoque ciertamente no es muy novedoso, pues ya Mauricio Tenorio Trillo ha explorado, y de manera magistral, la ejecución de los rituales de la modernidad por parte de las élites porfiristas a finales del siglo XIX.<sup>8</sup> Este autor se detiene en escenarios sumamente reveladores: las exposiciones universales de Filadelfia (1876), Nueva Orleans (1884), París (1889), Chicago (1893), Buffalo (1901) y San Luis (1904). Toma en cuenta, pues, aquellos certámenes internacionales que tuvieron "mayor éxito", es decir a los que más países concurren -en gran medida- porque fueron planteados en términos casi exclusivamente comerciales y propagandísticos.

A diferencia de Mauricio Tenorio Trillo, los eventos que yo he seleccionado como leitmotiv de mi investigación fueron organizados más bien en términos culturales y científicos. Pero, de cualquier manera, debo decir que el trabajo de Tenorio Trillo me ha servido de base para aproximarme al complejo tema de las tensiones entre el *nacionalismo mexicano* y la *modernidad occidental*. Pues en esta tesis parto justamente de la conclusión a la que él llega en su libro: y que revela, entre otras cosas, que "en México la nación creada en el siglo XIX fue hecha fundamentalmente para ser exhibida".<sup>9</sup>

En mi intento por reconstruir el montaje nacionalista mexicano desplegado al calor del IV Centenario del *descubrimiento* de América, traté de localizar algunas de las reliquias y fotografías que se llevaron a Madrid en 1892, pero sin obtener mucho éxito: primero,

---

<sup>8</sup> Mauricio Tenorio Trillo, *Artifugio de la nación moderna: México en las exposiciones universales, 1880-1930*, México, Fondo de Cultura Económica, 1998, fotos; ils. 409 p.

<sup>9</sup> Véase el "Epilogo", en *Ibid.*, pp. 321-337.

porque gran parte de los objetos remitidos a la Exposición Histórico-Americana -sobre todo los de mayor tamaño- fueron sólo reproducciones en materiales frágiles que perecieron después de un tiempo; y segundo, porque no conocemos con precisión el paradero de las piezas que albergaba el Museo Nacional, después de que en 1940 se decidió segregarse todas sus colecciones históricas y artísticas para formar con ellas nuevas instituciones nacionales y dejar en la vieja sede de la Casa de la Moneda sólo las colecciones antropológicas y arqueológicas.

En vista de tales complicaciones, para la reconstrucción del retrato que de México mostraron el gobierno y las elites porfiristas en Madrid hacia 1892, utilizaré como fuentes primarias tanto los dos volúmenes preparados por Francisco del Paso y Troncoso, bajo el título de *Exposición histórico-americana de Madrid. Catálogo de la Sección de México* (Madrid, “Sucesores de Rivadeneyra”, 1892), como el discurso de Vicente Riva Palacio sobre *Establecimiento y propagación del Cristianismo en Nueva España*, que fue publicado en el tomo II de *El Continente americano: Conferencias dadas en el Ateneo científico, literario y artístico de Madrid con motivo del Cuarto Centenario del descubrimiento de América* (Madrid, “Sucesores de Rivadeneyra”, 1892).

La prensa de aquel lado del Atlántico ocupa un lugar fundamental en mi investigación, no sólo porque representa una excelente vía para aproximarnos a la postura que adoptó España ante la conmemoración de 1892, sino porque también nos permitirá conocer, de primera mano, la opinión de los peninsulares sobre las actuaciones de la delegación mexicana en los festejos centenarios. En el aparato crítico de este trabajo se me verá citar las publicaciones periódicas como si hubiese tenido acceso a ellas físicamente, aunque la verdad es que todas fueron consultadas a través de la *Hemeroteca Digital de la Biblioteca Nacional de España* (<http://hemerotecadigital.bne.es/index.vm>).<sup>10</sup> He decidido no incluir los hipervínculos de cada una de estas referencias, simplemente porque el sitio es actualizado con frecuencia y los links dejan de funcionar en muy poco tiempo. Consideraré más práctico y útil dejar el acceso general al repositorio digital, donde con facilidad se puede buscar cualquier artículo o periódico: ya sea a partir del título, ámbito geográfico o año; o si se prefiere, por día y hasta por palabras contenidas en el texto de las publicaciones.

---

<sup>10</sup> Otro portal con características similares es la *Biblioteca Virtual de Prensa Histórica*, que forma parte de las Bibliotecas digitales del Ministerio de Cultura de España: <http://prensahistorica.mcu.es/es/consulta/busqueda.cmd>

Ahora bien, para el análisis del discurso nacionalista mexicano exhibido en el contexto conmemorativo del IV centenario de la gesta colombina, he adoptado el concepto que de nación maneja Tomás Pérez Vejo, entendida ésta como “forma predominante de identidad colectiva”.<sup>11</sup> En otras palabras, una “representación simbólica” que se alberga en la conciencia de los individuos como parte de un imaginario común, el cual, a su vez, es construido como parte de una estrategia política de afirmación y cimentación de un Estado-nación al que termina por legitimar.<sup>12</sup>

He decidido retomar a Pérez Vejo, porque él estudia a la *Nación* como fuente del *mito*, la *estética* y la *moralidad*: según Hegel, las tres funciones de la *Religión*.<sup>13</sup> Vale la pena recordar que la religión hegeliana no se limita a un Dios o credo en específico, sino tiene que ver más bien: por un lado, con las tres formas en que se manifiesta el *Espíritu*;<sup>14</sup> y por el otro, con la conciencia (*Bewusstsein*) que adquiere un determinado grupo de hombres sobre la función que tiene en el mundo como comunidad (como pueblo).<sup>15</sup>

La mayor virtud que reconocía el filósofo alemán de la *Religión*, es el importante papel didáctico que ésta ha desempeñado a lo largo de la historia. Pues al apelar siempre a las *representaciones* y a los *sentimientos* para expresarse, la *Religión* consigue permear incluso aquella parte de la sociedad con menos educación (donde de hecho obtiene un mayor arraigo y a donde la *Filosofía* no puede llegar debido a su complejidad). Efectivamente, por medio de un lenguaje claro y accesible para todos, las *representaciones religiosas* (ya sea de tipo simbólico o escénico) logran evocar sentimientos que movilizan conciencias individuales, fomentan la cohesión de los grupos y estimulan la acción de los pueblos.

---

<sup>11</sup> Tomás Pérez Vejo, “Les expositions de l’Academie de San Carlos au XIX<sup>e</sup> siècle. L’iconographie de la peinture d’histoire de l’invention d’une identité nationale au Mexique”, París, L’Harmattan, 2001, pp. 211-233.

<sup>12</sup> Pérez Vejo, *Nación, identidad nacional y otros mitos nacionalistas*, Oviedo, Nobel, 1999, 241 p.

<sup>13</sup> Hegel, *Fenomenología del Espíritu*, Trad. de Wenceslao Roces, Barcelona, RBA Coleccionables, 2002, 483 p.

<sup>14</sup> En primera instancia, Hegel concebía a la *Religión* como la segunda forma de manifestación del *Espíritu Absoluto* (lo infinito): representa el estadio intermedio entre la exterioridad dispersa de la belleza en el *Arte* (primera forma de manifestación) y la interioridad unificadora del saber por medio de la *Filosofía* (tercera forma de manifestación). Véase Hegel, “El material de la realización del Espíritu”, en *La razón en la Historia*, Trad. de César Amado Gómez, Intr. de Antonio Truyol, Madrid, Seminarios y Ediciones, 1972, pp. 141-174.

<sup>15</sup> En el plano de lo finito, este pensador consideraba que la *Religión* constituye la primera modalidad de la autoconciencia espiritual de un pueblo, básicamente porque las producciones artísticas (literarias, escénicas, pictóricas, escultóricas o musicales) que genera toda religión, son siempre expresiones y representaciones de una comunidad: de modo que la *Religión* viene a ser la forma máxima en que un pueblo se expresa, simple y sencillamente porque es la representación (*Vorstellung*) que de sí mismo tiene como tal ese pueblo. Véase Hegel, “Filosofía del Espíritu” (Tercera Parte), en *Enciclopedia de las ciencias filosóficas*, edición, introducción y notas de Ramón Valls Plana, Madrid, Alianza Editorial, 2005, pp. 431-605.

Durante muchos siglos, la preponderancia de la religión cristiana fue casi absoluta y las imágenes que el hombre occidental contemplaba, así como los relatos que en los templos escuchaba, servían para afianzar en él la idea de una comunidad católica de la que se sentía miembro y con la cual se identificaba. Pero con el paulatino aumento del poder del Estado y la paralela pérdida del mismo por parte de la Iglesia, la *Nación* encontró un terreno fértil -abonado además con los preceptos del positivismo- donde logró florecer y terminó por sustituir al cristianismo como base del *mito*, la *estética* y la *moralidad*, es decir, como una nueva *Religión*. Y precisamente la construcción de un imaginario capaz de hacer de la *Nación* la forma máxima de identidad colectiva constituye, en palabras de Tomás Pérez Vejo, "uno de los cambios más relevantes y significativos del nacimiento de la modernidad en el mundo occidental".<sup>16</sup>

México se adhirió abiertamente a esta tendencia del mundo moderno a mediados del siglo XIX, pues al establecerse con la Reforma el principio de separación entre la Iglesia y el Estado, se allanó el camino para un mito identitario que ya, conforme a la ideología liberal, sería enteramente laico. De este modo, mediante el uso alternativo de la pintura, el periodismo gráfico, los monumentos públicos, el museo, el mapa, el calendario cívico y el libro de texto, la metáfora de pertenencia a una *comunidad cristiana* se fue sustituyendo por la de pertenencia a una *comunidad nacional*: la historia sagrada que se narraba en las iglesias fue suplantada por otra historia sagrada, la de la *Nación*; y así, finalmente, "los santos fueron desplazados por los héroes y los mártires de la fe por los mártires de la patria".<sup>17</sup>

Lo que me ha llevado a interesarme por el estudio del nacionalismo como fenómeno cultural es el hecho de que el "sentimiento nacional" crea una conexión sorprendente, tan etérea como fuerte, entre personas incluso desconocidas. Podrá ser que los habitantes de un determinado país jamás se hayan visto y quizá nunca escucharán hablar de sí, pero en su mente cada uno lleva viva la imagen de su pertenencia a una misma comunidad: de ahí que Benedict Anderson concibiera a la *Nación* como una "comunidad imaginada".<sup>18</sup> Y es que las

---

<sup>16</sup> Pérez Vejo, "Pintura de historia e imaginario nacional: el pasado en imágenes", en *Historia y grafía*, núm. 16, México, Universidad Iberoamericana, 2001, p. 77.

<sup>17</sup> *Ibid.*, p. 98.

<sup>18</sup> Benedict Anderson, *Comunidades Imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, Trad. de Eduardo L. Suárez, México, Fondo de Cultura Económica, 1993, 315 p.

*naciones* son auténticas *comunidades* porque, independientemente de la desigualdad y la explotación que puedan existir en su interior, siempre se conciben como un compañerismo profundo y horizontal: justamente "es esta fraternidad la que ha permitido, durante los últimos dos siglos, que tantos millones de personas maten y, sobre todo, estén dispuestas a morir por imaginaciones tan limitadas".<sup>19</sup>

### **¿POR QUÉ ESTUDIAR LA *NACIÓN* A PARTIR DE UNA CONMEMORACIÓN CENTENARIA?**

La Real Academia de la Lengua Española define un *Centenario* como: "Día en que se cumplen una o más centenas de años del nacimiento o muerte de alguna persona ilustre, o de algún suceso famoso. Centenario de Cervantes. Centenario del Dos de Mayo". Pero más allá de un mero aniversario, un Centenario constituye una de las principales formas que existen para evocar y reinterpretar la historia de una comunidad determinada. Al igual que el libro de texto, la toponimia y la estatuaria de las ciudades, las fiestas civiles como los Centenarios son herramientas efectivas para sugerir la fusión de un pasado prestigioso y legitimador con el presente, e incluso, que permita trazar los lineamientos del destino nacional en lo futuro.

Según el *Oxford English Dictionary*, el término "*centennial*" se usó por primera vez en sentido moderno en Inglaterra, hacia el año 1788 cuando se aplicó a la celebración política que conmemoró la "Gloriosa Revolución de 1688".<sup>20</sup> Aunque la verdad es que la idea de celebrar los Centenarios nunca fue desarrollada con tanto entusiasmo como en el siglo XIX, justamente en ese periodo histórico en el que los nuevos Estados-naciones (ya con territorio y gobierno propios) y aquellos en vías de consolidación, requerían de un espesor histórico, de una identidad cultural que legitimara su existencia misma.

Para tratar de entender el papel que ocupan los Centenarios en la formación y redefinición de las identidades nacionalistas, podríamos ubicar a estos aniversarios dentro de aquello que Eric Hobsbawm definió como "tradiciones inventadas", es decir: el "conjunto de prácticas regidas normalmente por reglas manifiestas o aceptadas tácitamente y de naturaleza ritual o simbólica, que buscan inculcar ciertos valores y normas de

---

<sup>19</sup> *Ibid.*, p. 25.

<sup>20</sup> Para una aproximación al origen de las conmemoraciones centenarias y de todo aniversario en general, véase Ernst Hans Josef Gombrich, "Historia de los aniversarios: tiempo, número y signo", en *Revista Historias*, *op. cit.*, pp. 3-14.



comportamiento por medio de la repetición, lo que implica de manera automática una continuidad con el pasado".<sup>21</sup> En efecto, esta tan citada apreciación de Hobsbawm recupera ciertos elementos que bien pueden considerarse como característicos de una celebración centenaria: su *naturaleza ritual o simbólica*; su capacidad para *inculcar valores y normas de comportamiento*; y su cualidad *repetitiva*.

Partamos, entonces, del supuesto de que la naturaleza de un Centenario es ritual, entendiendo por "rito" una actividad de carácter simbólico que atrae la atención de sus participantes a los "objetos de pensamiento y sentimiento que ellos definen como parte de una significación especial".<sup>22</sup> Dicha actividad simbólica, como bien señalaría Paul Connerton -siguiendo a Hobsbawm-, al ser repetida establece continuidad con el pasado y lo reactiva.<sup>23</sup> Y es que, sin lugar a dudas, las celebraciones conmemorativas modernas crean en su formalización y ritualización un nexo directo con el pasado que permite utilizar los materiales e imágenes que ofrece la historia, transformándolos o redefiniéndolos en su significado, para lograr conexiones con el presente que sirvan como un legitimador de la acción y/o cimienta de la cohesión del grupo que lleva a cabo la acción ritual.

Como se advierte, estamos pisando terreno de las "construcciones memoriales", pues los Centenarios son auténticos espacios de creación y actualización de la memoria; en palabras de Francois-Xavier Guerra, "sont des constructions, des artefacts de la mémoire", simple y sencillamente porque tienen la función de preservarla, crearla o recrearla, interpretarla o reinterpretarla.<sup>24</sup> Partícipe de esta opinión, Paul Ricoeur llegaría a afirmar, incluso, que la memoria colectiva adquiere forma justamente en la puesta en escena que las conmemoraciones producen, pues para él: "la memoria colectiva sólo consiste en el conjunto de huellas dejadas por los acontecimientos que han afectado al curso de la historia de los grupos implicados que tienen la capacidad de poner en escena esos recuerdos comunes con motivo de las fiestas, los ritos y las celebraciones públicas".<sup>25</sup>

---

<sup>21</sup> E. Hobsbawm, "Introduction: Inventing Traditions", en Eric Hobsbawm y Terence Ranger, *The Invention of the Tradition*, Cambridge, Cambridge University Press, 1983, pp. 1-2

<sup>22</sup> Steven Lukes, "Political ritual and social integration", en *Sociology: Journal of the British Sociological Association*, No. 9, Reino Unido, mayo de 1975, pp. 289-308.

<sup>23</sup> Paul Connerton, "Commemorative ceremonies", en *How societies remember*, Cambridge, Cambridge University Press, 1996, pp. 41-71.

<sup>24</sup> Para una aproximación a los Centenarios como construcciones, como artefactos de la memoria, véase François-Xavier Guerra, *op. cit.*, en el texto original de 1994, pp. 9-27; y en la traducción de 2010, pp. 14-35.

<sup>25</sup> Paul Ricoeur, *La Lectura del Tiempo Pasado: Memoria y Olvido*, Madrid, Arrecife, 1999, p. 19.

En los Centenarios, como en cualquier otro tipo de conmemoración, la idea de celebrar está asociada a la acción de recordar -e inclusive a la de olvidar. En ellos, con ellos y a través de ellos se intenta promover el recuerdo del pasado y actualizarlo a partir de elecciones y selecciones efectuadas, ya sea de manera consciente o inconsciente, pero siempre "en función de lo que consideramos particularmente significativo para nuestra vida, para la de nuestros prójimos o la del grupo o los grupos de los que formamos parte".<sup>26</sup> De hecho, podemos afirmar que los recuerdos adquieren significado precisamente en función de nuestra pertenencia a uno o varios de esos *grupos*, y es, en ese sentido, que las conmemoraciones constituyen *puntos de contacto* entre colectividades (géneros, etnias, clases sociales, religiones y hasta nacionalidades).

De modo que un Centenario, como el de 1892, sin lugar a dudas representa la ocasión perfecta para intentar apreciar las relaciones entre los *grupos participantes* (en este caso Estados-naciones), no sólo en sus puntos de convergencia sino también en aquellos de divergencia. Y es que, después de todo, los Estados-naciones siempre se definen en su relación con otras y contra otras naciones del mundo: para poder proyectarse hacia el exterior, requieren haberse definido previamente en su interior (con rasgos que los caractericen y los distingan ante los demás); pero a su vez, a la hora de intentar definirse hacia su interior, lo hacen siempre a partir de elementos que perciben del exterior (como los preceptos de modernidad y progreso).

Aplicando todo esto a nuestra investigación, diríamos, pues, que el IV centenario del *descubrimiento* de América ofrece una excelente oportunidad para acercarnos a la imagen nacional que el México porfiriano proyectaba (y al mismo tiempo definía) al interactuar con los otros *grupos* que también participaron en los festejos centenarios de 1892. Principalmente con Estados Unidos y España, que fueron los países que mayor interés pusieron en la conmemoración y justamente las dos naciones con las que México se mantendrá siempre unido: con el primero por la proximidad geográfica, que definitivamente obliga a intercambios políticos, económicos y culturales entre ambas partes; mientras que con la segunda, por la lengua, la cultura y la religión que comparten como resultado de tres siglos de convivencia colonial.

---

<sup>26</sup> François-Xavier Guerra, *op. cit.*, en el texto en francés, p. 10; en la traducción al español, p.16.

## LA PERTINENCIA DE UN ESTUDIO DE ESTE TIPO

El presente trabajo de investigación busca acercarse, en primera instancia, a la interpretación decimonónica de la llegada de Cristóbal Colón a lo que actualmente conocemos como América, para luego adentrarse, sobre todo, al manejo ideológico del acontecimiento por parte del gobierno y las élites mexicanas en circunstancias muy peculiares: en el corazón de la antigua metrópoli y en ese momento de paz inusitada y relativa estabilidad económica que experimentaba México durante el porfiriato.

El deseo de aproximarme al retrato de la identidad nacional mexicana exhibido por el gobierno y las elites porfiristas al calor del IV Centenario de la hazaña colombina, responde a un interés por valorar, en su justa medida, el impacto de la primera conmemoración del llamado "descubrimiento de América" en la historia de nuestro país. Y es que, a decir verdad, se halla aún muy empolvado el entramado político, cultural y científico que se puso en marcha para que la delegación mexicana tuviera una actuación destacada en lo que constituye la primera celebración del 12 de octubre a nivel mundial.

El presidente Porfirio Díaz aceptó gustoso la invitación a participar en los eventos conmemorativos de 1892, comenzando por impulsar las investigaciones y publicaciones de carácter histórico, antropológico y etnográfico como nunca antes: a un grado tal que motivó la primera gran reestructuración del Museo Nacional. De suerte que el enorme esfuerzo de las élites porfirianas sobrepasaría la actuación de México en los festejos peninsulares, extendiendo su impacto hacia otros tres importantes y sucesivos eventos internacionales: la *World's Columbian Exposition* de Chicago (1893); el XI Congreso Internacional de Americanistas de 1895 (el primero que se organizó en México y el continente americano); así como el Centenario de la Independencia nacional en 1910, entre cuyos actos conmemorativos se celebró asimismo el XVII Congreso Internacional de Americanistas.

Pero además de lo que el IV centenario del *descubrimiento* de América representó para México en el plano meramente local (promoviendo cambios trascendentales en el ámbito científico), la participación de la delegación mexicana en los eventos españoles ofrece una excelente oportunidad para "escuchar" el diálogo que el Estado mexicano entablaba con otras naciones del mundo, en las lenguas del progreso y la modernidad de la civilización occidental. Al adoptar la posición de interlocutores de ese diálogo podemos acercarnos, por

un lado, a las maneras en que se fue forjando el mito identitario nacional, y por el otro, a los rituales con que el Estado mexicano exhibía y reafirmaba ante el mundo su identidad.

De modo que esta investigación busca estudiar sí a la *nación* mexicana, pero no desde un punto de vista meramente nacional (local), sino adoptando una perspectiva más bien global que nos permita romper los límites y las carencias de una historiografía tradicional. Podrá ser que esta manera de historiar presente mayores complicaciones que la Historia con un enfoque puramente local, pero estoy convencido de que para poder obtener una imagen más o menos completa de México como Estado-nación moderno, es necesario tomar en cuenta su relación con otras naciones del mundo: a manera de como “los cambios atmosféricos que, siendo imprevisibles singularmente, en su conjunto consiguen mantener en un curso homogéneo y constante el crecimiento de las plantas, el curso de las aguas y otros fenómenos naturales”.<sup>27</sup>

Es verdad innegable que los espacios para “dialogar” entre Estados-naciones y las maneras de hacerlo han cambiado significativamente con el paso del tiempo, pero, después de todo, la imagen de la *nación* mexicana que el gobierno y las elites consolidaron y difundieron en sus propios términos a lo largo del porfiriato, es prácticamente la misma de la que partiría el discurso nacionalista de la posrevolución y a la cual siguen aún apelando, en mayor o menor medida, los gobiernos de hoy en día. Tan sólo demos un vistazo al índice de los libros de texto, al calendario cívico y a las plazas principales de las ciudades en nuestro país: no pueden faltar, ya sea en unos o en otros, los nombres del último emperador azteca (Cuauhtémoc), del Padre de la Patria (Miguel Hidalgo), de los Niños Héroes, ni del Benemérito de las Américas (Benito Juárez); todos ellos, héroes consagrados y ostentados como tales por las élites porfirianas.

---

<sup>27</sup> Immanuel Kant, “Idea de una historia universal en sentido cosmopolita”, en *Filosofía de la Historia*, Trad. de Eugenio Imaz, México, Fondo de Cultura Económica, 2002, pp. 39-40.

## I. LA RUTA QUE LLEVÓ A COLÓN A LA PRIMERA CONMEMORACIÓN UNIVERSAL DEL *DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA*

La celebración de los cuatrocientos años del acontecimiento que conocemos como el *descubrimiento* de América, definitivamente constituye el primer modelo o antecedente histórico de aquel controvertido aniversario que se organizaría cien años después para conmemorar el Quinto Centenario del *Encuentro de dos Mundos*. Fue en 1892 cuando se convocó, por vez primera, a naciones de ambos hemisferios para festejar en grande la hazaña colombina y las repercusiones que trajo consigo para la Humanidad. Los anteriores, el Primer, Segundo y Tercer Centenarios, pasaron relativamente desapercibidos. Sobre todo los dos primeros, en los que no parece "ni lejanamente haberse pensado en la expresión de un aniversario o en una conmemoración en el sentido en el que hoy lo entendemos".<sup>1</sup>

Al momento de cumplirse el Primer Centenario de la epopeya colombina, ya en el ocaso del reinado de Felipe II, este continente estaba, en lo esencial, explorado y el sistema político institucional para su gobierno estructurando. En España, por su parte, se percibe hacia esas fechas un resurgimiento de la figura de Cristóbal Colón, explicable, en gran parte, por el hecho de que a mediados del siglo XVI comenzaron a publicarse las *Crónicas de Indias*. Estos relatos a través de los cuales sus autores daban a conocer los sucesos acaecidos durante el *descubrimiento*, la conquista y la colonización del continente americano, de alguna manera comenzaron a reivindicar la persona y obra del almirante genovés luego de que a su muerte cayera temporalmente en el olvido.

La sombra que hasta ese momento había cubierto la figura de Colón tenía dos fuentes de alimentación. De un lado estaba la desgracia del almirante con los Reyes Católicos, quienes desconocieron *Las capitulaciones de Santafé* y con ellas los títulos y bienes que se le otorgarían tras su expedición a las Indias. Por el otro, los honores adjudicados a Américo Vesputio tras haber identificado que las tierras encontradas por Colón no eran asiáticas sino desconocidas o *nuevas*: una vez difundidas estas precisiones a través de su *Mundus novus* (1502), Vesputio empezó a ser considerado como el auténtico descubridor de las

---

<sup>1</sup> Así lo afirma Serge Guzinski después de haber revisado testimonios novohispanos sobre el *Descubrimiento* en la época de su primer centenario: "Le premier centenaire de la "découverte du Nouveau Monde". Témoignages de la Nouvelle-Espagne", en *Mémoires en devenir, Amérique latine XVIe-XXe siècle*, Bordeaux, Maison des Pays Ibériques, 1994, pp. 85-96; citado también por Miguel Rodríguez, en *Celebración de "la raza": una historia comparativa del 12 de octubre*, México, Universidad Iberoamericana, Departamento de Historia, 2004, pp. 23.

nuevas tierras; y a prestarles su nombre a partir de 1507, gracias al famoso mapa de Martin Waldseemüller y la *Cosmographiae Introductio* que lo acompaña y explica.

De entre los cronistas cuyos informes reivindicaban la imagen de Cristóbal Colón, es preciso destacar a Gonzalo Fernández de Oviedo, a Francisco López de Gómara y a Fray Bartolomé de las Casas. Oviedo no sólo es el primer autor de nuestra pequeña lista, sino también fue el primero en conferirle a Colón la gloria del *Descubrimiento*, pues ya en su *Sumario* de 1526 comenzó a plantear que las Indias (el continente americano) eran nada menos que las Hespérides, cuya existencia osó y "logró" *revelar* el genovés después de haberse enterado de ellas por los textos antiguos. En su *Historia general*, además de hallar reafirmada y ampliada la aseveración anterior, nos encontramos con el retrato de un marino sabio y erudito, el "Colón tradicional", que encajaba perfectamente con la concepción de la gesta de 1492, como un hecho fundamental de la misión imperial y católica de España.<sup>2</sup>

Con López de Gómara asistimos a la consagración historiográfica de la célebre leyenda del "piloto anónimo", a la que apelaron los interesados en dar o confirmar a Colón el título de *descubridor* del nuevo continente, negando el mérito, o sencillamente ignorando, a Américo Vespucio.<sup>3</sup> Según el relato, lo que el genovés se había propuesto con la travesía de 1492, había sido "corroborar" la existencia de unas tierras desconocidas de las que había tenido noticia por un piloto que había sido arrojado hasta sus costas por un naufragio. Se diría, pues, que tales tierras eran las hasta entonces ignoradas y ahora *nuevas* Indias, mismas que Colón "encontró" y, por tanto, *descubrió*.

Por su parte, el padre Las Casas, quien llegó a gozar de la total confianza de Cristóbal Colón así como de sus descendientes -hasta el punto de haber reescrito el *Diario* del primer viaje del almirante ante los llamados "pleitos colombinos"-, llevó a su plenitud la interpretación providencialista de lo hecho por Colón. Lo señaló como el hombre al que Dios *había elegido* y dotado de todas las cualidades necesarias para llevar a cabo la trascendental hazaña. Si bien en las interpretaciones anteriores -las de Fernández de Oviedo y López de Gómara- se trató de atribuirle al Almirante un acto distinto del que se

---

<sup>2</sup> Véanse Gonzalo Fernández de Oviedo: *Sumario de la Natural Historia de las Indias*, publicado por vez primera en Toledo, el 15 de febrero de 1526; e *Historia general y natural de las Indias, Islas y Tierra-Firme del Mar Océano*, cuya Primera Parte se publicó hacia 1535 en Sevilla.

<sup>3</sup> *Historia general de las Indias*, Zaragoza, 1552-1553.

presume tuvo intención y conciencia de realizar (ya sea hallar las Hespérides o confirmar la existencia de unas tierras desconocidas), en la tesis lascasiana los propósitos que tuvo Colón para lanzarse al mar carecían de importancia, lo decisivo para Las Casas era que el genovés había cumplido las *intenciones divinas*: independientemente de sus deseos personales, Colón había abierto el acceso a unas regiones habitadas por seres a quienes era urgente hacerles llegar la fe y los santos sacramentos, antes de que tuviera lugar el inminente *finem mundi*.<sup>4</sup>

Los primeros dos cronistas situaban el acontecimiento del *descubrimiento* de América dentro de la esfera de los *intereses terrenales*, mientras que el obispo de Chiapas lo asentaría fervorosa y expresamente en la esfera de *los intereses divinos* de la salvación eterna. De cualquier manera, los tres autores coincidieron en afirmar que Cristóbal Colón había sido quien "descubrió" América; y justamente ellos tres -junto con don Fernando Colón, hijo del almirante genovés- son, de acuerdo con el historiador Edmundo O'Gorman, los autores más representativos de "la etapa antigua de la historiografía colombina".<sup>5</sup> Una etapa que, en palabras de José Gaos, "tomada en conjunto y aun desbordada hasta más allá de Herrera, se da dentro de un sistema o, como diría Ortega, dentro de un repertorio de creencias que en el fondo se afiliaba a un providencialismo trascendental".<sup>6</sup>

Así, pues, si tomamos en cuenta que la premisa fundamental en la concepción providencialista de la historia parte de que Dios es la causa mediata y eficiente de todo cuanto sucede, en tanto que el hombre es sólo su causa inmediata e instrumental, el *descubrimiento* de América representaba para tales autores el cumplimiento de un *designio divino* realizado por un *hombre elegido* para ese efecto. Lo interesante de esta solución religiosa es que deja abierta la puerta a dos sub-interpretaciones, una centrada en el acontecimiento mismo (*designio divino*) y otra que se enfoca en el sujeto (*hombre elegido*), las cuales tras recorrer de la mano un camino alfombrado por el romanticismo llegarían a toparse con una tercera acepción invitada que, a su vez, entraría en discordia con la segunda al momento de la entrega de los honores de la primera.

---

<sup>4</sup> Véase Bartolomé de Las Casas, *Historia de las Indias*, 1527-1560, publicada por vez primera en Madrid, hasta 1875-1876.

<sup>5</sup> Véase Edmundo O'Gorman, *La idea del descubrimiento de América. Historia de esa interpretación y crítica de sus fundamentos*, México, Ediciones del VI Centenario de la Universidad de México, 1951, Primera y Segunda Parte.

<sup>6</sup> José Gaos, "O'Gorman y la Idea del Descubrimiento de América", en *Historia Mexicana*, Vol. 1, No. 3, enero-marzo, 1952, pp. 475.

Efectivamente, mirando a través del cristal que permite interpretar lo acaecido aquel memorable 12 de octubre de 1492 como la realización de un *designio sobrehumano* (que no tiene que ser necesariamente providencial), varios autores de los siglos XVIII y XIX intentarían reivindicar la imagen de Colón señalándolo como el hombre *elegido* para llevar a cabo la magna proeza. Pero como este reconocimiento le restaba protagonismo a la Corona española, las élites peninsulares -sobre todo al calor de la primera gran conmemoración del *descubrimiento* de América- buscarían mover el enfoque del lente hasta obtener una imagen en la que España apareciera como el *pueblo elegido* (sujeto) para el cumplimiento de aquel *designio trascendental* (hecho). En las siguientes páginas me propongo dar seguimiento a las principales huellas dejadas por aquel primer fenómeno que se despliega en torno a la figura de Cristóbal Colón. Considerando que dicho rastreo, en primer lugar, nos proveerá de un panorama más amplio acerca de las pretensiones de España al encabezar los festejos conmemorativos del IV Centenario de la gesta colombina; y en segundo lugar, como consecuencia de lo anterior, nos brindará la posibilidad de entender mejor la posición adoptada por el gobierno mexicano al acceder a participar en el magno evento de 1892.

### CRISTÓBAL COLÓN COMO EMBLEMA NORTEAMERICANO

El proceso de reconocimiento y ensalzamiento de los méritos de Cristóbal Colón comienza a desvelarse ante nosotros hasta ya bien entrada la segunda mitad del siglo XVIII, en vísperas del Tercer Centenario de la gesta colombina. Podríamos iniciar la reconstrucción de este proceso con el aniversario de 1792, puesto que parece haber sido el primero en despertar algunas pretensiones serias de rememorar el *descubrimiento* de América.<sup>7</sup> Pero para poder aproximarnos a los orígenes de tales intenciones, es preciso remontarnos a un par de décadas antes, precisamente a partir de las cuales se empieza a percibir una mayor consideración al referirse al acontecimiento del 12 de octubre de 1492 y sobre todo al almirante genovés.

El último cuarto del siglo XVIII fue una época sumamente agitada y compleja: de un lado del Atlántico, Europa se estremecía ante la Revolución Francesa; y del otro, las trece

---

<sup>7</sup> Para el caso del Segundo Centenario del *Descubrimiento* de América, cumplido ocho años antes de que el trágico reinado de Carlos II llegara a su fin, el único aspecto que pudiera destacarse es que sería el último ocurrido bajo la corona de los Habsburgo españoles.



colonias inglesas luchaban por su Independencia en el norte del continente americano, mientras también comenzaba a germinar la semilla de la insurgencia entre los hispano-americanos. Lo primero que notamos en medio de esa efervescencia social y política es que los caudillos insurgentes en el Norte de América -como más tarde los del centro y hasta los del Cono Sur-, comenzaron a hacer alarde de su pertenencia a este Continente, nombrándose y afirmándose como "americanos".

Así, en su declaración de Independencia de 1776, las antiguas colonias británicas utilizaron por primera vez el nombre de Estados Unidos de América, mismo que adoptarían oficialmente el 15 de noviembre del siguiente año, cuando el Segundo Congreso Continental aprobó los *Artículos de la Confederación*. A partir de entonces se volvió muy frecuente que sus ciudadanos se identificaran entre ellos mismos con el título de "americanos", así sin adjetivo alguno; al igual que para referirse a Estados Unidos -incluso personas de otras nacionalidades- comenzaron a otorgarle simple y llanamente el nombre de América, como si todo el Continente fuera pertenencia del país norteamericano.

De manera simultánea, el almirante genovés comenzó a enarbolarse como una especie de símbolo de independencia frente a la nobleza europea.<sup>8</sup> Los norteamericanos empezaron a recordarlo como un hombre con ideales independientes que se rebeló contra la Corona española: como el navegante traicionado por los Reyes Católicos y que por atreverse a "enfrentarlos", terminaría en la cárcel después de haber regalado a España el conocimiento de un Mundo Nuevo. En la mente de los estadounidenses, por tanto, Colón pasó a convertirse, de personaje olvidado, a símbolo ideal de oposición frente a las potencias europeas que insistían en mantener su dominio sobre el continente americano.

Fue entonces que muchas regiones, instituciones y congregaciones de aquel país del norte comenzaron a adoptar el nombre de *Columbia* en honor al "discoverer".<sup>9</sup> Por ejemplo, la institución educativa más antigua de Nueva York, fundada en 1754 como King's College por decreto del rey Jorge II de Inglaterra, al triunfo de la revolución de independencia

---

<sup>8</sup> Véase Germán Patiño, "Debate al Quinto Centenario del Descubrimiento de América": conferencia dictada en la antigua Corporación Universitaria -ahora Universidad- Autónoma de Occidente, con motivo de los 500 años del descubrimiento de América, Santiago de Cali (Colombia), octubre de 1992; y publicada en la revista *El Hombre y la Máquina*, Universidad Autónoma de Occidente, Cali, No. 8, marzo de 1993, pp. 11-21.

<sup>9</sup> "Columbia" es el sobrenombre poético de América y la personificación femenina de Estados Unidos, que apareció por primera vez en 1738 en el semanario de debates del Parlamento Británico en *The Gentleman's Magazine* (de Edward Cave), al lado de otros alias -como Iberia (España), Ierne (Irlanda) y Noveborac (Nueva York)- utilizados para disfrazar los nombres de personas y lugares que figuraban en los *Informes de los debates del Senado de Lilibut*.

cambió de nombre a Columbia College en 1784. Dos años después, a mediados de marzo se fundó la capital de Carolina del Sur y se le llamó Columbia. Para el 12 de mayo de 1789, se creó en Filadelfia la Columbian Order (conocida también como Tammany Society o Society of St. Tammany), originalmente como un club para los "americanos puros" dentro de la red de Societies Tammany (la primera formada en 1772), que acogían el nombre de Tamanend, un dirigente nativo americano de la tribu Lenape. Lo mismo sucedió incluso con la propia capital federal de los Estados Unidos de América, que adoptaría el nombre de District of Columbia desde el día de su fundación, el 16 de julio de 1790.

En este tenor, en el mes de octubre de 1792, la Historical Society organizó en Boston una ceremonia para honrar el Tercer Centenario del *descubrimiento* de América. En aquella celebración el historiador y clérigo Jeremy Belknap pronunció un discurso, acompañado de cuatro disertaciones que muestran las preocupaciones y visión de la época en torno a la hazaña colombina: la primera se enfocaba en "la circunnavegación de África por los antiguos"; en la segunda se hacía "un examen de las pretensiones de Martin Behaim de un descubrimiento de América antes de Colón, con un detalle cronológico de todos los descubrimientos realizados en el siglo XV"; en tanto que la tercera trata "sobre la cuestión de ¿si las abejas son originarias de América?"; y la cuarta es una reflexión en torno a "el color de los nativos americanos y la reciente población de este continente".<sup>10</sup> Y también tenemos noticia de una oda escuchada en la iglesia de Brattle Street (Boston), autoría del mismo Jeremy Belknap, en la que, según el historiador norteamericano Gerald P. Fogarty, "retrata a Colón como el instrumento de la providencia para, sin que lo hubiera sospechado, abrir el mar a una América protestante".<sup>11</sup>

Pero ¿qué pasaba del otro lado del Atlántico? Situándonos en la península ibérica, la prensa española no refleja ni la más pequeña intención por conmemorar los trescientos años del *descubrimiento* de América. Un seguimiento de los registros hemerográficos pone en evidencia que los únicos aniversarios dignos de recuerdo para la España de finales del siglo XVIII, eran aquellos del natalicio o muerte de algún rey español. Mientras que una

---

<sup>10</sup> Jeremy Belknap, *A Discourse, Intended to Commemorate the Discovery of America by Christopher Columbus: Delivered at Request of the Historical Society in Massachusetts, on the 23rd day of October, 1792, Being the Completion of the Third Century Since that Memorable Event*[...], Boston, Printed at the Apollo press, 1792, 132p.

<sup>11</sup> Oda reproducida en Gerald P. Fogarty, "1892 and 1992: from celebration of discovery to encounter of cultures", *The Catholic Historical Review*, no. 79, octubre de 1993, p. 622; cita tomada de Miguel Rodríguez, *op cit.*, p. 24.

hojeada al *Kalendario manual y guía de forasteros en Madrid para el año de 1792*, nos revela el interés de la sociedad española dieciochesca por las conmemoraciones estrictamente de carácter religioso: en ninguna página de ese número se mencionan ni a Colón ni su arribo a tierra americana; los nombres que figuran para recibir honores aquel viernes 12 de octubre de 1792 son únicamente los de "Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza, S. Félix y S. Cipriano Mártires, y S. Serafín". De suerte que el *Kalendario* sólo registra una fecha conmemorativa relacionada con el continente americano para ese año, también un día 12, pero éste perteneciente al mes de diciembre y que celebra "La Aparición de Ntra. Sra. de Guadalupe de México".<sup>12</sup>

Ahora bien, en Francia sabemos que los trescientos años de la gesta colombina motivaron la organización de un concurso por parte de la Académie Française. Dicho certamen giraba en torno a la pregunta de *¿Cuál ha sido la influencia de América sobre la política, el comercio y las costumbres de Europa?*; y el premio fue otorgado al autor de un ensayo histórico en el que respondía que "una influencia muy significativa de América fue haber hecho regalo a Europa y al mundo entero, de la sífilis, la 'enfermedad vergonzosa' que muchos llamaban 'morbo gálico' o 'mal francés'".<sup>13</sup>

Asimismo en territorio británico fue evocado el Tercer Centenario, en la voz de otro norteamericano, el destacado evangelista Elhanan Winchester, durante su estancia en Londres que coincidió con el año conmemorativo.<sup>14</sup> Este precursor del Universalismo Americano, en su *Discurso sobre el Descubrimiento de América* vinculó teleológicamente el acontecimiento de 1492 con la Independencia y expansión de los Estados Unidos, planteando la hazaña colombina como un *designio* marcado en el destino del país norteamericano para constituirse en "la nación más gloriosa" y encabezar "la salvación

---

<sup>12</sup> *Kalendario manual y guía de forasteros en Madrid, Para el año de 1792*, Madrid, Imprenta Real, 1792, pp. 5-31. Esta publicación anual, fundada en 1722 por Luis Félix de Miraval y cuyos derechos adquirió la Corona española en 1769, es una guía sumamente completa de la Administración del Estado del antiguo régimen, que proporciona datos de sus órganos ejecutivos y consultivos (consejos reales, juntas), instituciones científicas y académicas y demás organismos y entidades que la monarquía española fue creando a lo largo del siglo XVIII, incluyendo referencias de los arzobispos y obispos de España y de América, la composición de los tribunales (chancillerías y audiencias), relación de reinos y provincias y partidos, además de los nombres de gobernadores, intendentes y corregidores.

<sup>13</sup> Miguel León-Portilla, "Quinto Centenario: tomar en cuenta a los otros" en *Mexican Studies/Estudios Mexicanos* 8, University of California, enero de 1992, No. 2, p. 155.

<sup>14</sup> Para 1792, Winchester ya tenía cinco años de haber llegado a Londres, donde escribió y publicó desde 1788 su obra más importante: *La Restauración Universal: Exhibida en cuatro diálogos entre un ministro y su amigo*, mejor conocida como *Diálogos sobre la restauración universal*.

universal" -argumentos esenciales de lo que más tarde se constituiría como el *Destino Manifiesto*.<sup>15</sup> En cuanto a Cristóbal Colón, el reverendo Winchester lo señalaba como uno de los fundadores olvidados de la república americana, y evocaba las virtudes del genovés y sus conflictos con los Reyes Católicos como una metáfora de rechazo a toda monarquía y aristocracia europea en América, decantándose en favor de un sistema de gobierno republicano como el que habían adoptado recientemente las antiguas Trece Colonias.

Todos los autores que han estudiado el 12 de octubre como día conmemorativo convienen en afirmar que, entre argumentos como los que hemos señalado, a lo largo del siglo XIX se fue configurando la figura épica de Cristóbal Colón en detrimento de la imagen colonialista de España. Yo también coincido con ellos, sólo que para poder entender mejor ese fenómeno me parece que es preciso detenernos un poco en la década de los veinte, a la que justamente pertenece la más famosa y exitosa obra de Washington Irving de temática colombina: *A History of the Life and Voyages of Christopher Columbus*, que vio la luz de manera simultánea en París, Haarlem, Nueva York y Londres en 1828.<sup>16</sup>

Los cuatro volúmenes que conforman esta biografía novelada del almirante genovés, fueron escritos por Irving en la capital española después de haber recibido, durante su estancia en Boston, una carta del entonces Ministro Plenipotenciario de Estados Unidos en Madrid, Alexander Everett, con fecha del 30 de enero de 1826. En dicha nota epistolar, el embajador norteamericano le ofreció a su compatriota la posibilidad de incorporarse al cuerpo diplomático estadounidense bajo la encomienda de traducir al inglés "cierta obra redactada por D. Martín Fernández de Navarrete, secretario de la Academia Real de la Historia, etc".<sup>17</sup>

Sin embargo, tras la lectura de la obra de Navarrete, que no es otra que el volumen I de la *Colección de los viajes y descubrimientos*, Irving decidió cambiar el rumbo del proyecto.<sup>18</sup>

---

<sup>15</sup> Elhanan Winchester, *An Oration on the Discovery of America. Delivered in London, October the 12th, 1792. Being Three Hundred Years from the Day on which Columbus Landed in the New World*, London, Printed for the Author and Sold by him at the Vestry of the Chapel in Parliament Court, 1792, 32 p.

<sup>16</sup> Además de esta obra biográfica sobre Colón, Irving escribió en menos de diez años otros tres libros que también hacen referencia al pasado español: *Crónica de la conquista de Granada* (1829), *Cuentos de la Alhambra* (1832) y *Leyendas de la conquista de España* (1835).

<sup>17</sup> Washington Irving, "Prólogo" a su *Historia de la Vida y Viajes de Cristóbal Colón*: cita tomada de la traducción hecha por José García de Villalta, Madrid, Imprenta de D. José Palacios, 1833-1834, T. 1, p. 19.

<sup>18</sup> Martín Fernández de Navarrete, *Colección de los viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles desde fines del siglo XV, con varios documentos inéditos concernientes á la historia de la marina castellana y de los establecimientos españoles en Indias*, Vol. I, Madrid, Imprenta Real, 1825.

Pensó que era más pertinente escribir su propia versión sobre la vida y viajes del almirante genovés, en lugar de la traducción solicitada por Everett:

Al considerar con mayor detención la materia, percibía muchos libros en varias lenguas, relativos a Colón, todos se componían de limitadas e incompletas nociones de su vida y viajes[...] Creí que una historia, fielmente compuesta de estos varios materiales, llenaría un vacío en la literatura, y sería para mi ocupación más satisfactoria, y para mi patria obra más útil que la traducción que antes me había propuesto hacer.<sup>19</sup>

Tanto para Navarrete como para Irving, la grandeza de la hazaña colombina radicaba en la osadía del genovés de lanzarse a buscar la ruta que llevara a las Indias por el rumbo de occidente. Los documentos revisados y editados por el marino e historiador español le permitían afirmar sin premura que "el origen de semejantes empresas fue buscar un nuevo camino para la India oriental, por donde traer con mayor facilidad y presteza las ricas producciones que desde muy antiguo alimentaban el lujo de los europeos".<sup>20</sup> Así como el escritor norteamericano, siguiendo a su amigo Navarrete, señalaba que "muchacha parte del éxito de esta gran empresa se debió á dos felices errores: la extensión imaginaria del Asia hacia el oriente, y la supuesta pequeñez de la tierra: errores ambos de los más doctos y profundos filósofos, pero sin los cuales apenas hubiera osado Colón aventurarse en su posterior carrera".<sup>21</sup>

Y todo indica que los lectores de ambos autores rápidamente hicieron suyas estas consideraciones, pues en su número correspondiente al 26 de septiembre de 1828, una célebre publicación madrileña reproducía la siguiente opinión:

Una cosa choca particularmente en la historia de Colon, y es que nunca su razón se hizo cargo de lo que su ingenio había descubierto[...] Sus previsiones, vivas, seguras y repentinas, su admirable inteligencia y su superior razón, le colocaban en la categoría de un grande hombre, á pesar de que en todos los juicios que formaba sobre su descubrimiento parece que iba arrastrado de locura en locura. El nuevo mundo, delirio de su ingenio, lo encontró por error, juzgando más pequeña la tierra, y prolongada el Asia hacia el E[este]: cuatro veces lo exploró con el mismo error, y murió no sabiendo una palabra de su conquista; de suerte que parecía ser el instrumento ciego de la Providencia.<sup>22</sup>

---

<sup>19</sup> Irving, *Ibid.*, p. 21.

<sup>20</sup> Martín Fernández de Navarrete, *op. cit.*, Tomo I, p. IV.

<sup>21</sup> Irving, *op. cit.*, Libro I, Cap. V, p. 107.

<sup>22</sup> *Correo Literario y Mercantil*, Madrid, viernes 26 de septiembre de 1828, núm. 33, p. 1. Éstas y otras líneas en torno al almirante genovés requirieron mucha de la tinta destinada a la tercera y última parte de un comentario a la obra de Irving, cuyo autor en ningún momento revela su nombre pero sí la lectura previa de Navarrete desde la primera ocasión. Véanse las otras dos partes en *Ibid.*: (1) miércoles 6 de agosto de 1828, núm. 11, p. 1; y (2) miércoles 24 de septiembre de 1828, núm. 32, p. 1.

Así las cosas, en estas primeras décadas del siglo XIX parecía ser ya una verdad innegable que, hasta su muerte, Cristóbal Colón creyó que las tierras a las que había arribado pertenecían al Asia, pero al mismo tiempo se daba por sentado que, al pisar tierra aquel inolvidable 12 octubre, Colón dio a conocer "un nuevo mundo". Es decir, pues, que aún sin siquiera tener la más ligera sospecha de que la costa a la que llegaba pertenecía a un nuevo continente -y además afirmándolo expresamente-, se le atribuía al genovés la hazaña del inesperado y prodigioso *descubrimiento* de América: un acto que, como diría O'Gorman, "requiere en el agente conciencia de lo que hace". Precisamente Washington Irving sería el primero en proponer una solución a este dilema, pero, ya que trajimos a colación a don Edmundo, cedámosle la palabra para que sea él mismo quien nos la explique:

Irving insinúa, pues, que en la empresa de 1492 concurre un elemento de intencionalidad que no existe en los viajes normandos y que, por otra parte, no radica precisamente en el proyecto que la animó y que opera a pesar del equívoco en que incurrió Colón al pensar que había visitado litorales de Asia. A esa misteriosa intencionalidad se debe, por lo tanto, que se siga manteniendo la idea de que, con el hallazgo realizado en 1492, América fue descubierta.<sup>23</sup>

Adjudicándole o no al Almirante de la Mar Oceánica la intencionalidad del *Descubrimiento*, la verdad es que en aquella época nadie ponía en duda que el 12 de octubre de 1492 se había "descubierto" el continente americano. En el caso de Navarrete, por ejemplo, la idea central que pervive en todos los volúmenes de su *Colección*, es que "Colón, buscando camino para la India, descubría un nuevo mundo".<sup>24</sup> Lo curioso es que a pesar de este reconocimiento a Cristóbal Colón, el título general de la obra hace referencia a *los viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles desde fines del siglo XV*: subráyese españoles y nótese la ausencia del genovés. Para Navarrete la hazaña del *descubrimiento* de América pertenece, pues, a los castellanos: sin ellos no hubiese sido posible la trascendental empresa en la que Colón tuvo un papel decisivo gracias a -y pareciera que sólo a- su "brillante equivocación".

Washington Irving también parte de la idea de que un buen día de octubre de 1492 este continente fue "descubierto", sólo que, a diferencia del historiador español, el norteamericano mantiene su atención puesta en el almirante genovés. Con el título de su

---

<sup>23</sup> Edmundo O'Gorman, *La Invención de América. Investigación acerca de la estructura histórica del nuevo mundo y del sentido de su devenir*, 3a ed., México, Fondo de Cultura Económica, 2003 (Colección Tierra Firme), p. 36.

<sup>24</sup> Navarrete, "Prólogo" al Tomo IV, *op. cit.*, 1837, p. III.

libro, de entrada, subraya la *Vida y viajes de Cristóbal Colón* y omite por completo a la Corona española. Irving era consciente de que la empresa no fue solamente del genovés, tan es así que dedicó unas páginas a los *Viajes y descubrimientos de los compañeros de Colón*, pero sin lugar a dudas el papel protagónico de la hazaña lo adjudica al personaje que biografía y a nadie más. De hecho, en su introducción al libro señala que "el objeto de la presente obra es contar los hechos y aventuras del marino que tuvo el talento de adivinar, y la intrepidez de vencer los misterios de esta profundidad peligrosa; de aquel que por su animoso ingenio, su constancia inflexible y su valor heroico, puso en comunicación los lindes de la tierra".<sup>25</sup>

Mientras el historiador español consideraba que los laureles del *Descubrimiento* pertenecen a Castilla, el norteamericano trataba de ceñirlos sobre las sienes del almirante genovés. Quizá ello explique un poco la tardanza (5 años) en traducir el libro de Irving al castellano: ¿qué prisa habría por poner a disposición de los españoles una obra que, en vez de a su patria, le adjudica a un extranjero el protagonismo de un suceso tan trascendental como es el *descubrimiento* de América? Aunque, bueno, éste no era un problema difícil de solucionar para las élites peninsulares: bastaba con girar los reflectores hacia el acontecimiento mismo para que España recuperara la parte de aplausos que le corresponden por su actuación y que Colón acaparaba gracias al enfoque del escritor norteamericano.

Justo esa es la fortuna que corrió el libro de Irving al llegar a manos españolas, incluso desde el mismo año en que la obra salió a la luz. Tan es así que en agosto de 1828, cuando acababa de publicarse "en París en cuatro tomos la traducción de la *Historia de la vida y de los viajes de Cristóbal Colon*, escrita en inglés por Mr. Washington Irving", el *Correo Literario y Mercantil* sugería que "esta obra importante, tan fecunda en recuerdos honrosos para España, merece fijar la atención de todos los españoles amantes de las glorias de su patria".<sup>26</sup> Y cinco años después nos encontramos con otra opinión emitida en el mismo sentido, esta vez en el prólogo a la traducción del libro al español a cargo de José García de Villalta,<sup>27</sup> quien dirigiéndose a sus compatriotas señalaba: "importantísima llamemos á esta

---

<sup>25</sup> "Introducción", en Irving, *op. cit.*, Libro I, p. 33.

<sup>26</sup> *Correo Literario y Mercantil*, Madrid, miércoles 6 de agosto de 1828, núm. 11, p. 1.

<sup>27</sup> Publicada en Madrid, entre diciembre de 1833 y marzo de 1834 (tomo por mes), en la Imprenta de José Palacios.

obra, por creer lo sean para los españoles todas las que tienen por objeto ilustrar la época más brillante de su historia, y la que más animadversión les ha traído de parte de los extranjeros".<sup>28</sup>

Pero lo interesante de Villalta es que además de resaltar la importancia del *descubrimiento* de América para la historia de España, confiesa la preocupación, latente para esos años, por defender y justificar la obra de los españoles en el continente americano. En varias páginas de su prólogo a la traducción del libro de Washington Irving, Villalta intentó reivindicar la imagen de su país ante los ojos extranjeros, a un grado tal que llegaría a valerse de aquella cristiana sentencia de que "el que esté libre de pecado que tire la primera piedra", pues tras subrayar las principales fallas de Francia, Gran Bretaña y Alemania, se preguntaba: "¿Qué nación no tiene en su seno malvados que detestan la justicia, y se entregan á los vicios más odiosos á la menor ocasión que para ello tienen?"<sup>29</sup>

Y al mismo tiempo, echando mano de varios anacronismos, intentaba de alguna manera justificar el genocidio que la Conquista trajo consigo:

La grande Roma ¿cómo introdujo sus artes, leyes y dominio entre las naciones bárbaras, en la época más alta de su civilización, en las fronteras mismas de su imperio, á la vista de un senado que al paso que podía exigir estrecha responsabilidad á los gefes [*sic*] que en su nombre obraron, no tenía derecho para suprimir las quejas de los agraviados, aun cuando fuesen en su desdoro? ¿Halló acaso el célebre Suetonio medio más blando y suave para la pacificación de una parte de Britania, que el de quemar vivos á cuantos sacerdotes Druidas de ambos sexos pudo haber á las manos en las florestas de Mona?<sup>30</sup>

Villalta señalaba que la misma nación que dio cuna a malvados como el "petulante Bobadilla", se la dio también a personas como el "compasivo Las-Casas", por lo tanto, "si por la madre del uno merece vituperio, es digna de gloria por madre del otro; y no hay más razón para llamarla cruel, que misericordiosa y filantrópica", pues el pueblo español no es culpable de los abusos de unos cuantos tiranos colonizadores: insinuando así, el cumplimiento de aquel españolísimo refrán que dice -en palabras de *El Quijote*- "que pagan a las veces justos por pecadores".<sup>31</sup> Y la conclusión de todos estos argumentos, vaya que no podía ser más sugerente, romántica y nacionalista: "A todo rigor, sólo podría deducirse, que

---

<sup>28</sup> José García de Villalta, "Prólogo del traductor", en Irving, *op. cit.*, Tomo I, p. XI.

<sup>29</sup> *Ibid.*, p. XV.

<sup>30</sup> *Ibid.*, p. XII y XIII.

<sup>31</sup> *Ibid.*, p. XVII.



eran los españoles de entonces más vigorosos, y que tenían los mismos vicios, con más relevantes virtudes que los hombres de otros países y de otras edades".<sup>32</sup>

Lo que parecía importar al patriotismo español no era, por tanto, ni la obra ni el objetivo central de Irving al escribirla, sino el tema del que trata: el *descubrimiento* de América y las glorias que puedan derivársele. Pero las élites españolas sabían perfectamente del prestigio del que gozaban en el extranjero tanto el romántico literato norteamericano como su *Historia*: sin lugar a dudas era lo mejor que hasta entonces se había escrito sobre Colón para el gran público, por lo que vieron en aquella obra una excelente oportunidad para hacer alarde de su glorioso pasado. Y es que a final de cuentas el libro de Irving -como cualquier otro- deja algunos hilos sueltos que, con un poco de subjetividad patriótica, bien podían ser trenzados a manera de que España se apropiara de las glorias con que inicialmente se pretendía investir al genovés por el prodigioso *Descubrimiento*.

Pero puesto que todos estos méritos eran adjudicados, ya al marino italiano o bien a la nación española, desde el punto de vista eurocentrista, considero oportuno y además necesario identificar la postura que, con respecto al magno acontecimiento del 12 de octubre de 1492, exhibían los políticos e intelectuales del México recién independizado. Acerquémonos pues, como enseñaría Miguel León-Portilla, a "la visión de los vencidos".

### UN COLÓN DISTANTE DE ESPAÑA

Precisamente los países latinoamericanos fueron los que más tardaron en editar *la Historia de la vida y de los viajes de Cristóbal Colon*. La publicación más temprana de la que tenemos noticia es la que Chile difundiría en 1850 (reeditada en 1856), mientras que la primera edición mexicana se realizó en 1853, veinticinco años después de la príncipe y veinte después que saliera el primer tomo traducido al español. Y ello puede considerarse como parte de la mala fortuna con que corrió el tema del *descubrimiento* de América -como cualquier otro que hiciera referencia a España- en la historiografía latinoamericana, producto, a su vez, de la fiebre antihispánica que se había propagado en el centro y sur del continente con los recientes procesos independentistas.

---

<sup>32</sup> *Ibid.*, p. XVIII.

A decir verdad, la segunda mitad de la década de los veinte en que apareció originalmente el libro de Irving, fue una época marcada por varios movimientos y decretos antiespañoles en México: el 18 de noviembre de 1825 tuvo lugar la rendición de San Juan de Ulúa, último reducto español; el 25 de abril del año siguiente se promulgó una ley que prohibía la entrada de los españoles a México mientras España no reconociera la Independencia nacional; en 1827 una ley del 10 de mayo impedía a todo español ocupar cargos públicos; el 3 de junio fue fusilado el padre Joaquín Arenas por participar a principios de año en una rebelión con miras a restaurar el dominio español, lo que provocó que, antes de terminar el año de 1827, el 20 de diciembre el Congreso decretara la expulsión parcial de los españoles; y ya en 1829, se emitiría finalmente el Decreto para expulsar a todos los peninsulares del territorio nacional.<sup>33</sup>

Entre esos agitados años, Carlos María de Bustamante editó dos obras sobre la época del *Descubrimiento* y la Conquista, a saber: la *Historia de la Conquista de México* de Francisco López de Gómara, "traducida al mexicano" por Chimalpahin,<sup>34</sup> y la *Historia del descubrimiento de la América Septentrional por Cristóbal Colón escrita por el R. P. fr. Manuel de la Vega*.<sup>35</sup> Esta última no es otra cosa que el primer tomo del *Apartado á la Crónica de Michoacán* de Fray Pablo Beaumont, sólo que ya con las enmiendas y mutilaciones que suelen caracterizar a todo libro que caía en manos de Bustamante para su publicación:<sup>36</sup> además de la supresión de 18 fojas, se despoja al autor de su propiedad para adjudicarla al Padre Vega, a quien únicamente se le había encargado una "copia para el Archivo de este convento de N. P. S. Francisco de México el año 1782".<sup>37</sup>

---

<sup>33</sup> Para un panorama general de México en aquella década, véanse: Emma Paula Ruiz Ham y David Guerrero Flores, *El país en formación. Cronología. (1821-1854)*, México, INEHRM, 2012, pp. 15-75; y Erika Pani (coord.), *Nación, Constitución y Reforma, 1821-1908*, vol. 3 de la serie *Historia Crítica de las Modernizaciones en México*, México, Fondo de Cultura Económica, 2010.

<sup>34</sup> Publicada en 1826 bajo el título de *Historia de las Conquistas de Hernando Cortés [por F. L. de Gómara], traducida al mexicano y aprobada por verdadera por D. Juan Bautista [Domingo Francisco] de San Antón Muñón [Chimalpahin] Quauhtlehuanitzin, indio mexicano*, México, Imprenta testamentaria de Ontiveros.

<sup>35</sup> Bustamante (ed.), *Historia del descubrimiento de la América Septentrional por Cristóbal Colón escrita por el R. P. fr. Manuel de la Vega [...] con varias notas para mayor inteligencia de la Historia de las Conquistas de Hernán Cortes [vid. ibid.]*, México, Oficina de la Testamentaria de Ontiveros, 1826.

<sup>36</sup> *Crónica de la Provincia de los Santos Apóstoles S. Pedro y S. Pablo de Michoacán*, México, Imprenta de Ignacio Escalante, 1873-1874, 5 vols. (Biblioteca Histórica de la Iberia, Tomo XV).

<sup>37</sup> Véase "Adiciones a la Biblioteca de Beristáin", en José Fernando Ramírez, *Obras históricas IV. Bibliografía y Biografía*, Ernesto de la Torre Villar (ed.), México, UNAM, 2002 (Serie Nueva Biblioteca Mexicana 145), pp. 47-49.

Pero en este caso lo que nos interesa no es tanto la obra en sí sino las intromisiones de la pluma de Bustamante, pues entre ellas hallamos algunas consideraciones en torno al arribo de Colón a tierra americana, que pueden resumirse en una nota con la que el editor definía aquel día de octubre como "el más infausto que pudiera para la América: en él se fijó su esclavitud".<sup>38</sup> Esa edición de hecho incorpora al principio una carta-dedicatoria dirigida a Melchor Múzquiz (primer Gobernador del Estado de México), en la que Bustamante expresó claramente el rechazo que, a pesar de ser hijo de un español, manifestaba hacia la Conquista y el *descubrimiento* de América. Opinión misma que a continuación citamos por no ser muy distinta de la ampliamente compartida por los indigenistas mexicanos hasta, cuando menos, mediados del siglo XIX:

[...]desde el memorable y triste día [sic] 12 de octubre de 1492 en que saltó en tierra el Almirante Cristobal Colon, y con el perdon de Castilla y el horrísono estallido de su artillería anunció en la Ysla del Salvador la ruina y total exterminio de los hijos de Hayti, hasta el 27 de septiembre de 1821 en que flotó por primera vez en México el pabellón trigarante, y comenzó a rayar la aurora de su felicidad[...]<sup>39</sup>

En la mente de los independentistas aquellos periodos encarnaban la intrusión española en territorio del Anáhuac, constituían una dolorosa interrupción en el curso de aquella gloriosa historia que sólo tras la Independencia podía continuar. Pero de la otra cara de la moneda está la postura colonialista, cuyo abanderado permanente, Lucas Alamán, en gran parte de sus escritos defendió las instituciones, así como los usos y costumbres heredados de España tras "una dominación formada por la sabiduría de tres siglos".<sup>40</sup> Para el indigenista, la hazaña del *Descubrimiento* marcaba el inicio de una triste y trágica interacción entre la península ibérica y el continente americano; mientras que para el prohispanista, Colón abrió el acceso a un régimen colonial que, enmarcado por la hegemonía social y económica de la Iglesia, había dotado de orden y prosperidad a la Nueva España: único y verdadero pasado admisible que contrastaba con el país desgastado, empobrecido y anárquico que representaba el México de la década de 1840.<sup>41</sup>

---

<sup>38</sup> *Historia del descubrimiento [adjudicada a Manuel de la Vega], op. cit.* página 18, nota 12.

<sup>39</sup> Carlos Ma. de Bustamante, "Carta Dedicatoria" a Melchor Múzquiz, 27 de septiembre de 1826, en *ibid.*, pp. II y III. Algunos autores, incluido don Juan Antonio Ortega y Medina, señalan que esta carta así como la edición son de 1836, aunque todos los ejemplares que yo he revisado de las bibliotecas mexicanas e incluso de algunas estadounidenses, están fechados en 1826.

<sup>40</sup> Lucas Alamán, *Historia de México*, México, Imprenta de Victoriano Agüeros, 1885, vol. V, p. 273.

<sup>41</sup> David Brading, *Los orígenes del nacionalismo mexicano*, México, Era, 1988, p. 111.

Desde luego que Alamán no negaba la violencia y destrucción que los conquistadores dejaron en el Continente, los comparaba incluso con los cruzados al entrar a Jerusalén, donde éstos “pasaron a cuchillo a todos los habitantes de la ciudad”.<sup>42</sup> Lo que sucede es que la Conquista representaba literalmente un viacrucis ante los ojos de don Lucas: la veía como un suceso providencial a través del cual fue posible establecer la Iglesia y difundir la fe católica en el continente americano; consideraba aquel trágico episodio como un sacrificio necesario para que los mexicanos pudieran gozar de los beneficios que traía consigo la civilización cristiana -no sólo mejorando su vida terrenal en la Nueva España sino también asegurándoles un lugar en el Reino de los Cielos. Así, en sus *Disertaciones*, vemos a Alamán subrayar constantemente que:

La conquista, obra de las opiniones que dominaban en el siglo en que se ejecutó, ha venido á crear una nueva nación en la cual no queda rastro alguno de lo que antes existió: religión, lengua, costumbres, leyes, habitantes, todo es resultado de la conquista y en ella no deben examinarse los males pasajeros que causó, sino los efectos permanentes, los bienes que ha producido y que permanecerán mientras exista esta nación.<sup>43</sup>

La discrepancia de opiniones entre Bustamante y Alamán es un claro reflejo de la actividad política e intelectual en el marco de la transición de un México recién independizado, en el que confluían las fuerzas del pasado con las del presente. Ambos exponentes, uno de la postura prohispanista y el otro de una más bien indigenista, respectivamente, nos permiten dar cuenta de la fortuna con que corrió el tema de la hazaña colombina en esa compleja sociedad que se hallaba en destrucción y al mismo tiempo en construcción, o como diría Tomás Pérez Vejo, "ante el reto de negar a la nación tradicional, para construir la nación moderna".<sup>44</sup>

Ya don Juan Antonio Ortega y Medina ha mostrado que en la historiografía mexicana del siglo XIX -hasta bien entrado el porfiriato-, las visiones negativas sobre el *descubrimiento* de América y la dominación española coinciden con las posiciones liberales así como las

---

<sup>42</sup> Lucas Alamán, *Disertaciones sobre la historia de la república mexicana*, México, Jus, 1942, t. I, p. 120.

<sup>43</sup> *Ibid.*

<sup>44</sup> Tomás Pérez Vejo, *España en el debate público mexicano, 1836-1867. Aportaciones para una historia de la nación*, México, El Colegio de México-Escuela Nacional de Antropología e Historia-Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2008, (Colección Ambas Orillas), p. 12.

consideraciones positivas con las de los conservadores.<sup>45</sup> Y de hecho, la mayor convergencia de Bustamante con la naciente tradición liberal radica en la negación del dominio español, la afirmación de la Independencia y la evocación del glorioso pasado indígena. Porque de ahí en fuera, la verdad es que Bustamante encarna posiciones definitivamente conservadoras: “era centralista, católico fervoroso y, sobre todo, defensor de la Iglesia [...] Detestaba a los radicales jacobinos, «zafios y groseros», y desconfiaba de la democracia (el pueblo es una bestia feroz e ingrata, que perdido una vez el tino y el respeto a la autoridad que lo manda no es fácil sujetarlo)”.<sup>46</sup>

De cualquier manera, lo que ahora nos interesa destacar es que hay un par de aspectos en los que la postura antihispanista concordaba inevitablemente con la colonialista. En primer lugar, podemos advertir que, como sucedía en el resto de los países occidentales, en el México recién independizado tampoco se ponía en duda que Cristóbal Colón “descubrió” América. Y por otra parte, también vemos que ambos bandos aceptaban, ya con mayores o menos matices, el genocidio que trajo consigo la Conquista. Justamente esto último, que por cierto le ha valido a España cargar por mucho tiempo con el peso de una tormentosa “Leyenda Negra”, comenzó a ser objeto de recriminación en las representaciones artísticas, historiográficas y literarias decimonónicas, donde al mismo tiempo podemos notar un interés especial por recrear los grandes momentos de las antiguas culturas indígenas, acompañado de una indiferencia casi absoluta hacia los siglos coloniales.

La temática colombina, por su parte, comenzaría a recibir una relativa atención exactamente por aquellas fechas en que Alamán daba a conocer los primeros dos tomos de sus *Disertaciones sobre la historia de la república mejicana*, entre 1844 y 1845: años previos a la intervención norteamericana en México (1846-1848) y posteriores al reconocimiento formal de la Independencia por parte de España (28 de diciembre de 1836). El primer interés considerable que notamos por el *Descubrimiento* en el México de esa primera mitad del siglo XIX, es el que motivó al Ateneo Mexicano a convocar, el 20 de julio de 1845, un concurso en honor al almirante genovés, cuya composición ganadora fue la de Eulalio María

---

<sup>45</sup> Ortega y Medina, *La idea colombina del descubrimiento desde México: (1836-1986)*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos, Dirección General de Publicaciones, 1987, 198 p. (Nuestra América, 21), 33 láms., ils.

<sup>46</sup> Enrique Krauze, *La presencia del pasado*, México, Tusquets Editores, 2005, p. 48.

Ortega del Villar, titulada *Elogio de Cristóbal Colón*.<sup>47</sup> En ésta, como en toda glorificación al genovés, el autor primero tenía que adjudicarle a Colón la *intencionalidad* de descubrir el continente americano para entonces poder elogiarlo por esa hazaña: la solución de Eulalio Ortega apuntaba que el Almirante tenía la profunda convicción de que existían unas tierras con las que podía toparse antes de llegar a oriente, "las había adivinado inteligentemente y se había lanzado a buscarlas", hasta realizar el prodigioso "descubrimiento" gracias a su valentía y perseverancia.<sup>48</sup>

Así, el autor haría todo un recuento histórico sobre la empresa colombina, subrayando las dificultades que el genovés debió superar y realzando la inteligencia e intrepidez con que enfrentó a sus enemigos, detractores y "la chusma que le acompañaba".<sup>49</sup> Planteaba que el *descubrimiento* de América y los demás viajes exploratorios de Cristóbal Colón contribuyeron de manera significativa al progreso de las ciencias: principalmente de la geografía, la astronomía y el cálculo, aunque desde luego también al de las "ciencias morales, intelectuales y políticas". Definitivamente para Ortega, el 12 de octubre de 1492 inauguró "tres siglos de progreso y mejoramiento" en todo el Mundo, una época en la cual se hicieron más adelantos que en todas las anteriores: tales beneficios a la Humanidad eran sólo adjudicados al almirante de la Mar Oceánica, con lo que el autor privaba así a los españoles de todo mérito que pudiera corresponderles.<sup>50</sup>

En esta composición premiada por el Ateneo salta a la vista el rencor hacia España: cualquier elemento que hiciera referencia a la península ibérica era criticado, ignorado o cuando menos menguado; de hecho hasta el pueblo cubano, que por entonces aún se hallaba bajo dominio español, era denostado porque "su metrópoli ha tenido buen cuidado de inocularle con una plaga que lo hace impotente para destrozarse sus cadenas".<sup>51</sup> Estamos pues, ante un auténtico "elogio" a Cristóbal Colón que además de sugerir la construcción de un monumento en honor al navegante, buscaba persuadir de la pertinencia de que el continente adoptara el nombre de Colombia en lugar del de América: "nombre que le dio un

---

<sup>47</sup> Eulalio María Ortega, "Elogio de Cristóbal Colón", presentado y premiado en el concurso abierto por convocatoria del Ateneo Mexicano de 20 de julio de 1845, Imprenta de Ignacio Cumplido, 1846, 34 p., ils. Dos décadas más tarde, el ya licenciado Ortega rubricaría con Jesús María Vázquez la "Defensa de Maximiliano de Habsburgo", en Querétaro, el 13 de junio de 1867.

<sup>48</sup> *Ibid.*, p. 15.

<sup>49</sup> *Ibid.*, p. 21.

<sup>50</sup> *Ibid.*, pp. 2-8.

<sup>51</sup> *Ibid.*, p. 17.

usurpador, fraudulento, ingrato a los beneficios de Colón, y que en retribución de sus bondades trató de quitarle la gloria de haber sido el primero en visitar las costas de la tierra firme, como lo fue en sospechar su existencia".<sup>52</sup>

En todos estos argumentos podemos notar gran influencia de Washington Irving, cuya obra definitivamente leyó en su juventud Eulalio Ortega, si bien no en la todavía pendiente edición mexicana que llegaría hasta mediados de siglo, pero sí en la traducción al castellano de 1833-1834. El propio Ortega nos confiesa su admiración por el neoyorkino, a quien consideraba como un "hijo del Continente" que vino a hacerle justicia a la memoria del "descubridor", escribiendo un exquisito y erudito libro sobre su *Vida y viajes*. De suerte que "si Colón halló en el siglo quince el Nuevo Mundo, en cuya búsqueda había consumado la mayor parte de su vida, había encontrado en el siglo diecinueve al digno historiador [Irving] que lo comprendiese y en espera del cual habían transcurrido tres centurias".<sup>53</sup>

En ese año de 1845 encontramos varias odas, narraciones y poesías destinadas asimismo a reivindicar la imagen del genovés, cuyos sentimientos y argumentos podemos verlos reflejados en estos cuantos versos sobre la "Gloria Perdida" de Colón:

[...]Ánimo, bergantín, cabalga ufano  
Y desplega [*Sic*] tus velas al azar.  
Yo bajaré el orgullo al Océano,  
Yo apagaré las furias de la mar.

Paso á Colon: de tu ligera quilla  
Un mundo arrastraré soberbio en pos;  
Yo arrojaré ese mundo á mi Castilla,  
Y esa Castilla me tendrá por Dios.  
[...]

Puertas envenenadas de espinas desgarrantes  
De corona sirvieron al pobre genoves;  
Al hombre que encontrara torrentes de diamantes  
Y campos de oro rico para alfombrar sus pies.

¡Castilla! esa madrastra á la lisonja atenta  
Con pérfida mordaza sus súplicas selló:  
Las súplicas del hombre que ahogaba la tormenta  
Y un mundo de riquezas á su cadena ató.<sup>54</sup>

---

<sup>52</sup> *Ibid.*, p. 33. Como se advierte, Ortega considera que el "descubrimiento de América" consiste en haber dado el primer contacto físico con tierra americana, luego entonces la hazaña del *Descubrimiento* no pertenecería a Colón, porque antes de él estuvieron los vikingos y Juan Caboto, que en 1479 tocó la península del Labrador (Canadá).

<sup>53</sup> *Ibid.*

<sup>54</sup> A. Hurtado, *Gloria Perdida. Recuerdo de Colón*, en *El Museo mexicano, o Miscelánea pintoresca de amenidades curiosas é instructivas*, Segunda Época, No. 1, Imprenta de Ignacio Cumplido, 1845, pp. 189-190.

En las primeras dos estrofas podemos advertir la admisión de aquel elemento que le permitía a Irving adjudicarle el título de *descubridor* a Colón: la misteriosa y contradictoria intencionalidad de encontrarse por *azar* con el continente americano, y que no radica precisamente en el proyecto que animó al almirante a lanzarse a la mar en búsqueda de las tierras de las fragancias y de las especias. Pero lo interesante de esta composición es que al mismo tiempo pone mucho énfasis en señalar "la ingratitud" con que Castilla pagó a Colón "el regalo" de un Nuevo Mundo: otro argumento que, junto con "los horrores" de la Conquista, se enarbolaba en detrimento de la figura de España y que, por cierto, Eulalio Ortega también tenía presente y calificó como "la negra ingratitud" en su *Elogio*.<sup>55</sup>

En los recuentos históricos de la época es muy común encontrar glorificaciones al genovés por sus virtudes navales al propio tiempo que acusaciones a España por su obra en América; de modo que lo más criticable de la empresa colombina para estas fechas en México, parece haber sido el hecho de que con el *Descubrimiento* abrió la posibilidad a una serie de abusos de poder por parte de los españoles, verdadero objeto de las más severas críticas. El Padre Chevalier, por ejemplo, en un ensayo publicado en *El Museo Mexicano* ensalzó el ingenio y la fuerza con que Cristóbal Colón cumplió la *misión providencial* de guiar a los españoles hasta el Nuevo Mundo, "como Moisés ante la tierra prometida"; pero no por ello justificaba la Conquista como lo hacía Alamán, al contrario, Chevalier estaba convencido de que se hubiesen evitado tantas muertes, incluso en los procesos independentistas, "si el primer pensamiento de los europeos hubiera sido civilizar á los habitantes por la educación, en lugar de explotar [*Sic*] su suelo por la violencia".<sup>56</sup>

Este fundador de los Misioneros del Sagrado Corazón condenaba así el proceder de los colonizadores en el continente americano:

La naturaleza del clima defendía bastante el suelo, castigando una parte de los invasores; algunos cadáveres que quedaban tendidos en las irrupciones, no bastaban á contenerlas; la codicia superó todo, semejante á la ciega voracidad del pescado, que vá á morder el anzuelo donde todavía está pendiente uno de sus compañeros hecho pedazos. Por otra parte, el tiempo y la costumbre acabaron de aclimatar á los más débiles ¡Cosa espantosa solo de pensarse! Un siglo de esclavitud había bastado para acabar con la mitad de la población virgen y fuerte, de todo un mundo.<sup>57</sup>

---

<sup>55</sup> Eulalio Ortega, *op cit.*, p. 32.

<sup>56</sup> Julio Chevalier [Jean Tostain], "Comercio de Negros", en *ibid.*, pp. 274-285

<sup>57</sup> *Ibid.*, p. 275.



De esta suerte, a partir de la década de 1840, en México comenzó a recuperarse la figura de Cristóbal Colón y a aplaudirse su gesta trasatlántica: se adularía sí al genovés pero separado de la Corona castellana, porque la imagen que se tenía de España en el México de aquellos años todavía era de rechazo, de rencor por su asentamiento durante tres siglos sobre el solio del legendario Anáhuac. Así que se celebraba el *descubrimiento* del continente americano por Colón, pero se recriminaba el actuar español en los procesos de conquista y colonización derivados del extraordinario suceso de 1492.

### **CRISTÓBAL COLÓN: EL ALMIRANTE DE LA PROVIDENCIA**

La recuperación de la figura de Cristóbal Colón en México caminó pareja a la que se hizo en la mayoría de los países cuyas librerías exhibieron sobre sus estantes la *Historia de la vida y viajes de Cristóbal Colón*, escrita por el neoyorkino Washington Irving. Tanto en América como en Europa, la temática colombina comenzó a ser inspiración de novelas, poesías, obras de teatro y trabajos historiográficos. Todas estas obras glorificaban, por una parte, al "gran almirante"; y por la otra, sancionaban la "ingratitude" de España hacia el genovés, así como la obra de los conquistadores en el Nuevo Mundo -aunque no con el mismo rencor que exhiben las producciones mexicanas.

El de Francia es un caso muy peculiar por la gran fascinación que despertó en sus habitantes la figura del Navegante. En territorio galo, la demanda del libro de Irving requirió catorce ediciones y, en un momento, durante el régimen de Napoleón III, se pretendió incluso reconocerlo como francés. Efectivamente, en 1841 la *Revue de Paris* anunció que el Almirante de la Mar Oceánica había nacido hacia 1441 en la pequeña localidad de Calvi, ubicada al noreste de la isla de Córcega, a orillas del mar Mediterráneo. La desconcertante noticia se fundaba en el supuesto hallazgo del acta de bautismo de Colón en la parroquia de la localidad, una aseveración que bien pudo haber sido inventada por razones políticas, pues 1841 era justo el año en que se cumplía y podía festejarse el 400 aniversario del natalicio del almirante, ahora "corso" y, fortuitamente, "paisano" del gran Napoleón Bonaparte.<sup>58</sup>

---

<sup>58</sup> Véase Consuelo Varela, "Colón en la Francia decimonónica", en Eloy Arias Castañón, María Elena Barroso, María Parias Sainz de Rozas y María José Ruiz (coords.), *Comunicación, Historia y Sociedad: Homenaje a Alfonso Braojos*, Universidad de Sevilla-Ayuntamiento de Sevilla, 2001, pp. 209-225.

Este intento francés de “nacionalizar” al *descubridor* de América, aunque ciertamente no prosperó, es una muestra palpable de la importancia que Cristóbal Colón comenzaba a adquirir para mediados de siglo en el mundo occidental. También en México este interés siguió creciendo. Hacia 1850 Juan Cordero dedicó a la Academia de México una pintura de gran formato, en la que representó a *Cristóbal Colón en la Corte de los Reyes Católicos*.<sup>59</sup> En 1853 se editaría por primera vez en este país la *Historia* de Washington Irving. Y justo antes de terminar ese año, aparecería un revelador artículo que Joaquín García Icazbalceta escribió sobre el genovés para el *Diccionario Universal de Historia y de Geografía*, la ambiciosa obra enciclopédica que recopila en diez extensos tomos gran cantidad de la información conocida hasta aquellos años sobre la historia, la geografía y las tradiciones culturales de la República mexicana.<sup>60</sup>

García Icazbalceta fue un historiador, filólogo y bibliógrafo muy reconocido en su tiempo, un hombre cuyo gran prestigio lo llevaría, en 1892, a formar parte fundamental de la delegación mexicana enviada a España para participar en la conmemoración de los cuatrocientos años del *descubrimiento* de América. Pero cuando apareció su biografía de Colón en el tomo II del *Diccionario Universal*, publicado casi cuatro décadas antes de las fiestas centenarias, la recuperación de la figura del genovés comenzaba apenas a tomar fuerza. De modo que el ensayo de don Joaquín García Icazbalceta da cuenta de una fase muy importante de ese proceso cuyo análisis hemos emprendido: el de construcción de la imagen idílica del Navegante y su paso por países como México.

La reconstrucción biográfica que García Icazbalceta hizo de Colón, si bien se nutre de lo escrito por sus predecesores, tiene una marcada influencia de tres autores en particular: Fernando Colón, Bartolomé de las Casas y Washington Irving. Esta ascendiente es reconocible a partir de su señalado providencialismo y las frecuentes citas que reproduce de tales autores. Joaquín García Icazbalceta ofrece una imagen en la que Cristóbal Colón aparece como “el instrumento” del que se valió la Providencia para llevar a cabo sus designios divinos en el continente americano: “Dios, que no desdeña el servirse de medios

---

<sup>59</sup> Óleo sobre tela, 181 x 242,5 cm, Museo Nacional de Arte, CONACULTA-INBA, México, 1850.

<sup>60</sup> Joaquín García Icazbalceta, “Colón (Cristóbal)”, en Lucas Alamán, Manuel Payno, Guillermo Prieto, Justo Sierra, et al., *Diccionario Universal de Historia y de Geografía*, México, Tipografía de Rafael, 1853, t. II, pp. 411-448.

humanos, escogió a un hombre para mensajero de la civilización y de la verdadera fe".<sup>61</sup> La interpretación providencialista de lo acontecido aquel buen día de octubre de 1492 permitía al biógrafo absolver a Colón de todos sus errores, fracasos, ambición y codicia. Pero al mismo tiempo le daba todas las herramientas para engalanarlo con las más altas virtudes -como inteligencia, fuerza, perseverancia, rectitud- y adjudicarle una fe ciega e inquebrantable: dignidades mismas que, a final de cuentas, hacían del Almirante de la Mar Oceánica un auténtico "hombre elegido para instrumento de esta segunda creación".<sup>62</sup>

García Icazbalceta se preocupa por presentar a Cristóbal Colón como el protagonista de la hazaña del *descubrimiento* de América. No tenía empacho en admitir que "el primero que la descubrió fue un marinero llamado Rodrigo de Triana", en tanto fue el primero en avistar la costa de la isla de Guanahaní; pero también daba por sentada la versión según la cual el genovés había visto antes, desde la noche anterior, la luz de "una antorcha que alguno llevaba en las manos", con lo que reconocía a Colón el mérito del *descubrimiento* y justificaba el que haya sido él, y no Triana, quien reclamara los diez mil maravedíes de recompensa que habían prometido los Reyes Católicos al primero que divisara tierra.<sup>63</sup> Icazbalceta de hecho, diluye la participación en la hazaña de todos los compañeros de Colón, a quienes no considera más que como unos simples "hombres vulgares, sólo buenos para estorbar a los espíritus superiores y que sólo acatan la inspiración del cielo cuando sus groseros sentidos la ven y palpan en sus grandiosos resultados".<sup>64</sup>

En general, todo el ensayo de García Icazbalceta gira en torno a la consideración de que entre todos sus compañeros, coterráneos y contemporáneos, Cristóbal Colón fue "escogido por el Señor para tan alta empresa"; "él ignoraba los medios, pero Dios los conocía, y eso bastaba".<sup>65</sup> Bajo esta concepción de la historia, determinada por designios trascendentales, la intención humana queda reducida a una simple herramienta de la que la Providencia se aprovecha para cumplir sus proyectos: sin importar lo que el genovés haya pretendido alcanzar al zarpar del puerto de Palos -la ruta de occidente a Catay y Cipango-, Dios hizo que "descubriera" un nuevo continente; el Almirante "descubrió" América sin percatarse de

---

<sup>61</sup> *Ibid.*, p. 448.

<sup>62</sup> *Ibid.*, p. 423.

<sup>63</sup> *Ibid.*, p. 422.

<sup>64</sup> *Ibid.*, p. 423.

<sup>65</sup> *Ibid.*, p. 426.

ello y sin llegar a saberlo nunca, es más, sin siquiera haberlo sospechado ni el último día de su vida. En este sentido, Cristóbal Colón llevó a cabo, sin darse cuenta, un plan que "venía de Dios, y á Dios debía volver": la Providencia utilizó el proyecto inicial de Colón para hacer llegar los beneficios de la fe cristiana a una tierra que hasta entonces había sido privada de ellos; el prodigioso *Descubrimiento*, por consiguiente, "no fué efecto de una casualidad sino obra de una inspiración del cielo".<sup>66</sup>

Esta simplificación de la *intencionalidad del sujeto*, García Icazbalceta trataría de salvarla apelando a lo que él consideraba "la cualidad más notable del carácter de Colón", a saber: "el sentimiento religioso, que vivificaba en su purísimo fuego todas las demás prendas de su alma". En efecto, según el historiador, el almirante genovés tenía "profundamente arraigada en su espíritu la convicción de ser él mismo un instrumento de la Providencia para llevar á cabo sus más altos designios", por lo que se atrevió a lanzarse al mar desafiando los más grandes peligros y sin importarle la opinión de sus críticos.<sup>67</sup> Pero este planteamiento no es producto genuino de la mente de don Joaquín, lo tomó -como muchos otros- directamente de Washington Irving, quien había señalado que: "Se mezclaba con sus meditaciones [de Cristóbal Colón] un profundo sentimiento religioso, que las matizaba á veces de superstición; pero de una superstición grandiosa y sublime, mirándose como instrumento del cielo, escogido entre los hombres y las generaciones para cumplir sus altos designios".<sup>68</sup>

Así, Cristóbal Colón aparecía como el legítimo y único "descubridor" de América, aunque no haya sido en virtud de los propósitos y convicciones que inicialmente animaron su empresa: como *Instrumento elegido* por Dios para realizar la trascendental hazaña -y persuadido de su condición privilegiada-, satisfizo la *intencionalidad divina* de que el Nuevo Mundo fuese "descubierto". Y es que, después de todo, para don Joaquín García Icazbalceta: "Los grandes hombres no son más que ciegos instrumentos de que la Providencia se vale para llevar á cabo sus designios: adoremos, sin embargo, la inspiración divina, donde quiera que alcancemos á descubrirla, y no neguemos el tributo de nuestra admiración y respeto á los hombres privilegiados que fueron dignos de la elección de DIOS".<sup>69</sup>

---

<sup>66</sup> *Ibid.*, p. 443.

<sup>67</sup> *Ibid.*, p. 448.

<sup>68</sup> Irving, *op. cit.*, Libro I, Cap. V, p. 109.

<sup>69</sup> *Ibid.*, p. 448.

García Icazbalceta había nacido en México en 1825 y, cuando el momento lo requirió, se unió al bando mexicano para defender a su país en la guerra contra Estados Unidos.<sup>70</sup> Pero a los cuatro años de edad, había tenido que emigrar a España con su familia, obligada a salir de territorio nacional por la ley de expulsión de españoles emitida en 1829. La cercanía con la tierra de sus padres influiría en sus ideas y en sus escritos. Es muy difícil que España vuelva a encontrar un apologista con la seriedad, la constancia y la pasión con que don Joaquín defendía la obra de su segunda patria en el continente americano. Mientras que su retrato de Colón, pintado sobre el lienzo del conservadurismo –postura política que abrazó García Icazbalceta– y enmarcado por el catolicismo que profesó, como bien señalaría Ortega y Medina, "se va a convertir en bosque comunal en donde poetas, oradores e historiadores de ocasión van a acudir en busca de información e incluso, en unos cuantos casos, de auténtica inspiración".<sup>71</sup>

La versión que García Icazbalceta ofrece de Cristóbal Colón es religiosa y providencialista, pero en otras latitudes hubo quien llegó incluso a proponer su beatificación. Efectivamente, en Europa, desde 1845 el erudito conde francés Antoine-François-Félix Roselly de Lorgues se dedicó en cuerpo y alma a promover el ascenso del Almirante de la Mar Océánica a los mismísimos altares cristianos. Ésta fue una iniciativa que surgió directamente del Vaticano con el Papa Pío IX, quien era franciscano, como los frailes que habían ayudado a Colón, y quien en 1823 había visitado el continente americano como asesor del Delegado Apostólico en Chile, monseñor Giovanni Muzi.

Pío Nono encomendó a Roselly la elaboración de una biografía que pusiera de manifiesto ante la Sagrada Congregación de Ritos, los méritos que ostentaba el genovés para su beatificación. Dicha campaña santificadora era alimentada en buena medida por el significado, en griego, del nombre Cristóbal (*Χριστοφορος*), tan difundido desde el siglo XIII gracias a la *Legenda aurea* de Santiago de la Vorágine. *Christóforos* en castellano quiere decir "portador de Cristo": cuyo sentido simbólico es aquel que lleva a Cristo en el alma, pero que, en un intento por dotar de corporeidad a lo espiritual, iconográficamente da lugar a la figura de un Cristóbal que lleva a Jesucristo sobre su espalda.

---

<sup>70</sup> Participó el 8 de septiembre de 1847 en la batalla de Molino del Rey.

<sup>71</sup> Juan Antonio Ortega y Medina, *op. cit.*, p. 28.

De tal suerte, la escena en que el pintor flamenco *El Bosco* representó a *San Cristóbal mártir* cargando al niño Jesús sobre sus hombros para ayudarlo a cruzar un río,<sup>72</sup> no se alejaba mucho de la imagen de un *San Cristóbal Colón* llevando a Cristo por todo el Atlántico hasta llegar al continente americano. Ambos aparecen como *elegidos* para cumplir con la misión de transportar al hijo del *Creador* -que a la vez es Dios-; los dos aparecen dotados por la Providencia de cualidades extraordinarias para poder cumplir con su misión (uno gigante por su estatura y el otro por su genio). Si uno figura llevando a Cristo sobre sus hombros, el otro bien podría hacer lo mismo en su carabela, de cualquier manera ambos lo llevaban en los labios por la predicación de su nombre y en el corazón por el amor que le profesaban.

El conde Roselly de Lorgues inició la batalla por la beatificación de Cristóbal Colón con su libro *La Croix dans les deux mondes, ou la Clef de la connaissance* (1845). En esta obra sostuvo que el *descubrimiento* de América había constituido nada menos que la misión providencial encomendada al genovés de "llevar la cruz al través de la mar *Tenebrosa*" para clavarla en las misteriosas orillas del Nuevo Mundo y "anunciar con su palabra dulce y edificante" la *Salvación* de los habitantes de aquellas tierras, hasta entonces condenados a "arder en las llamas del infierno". Éste es el primer paso de una incesante labor de defensa y glorificación de la imagen y obra de Colón: un "santo varón" ante los ojos del conde francés que, sin embargo, había sido calumniado y criticado por todos en vida y relegado al olvido a partir de su muerte.

Después de su traducción a varios idiomas, *La cruz en los dos mundos* sería comentada y ampliada por el propio Roselly en dos nuevos volúmenes, los que conforman su más famosa obra: *Christophe Colomb, histoire de sa vie et de ses voyages d'après des documents authentiques tirés d'Espagne et d'Italie*, un libro ricamente ilustrado que obtuvo gran éxito en todos los países católicos europeos, desde el mismo año de 1856 en que salió a la luz. Para Roselly de Lorgues, Cristóbal Colón había sido guiado por Dios y auxiliado por la Santa Sede y el clero católico en su magna empresa, teniendo su viaje como única meta la propagación del Evangelio y la conversión de los americanos. Pero consideraba que esa misión providencial había sido "*défiguré*" –desfigurada– principalmente por los trabajos de "el genovés Giambattista Spotorno [1819], el americano Washington Irving [1828], el

---

<sup>72</sup> *San Cristóbal*, óleo sobre tabla, 113 cm x 71.5 cm, ca. 1504-1505, actualmente en el Museo Boymans van Beuningen de Róterdam (Países Bajos).

español don Martin Fernández de Navarrete [1825] y el ilustre prusiano Alejandro Humboldt [1836]", a quienes por consiguiente se propuso rebatir.<sup>73</sup>

Del primero, Roselly diría que "tomó la pluma por orden del cuerpo decurional [la aristocracia] de Génova"; de Navarrete afirmaba que lo hizo "por orden de la Corte de España"; mientras que el neoyorkino, a su parecer, se animó a escribir la biografía de Colón por la ambición de "ganar la corona literaria que le prometían sus victorias anteriores"; así como de Humboldt decía que únicamente había escrito sobre el genovés "para poner un sello inmortal á su viaje por las regiones equinocciales". Ante los ojos del Conde de Lorgues, Spotorno y Navarrete "no han hecho más que disertar", é ir "acumulando laboriosamente materiales" con los que Humboldt e Irving construyeron sus Historias, pero la posición oficial de los dos primeros y la fama de los segundos "han dado á sus fallos una fuerza extraordinaria, imponiendo sus errores á nuestros contemporáneos, y engañándolos con sus engaños".<sup>74</sup>

En realidad lo que Roselly criticaba de la historiografía colombina era simplemente el hecho de situar la gran hazaña de 1492 en el plano terrenal, el sustraer al *Descubrimiento* de los planes de Dios y con ello negar la inspiración divina de Cristóbal Colón. Aunque desde luego las obras que más aborrecía el Conde eran las de pluma protestante, en este caso Irving y Humboldt, a quienes recriminaba porque debido "a los obstáculos que oponen sus creencias", no lograban comprender ni el carácter ni la misión divina de Cristóbal Colón.<sup>75</sup> Así, por ejemplo, aunque la *Historia de la vida y viajes de Cristóbal Colon* abunda en elogios para el Almirante de la Mar Oceánica, el éxito de la empresa termina por ser adjudicado a Colón y no a Dios; y eso no es todo, con base en los documentos publicados por Navarrete, Irving narró el suceso señalando las verdaderas intenciones del genovés al iniciar su travesía y admitiendo, por consiguiente, los "felices errores" en que incurrió a la hora de planear el viaje: cosa verdaderamente inconcebible para el religioso francés puesto que "la Providencia guió el pensamiento de Colón" en todo momento, y Dios, dentro de su perfección, no puede equivocarse.

---

<sup>73</sup> Roselly de Lorgues, "Introducción", en *Historia de Cristóbal Colon y de sus viajes: escrita en Francés según documentos auténticos sacados de España é Italia*, trad. de Mariano Juderías, 2ª ed., Cádiz, Imprenta y Litografía de la Revista Médica, 1858, vol. I, p., XLVI.

<sup>74</sup> *Ibid.*

<sup>75</sup> *Ibid.*, p. XLVII.

Por su parte, Alexander von Humboldt sería criticado por el conde Roselly, simple y sencillamente porque, como diría O’Gorman, su tesis encarna "la contrapartida de los designios divinos del providencialismo cristiano".<sup>76</sup> El barón de Humboldt, digno partidario de la concepción idealista de la historia, concebía la hazaña del *Descubrimiento* como parte de los lentos pero seguros avances científicos que, al ir conquistando "la verdad acerca del cosmos", terminarían por dotar al hombre de una visión "absoluta" de la realidad, a partir de la cual podría entonces hallar su plenitud. El Colón humboldtiano aparece, por tanto, como un *instrumento* sí, pero no de la Providencia, sino de la teleología inherente y fatal del devenir histórico: Humboldt, al igual que Las Casas, García Icazbalceta y el mismo Roselly, cancelaba las intenciones y creencias personales del genovés, reduciéndolas a simples *herramientas* para la satisfacción de una *intencionalidad suprema*; sólo que en este caso el significado trascendental de lo hecho por Colón reside en su calidad de *instrumento* para el cumplimiento de los *designios*, no de Dios, sino de la historia.<sup>77</sup>

En el planteamiento rosellyano, Irving y Humboldt aparecen como blasfemos y su "más grave pecado" radica en la consideración de que el *descubrimiento* de América tuvo lugar gracias al progreso de las "ciencias náuticas":

Sus biografías de Colon están escritas en un orden de ideas preconcebidas, y solo con el auxilio de la filosofía humana; no atribuyen al acontecimiento que duplicó el mundo un carácter sobrenatural; no hallan en él ni un día señalado por el dedo de Dios, ni la ejecución de un mandato del eterno [...] prefiriendo así dar al compás y al astrolabio lo que quitan á la bondad del todopoderoso, admitir en el ingenio humano los milagros que rehúsan al cielo, ceder á la criatura lo que niegan al creador.<sup>78</sup>

Y es que todo mérito adjudicado a la ciencia iba en detrimento de la causa de la que el Conde de Lorgues era postulador oficial. Para poder lograr la beatificación del Almirante no era suficiente con hacer alarde de sus grandes conocimientos sobre la navegación, porque entonces sólo quedaría como un gran marinero; había que indicar que tales conocimientos, en vez de ser aportados por las ciencias, fueron colocados directamente por la mano de "el Creador" en la mente de ese genovés quien, antes que navegante, era "heraldo de la cruz". Según Roselly, el mismo Cristóbal Colón "se creía un instrumento de Dios", pero los autores

---

<sup>76</sup> O’Gorman, *Invención*, p. 40.

<sup>77</sup> Alexander von Humboldt, *Cosmos. Ensayo de una descripción física del mundo*, Madrid, Cosmos. Ensayo de una descripción física del mundo, Madrid, Imprenta de Gaspar y Roig, 1874, 4 vol, 1874, 4 vols.

<sup>78</sup> Roselly, *op. cit.*, p. XLVIII.



que tomaron la pluma para escribir sobre él no habían hecho más que ensombrecer su "grandeza apostólica":

rechazan la superioridad de aquel predestinado [Colón], lo despojan de su elevación de espíritu, para semejarlo al resto de los hombres, estudian el modo de empequeñecerlo y achicarlo á su medida, lo adornan con sus sentimientos, con sus miras, y sus instintos; lo juzgan por su corazón, y temerosos de que resalten en la majestad de su persona algunos indicios de grandeza, le buscan no solo imperfecciones, sino defectos y hasta vicios.<sup>79</sup>

Ante la necesidad de exhibir a Colón como un "santo varón", Roselly terminaría por sacrificar el libre albedrío de su héroe para así sustraerlo de todo pecado que pudiese haber cometido, ya sea que fuera "de pensamiento, palabra, obra u omisión". No dudaría, por tanto, en casar oficialmente al Almirante con "doña Beatriz Enríquez, de Córdoba", la madre de su hijo Hernando. Efectivamente, el erudito francés utilizó numerosas páginas para intentar persuadir al lector de que la boda se llevó a cabo; llegó a argumentar incluso que el acta de este sacramento había corrido con la misma suerte que la fe de bautismo del genovés: se había extraviado. Pero además de refutar "los amores ilícitos" entre ambos, rechazaba que Beatriz Enríquez "fuese plebeya", así como también negaba "su embarazo cuando llegó el mensaje del rey de Portugal" y "la pasión de su marido por ella, como único medio de detenerlo en España".<sup>80</sup>

El 2 de julio de 1866 se firmó en Marsella la primera petición para canonizar a Cristóbal Colón, apoyada por varios religiosos, entre los que cabe destacar al arzobispo de Burdeos, cardenal Donnet y al arzobispo de Génova, monseñor Andrea Charvaz –quienes también apoyarían la segunda iniciativa presentada tres años más tarde durante la celebración del Concilio Vaticano I. Mientras las petitorias eran analizadas, el conde Roselly preparaba otro libro para sumarlo a su campaña y tratar de atraer más adeptos. Este texto fue publicado en París hacia 1874 bajo el título de *L'ambassadeur de Dieu et le Pape Pie IX*, en el que su autor bosquejó escrupulosamente los rasgos que, desde su punto de vista, marcaron la "vida santa" de Cristóbal Colón: desde vocación, noviciado, pobreza, castidad y humildad, hasta la realización de "milagros en vida" y las coincidencias entre la "resurrección de su gloria" y el papado de Pío IX.

---

<sup>79</sup> *Ibid.*

<sup>80</sup> *Ibid.*, p. LX.

En octubre de 1877 fue emitida la resolución que calificó la beatificación del genovés como una postulación "con falta de fundamentos", debido principalmente a la existencia demostrada de un hijo ilegítimo del navegante, don Fernando Colón; a lo que se sumaría la prematura muerte del Sumo Pontífice en febrero del año siguiente. Ante estos duros golpes que sufrió la causa de elevar a Colón a los altares, la labor de Roselly se fue tornando en una campaña casi obsesiva que bien podemos advertir con tan sólo leer los títulos de sus libros posteriores: *Satan contre Christophe Colomb ou la prétendue chute du serviteur de Dieu* (1876), *Les deux cercueils de Christophe Colomb* (1882), *Christophe Colomb Serviteur de Dieu, son Apostolat, sa Saintité* (1884), hasta llegar a su última obra titulada *Histoire Postume de Christophe Colomb* (1885).

El esfuerzo de Roselly fue secundado por otros autores europeos. Desde Italia, por ejemplo, Giuseppe di G. B. Baldi publicó *La glorificazione del genio cristiano: sentimenti dell'episcopato ed una postulazione inedita [...] per la causa di beatificazione dell'incomparabile servo di Dio Cristoforo Colombo* (Génova, 1879), y entregó al papa León XIII "un álbum con 466 adhesiones episcopales, que aumentaron en 1885 a 627".<sup>81</sup> El famoso escritor francés, Léon Bloy, asimismo se entusiasmó con la idea contribuir a la causa de canonización del Almirante de la Mar Oceánica y publicó *Le Révélateur du globe. Christophe Colomb et sa béatification future* (1884), un libro que básicamente se planteaba como un comentario sostenido y exhaustivo de las tesis centrales de Roselly de Lorgues. Incluso en España esta campaña santificadora tuvo adeptos y una gran repercusión, misma que es puesta en evidencia por obras como: *Cristóbal Colón. El héroe del catolicismo*, de Baldomero Lorenzo y Leal (1885), o el tardío discurso sobre la *Influencia del Espíritu cristiano en el ánimo de Cristóbal Colón para la realización de su empresa*, pronunciado por Francisco Rubio y Contreras en el tercer Congreso Católico Nacional Español, celebrado en Sevilla en 1892.

Donde la historiografía positivista descartaba los milagros, Roselly y sus seguidores multiplicaban los prodigios y acentuaban las coordenadas de lo insólito para enaltecer a Colón, no como el marinero que "descubrió" por ciencia o casualidad el continente

---

<sup>81</sup> Salvador Bernabéu Albert, "El Centenario interminable. Contenidos ideológicos y culturales del IV y V Centenario de 1492", en Gerhard Wawor y Titus Heydenreich (eds.), *Columbus 1892/1992: Heldenverehrung und Heldendemonstration*, Frankfurt, Vervuert, 1995, p. 12.

americano, sino como el "Santo profeta" que siguió un guión preestablecido y llegó a protagonizar una *revelación divina*. Esta versión religiosa -católica- de la hazaña colombina, vino a dotar de cualidades santas a la imagen de ese gran almirante que, desde el último cuarto del siglo XVIII, se fue enarbolando con características que lo distanciaban de España y lo acercaban a las nuevas repúblicas americanas.

Los rumbos por los que ha sido llevada la figura de Cristóbal Colón son el nítido reflejo de las variaciones que la *idea* misma del *descubrimiento* de América ha experimentado a lo largo de este tiempo. Todas esas ideas, debates incluidos, ayudaron a la construcción de aquella imagen idílica del "Gran Almirante" que llegó al IV Centenario del acontecimiento por el que se le atribuye el *descubrimiento* de este continente. De hecho, la figura romántica de Colón y los sentimientos que en torno a ella se fueron aglutinando hicieron posible la conmemoración de dicho aniversario: más allá de celebrar el suceso de aquel histórico 12 de octubre, lo que en principio se buscaba honrar en 1892 era la memoria del personaje considerado como el protagonista de ese acontecimiento trascendental.

España, por tanto, para poder encabezar las celebraciones centenarias tendría que derribar el pedestal sobre el cual se fue elevando a Cristóbal Colón, sobre todo al avanzar la centuria decimonónica. Las élites peninsulares debían desnudar la imagen de ese navegante que, dotado de las más nobles y elevadas virtudes, había seducido a propios y extraños, a europeos y americanos, tanto a religiosos como a seculares. Hamid Yaqouti, tras analizar la historiografía colombina producida en Europa desde 1492 hasta 1992, muestra cómo, hacia el último tercio del siglo XIX, se publicaron más obras que en todos los años anteriores.<sup>82</sup> Aunque nosotros debemos añadir que este entusiasmo no se limitaba exclusivamente al Viejo Continente ni se percibe sólo en el ámbito historiográfico; basta con dar un vistazo a la estatuaria de algunos países para percatarnos de que, para esas fechas cercanas a 1892, la simpatía por el Almirante de la Mar Oceánica se extendía ya con gran pompa por todo el mundo occidental.

Así, por ejemplo, hoy podemos ver en Lima, Perú, la Estatua de Cristóbal Colón que presumiblemente parece ser el primer monumento erigido en honor al genovés en una plaza pública: fue un diseño de Salvatore Revelli y se inauguró en 1860. Dos años después

---

<sup>82</sup> Hamid Yaqouti, "Christophe Colomb: une historiographie vivante (1492-1992)", en *Revue Historique*, T. 300, Fasc. 4 (608), octubre-diciembre de 1998, pp. 765-793.

serían develadas otras dos estatuas de Colón: una en su natal Génova; y la otra en Cárdenas, municipio de la provincia de Matanzas, Cuba (26 de diciembre de 1862). Una década más tarde, en Filadelfia se financió un monumento del Almirante por el Centenario de la Independencia en 1876. Y al año siguiente dos más en territorio latinoamericano: el primero está ubicado en el Paseo de la Reforma, de la Ciudad de México; mientras el segundo en la calle Brasil de Valparaíso, en Chile.<sup>83</sup> Hacia 1882 en Francia, la Liga de Patriotas consiguió, por Decreto presidencial del 6 de agosto, que se ordenara erigir la abundante colección de esculturas del almirante que adornan las plazas y parques del territorio galo; y ya para el 1 de junio de 1888, sería levantada la famosa estatua que se encuentra en la plaza del Portal de la Pau, en Barcelona.

---

<sup>83</sup> Para una descripción detalla y ampliamente comentada de la escultura develada en México hacia 1877 (autoría de Charles Cordier y donada por Antonio Escandón), puede leerse Luis García Pimentel, *El monumento elevado en la ciudad de México á Cristóbal Colón: descripción é historia*, México, Imprenta de Francisco Díaz de León, 1879, 23 p.

## II. UNA CONMEMORACIÓN DE RELEVANCIA TRASATLÁNTICA

En los albores del IV Centenario del *descubrimiento* de América, varios eran los autores que opinaban, como el escritor español Juan Valera, que "a la moda de las exposiciones sucedió, no hace mucho tiempo, la de los centenarios: algo como mundanas y populares apoteosis, culto y adoración de los héroes".<sup>1</sup> Y es que España no podía estar exenta de aquel fenómeno al que en la introducción a esta investigación nos referimos y señalamos como uno de los cambios más relevantes y significativos del nacimiento de la modernidad en el mundo occidental: la laicización de los rituales conmemorativos que fueron desplazando a los santos y las celebraciones religiosas hasta terminar por consagrar a héroes y figuras civiles en los calendarios festivos.

El primer Centenario que se organizó en territorio español parece ser el dedicado a celebrar, en 1876, el CC aniversario del natalicio del padre Benito Jerónimo Feijoo, considerado el más grande filósofo de lengua española del siglo XVIII y uno de los más famosos miembros de la llamada Primera Ilustración en España (1737-1760). Este evento marca el inicio de una serie de homenajes que reflejan aquella parte fundamental de la tradición española en la que vemos confluir el conservadurismo católico con el nacionalismo moderno, producto, a su vez, de un largo proceso de adaptación del estereotipo nacional a los principios católicos y monárquicos conservadores, inaugurado con el célebre Concordato de 1851.<sup>2</sup>

Efectivamente, a la conmemoración de los cuatrocientos años del *descubrimiento* de América le precedieron varias celebraciones centenarias, todas ellas organizadas en honor a personajes que ostentan un gran prestigio y, por tanto, enaltecen la imagen de España en el ámbito internacional. Dentro de aquellos españoles homenajeados antes del año de 1892 encontramos algunos que si bien la Iglesia católica puede reclamar como iconos suyos,

---

<sup>1</sup> Juan Valera, "Introducción" a *El Centenario*, en *Obras Completas*, vol. III, Madrid, Aguilar, 1947, p. 999.

<sup>2</sup> Para los conservadores españoles de la primera mitad del siglo XIX, la identidad nacional era una invención "diabólica" del racionalismo que pretendía arrebatar la soberanía a los monarcas, considerados como absolutos representantes de Dios en la Tierra: el Concordato de 1851 consagró la reconciliación de la Iglesia con el régimen liberal moderado; pero sería hasta con la segunda generación romántica que -gracias a el Duque de Rivas y sobre todo a José Zorrilla- la idea de nación se fue haciendo más aceptable en los ambientes conservadores; hasta que Marcelino Menéndez Pelayo terminaría por moldear la construcción intelectual del nacionalcatolicismo, planteando que España posee una personalidad cultural distinta a la del resto de Europa e identificada con la tradición católica. Al respecto, véase José Álvarez Junco, *Mater dolorosa: la idea de España en el siglo XIX*, Madrid, Editorial Taurus, 2001, Tercera Parte: "La opinión conservadora entre religión y nación".

innegablemente encarnan al mismo tiempo -como el propio Feijoo- los rasgos más distintivos y destacados de la cultura española, cuyos cimientos en buena medida descansan sobre el terreno de las letras.

Así tenemos, pues, que en 1881 se festejó un Centenario en honor al escritor barroco del Siglo de Oro, Pedro Calderón de la Barca, tan famoso hasta la fecha por su destacada obra teatral. Al año siguiente: el de Bartolomé Esteban Murillo, figura central de la escuela sevillana y el pintor barroco español mejor conocido y más apreciado fuera de su país; y el de Santa Teresa de Jesús, célebre por su poesía lírico-religiosa que le valió figurar en el *Diccionario de autoridades* de la lengua castellana (primer diccionario editado por la R. A. E. entre 1726 y 1739). En mayo de 1884 se celebró el Centenario del escritor y político español Diego de Saavedra Fajardo, quien llegó a ser caballero de la Orden de Santiago y representante de España en los Estados Pontificios y en las conferencias de Münster (1643).

Antes de terminar 1884 se festejó también el natalicio de Álvaro José de Navia Osorio, el Marqués de Santa Cruz de Marcenado que participó en la Guerra de Sucesión española y creó el Regimiento de Asturias (aún hoy existente), además de escribir el tratado *Reflexiones Militares*, mundialmente reconocido como obra fundamental de la ciencia bélica, en la que se apoyaron grandes estrategias militares como José de San Martín y el mismo Napoleón Bonaparte. A trescientos años de su muerte, el primer marqués de Santa Cruz de Mudela, Álvaro de Bazán y Guzmán, recibió un homenaje en 1888 que lo recordó como caballero de la Orden de Santiago y uno de los más grandes marinos que ha dado España. Y ya en 1891, se llevaría a cabo una celebración en honor a la memoria de Juan de Yepes Álvarez, mejor conocido como San Juan de la Cruz (1542-1591), y nombrado, a partir de 1952, patrono de los poetas en lengua española debido al gran prestigio que sus obras literarias han ostentado a lo largo de los siglos.<sup>3</sup>

Como se advierte, la España que conmemoró el CD aniversario de la hazaña colombina ya estaba bien familiarizada con las conmemoraciones centenarias. De hecho, el propio Juan Valera nos confirma que llegó el año de 1892 "hallándose esta moda [de los Centenarios] en

---

<sup>3</sup> Para tener una idea de las repercusiones políticas y culturales de estas celebraciones: *Cfr.* Solange Hibbs-Lissorgues, "Los centenarios de Calderón de la Barca (1881) y Santa Teresa de Jesús (1882): un ejemplo de recuperación ideológica por el catolicismo integrista", en Francis Cerdan (ed.), *Hommage à Robert Jammes*, vol. II, Toulouse, Presses universitaires du Mirail, 1994, pp. 545-552; y José Carlos Torres Martínez, "El proyecto político-cultural del segundo centenario de Calderón (1881)", en Alfonso Bullón de Mendoza y Luis E. Tigores (coords.), *Cánovas y su época*, Madrid, Fundación Cánovas del Castillo, 1999, pp. 883-897.

todo su auge".<sup>4</sup> Una "moda reinante en Europa" a la que se unía otra más: "la de los sindicatos, manifestaciones y los congresos", de cuya existencia Manuel Payno, entonces Cónsul de México en Barcelona, informó al general Porfirio Díaz al hacerle llegar su percepción de los festejos españoles que se realizaron con motivo del IV Centenario del *descubrimiento* de América.<sup>5</sup>

Precisamente fue en uno de esos "congresos" de los que Payno hace referencia, que se puso en marcha la idea de honrar la memoria de la gesta colombina: expuesta abiertamente en la IV sesión del Congreso Internacional de Americanistas, que tuvo por sede la ciudad de Madrid y cuya inauguración se hizo coincidir, para exaltar el acto, con la conmemoración del Centenario del Jardín Botánico, el 25 de septiembre de 1881. Desde el inicio de las reuniones se escucharon y aplaudieron algunas adulaciones a Cristóbal Colón, pero fue en la noche del 29 de septiembre de ese año que se planteó por primera vez, en un ambiente internacional y hasta donde tengo noticia, la necesidad de solemnizar el 12 de octubre de 1892 como día del Cuarto Centenario del *descubrimiento* del Nuevo Mundo.

Alrededor de las siete y media de aquella tarde, ciento ochenta cubiertos comenzaron a moverse sobre una mesa en forma de herradura, previamente dispuesta para celebrar el gran banquete organizado en el salón principal del Conservatorio de Música por la clausura de la reunión americanista en Madrid. Una vez terminada la cena, el joven abogado y político español, Tomás Montejo y Rica, solicitó un momento de atención para leer "el grandioso y noble proyecto que sigue, aplaudido también con unánime aquiescencia":<sup>6</sup>

Que los Gobiernos de todos los pueblos cultos declaren fiesta universal el 12 de Octubre de 1892, por corresponder á ese día el cuarto Centenario del descubrimiento del Nuevo Mundo, y que asistan con representación oficial á las grandes fiestas que en Italia, islas de San Salvador, Santo Domingo y Cuba, Portugal y España, deberán celebrarse en conmemoración de aquel suceso. Que en el mismo día se efectúe en Génova, cuna de Cristóbal Colón, la inauguración de un monumento á la gloria, con inscripciones alusivas al Centenario y á la eterna fama del inmortal genovés.<sup>7</sup>

---

<sup>4</sup> Juan Valera, *ibid.*

<sup>5</sup> Manuel Payno (Cónsul de México en Barcelona), *Informe respecto de las festividades españolas en ocasión del Cuarto Centenario del primer arribo de Cristóbal Colón al Continente Americano*, México, 15 de abril de 1893, Archivo Histórico de la Secretaría de Relaciones Exteriores de México (AHSREM), leg. 19-22-137 (II); transcrito por José María Muriá, en "El IV Centenario del Descubrimiento de América", *Revista Secuencia*, núm. 3 septiembre-diciembre de 1985, pp. 131-136.

<sup>6</sup> Tomás Montejo, "Homenaje á Colón. Discurso leído en la clausura del Congreso de Americanistas el 29 de septiembre de 1881", en *Congreso Internacional de Americanistas: Actas de la cuarta reunión, Madrid, 1881*, Madrid, Fortanet, 1883, vol. II. pp. 345-353.

<sup>7</sup> *Ibid.*, p. 350.

Tomás Montejo propuso que asimismo se conmemorara el *Descubrimiento* y se erigieran estatuas en Granada, la Rábida, Palos, Huelva, Sevilla, Barcelona, en fin, en todos aquellos lugares que conforman la "ruta de Colón", incluyendo a Cuba y Puerto Rico que aún se hallaban bajo el dominio español. En Madrid, el licenciado Montejo deseaba que la hazaña colombina fuese honrada mediante la organización de todo tipo de congresos científicos, artísticos y literarios -incluso otro de Americanistas-, pero principalmente:

construyéndose una suntuosa basílica ó catedral bajo la advocación de San Salvador ó de San Cristóbal, donde vengan á ser depositadas las cenizas del célebre almirante: inaugurándose monumentos de triunfo y gloria á tan insigne hombre [Colón] y á Isabel la Católica; abriéndose un vasto museo de objetos del Nuevo Mundo; [...] y celebrándose durante el primer semestre de 1893 una exposición universal.<sup>8</sup>

Es verdad que muchas de estas sugerencias se llevaron a cabo y algunas otras no, pero lo que ahora nos interesa destacar es que todas ellas iban encaminadas a glorificar la memoria del genovés. El historiador español Salvador Bernabéu Albert, fue el primero en advertir que "el IV Centenario del avistamiento por Colón y sus marinos de la isla de Guanahaní, el 12 de octubre de 1492, se presentó ante el mundo finisecular como el Centenario de Colón".<sup>9</sup> Y es que, en definitiva, la celebración de los cuatrocientos años del *descubrimiento* de América se promovió inicialmente no para conmemorar propiamente el *acontecimiento* de aquel inolvidable 12 de octubre, sino en honor al *sujeto* que era considerado el único protagonista de la "trascendental odisea": Cristóbal Colón, ese "Gran Almirante" cuya personalidad, como hemos podido apreciar en el capítulo anterior, se fue enriqueciendo con las más altas virtudes a lo largo del siglo XIX y sobre todo al aproximarse el tan esperado año de 1892.

### LA DISPUTA POR EL CENTENARIO DE COLÓN

La visión romántica, idealista y hasta religiosa del navegante genovés contó con gran popularidad gracias a su constante difusión en folletos, libros ilustrados, obras de teatro, novelas, odas y poemas. Las mentes seducidas por la leyenda colombina pertenecían a casi todos los países, incluida la propia España, pero definitivamente donde más sensación

---

<sup>8</sup> *Ibid.*, p. 351.

<sup>9</sup> Idea resumida con estas palabras en Salvador Bernabéu, "El Centenario interminable", *op. cit.*, p. 14; pero planteada desde su trabajo más temprano sobre el tema, a saber: "El IV Centenario del descubrimiento de América en la coyuntura finisecular: 1880-1893", *Revista de Indias*, vol. XLIV, núm. 174, Madrid, 1984, pp. 344-366.



causó fue en los Estados Unidos desde finales del siglo XVIII, cuyos ciudadanos de hecho fueron también quienes comenzaron a interesarse desde muy temprano por los festejos que Tomás Montejó propuso en la IV sesión de americanistas para el aniversario de 1892. Así lo indica un informe fechado el 3 de mayo de 1883 en Madrid, en el que el periodista neoyorquino Clarence Winthrop Bowen relata una serie de entrevistas que realizó a algunos de los principales políticos de España para conocer sus opiniones sobre la conmemoración del IV Centenario de la hazaña colombina.<sup>10</sup>

De los cuatro españoles entrevistados por Winthrop, conviene destacar en primer lugar al Rey Alfonso XII y al entonces Director General de Instrucción Pública, Juan Facundo Riaño, quienes pugnaban porque los festejos se llevaran a cabo en territorio español: ya sea en Madrid, Granada, Huelva o Barcelona, la ciudad era lo de menos, lo importante era que el Centenario tuviera lugar en su patria. Los argumentos que ellos daban para adjudicar la sede a España no son difíciles de predecir y pueden resumirse en una consideración del propio monarca quien, según la narración del columnista estadounidense, afirmaba que "fue España la que proporcionó los medios para llevar a la práctica lo que de otro modo habría sido sólo un sueño. Sólo a España, por tanto, pertenece el crédito del descubrimiento".<sup>11</sup>

Por su parte, el XII Duque de Veragua, descendiente de Cristóbal Colón, planteaba que además de España y los países americanos, Italia debía ocupar parte importante en los festejos por haber sido cuna de Colón; así como tampoco debían quedar fuera de ellos Inglaterra, Francia y las demás naciones europeas que de alguna manera contribuyeron a la colonización del Nuevo Mundo. Aunque el Duque se mostraba a favor de que las conmemoraciones se llevaran a cabo en España y en particular en su natal Madrid, la sede era lo que menos le interesaba. Lo que a don Cristóbal Colón de la Cerda sí le preocupaba y bastante, era que se realizaran pequeños festejos en distintos países al mismo tiempo, pues él deseaba una sola celebración en la que pudieran contribuir naciones de ambos

---

<sup>10</sup> Clarence Winthrop, "Christopher Columbus 1492-1892", New York, s. e., 1889, 14 p./ consultado el 30 de mayo de 2013, a través del repositorio digital *Internet Archive*: <http://archive.org/details/christophercolum00bowe>. El gran interés del neoyorquino por las celebraciones centenarias, lo animarían a fundar la American Historical Association en 1884, para apoyar en la organización de la Exposición Colombina de Chicago, de 1893.

<sup>11</sup> *Ibid.*, p. 11.

hemisferios para, de esa manera, hacer del IV Centenario "una de las fiestas más grandes y espectaculares jamás celebrada en el mundo".<sup>12</sup>

De hecho, Emilio Castelar fue el único que se distinguió notablemente de todos los entrevistados: por una parte consideraba que el Centenario no tenía porqué celebrarse en un sólo país; y por la otra, se mostraba a favor de que Estados Unidos ocupara "un papel importante en ese evento de tan inmensa magnitud",<sup>13</sup> llegando a señalar incluso que tenía la certeza de que las fiestas en Nueva York serían "imponentes".<sup>14</sup> Él pensaba que si todas las naciones interesadas combinaban sus esfuerzos se lograría hacer del aniversario de 1892 una auténtica fiesta mundial. Por ello sugería que "España, Portugal, Italia, Francia, Inglaterra y los Estados Unidos deberían estar representados adecuadamente", y que con el apoyo de las fuerzas navales de todos estos países se llevara a cabo una expedición marítima que, partiendo del Puerto de Palos el 3 de agosto, finalizara en las Islas Canarias "a mayor imitación de la ruta seguida por Cristóbal Colón".<sup>15</sup>

Esta pequeña pero interesante relación de Clarence Winthrop se publicó por primera vez en el periódico neoyorquino *The Independent*, a no más de veintiocho días de que fue redactada. Y ya para 1889, ante la apremiante proximidad del año 1892, el contenido de las entrevistas se haría llegar a un público más amplio a través de su difusión como folleto. Esta última edición reproduce al final un texto sin firma titulado "The Fourth Centenary of America": que no es otra cosa que la nota de presentación del informe de Winthrop como artículo en *The Independent*, para su número del 31 de mayo de 1883; y que muestra, al mismo tiempo, las preocupaciones y la postura de los norteamericanos ante las pretensiones de España por adjudicarse la sede de las festividades centenarias.

Efectivamente, esos párrafos -que por cierto llegan a ocupar casi tres páginas completas- resultan tan reveladores como las mismas entrevistas realizadas a los personajes políticos españoles. En primera instancia se reconoce el derecho de España, por sobre cualquier otra nación europea, para encabezar los festejos por los cuatrocientos años del *descubrimiento* de América. A la nación italiana, que estaba interesada en la celebración por haber sido el país donde nació Cristóbal Colón, se le refutaba tajantemente afirmando que no era precisa

---

<sup>12</sup> *Ibid.*, p. 7.

<sup>13</sup> *Ibid.*, p. 8.

<sup>14</sup> *Ibid.*, p. 9.

<sup>15</sup> *Ibid.*

y exclusivamente la persona del almirante genovés lo que se iba a conmemorar en 1892, "but a certain achievement of his": se diría pues, que todos los datos personales de Colón e independientes del acontecimiento del 12 de octubre no se circunscribían dentro de los motivos de la conmemoración, "and, therefore, Italy falls out of the question".<sup>16</sup>

Para el autor de las citadas líneas, los españoles estaban a la altura de poder celebrar dignamente el IV Centenario de la hazaña colombina, sin embargo, consideraba que definitivamente los países de América, en particular los Estados Unidos, debían ocupar un papel destacado en las solemnidades. Para argumentar este último planteamiento señalaba: por un lado que nadie se molestaba en recordar el oro ni las demás riquezas que España sacó del Nuevo Mundo; y por el otro, que en los 400 años que se iban a cumplir desde el día del *Descubrimiento*, este continente había alcanzado por sí mismo todos sus logros y había forjado la mayor parte de su historia de manera independiente de Europa. "Así que, aunque pertenece a España el honor del descubrimiento, es América la que con su propio brillo ha hecho relucir ese descubrimiento sobre la corona española".<sup>17</sup>

Ya hemos dicho que Emilio Castelar no mostraba inconveniente en que la república del norte tomara parte activa en los fastos conmemorativos, por ello es que ante los ojos estadounidenses él era quien definitivamente tenía "el mejor punto de vista acerca de lo que se debe a los forjadores de América y de su historia".<sup>18</sup> La verdad es que a partir de que se expuso (en el Congreso Internacional americanista de 1881) la "necesidad" de solemnizar el IV Centenario del *descubrimiento* de América, los políticos norteamericanos comenzaron rápidamente a abrazar y preconizar la idea de que el mayor derecho e interés de protagonizar las conmemoraciones de 1892 "must be American".<sup>19</sup> Pero las respectivas contestaciones españolas tampoco se hicieron esperar, sobre todo en Huelva, donde recientemente se había fundado la Sociedad Colombina Onubense (el 21 de marzo de 1880), bajo la encomienda de "celebrar el aniversario de la salida de Colón del Puerto de Palos", cada 3 de agosto de los siguientes años.<sup>20</sup>

---

<sup>16</sup> *Ibid.*, p. 13.

<sup>17</sup> *Ibid.*

<sup>18</sup> *Ibid.*, p. 14.

<sup>19</sup> *Ibid.*

<sup>20</sup> *La Provincia*, Huelva, 26 de marzo de 1880, p. 2.

Precisamente fue en pleno auge de las celebraciones por los 391 años de que el genovés zarpó de las costas de Huelva y a escasos dos meses de la publicación de las entrevistas de Winthrop en *The Independent*, que el entonces vicepresidente de la Sociedad Colombina Onubense, Guillermo Sundheim, refutó a todos los gobiernos de ambos continentes que pretendían encabezar las próximas conmemoraciones centenaria:<sup>21</sup>

La contienda iniciada honra á las aludidas naciones; pero creo, Sres., que en bien del éxito conviene cortarla desde luego, colocando la cuestión en su verdadero terreno. Decidida la primera nacionalidad de Colon entre Francia é Italia, enhorabuena que una ú otra ó las dos á la vez festejen los aniversarios de su nacimiento; pero en cuanto al centenario del descubrimiento del Nuevo Mundo por Colón, sólo corresponde á España celebrarlo como causa, y á América como efecto.<sup>22</sup>

El empresario onubense señalaba que Cristóbal Colón fue "engañado en Portugal, [y] desestimados sus proyectos en Italia". Sólo en España, entre el Convento de la Rábida, Santa Fe de Granada, Palos, Moguer, Huelva y Cartaya, encontró el genovés: "almas, corazones, inteligencias sublimes, de fe, valor y abnegación, condiciones indispensables para realizar el hecho más grandioso que jamás ha de registrar la historia".<sup>23</sup> Sundheim insistía en que el dinero con que se financió el viaje era español, al igual que las "tres carabelas" y los marinos que las tripularon. De estos últimos decía que "eran hijos de la provincia de Huelva, corazones de bronce, valientes cual ningunos", mientras que sobre Colón afirmaba que era "*español naturalizado*, según el derecho común y el sentido común de todas las naciones".<sup>24</sup>

Desde el punto de vista del notable de Huelva, "nada importa á la historia de la humanidad dónde nació Colon, dónde se crió ni dónde moró". Toda la importancia de su persona "reside en el acto del descubrimiento de América", llevado á cabo desde un puerto español, con dinero español y con la exclusiva ayuda de españoles: "á España, pues, corresponde exclusivamente la honra del descubrimiento de América, y á España le incumbe rendir tributo espléndido á la memoria del inmortal Cristóbal Colon".<sup>25</sup>

---

<sup>21</sup> Sundheim era un empresario de origen alemán, tan célebre en Huelva que hacia 1879 fue nombrado "Hijo adoptivo" de la ciudad, y la avenida donde se situaba su mansión recibió honoríficamente el nombre de Alameda Sundheim. Llegaría a ser uno de los principales organizadores de los festejos centenarios de 1892 en Huelva, donde además promovió la construcción del Hotel Colón (actualmente "Casa Colón"), entre los años 1881 y 1883.

<sup>22</sup> Palabras pronunciadas la noche del 3 de agosto de 1883 por Guillermo Sundheim, en Sociedad Colombina Onubense, *Memoria correspondiente al año de 1883*, Huelva, Imprenta de la viuda de Muñoz e hijos, 1884, p. 15.

<sup>23</sup> *Ibid.*

<sup>24</sup> *Ibid.*, p. 16.

<sup>25</sup> *Ibid.*

Al mismo tiempo que la Sociedad Colombina dedicaba sus esfuerzos a adjudicar la gloria del *Descubrimiento* a España, reclamaba recompensa también para la provincia de Huelva: esa "pobre pequeña provincia que supo dar vida á la empresa gigantesca; que prestó hijos que arriesgaron todos sus bienes y sus familias para resolver con Colón el tremendo problema del mar".<sup>26</sup> No sin razón, Miguel Rodríguez afirma que "las fiestas en Huelva insisten en un descubrimiento exclusivamente español, menos llevado a cabo por Colón que por los franciscanos de La Rábida o los hermanos Pinzón".<sup>27</sup> Y es que situar el protagonismo del *descubrimiento* de América en territorio onubense, permitía españolizar la hazaña del 12 de octubre de 1492 y ligar las glorias que se le derivan con el recuerdo de los Reyes Católicos que personifican, a su vez, la unificación política y religiosa de España.

Pero a pesar de la destacada labor de la Sociedad Colombina Onubense, las autoridades españolas continuaron siendo amenazadas por las pretensiones norteamericanas para las fiestas de 1892. La señal de alarma se encendió en 1887, después de que el periódico neoyorquino *Las Novedades*, a los 7 días del mes de julio publicara unos párrafos sobre los planes que tenían España y Estados Unidos para conmemorar los cuatrocientos años de la gesta colombina. Más allá del contenido del artículo, éste motivó al embajador Jabez Lamar Monroe Curry a solicitar una audiencia con la regente María Cristina de Borbón, para obtener, a imitación de su compatriota Winthrop en 1883, información de primera mano sobre los preparativos de la Corona española.

El entonces Ministro de Estado, Segismundo Moret, respondió al representante estadounidense con una carta fechada el 15 de julio de 1887, en la que le informaba que "el Gobierno se está preparando desde hace algún tiempo para celebrar de una manera digna de su importancia el cuarto Centenario del descubrimiento de América".<sup>28</sup> Aunque en su informe Moret aceptaba que aún no se tenía bien definido el programa de las festividades, daba a conocer las tres resoluciones que ya había adoptado el gobierno español:

---

<sup>26</sup> *Ibid.*, p. 17.

<sup>27</sup> Miguel Rodríguez, "De la moda de los centenarios a un aniversario: el 12 de octubre en España", en Erika Pani y Alicia Salmerón (coords.), *Conceptualizar lo que se ve: François-Xavier Guerra historiador: homenaje*, México, Instituto Mora, 2004, p. 269.

<sup>28</sup> La carta fue publicada el 18 de agosto de 1887 en *The Independent* de Nueva York, y aparece transcrita por Salvador Bernabeu en: "El IV Centenario del Descubrimiento de América en la coyuntura finisecular (1880-1893)", *op. cit.*, pp. 354-355; y 1892: *El IV Centenario del descubrimiento de América en España*, Madrid, CSIC, 1987, p. 35.

*Primera.*-Que España tomará la iniciativa para la celebración, de la manera más solemne, del Centenario del descubrimiento de América en 1892. *Segunda.*- Que al efecto invitará a todas las naciones que pueblan los territorios descubiertos por Colón a que tomen parte en esta solemnidad. *Tercera.*- Que España está dispuesta, al mismo tiempo, a tomar parte en cualquier demostración análoga que pueda verificarse en el continente americano para conmemorar el gran acontecimiento.<sup>29</sup>

En realidad las élites españolas no tenían previsto nada en concreto para celebrar los cuatrocientos años de la gesta colombina, pero las presiones norteamericanas sobre el asunto definitivamente se iban haciendo sentir cada vez con mayor fuerza. Así fue que Práxedes Mateo Sagasta, entonces Presidente del Consejo de Ministros, decidió promover la creación de una Comisión que se encargara de los festejos centenarios en España. Mediante el Real Decreto del 28 de febrero de 1888, Sagasta persuadió a la reina Regente de la pertinencia de su iniciativa exponiéndole que:

Desde que cundió la afición y se estableció la costumbre de dar cierto culto a los héroes celebrando magníficas fiestas seculares, acudió a la mente de muchos españoles la idea de consagrar una de estas fiestas al hombre extraordinario, cuya gloria refleja mayor luz sobre España, redundando también en provecho de las otras naciones, ya que para todas hay Nuevo Mundo, por donde la civilización de Europa se dilata triunfante.<sup>30</sup>

Ese mismo día María Cristina se contentó "en nombrar Vicepresidente de la Comisión creada en esta fecha para preparar la conmemoración del Centenario de Cristóbal Colón, a D. Cristóbal Colón y de la Cerda, Duque de Veragua, y Secretarios, a D. Juan Valera y D. Juan Facundo Riaño".<sup>31</sup> Tanto Sagasta como la madre del "Niño Rey" (Alfonso XIII), sabían perfectamente que las celebraciones de 1892 debían servir para glorificar a España, aunque sin lugar a dudas y como lo podemos advertir con las anteriores citas, en sus mentes apareció el Centenario del mismo modo en que era concebido por el grueso de la sociedad decimonónica, es decir, como un homenaje dedicado al almirante genovés.

La nueva Comisión Real gozaba de amplias facultades y contaba con más de 50 vocales, entre los que se hallaban desde Capitanes Generales, representantes de las cinco Reales Academias y de la Sociedad Geográfica, hasta clérigos y algunos miembros de los Tribunales

---

<sup>29</sup> *Ibid.*

<sup>30</sup> El "Preámbulo" y los "Reales Decretos creando la Comisión de 1888" fueron publicados por la *Gaceta de Madrid*, en su número del miércoles 29 de febrero de 1888, pp. 553-554; y aparecen también reproducidos en Bernabeú Albert, *1892 op. cit.*, "Apéndice", Doc. No. 1, pp. 153-156.

<sup>31</sup> *Ibid.*

y del Consejo de Ultramar y las Cámaras del Comercio. Sin embargo, dicha Comisión se caracterizó por su desmesurada inactividad a lo largo de los casi cuatro años que estuvo vigente. Entre sus escasas propuestas estuvieron: la del 19 de junio de 1889 que perseguía convocar un concurso internacional para la escritura de una nueva *Historia del descubrimiento América*; y la convocatoria de proyectos para levantar un monumento escultórico en Granada y un arco del triunfo en Barcelona, emitida el 2 de agosto de 1890. Proyectos ambos que no llegaron a concretarse.

A decir verdad, el mayor interés del gobierno liberal de Sagasta por el IV Centenario del *descubrimiento* de América, fue el que exhibió durante los primeros seis meses de 1888: periodo en el que además de instaurar la Comisión Real -en los últimos días de febrero-, comenzaron los contactos con diversas autoridades italianas y norteamericanas para conocer los planes que cada uno de los respectivos países tenían para solemnizar el año de 1892.<sup>32</sup> Así, el 14 de abril de 1888, el duque de Veragua recibió de la embajada de Italia en España, una *Pro-Memoria* en la que la Corte del rey Humberto daba cuenta de la existencia de una Comisión italiana equivalente a la española, cuya encomienda principal era, hasta el momento, la publicación de una obra que recopilara cuantos escritos de Cristóbal Colón se lograran encontrar en Italia, así como todos los documentos que pudiesen "ilustrar la historia de sus viajes y de su descubrimiento".<sup>33</sup> Y antes de finalizar el año, el 30 de noviembre la Comisión italiana anunció la conformación de una *Raccolta Colombina* a partir del acervo resguardado en los archivos municipales y notariales de Génova y Savona.<sup>34</sup>

Por su parte, las noticias sobre las ideas e intenciones que los Estados Unidos tenían para conmemorar los cuatrocientos años de la hazaña colombina, llegaron a España gracias al trabajo de su Ministro Plenipotenciario en Washington. Entre los informes enviados por el representante español al Jefe de Gobierno, destaca particularmente una carta con fecha del 7 de mayo de 1888 y que incorpora la traducción del debate celebrado ante el Comité de

---

<sup>32</sup> Salvador Bernabéu Albert también fue el primero en advertir el juego diplomático en el que se vieron envueltos los gobiernos de Italia, Estados Unidos y España en vísperas del IV Centenario del *descubrimiento* de América, pero un trabajo más reciente ha aportado interesantes datos al respecto y los ha relacionado además con la participación de México en uno de los eventos españoles: Dení Ramírez Losada, "La Exposición Histórico-Americana de Madrid de 1892 y la ¿Ausencia? de México", *Revista de Indias*, 2009, vol. LXIX, núm. 246, pp. 273-306.

<sup>33</sup> *Ibid.*, p. 283.

<sup>34</sup> Esta colección quedó compuesta por 11 volúmenes, editados en Roma (1892) por la R. Commissione Colombiana pel quarto Centenário della scoperta dell' America.

relaciones exteriores del Senado norteamericano, referente a las celebraciones de 1892. En dicha nota epistolar fueron confirmadas las pretensiones estadounidenses de acentuar su participación en el IV Centenario del *Descubrimiento*, y se le advirtió a Sagasta que "la actitud adoptada por España con las Repúblicas Hispano Americanas con motivo de la celebración de aquella memorable solemnidad; ha dado nuevo vigor a las aspiraciones políticas de Norte América formuladas desde 1880, bajo la dirección de Mr. Blaine".<sup>35</sup>

Así fue como los fastos centenarios dieron pie a una acalorada e interesante disputa entre Italia, Estados Unidos y España por adjudicarse la sede. La motivación italiana se fundaba en la idea de fortalecer las glorias comunes de una nación recién unificada, aunque la verdad es que aún apelando al origen genovés de Cristóbal Colón, el gobierno italiano invirtió muy poco esfuerzo en la contienda diplomática en torno a los festejos de 1892, pues su política exterior estaba principalmente dirigida, por un lado a consolidar su expansionismo colonial en África -para contrarrestar la amenazante presencia francesa en Túnez-, y por el otro a reforzar su permanencia en la Triple Alianza al lado de Alemania y el Imperio Austro-Húngaro.

La nación norteamericana buscaba, esencialmente, acaparar la atención internacional en 1892 y aprovecharse del Centenario para intensificar y consolidar sus relaciones con los países latinoamericanos. Mientras que en el caso de España, su intención era recuperar la parte de historia que había estado relacionada con el continente americano desde 1492 y que tras los procesos independentistas del primer cuarto del siglo XIX había quedado relegada. Definitivamente los políticos españoles vieron en la celebración de 1892 una excelente oportunidad para recuperar su posición en el plano internacional: el IV Centenario del *descubrimiento* de América representaba una magnífica ocasión no sólo para superar la llamada "Leyenda Negra" forjada en torno a la Conquista y a los tres siglos de dominio español sobre gran parte de este continente, sino también para consolidar sus relaciones culturales, diplomáticas y comerciales con las repúblicas iberoamericanas, en un claro desafío a la política panamericanista que Estados Unidos ya venía exhibiendo.

---

<sup>35</sup> *Carta del Embajador de España en Washington al Presidente del Consejo de Ministros*, 7 de mayo de 1888, Archivo General de la Administración en Alcalá de Henares, Presidencia, caja 3613: *apud.*, *Ibid.*, p. 286; y Bernabeú, "El IV Centenario del Descubrimiento de América en la coyuntura finisecular", *op. cit.*, p. 355.



## DOS PROYECTOS DE APROXIMACIÓN CON AMÉRICA LATINA

Desde 1823 y bajo el lema de “América para los Americanos”, el gobierno estadounidense declaró abiertamente que Europa no debía inmiscuirse en los asuntos de América. Más que como una guía política, la proclama del entonces presidente, James Monroe, se presentó originalmente como defensa de los procesos de independencia de los países americanos. La nación norteamericana durante aquellas primeras décadas del decimonónico experimentaba una considerable debilidad militar acompañada de apremiantes preocupaciones internas, por lo que fue hasta la segunda mitad de dicho siglo, con el cada vez mejor posicionamiento de Estados Unidos entre las potencias económicas del mundo, que la Doctrina Monroe se convirtió en la piedra angular de la política exterior de la república de Norteamérica.

La primera aplicación clara y directa de la Doctrina Monroe podemos situarla en la anexión de Texas a los Estados Unidos, en 1845. James Knox Polk fue el primer presidente que apeló a los principios elaborados por John Quincy Adams y atribuidos a Monroe, dándoles este segundo nombre. Polk justificó la "Anexión" empleando como pretexto el peligro que representaba para la república norteamericana la posibilidad de que el estado independiente de Texas se constituyera en la dependencia de una nación europea, convirtiéndose así en una amenaza para la paz y la seguridad de los Estados Unidos. Sin embargo, el propio presidente Polk adoptaría una actitud muy diferente en relación con los acontecimientos en la desembocadura del Río de la Plata, en donde Francia y Gran Bretaña establecieron un plan conjunto de intervención armada: lo que revela que la Doctrina Monroe fue lo suficientemente flexible para ajustarse a las necesidades del gobierno en turno, dependiendo siempre de los intereses norteamericanos en el continente.<sup>36</sup>

Pero dicha doctrina no puede ser entendida sin tomar en cuenta la teoría expansionista del Destino Manifiesto, la cual justamente cobró gran vigor a raíz de la ocupación de Texas por los yanquis. "*Manifest destiny*" era ya una frase de amplio dominio popular en Norteamérica cuando el periodista John L. O'Sullivan la consagró y dotó de un mayor rango

---

<sup>36</sup> Aún después de la adopción de la Doctrina Monroe se produjeron otras intervenciones europeas en países americanos, entre las que podemos mencionar: la ocupación de las Islas Malvinas por parte de Gran Bretaña en 1833; el bloqueo de barcos franceses a los puertos argentinos entre 1839 y 1840; la invasión española a la República Dominicana entre 1861 y 1865; la intervención francesa en México entre 1862 y 1865; la ocupación inglesa de la costa de los Mosquitos (Nicaragua); y la ocupación de la Guayana Esequiba por Inglaterra en 1855.

intelectual en el célebre artículo publicado por la revista *Democratic Review* de Nueva York, en su número de julio-agosto de 1845.<sup>37</sup> En dicho texto titulado "Annexation", O'Sullivan afirmaba:

El cumplimiento de nuestro destino manifiesto es extendernos por todo el continente que nos ha sido asignado por la Providencia, para el desarrollo del gran experimento de libertad y autogobierno. Es un derecho como el que tiene un árbol de obtener el aire y la tierra necesarios para el desarrollo pleno de sus capacidades y el crecimiento que tiene como destino.<sup>38</sup>

Ante los ojos de políticos y líderes estadounidenses, el *Destino* que la Divina Providencia "tenía trazado" para el pueblo norteamericano se hacía patente o evidente a través del crecimiento, el expansionismo y el colonialismo. El Destino Manifiesto era, en definitiva, "un destino preordinado como correspondía a la vieja teología puritana, tan discriminatoria, que estableció la tajante división entre hombres (también entre razas y naciones) *elegidos* y hombres *réprobos*".<sup>39</sup> Y es que innegablemente los antecedentes históricos y religiosos de la teoría del *manifest destiny* se remontan al conflicto británico-español desatado entre la modernidad reformista anglicano-puritana y el misionarismo contrarreformista español en el siglo XVI, pues la herencia histórico-religiosa inglesa pasó casi íntegra a sus posesiones en la costa atlántica de América del Norte y condicionó a los angloamericanos en lo político, económico y espiritual aún después de la independencia de las Trece Colonias.<sup>40</sup>

---

<sup>37</sup> Véase Julius W. Pratt, "The Origin of 'Manifest Destiny'", *The American Historical Review*, vol. XXXII, No. 4, julio de 1927, pp. 795-798.

<sup>38</sup> *Apud*, Adolfo Miranda Sáenz, *Polémico Testimonio*, Managua, Editorial Somarriba, 2009, p. 53; y Henry Suárez, *Intervenciones de Estados Unidos en América Latina*, London, Manifesto Press-Embassy of the Bolivarian Republic of Venezuela in the UK, 2010, p. 5.

<sup>39</sup> Juan A. Ortega y Medina, "Introducción" a *Destino Manifiesto. Sus razones históricas y su raíz teológica*, México, CNCA/Alianza Editorial Mexicana, 1989, pp. 9-10 (Serie Los Noventa).

<sup>40</sup> En cuanto a la secularización de la teoría de la *predestinación absoluta* y sobre las demás aportaciones del protestantismo, especialmente el calvinismo, a la exaltación del hombre burgués y el mundo moderno, véase: Ortega y Medina, *Reforma y modernidad*, ed. y pres. de Alicia Mayer, México, UNAM-IIH, 1999, 224 p.; Werner Sombart, *Lujo y Capitalismo*, Madrid, Revista de Occidente, 1965, 184 p., y *El Burgués*, Madrid, Alianza Editorial, 1972, 371 p.; Ernst Troeltsch, *El protestantismo y el mundo moderno*, México, FCE, 1967, 108 p. (Breviario No. 51); y Max Weber, *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, México, FCE, 2003, 564 p. Mientras que para un acercamiento a los postulados de la cultura hispano-contrarreformista que refutaban aquel "siervo albedrío" y pugnaban por una libertad que requería, sin embargo, del compromiso total y activo de hombres y mujeres para no dejarse atrapar por la riqueza, la fama, el poder o cualquier excesivo apego a la vida, puede leerse: Bernardo de Angelis (ed.), *Ejercicios espirituales de S. Ignacio de Loyola: en su texto original, con una introducción oportuna para su aprecio, inteligencia y uso*, Madrid, Imprenta de M. de Burgos, 1833, 181 p.; Gonzalo Balderas, *La reforma y la contrarreforma: dos expresiones del ser cristiano en la modernidad*, México, Universidad Iberoamericana, 2007, 361p.; y Fernando Rodríguez de la Flor, *Barroco: representación e ideología en el mundo hispánico, 1580-1680*, Madrid, Cátedra, 2002, 402 p.

Precisamente fue con base en los elementos conflictivos de dicha confrontación tricentenaria, incluyendo el conjunto de prejuicios que se habían formulado contra todo hombre de estirpe hispano-católica (*réprobos* y racialmente inferiores), que el pensamiento político estadounidense moldeó, a lo largo de la centuria decimonónica, aquella doctrina fatalista que ha sustentado la convicción de que Dios "eligió" a ese pueblo para ser una potencia política y económica, una nación superior al resto del mundo.<sup>41</sup> Los gobiernos norteamericanos de la segunda mitad del siglo XIX, ya bajo el amparo de la doctrina Monroe y educados en el espíritu del Destino Manifiesto, comenzarían a aplicar políticas muy parecidas a las de los monarcas europeos de su tiempo, para cumplir, de esa manera, lo que consideraban su *fatum scriptum*: extender su comercio y su influencia, anexarse territorios y, en suma, convertirse en una gran potencia.

La corriente general del espíritu nacional estadounidense se inclinaba, sin lugar a dudas, hacia una política imperialista que se exhibiría descaradamente ya como tal en 1899. Los demás países, tanto americanos como europeos, veían con recelo dicha tendencia expansionista de la que, por cierto, se le advirtió a Sagasta en la *Carta del Embajador de España en Washington al Presidente del Consejo de Ministros*, con fecha del 7 de mayo de 1888 (*vid. supra*). Según el informe enviado por el representante español a su gobierno, la inminencia del IV Centenario del *Descubrimiento* de América había provocado un realce en las aspiraciones políticas estadounidenses formuladas a principios de los 80 "bajo la dirección de Mr. Blaine". James Gillespie Blaine, tras aceptar el cargo de secretario de Estado que le ofreció el presidente Garfield Blaine, en 1881 había propuesto al gobierno norteamericano su idea de una unión aduanera entre las naciones americanas para mejorar las comunicaciones y facilitar el comercio entre América del Norte y del Sur como medio para asegurar ventajas a Estados Unidos sobre sus competidores europeos.

En un principio, la propuesta de James G. Blaine no generó gran furor entre sus compatriotas, pero al acercarse la década de 1890 y ante el vertiginoso crecimiento del capitalismo estadounidense para esas fechas, las ideas de Blaine comenzaron a despertar cada vez más adeptos, sobre todo entre los monopolistas triunfantes que veían la posibilidad de acrecentar sus riquezas fuera de las fronteras de su propio país. Así fue que

---

<sup>41</sup> Véase Ortega y Medina, *Destino Manifiesto*, *op. cit.*, 154 p.

ante un cambio de prioridades en la política exterior norteamericana, en 1889 Blaine regresó al Departamento de Estado y su proyecto encontró respaldo en el Congreso. El gobierno de Norte América impulsaría entonces un proyecto político para establecer pesos y medidas comunes, una unidad monetaria común, un mecanismo judicial para resolver conflictos, una red de transporte y la creación de una oficina central que recolectaría y distribuiría información de interés para todos los miembros americanos.

Este conjunto de iniciativas constituyen, en esencia, la política panamericanista que las élites estadounidenses intentaron poner en marcha en la Primera Conferencia Internacional Americana, celebrada en Washington, D. C., del 2 de octubre de 1889 al 19 de abril de 1890. Si bien la idea de una cierta forma de asociación interamericana nació con la independencia de las distintas colonias españolas y portuguesas a principios del siglo XIX, la finalidad que ésta perseguía dista mucho de los objetivos norteamericanos: Simón Bolívar consideraba que el mayor riesgo al que se enfrentaban las nuevas repúblicas era su desunión, por lo que promovió la federación de todas ellas en una estructura de carácter supranacional;<sup>42</sup> mientras que el panamericanismo impulsado por los Estados Unidos no buscaba unificar políticamente a la región de América, sino intensificar el contacto político y el intercambio comercial entre las naciones del continente y fomentar la adopción del arbitraje como mecanismo pacífico para resolver las controversias entre los países americanos.<sup>43</sup>

La primera Conferencia Internacional Americana logró aglutinar a todos los países independientes de América, con excepción de la República Dominicana. De modo que la nación anfitriona contó con la asistencia de representantes de Argentina, Bolivia, Brasil, Costa Rica, Colombia, Chile, Ecuador, El Salvador, Guatemala, Haití, Honduras, México, Nicaragua, Paraguay, Perú, Uruguay y Venezuela. Pero aunque todas estas naciones aceptaron la invitación a participar en la reunión interamericana de Washington, no podían

---

<sup>42</sup> Desde 1815, en la *Carta de Jamaica*, Bolívar expuso la idea de unir, desde Chile hasta México, toda Sudamérica. Aunque ya el proyecto de confederar a las naciones hispanoamericanas se inició formalmente con la negociación y la firma de tratados de “Unión, Liga y Confederación perpetua” por Colombia (Gran Colombia): con Perú (1822), Chile (1823), México (1823) y, después de su separación de éste, con la República de Centroamérica en 1825. Sería con base en estos tratados bilaterales que se puso en marcha el primer ensayo de integración Latinoamericana en el *Congreso Anfictiónico*, celebrado en la ciudad de Panamá en 1826 (Congreso de Panamá).

<sup>43</sup> Para un aproximación a los fundamentos políticos, ideológicos y filosóficos del panamericanismo, véase: Gordon Connell-Smith, *El sistema interamericano*, México, FCE, 1982, pp. 19-68; Francisco Cuevas Cancino, *Del Congreso de Panamá a la Conferencia de Caracas, 1826-1954*, Caracas, s. e., 1955, 2 vols.; e Ismael Moreno Pino, *Orígenes y evolución del sistema interamericano*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1977, pp. 13-73.

ocultar el temor, exhibido asimismo por las potencias europeas, de que el evento de 1889-1890 asegurara la preponderancia política y comercial de la república del norte.

El sentir español hacia la política estadounidense, por ejemplo, podemos advertirlo claramente en una carta del 9 de mayo de 1889, en la que Matías Romero -quien al lado de Enrique A. Mejía representaría a México en la Conferencia interamericana- informaba al entonces secretario de Relaciones Exteriores de su país, Ignacio Mariscal, que el ministro de España lo había visitado durante su estancia en Guatemala y le había expresado:

que es notorio el objeto principal del gobierno de los Estados Unidos de América de monopolizar los mercados del Nuevo Mundo cerrando sus puertas al comercio, a la industria y a los capitales europeos y que todos los gobiernos de Europa y con especialidad el de España están vivamente interesados en que no llegue a realizarse tal proyecto que sería tan funesto para ellos como para las repúblicas de Hispano-América.<sup>44</sup>

El panamericanismo se convirtió, pues, en un fundamento importante del expansionismo comercial estadounidense que se contraponía a los intereses comerciales europeos. Los norteamericanos esperaban que sus vecinos participaran de esta nueva apertura, pero no contaban con que la desconfianza que se había venido germinando desde hacía varios años fuera tan grande. Los países latinoamericanos sospechaban de las pretensiones de los Estados Unidos para ejercer el control sobre las relaciones interamericanas, por lo que los delegados latinos, especialmente los argentinos, se opusieron a cualquier iniciativa de la delegación organizadora, incluso desde la misma sesión de apertura de aquella primera Conferencia Internacional Americana.<sup>45</sup>

A decir verdad, las únicas propuestas que además de ser aceptadas por el grueso de los representantes reunidos no parecen haber generado ningún tipo de polémica, fueron aquellas que hacían alusión al IV Centenario del *descubrimiento* de América. Así, por ejemplo, el 18 de abril de 1890 se aprobó la iniciativa para fundar en la ciudad de

---

<sup>44</sup> *Carta a I. Mariscal* (9 de mayo de 1889), *apud*, Teresa Yolanda Maya Sotomayor, "Estados Unidos y el panamericanismo: el caso de la I Conferencia Internacional Americana (1889-1890)", en *Historia mexicana*, vol. XLV, no. 4 (180), abril-junio de 1996, p. 767.

<sup>45</sup> El desempeño de la legación mexicana en la Conferencia interamericana de Washington constituye una muestra clara de la actitud adoptada por los países latinoamericanos ante las propuestas norteamericanas, por lo que al respecto puede leerse: *Ibid.*; Chester C. Kaiser, "México en la primera conferencia panamericana", en *Historia mexicana*, vol. XI, no. 1 (41), julio-septiembre de 1961, pp. 56-80; Arturo Ardao, "Panamericanismo y latinoamericanismo", en Leopoldo Zea (comp.), *América Latina en sus ideas*, México, Siglo XXI, 1986, pp. 157-171; y Víctor A. Arriaga, "México y los inicios del movimiento panamericano, 1889-1890", en Roberto Blancarte, *op. cit.*, pp. 107-126.

Washington, una biblioteca que recordara la reunión Interamericana, al mismo tiempo que conmemorara los cuatrocientos años de la hazaña colombina. Por lo que se propuso que la biblioteca fuese inaugurada el 12 de octubre de 1892 con el nombre de "The Library of Columbus", y que a su conformación contribuyeran todos los gobiernos americanos con las obras históricas, geográficas y literarias, así como con todo tipo de mapas, manuscritos y documentos referentes a la historia y la civilización de América.<sup>46</sup> Dicho repositorio se encuentra ubicado actualmente en la esquina de 19th Street y Constitution Avenue, N.W., Washington D.C., y constituye nada menos que la importante "Columbus Memorial Library" de la Organización de los Estados Americanos (OEA).

Como permite advertirlo tan sólo el nombre tentativo de la biblioteca proyectada, los políticos norteamericanos a escasos dos años de 1892 seguían apelando a la persona de Cristóbal Colón como el motivo a conmemorar. Y para confirmar esta aseveración basta con leer la resolución adoptada el 19 de abril de 1890 (un día después de la anterior), en la que se declaraba que: "En homenaje a la memoria del inmortal descubridor de América y en gratitud de los inmensos servicios prestados a la civilización y a la humanidad, la Conferencia se une a las manifestaciones que se hagan en su honor con motivo del cuarto centenario del descubrimiento de América".<sup>47</sup>

Además de estas alusiones al aniversario de 1892, el otro aspecto de la Primera Conferencia Internacional Americana que a nuestro estudio interesa, es el hecho de que su realización hizo patente que todos los países del hemisferio, tanto los de estirpe hispana como los angloamericanos, simplemente por formar parte del mismo continente tienen algo en común. De modo que si bien la primera reunión panamericana no tuvo el éxito que los estadounidenses esperaban, ésta inauguró definitivamente una nueva etapa en las relaciones entre Angloamérica y Latinoamérica: la república del norte adoptó a partir de entonces una nueva actitud frente a sus vecinos, asumiendo como parte de su Destino Manifiesto y en cumplimiento de la Doctrina Monroe, la "protección" y el control de las naciones más débiles; mientras que los países hispanoparlantes, con su participación en la

---

<sup>46</sup> *International American Conference, First, Reports of Committees and Discussions Thereon*, vol. II, Washington, Government Printing Office, 1890, p. 1159.

<sup>47</sup> *Ibid.*, p. 1165.

Conferencia, exhibieron el interés por el diálogo hemisférico cuyo paulatino aumento quedaría reflejado en la celebración de otras sucesivas reuniones.<sup>48</sup>

Pero los políticos estadounidenses no fueron los únicos que buscaron potenciar las relaciones con las repúblicas latinoamericanas al aproximarse el siglo XX, pues en la misma década de 1880, el gobierno español realizó propuestas e intentos de acercamiento con Latinoamérica sin precedentes. Si bien podemos advertir una nueva política hispanoamericana desde 1836 cuando las Cortes españolas aprobaron un Decreto que autorizaba al Gobierno el reconocimiento de los nuevos Estados, el periodo histórico que España inauguró en los últimos meses de 1874, con la restauración de la dinastía borbónica al subir al trono Alfonso XII, trajo consigo un cambio de actitud hacia los países de América Latina que abrió una nueva etapa en las relaciones bilaterales caracterizada por los mutuos acercamientos.<sup>49</sup>

Definitivamente los mayores esfuerzos comenzaron con la llegada al poder del gobierno liberal español en febrero de 1881. Práxedes Mateo Sagasta y sus hombres comenzaron una importante labor progresista que, además de aprobar la libertad de expresión, de prensa y de asociación, apostó por reactivar la política exterior de España. De los personajes relacionados con este último aspecto hay que destacar a Segismundo Moret, quien desde su papel como ministro de Estado (1885-1888) puso especial interés en las relaciones con América Latina. Moret basó la política exterior española en el comercio y en lograr aumentar el prestigio de España entre las repúblicas de su progenie, a tal grado que el Conde de Romanones llegaría a afirmar que "antes que ningún otro él se dio cuenta de todo lo que significaba América Latina para España".<sup>50</sup>

Para los políticos españoles en general, Hispanoamérica representaba la recuperación de su glorioso pasado. Se veía como el mejor camino para que España recobrar su prestigio

---

<sup>48</sup> De hecho, el "Día de las Américas" que desde 1931 celebra la unión entre los países de América, fue asignado al 14 de abril por ser ésta la fecha en que, mediante una resolución de 1890, la Primera Conferencia Internacional Americana fundó la Unión Internacional de las Repúblicas Americanas y su secretaría permanente, la Oficina Comercial de las Repúblicas Americanas. Éstas, a su vez, darían paso a la institución de la Unión Panamericana y, finalmente, a la actual Organización de los Estados Americanos en 1948.

<sup>49</sup> La resolución de las Cortes españolas del 4 de diciembre de 1836, dio lugar a una serie de tratados de reconocimiento y amistad que comenzó con el *Tratado de Paz y Amistad* suscrito entre España y México en diciembre de 1836, y que concluiría con la firma del mismo Tratado con Honduras en 1894.

<sup>50</sup> Álvaro de Figueroa y Torres, Conde de Romanones, *Moret y su actuación en la política exterior de España*, Madrid, Gráfica Ambos Mundos, 1921, p. 40.

internacional y se convirtiera en una gran potencia mundial que, internamente, redundaría en el progreso económico y social del pueblo español en todos sus niveles y sectores. Esta política se suscribía dentro de aquella visión conocida como "el hispanoamericanismo español" y que consiste nada menos que en la exaltación de los vínculos históricos e identitarios compartidos por España y los países latinoamericanos hasta el presente, como consecuencia de los cuatro siglos de convivencia mutua: desde algunos elementos culturales y ciertos valores comunes, hasta esa parte de historia y la misma lengua que nos une aún después de la separación política que trajeron consigo los procesos independentistas de principios del siglo XIX.<sup>51</sup>

El hispanoamericanismo se presentó como una respuesta ideológica que desafiaba el panamericanismo estadounidense, por lo que también llevaba implícita una cierta pretensión, aunque con diferentes matices, de liderazgo y tutela moral y espiritual por parte de España, como forma de preservar la integridad del carácter hispánico en sus antiguas colonias americanas. La base de este movimiento era, sobre todo, la identidad cultural común: defendía la unidad del mundo hispánico, su estirpe, lengua y religión, que habían unido y mantendrían siempre unidos a los pueblos de la América de habla hispana con su Madre Patria. La intensa política cultural que puso en marcha el gobierno español hacia los países latinoamericanos, fomentó los lazos e intercambios culturales entre escritores hispanoamericanos y españoles, incrementando asimismo el canje de revistas, periódicos y libros entre España y América Latina.

En esta promoción de la integridad cultural, jugaron un papel determinante las cuatro nuevas correspondientes a la Real Academia de la Lengua que se establecieron en el continente americano hacia la década de los ochenta: la Venezolana (1883), la Chilena (1885), la Guatemalteca (1887) y la Peruana (1887).<sup>52</sup> Las Academias de la Historia y de

---

<sup>51</sup> Para una aproximación a los planteamientos políticos y culturales del Hispanoamericanismo, puede leerse: José Carlos Mainer, "Un capítulo regeneracionista: el hispanoamericanismo (1892-1923)" en Manuel Tuñón de Lara *et al.*, *VII Coloquio de Pau. De la crisis del antiguo régimen al Franquismo. Ideología y sociedad en la España contemporánea. Por un análisis del Franquismo*, Madrid, Edicusa, 1977, pp. 149-203; Cesilda Martín, Ma. Rosa Martín y Ma. Teresa Solano, *El hispanoamericanismo, 1880-1930*, en *Quinto Centenario* 8, Universidad Complutense de Madrid, 1985, pp. 149-165; Francisco Morales, "La imagen de Hispanoamérica en la España de los siglos XIX y XX", en *Estudios Latinoamericanos*, vol. I, n.º 6, 1980, pp. 199-236; Carlos Rama, *Historia de las relaciones culturales entre España y la América Latina. Siglo XIX*, México, FCE, 1982, 350 p.; y J. Fred Rippy, "The Pan-Hispanic Movement", en *Historical Evolution of Hispanic America*, New York, Crofts and Co., 1932, pp. 461-478.

<sup>52</sup> La Academia Mexicana de la Lengua había sido oficialmente instaurada desde 1875.



Ciencias Morales y Políticas, asimismo consideraron la pertinencia de crear filiales en los países hispanoamericanos. Pero sin lugar a dudas uno de los más importantes y prestigiosos órganos de expresión del sentimiento hispanoamericano fue la Unión Iberoamericana, conformada en 1885 con el objeto de estrechar las relaciones sociales, comerciales, científicas, literarias y artísticas entre España, Portugal y las naciones americanas, donde se hablara el español y el portugués. A partir del siguiente año, la Unión Iberoamericana también incorporaría filiales en Caracas, México, Montevideo, Quito y Río de Janeiro, extendiendo su campo de acción "hasta el punto de que el 18 de julio de 1890 fue declarada de «fomento y utilidad pública» para la conmemoración del IV Centenario del descubrimiento de América".<sup>53</sup>

Antes de que concluyera el año 1886, la Unión Iberoamericana añadió su boletín homónimo al conjunto de publicaciones y revistas que desde mediados del siglo XIX dedicaban gran parte de sus páginas a temas o asuntos americanos, entre las que destacan: la *Revista española de ambos mundos* (1853-1855); *La América, crónica hispano-americana* (1857-1874, 1879-1886); *El Museo Universal* (1857-1869); *La Ilustración Española y Americana* (1868-1921); *El Correo de España* (1870-1872); *La Raza Latina. Periódico Internacional* (1874-1884); la *Revista hispano-americana* (1881-1882). Todas estas importantes revistas, fueron el medio a través del cual la burguesía española logró entablar y fortalecer los vínculos trasatlánticos, divulgando si bien sus planteamientos y proyectos, pero definitivamente estableciendo al mismo tiempo un puente entre la opinión pública, los intelectuales y las élites gubernamentales de ambas orillas.

En 1887 se constituyó la Biblioteca de Ultramar, como consecuencia de la Exposición General de las Islas Filipinas y con el objetivo de reunir elementos de estudio para el fomento de las colonias españolas. Las Cámaras de Comercio también comenzaron a llegar al continente americano para fomentar el intercambio y la compra de los productos españoles de este lado del Atlántico: la primera Cámara de Comercio inaugurada en territorio latinoamericano fue la de Buenos Aires en 1887, a la que le seguirían la de México y Montevideo en 1889. En el año que dista entre ambas (1888), tuvo lugar la Exposición Universal de Barcelona, un evento en el que, confesado por Moret, se buscaba "una base

---

<sup>53</sup> Cesilda Martín, María Rosa Martín y María Teresa Solano, *op. cit.*, p. 162.

sólida para nuestro prestigio en América", y al cual asistieron cinco países latinoamericanos: Bolivia, Chile, Ecuador, Paraguay y Uruguay.<sup>54</sup> Además de esto, hay que recordar que España favoreció intereses hispanoamericanos ante la amenaza de terceros, como en el conflicto entre Colombia e Italia, desatado a raíz del "caso Cerruti" en 1885; y también actuaría como árbitro en el litigio entre Venezuela y Colombia, cuyo fallo se dictó en Madrid hacia 1891.

### **LOS DESAFÍOS DEL CENTENARIO AL INTERIOR DE ESPAÑA**

Una de las mayores prioridades del nuevo sistema de la restauración borbónica de 1874 fue la reactivación del sentimiento nacionalista del pueblo español, y el IV Centenario del *descubrimiento* de América se presentó como una excelente ocasión para revisar y reeditar el mito identitario nacional, tomando como punto de partida la huella histórica dejada por España en América durante los siglos XVI, XVII y XVIII. La celebración de 1892, en definitiva, brindaba la posibilidad de reivindicar el pasado imperial, sus gestas heroicas y los logros civilizadores que, hilados con un poco de subjetividad nacionalista, exhibían aquellos siglos de gloria española como una época de grandes beneficios para la humanidad en general: el *descubrimiento* de un "Nuevo Mundo" y su Conquista, así como la conversión cristiana de sus pobladores y el ordenamiento político-administrativo de la Colonia, comenzarían a ser ensalzados como los mayores aportes hispánicos al progreso universal del Hombre.

Así las cosas, celebrar los 400 años de la llegada de Colón a tierra americana se convirtió en un verdadero desafío para los políticos españoles. Una vez ganada la batalla frente a los gobiernos de Italia y Estados Unidos por adjudicarse la sede, las élites peninsulares debieron enfrentarse a otras complicaciones más que les impuso la fase preparativa de los fastos. Cuando en julio de 1890 terminó en España el Parlamento largo liberal y se registraba la vuelta de los conservadores al gobierno, éstos se encontraron con que la Comisión Real creada en febrero de 1888 por iniciativa de Sagasta, no había hecho prácticamente nada para solemnizar el IV Centenario del *descubrimiento* de América. Por lo que el 11 de enero de 1891, ante la inminente llegada del año 1892, la antigua Comisión fue oficialmente suplantada por una nueva Junta Directiva del Centenario, cuya presidencia

---

<sup>54</sup> Moret, *Circular del 28 de mayo de 1888*, apud Conde de Romanones, *op. cit.*, p. 42.

recayó en el presidente del Consejo de Ministros, el conservador Antonio Cánovas del Castillo -que por cierto era además historiador.

La nueva Junta Directiva fue un poco más reducida pero definitivamente más eficaz que la comisión de Sagasta. En año y medio y con escaso dinero, las subcomisiones comenzaron a funcionar y a desarrollar los cometidos que les fueron asignados. El gobierno con la ayuda y la iniciativa de entidades y sociedades privadas, reorientó la conmemoración hacia exposiciones y congresos que le imprimirían matices más académicos, programando así un Centenario cultural, retrospectivo y nacionalista. Desde los primeros meses de esta segunda fase de organización de los fastos (1891-1893), Cánovas del Castillo contó con el apoyo del renombrado filólogo e historiador español Antonio Sánchez Moguel, fundador de la sección de Historia del Ateneo de Madrid, y del Capitán de Navío de la Armada Española, el también escritor e historiador Cesáreo Fernández Duro; a quienes más adelante se unirían otros personajes reconocidos en la esfera cultural y política de España, como Emilio Castelar, Marcelino Menéndez y Pelayo, Emilia Pardo Bazán, Juan Valera y Luis Vidart.

De todas estas personalidades hay que destacar a Cesáreo Fernández Duro, cuyas aportaciones a la conmemoración de los 400 años de la gesta colombina podemos ubicarlas incluso desde antes de la conformación de la nueva Junta Directiva del Centenario. Cuando en 1881 se anunció oficialmente la propuesta de solemnizar el 12 de octubre de 1892, durante la IV sesión del Congreso Internacional de Americanistas (organizada en Madrid), el marino español ingresó a la Real Academia de la Historia, y desde ese momento se percató de que la idea de la próxima celebración había llegado a la península ibérica con cierta inclinación a festejar el "IV Centenario de Colón" en lugar del "IV Centenario del descubrimiento de América".

Ya hemos anticipado, siguiendo la línea trazada por Salvador Bernabéu Albert, que los norteamericanos e italianos así promovieron el Centenario de 1892: con la superposición del Almirante genovés como el objeto a conmemorar, en un claro intento de restar protagonismo al papel desempeñado por la Corona española en la hazaña de 1492.<sup>55</sup> Por ello es que al acercarse el tan esperado 400 aniversario, varios historiadores peninsulares, encabezados por Fernández Duro, se empeñaron en desnudar a Cristóbal Colón de toda

---

<sup>55</sup> *Vid. supra*, citas 7, 8 y 9.

mitificación y dotarlo de realidad histórica, a la luz de las fuentes primarias disponibles y aceptadas como auténticas hasta el momento.

Justamente en los primeros años de la década de los ochenta, cuando la figura de Cristóbal Colón era encumbrada entre las más altas virtudes de heroísmo y santidad, Fernández Duro comenzó a escribir una gran cantidad de artículos y obras en los que, tras someter los datos colombinos a un riguroso análisis crítico, buscó reivindicar el papel de los españoles en la trascendental proeza del *Descubrimiento*: en 1883, publicó *Colón y Pinzón. Informe relativo a los pormenores del descubrimiento del Nuevo Mundo* (Madrid, Tello); dos años más tarde, *Colón y la historia póstuma. Examen de la que escribió el Conde de Roselly de Lorgues* (Madrid, Tello); en 1888, *Tradiciones infundadas* (Madrid, Sucesores de Rivadeneyra); hacia 1890, *Nebulosa de Colón, según observaciones hechas en ambos mundos* (Madrid, Sucesores de Rivadeneyra); hasta llegar a 1892, cuando salió a la luz *Pinzón en el descubrimiento de las Indias*, también bajo el sello editorial de Sucesores de Rivadeneyra.

Muchos fueron los políticos, historiadores y escritores que se unieron rápidamente a la causa de Cesáreo Fernández Duro, pues compartían con él la idea de que los fastos de 1892 debían "enaltecer entonces primero y ante todo a España, por aceptar la grande empresa, para lo cual las otras carecían de aptitud y arrojo".<sup>56</sup> Una opinión muy reveladora al respecto es la del célebre columnista Ángel Stor, en la que afirmaba que:

Hay en el descubrimiento de América un personaje más grande que Isabel y Fernando el Católico; más grande que Mendoza, Santangel, Deza, Marchena, Cabrero, Coloma y Pinzón; más grande que Colón mismo, porque no existe individuo que jamás sea capaz de lo que es capaz un pueblo. Este personaje es España, verdadera protagonista de aquella maravillosa epopeya, mirada como unipersonal por populares escritores americanos.<sup>57</sup>

Con claros tintes nacionalistas y una buena dosis de positivismo, esta visión se enarbolaba como respuesta a las exageraciones románticas y hasta religiosas que, como hemos tenido oportunidad de apreciar, proliferaron en gran parte de la historiografía colombina de los siglos XVII, XVIII y sobre todo del XIX. Con ayuda de la Academia de la Historia, el Ateneo de Madrid, el Ateneo de Barcelona y la Sociedad Colombina Onubense, los políticos españoles

---

<sup>56</sup> Cesáreo Fernández Duro bajo el seudónimo de "F. Hardt", "¿Es el Centenario de Colón? Carta dirigida al Sr. D. Marcos Jiménez de la Espada, enumerando documentos apócrifos que se han publicado con referencia al Descubrimiento del Nuevo Mundo", en *Revista Contemporánea*, vol. LXXIX, Madrid, 1890, p. 130.

<sup>57</sup> Ángel Stor, "Las conferencias del Ateneo", en *La Ilustración Española y Americana*, vol. XXXIII, Madrid, 1892, p. 147; citado también por Bernabéu Albert, en *1892: El IV Centenario*, op. cit., p. 123.

pusieron en cuestionamiento y lograron modificar el título del "Centenario de Colón" por el del "IV Centenario del Descubrimiento de América": ahora se iba a honrar, no sólo al Almirante genovés, sino el primer viaje colombino en conjunto, que tomaba en cuenta desde el papel desempeñado por los Reyes Católicos, los marineros y capitanes onubenses, hasta el apoyo brindado por los monjes de la Rábida y el patrocinio catalán.

En la nueva concepción, la idea del *Descubrimiento* como acontecimiento, se superpone ya a la imagen del sujeto, que era considerado *descubridor*: si bien no en un plano ontológico -que implicaría poner en cuestionamiento la posibilidad de *ser* el continente americano un ente descubrible-, pero sí desde luego en virtud de redireccionar los reflectores hacia el *acontecimiento* mismo, para que España recuperara la parte de aplausos que le corresponden por su actuación en la magna proeza y que Colón acaparaba en la toma hecha por los escritores empeñados en glorificarlo. Con esta modificación, las élites peninsulares retiraban los laureles del *descubrimiento* de América de las sienes de Colón y los adherían a la corona de España, relegando al Almirante a la categoría de mero *instrumento* del trascendental *acontecimiento*.<sup>58</sup>

Pero como bien señalaría Bernabéu Albert, "no satisfechos con este cambio, algunos escritores de gran influencia en ese momento apostaron por la celebración del IV Centenario del Descubrimiento del Nuevo Mundo, con una mayor riqueza temporal, espacial y cultural".<sup>59</sup> En efecto, muchos son los testimonios que tenemos acerca de las mutaciones que sufrió el título del Centenario, por ejemplo la *Crónica Dialogada* del militar e historiador español, Luis Vidart, quien a unos cuantos meses del 12 de octubre de 1892, le decía a su amigo Magin Vera:

Pienso, en primer lugar, que la próxima conmemoración centenarista se llama por muchos Centenario de Colón, y por otros Centenario del descubrimiento de América, y que debiera llamarse Centenario del descubrimiento del Nuevo Mundo. Y la razón es obvia. Lo que en los

---

<sup>58</sup> No debemos perder de vista que para estos últimos años del siglo XIX, la idea de la integración del continente americano a la cultura occidental, aún pervivía en el mundo entero como el resultado de un "descubrimiento": realizado como producto de una intención, o bien como producto de una casualidad; ya sea a partir de la concepción providencialista, de la idealista o bien de la positivista de la historia; ya desde la postura colombinista o bien desde la perspectiva nacionalista española.

<sup>59</sup> Salvador Bernabéu Albert, "De leyendas, tópicos e imágenes. Colón y los estudios colombinos en torno a 1892", en Consuelo Varela (coord.), *Congreso Internacional: Cristóbal Colón, 1506-2006. Historia y leyenda*, Universidad Internacional de Andalucía, 2006, p. 303.

siglos XV y XVI se llamaba Nuevo Mundo, son las tierras que forman lo que actualmente llamamos América y Oceanía.<sup>60</sup>

Por trivial que parezca esta batalla por los títulos del IV Centenario del *descubrimiento* de América, es una prueba más de la gran importancia que España le otorgó a la conmemoración. Y es que, recapitulando lo que hasta ahora hemos dicho sobre las aspiraciones peninsulares, con los festejos centenarios se buscaba superar la “Leyenda Negra” fraguada en torno a la Conquista y a los tres siglos de dominio español sobre gran parte del continente americano, al mismo tiempo que promover la idea de una raza insigne, valiente y bondadosa: la “raza hispánica”, caracterizada por su generosidad, gallardía y arrojo; capaz de contraponerse a la “raza anglosajona” que perseguía la hegemonía política y económica mediante el panamericanismo. De ahí que el investigador, crítico y académico español, Luis Sainz de Medrano, señalara que “El IV Centenario del descubrimiento de América constituyó un serio esfuerzo de España por acercarse a las naciones de su progenie y puso en varios sentidos las bases para un hispanoamericanismo práctico”.<sup>61</sup>

No resulta nada extraño, por tanto, que al calor de las celebraciones de 1892, la prensa española compartiera ampliamente la opinión de que “Colón logró en aquella memorable mañana [del 12 de octubre de 1492] el premio de su fe, España la recompensa de su ardimiento, la humanidad un triunfo que la hace acercarse á Dios”.<sup>62</sup> Dicha sentencia revela no menos que un doble reconocimiento atribuido a la conmemoración de la hazaña colombina por parte de los peninsulares: de un lado podemos ver que no se desechaba del todo el “providencial genio” del almirante genovés, “quien, sólo comprendido por una Reina insigne y unos pocos frailes, supo arrancar al temido Océano los misterios geográficos que guardaba”;<sup>63</sup> y del otro, la supremacía de un “pueblo elegido” que llevó el progreso a los americanos “salvajes y bárbaros, incapaces de elevarse por sí mismos á la civilización”.<sup>64</sup>

Pero ¿así también era visto de este lado del Atlántico? Si lo que España perseguía en el contexto conmemorativo de la gesta colombina, era básicamente afirmar su centralidad en

---

<sup>60</sup> Diálogo del 20 de julio de 1892, en Luis Vidart, *Descubrimiento del Nuevo Mundo. Crónica Dialogada de la conmemoración secular de este grandioso descubrimiento*, Madrid, Imprenta de Enrique Rubiños, 1893, p. 11.

<sup>61</sup> Luis Sainz de Medrano, “Un episodio de la autobiografía de Rubén Darío: La conmemoración en España del IV Centenario del Descubrimiento de América”, *Anales de Literatura Hispanoamericana*, No. 4, Madrid, 1975, p. 403.

<sup>62</sup> Anónimo, “Homenaje Universal”, en *El Imparcial*, Madrid, 12 de octubre de 1892.

<sup>63</sup> Modesto Navarro, “El siglo XV y el siglo XIX”, en *El Correo Militar*, Madrid, 12 de octubre de 1892, s/p.

<sup>64</sup> Pedro A. Berenguer, “Los conquistadores de América y la civilización”, en *Ibid.*

un mundo de cultura hispana que debía poner freno a la política expansionista de Estados Unidos, sería interesante conocer cuál fue la postura que México adoptó frente al hispanoamericanismo impulsado por las elites españolas. Enrique Sánchez Albarracín ha dedicado gran parte de su vida académica a estudiar las voces latinoamericanas que se hicieron escuchar en España al calor de los festejos por los cuatrocientos años del *descubrimiento* de América; todas las aportaciones de sus ponencias y escritos sobre el tema, se conjugan y enriquecen en su magnífica tesis de Doctorado que nos permite advertir que, aún con el rencor que todavía exhibían las repúblicas de Latinoamérica hacia España, el IV Centenario fue una ocasión, sin precedentes, de convergencia entre las élites hispanoamericanas y las peninsulares:

Después de décadas de resentimiento, de incompreensión y de distanciamiento inevitable, españoles y latinoamericanos tuvieron la oportunidad de encontrarse en una celebración que puede considerarse, incluso desde ese momento, como un espacio común, un lugar de la memoria y por lo tanto de reencuentro. Las ambiciones culturales, políticas y económicas de ambos lados podían convergir, especialmente dentro de la perspectiva de una franca oposición al expansionismo de las potencias de Europa y América del Norte.<sup>65</sup>

El temor de que la república del norte llegara a conquistar la hegemonía política y comercial, fue exhibido ya abiertamente tanto por las nuevas naciones de América Latina como por las antiguas potencias europeas, al celebrarse en Washington la Primera Conferencia Panamericana de 1889-1890. De modo que, a la llegada del IV Centenario del *descubrimiento* de América, España no sólo compartía con las repúblicas de su progenie una misma lengua y gran parte de su cultura, sino ahora también un "enemigo" común: los Estados Unidos. Desde luego que en el caso de nuestro país, en tanto que parte constitutiva de Latinoamérica, no se aleja mucho de esta visión de conjunto propuesta por Sánchez Albarracín; sin embargo, yo considero que bien podríamos aumentar el zum para apreciar con mayor nitidez la imagen que de México proyectaron las élites porfiristas en aquel magno evento de 1892, puesto que la identidad nacional se define y exhibe, después de todo, siempre desde posiciones diferentes, que obedecen a intereses si bien similares pero también particulares.

---

<sup>65</sup> Enrique Sánchez Albarracín, *La convergence hispano-américaniste de 1892. Les rencontres du IVe centenaire de la découverte de l'Amérique*, Tesis para obtener el grado de Doctor con especialidad en Estudios Ibéricos y Latinoamericanos, por la Université Sorbonne Nouvelle-Paris 3, Paris, 11 de diciembre de 2006, p. 450.

## MÉXICO ANTE EL PANAMERICANISMO Y EL HISPANOAMERICANISMO

Un breve recuento de las imágenes de Estados Unidos y España en la historiografía, la literatura y la pintura del México decimonónico, nos revela el conjunto de sentimientos emanados a partir de las relaciones diplomáticas que nuestro país entabló con aquellas otras dos naciones a lo largo del siglo XIX. Así como el proceso independentista iniciado en 1810 dejó un ambiente cargado de antihispanismo, tras la guerra de 1847 se comenzó a repudiar a Estados Unidos e incluso se llegó a pensar en un acercamiento con las naciones europeas; durante y después de la segunda intervención francesa (1862-1867) se denostaba a cualquier potencia del viejo continente, mientras que los Estados Unidos comenzaron a ser rescatados como un valioso apoyo a la libertad nacional; y ya en el porfiriato se volvería a manifestar, de nueva cuenta, el recelo hacia la república del norte y a revivir, a su vez, la simpatía por España y Europa en general.<sup>66</sup>

Pero lo que constituye una característica innegable de las élites mexicanas desde mediados del siglo XIX, es su actitud de profunda desconfianza respecto a los Estados Unidos a raíz de la anexión de Texas. La república norteamericana, que había intentado poseer la provincia desde las primeras décadas del siglo XIX, argumentaba el peligro de una intervención inglesa en aquellos territorios y culpaba al gobierno mexicano de la sublevación de Texas por no haber comprendido nunca las necesidades de sus habitantes. El entonces secretario de Relaciones Exteriores de México, Manuel Crescencio Rejón, enfrentó con habilidad política y argumentación jurídica los ataques del embajador norteamericano Wilson Shannon, que comenzaron en septiembre de 1844. En una carta del 21 de noviembre de ese mismo año, Rejón le decía a Shannon que bajo el pretexto de su seguridad ante las supuestas amenazas europeas, Estados Unidos escondía "el deseo de poseer el territorio circundante, pues un hecho conduciría al otro hasta concluir en la desaparición del continente entero bajo el poder de la nación norteamericana, siempre intranquila por su seguridad".<sup>67</sup>

El dolor tatuado en el ánimo de los mexicanos tras haber perdido la mitad del territorio nacional se tradujo en un profundo rencor hacia el vecino del norte, cuyo proceder lo

---

<sup>66</sup> Al respecto puede leerse: Aimer Granados, *Debates sobre España. El hispanoamericanismo en México a fines del siglo XIX*, México, Colmex/UAM-Xochimilco, 2005, 381 p. (Ambas Orillas).

<sup>67</sup> Carlos Bosch García, "Dos diplomacias y un problema", *Cuadernos Americanos*, vol. III, núm. 1, julio-septiembre de 1952, p. 62.



delataba como un peligro para la soberanía no sólo de México sino de todos los países del mundo entero. Esta actitud frente a los Estados Unidos llegaría vigorosa hasta el porfiriato, ese periodo histórico en el que se conmemoró el IV Centenario del *descubrimiento* de América, y justamente durante el cual se afirmaron y redefinieron gran parte de los mitos nacionales que perviven aún hoy en día: desde Cuauhtémoc (el último "emperador" azteca), pasando por el cura Miguel Hidalgo y Costilla (el Padre de la Patria), hasta los Niños Héroes y don Benito Juárez (el Benemérito de las Américas); todos fueron héroes consagrados y ostentados como tales por las élites porfirianas.

En esas últimas décadas del siglo XIX, el debate sobre la identidad nacional mexicana se vio ensanchado por dos seductoras y antagónicas posturas. Mientras de este lado del Atlántico emergía la propuesta ideológica del mestizaje y se avanzaba en su caracterización, desde la península ibérica se difundía el hispanoamericanismo: en tanto que el primero insertaba el elemento indígena dentro del devenir nacional, dotándolo así de sentido en el flujo de la historia universal; la segunda propuesta sustraía lo indígena del ser nacional y lo expulsaba, por consiguiente, de ese futuro que el positivismo enmarcaba dentro de los cánones de progreso y modernidad de la civilización occidental. Podríamos decir, en otras palabras, que la composición racial (mestiza) de la población mexicana representaba, para unos, la posibilidad de abrirse paso en un mundo que marchaba en dirección del progreso hacia mejor, y un obstáculo para llegar a conquistar ese ideal, en la mente de otros.

La figura más notable de esta segunda visión fue Francisco G. Cosmes, quien apelando a la "ley de la herencia" de "caracteres sociológicos" denostaba el elemento indígena en favor del componente europeo de los mexicanos. Cosmes consideraba que los caracteres sociológicos indígenas carecieron del vigor suficiente para fijar su herencia o, incluso, eran genéticamente incompatibles. Su postura llegó a ser tan radical que afirmaría: "nuestro dudoso abolengo indígena, que, además de raquitismo cerebral y de la barbarie, representa la abyección de una servidumbre incurable, nacida desde tiempo inmemorial, bajo el yugo de la teocracia idólatra y del cacicazgo, y que los principios de igualdad del Evangelio, y la influencia de la civilización española, y la misma Independencia no han logrado redimir".<sup>68</sup>

---

<sup>68</sup> Francisco G. Cosmes, *La dominación española y patria mexicana*, México, Imprenta del Partido Liberal, 1896, p. 43.

Para Cosmes, los nexos entre América y el viejo continente no sólo eran indestructibles, sino que además eran necesarios para preservar la soberanía misma de la nación. Y es que, de acuerdo con Aimer Granados, Francisco G. Cosmes fue el mayor exponente del hispanoamericanismo mexicano; tan es así que veía en la propuesta ideológica peninsular, la única posibilidad de que México pudiese contrarrestar el mal de la creciente "oleada sajónica".<sup>69</sup> Es común, por tanto, ver reproducidas en gran parte de sus artículos publicados en *El Correo Español*, estas líneas con las que Cosmes definía a "el pueblo mexicano" como:

una raza latina, en parte por la sangre, pero completamente latina por el espíritu, esto es, por la civilización, las costumbres, el carácter, los ideales, el modo de ser moral, la manera propia de concebir la existencia, la religión, el idioma, el idioma sobre todo, esa alma de las nacionalidades, una raza latina, repetimos, colocada en América como centinela avanzado frente al sajonismo desbordante [...]<sup>70</sup>

De la otra cara de la moneda estaban "los liberales puros que aún quedaban y que seguían aferrados a sus prejuicios antihispánicos".<sup>71</sup> Personajes como Ignacio Ramírez y Guillermo Prieto habían señalado la herencia española como un lastre para el porvenir de la nación, pues consideraban que, además de haber inculcado una religión que distorsionaba la visión de la realidad, con la instauración de monopolios y el estancamiento de las innovaciones industriales el dominio colonial había limitado el desarrollo económico del país. Pero a pesar de ello, la revaloración histórica de la Madre Patria gozó de una relativa aceptación durante el porfiriato, sobre todo entre los liberales moderados que impulsaron una tendencia integradora y comprensiva respecto a la herencia hispánica en México.<sup>72</sup>

En el grupo de tales autores podemos ubicar a Vicente Riva Palacio, José María Vigil y Joaquín Baranda, pero con base en el propósito de nuestro estudio, no hay mejor muestra de la postura de todos ellos que los planteamientos de este último.<sup>73</sup> En 1877, la Ciudad de

---

<sup>69</sup> Aimer Granados, *op. cit.*, p. 181.

<sup>70</sup> Francisco G. Cosmes, *op. cit.*, p. 42.

<sup>71</sup> Juan A. Ortega y Medina, *La idea colombiana... op. cit.*, p. 30.

<sup>72</sup> A partir de la década de 1920, el discurso nacionalista de la posrevolución sería diferente: los planteamientos del hispanismo encontraron una fuerte oposición en las propuestas del indigenismo. Véase al respecto, Aimer Granados, "Hispanismos, nación y proyectos culturales Colombia y México: 1886-1921. Un estudio de historia comparada", en *Memoria y Sociedad* (Pontificia Universidad Javeriana), vol. IX, Núm.19, julio-diciembre de 2005, pp. 5-18.

<sup>73</sup> Sobre Riva Palacio abundaremos en el siguiente capítulo, mientras que para una aproximación a la postura de Vigil con respecto a España y en comparación con algunos autores españoles, puede leerse: Evelia Trejo, "Tiempos de crisis en Historias y relatos, 1885-1902", en Manuel Suárez Cortina, Evelia Trejo Estrada y Aurora Cano Andaluz (eds), *Cuestión religiosa España y México en la época liberal*, México-Santander, UNAM-IIB-IIH, PubliCan ediciones-Universidad de Cantabria, 2012, pp. 431-470.

México fue sede de dos importantes eventos relacionados con el *descubrimiento* de América: a mediados de ese año se inauguró en la capital mexicana el monumento a Cristóbal Colón, obsequiado por Antonio Escandón y que adorna el Paseo de la Reforma;<sup>74</sup> y el 12 de octubre, La Unión Ibero-Americana organizó una sesión extraordinaria para conmemorar los 385 años de la gesta colombina, en la que Joaquín Baranda tuvo la oportunidad de lucirse con un afanoso *Discurso*.<sup>75</sup>

En su recuento sobre el *descubrimiento* de América, don Joaquín, de entrada, le restó protagonismo a Cristóbal Colón al identificar el trascendental suceso y sus consecuencias como parte de "la ley indefectible del progreso".<sup>76</sup> Y se colocó hasta cierto punto del lado español al resaltar "la audacia y valor de los que vinieron á mezclar su sangre con la de nuestros antepasados", pues consideraba que "tales hombres pertenecían á esa raza legendaria, que después de haber llenado el mundo antiguo con sus proezas, vino á forzar las puertas del nuevo, como agente invencible de una evolución necesaria".<sup>77</sup>

Joaquín Baranda identificaba la raza como un poderoso recurso de unión y de fuerza entre las naciones: "¿Qué es la raza sino una gran colectividad que contribuye al movimiento universal para llegar a construir en lo futuro un todo homogéneo y compacto?".<sup>78</sup> Por ello apostaba por una Conquista, ahora espiritual, en la que se respetara un poco más a "las razas indígenas, reconcentradas en sí mismas, conservando su lengua, sus costumbres y su idolatría, que solo ha cambiado de dioses. Conquistémoslas. La instrucción es el medio, el libro es el arma, el maestro el conquistador. Sigamos las huellas luminosas trazadas por Gante y Las Casas".<sup>79</sup>

Esta actitud conciliadora con España, Baranda la explayaría por completo cinco años más tarde, ante el develado de la escultura de Cristóbal Colón que decora la Plaza de Buenavista

---

<sup>74</sup> Si bien el proyecto del monumento a Colón se inició desde los tiempos de Maximiliano, fue hasta 1876 que, por iniciativa de Don Antonio Escandón, se retomó la idea y Sebastián Lerdo de Tejada designó al escultor francés Charles Henri Joseph Cordier para llevar al cabo la estatua de genovés. Véase al respecto, José Manuel Villalpando César, *Los monumentos a Colón en la ciudad de México*, México, [Edición del autor], 1982, 22 p.

<sup>75</sup> Joaquín Baranda, "Discurso pronunciado en la sesión extraordinaria que en conmemoración del descubierta de América celebró en México La Unión Ibero-Americana, el 12 de Octubre de 1887", en *Obras*, México, Imprenta de V. Agüeros, 1900, pp. 77-86.

<sup>76</sup> *Ibid.*, p. 80.

<sup>77</sup> *Ibid.*, pp. 81-82.

<sup>78</sup> *Ibid.*, pp. 82-83.

<sup>79</sup> *Ibid.*, p. 85.

desde el 12 de octubre de 1892.<sup>80</sup> Para entonces, don Joaquín se desempeñaba como Ministro de Justicia y gozaba ya de gran prestigio tanto en el ámbito académico como en los medios de opinión pública. Pero además de ello, el hecho de haber sido designado orador oficial de un acto que presenciarían también las autoridades peninsulares en México (Lorenzo Castellanos era el ministro de España), la pieza oratoria de Joaquín Baranda refleja en buena medida la actitud adoptada por el régimen porfirista en general.<sup>81</sup> Así tenemos, pues, que ahora el licenciado Baranda se esforzó en españolizar la gesta del *descubrimiento* de América, al plantear que éste no hubiese tenido lugar:

sin la admirable persistencia de Colón y de sus pocos y entusiastas amigos, y sobre todo, sin la actitud noble y resuelta de la excelsa Reina, que removiendo todos los obstáculos y aceptando todas las condiciones, con sublime rasgo de abnegación, y más por celo religioso que por ambición mundana, hizo suyo el proyecto, poniéndolo bajo el amparo de los inmarcesibles laureles que acababa de conquistar.<sup>82</sup>

Aunque Baranda no atentó directamente contra la imagen romántica de Colón, cuando menos sí dividió los laureles del *Descubrimiento* entre el genovés y la Corona española. Afirmó que "la ejecución del proyecto de Colón fue confiado á tres frágiles embarcaciones arrancadas casi por fuerza, con el carácter de pena, á los vecinos del puerto de Palos", pero al mismo tiempo otorgó reconocimiento al "puñado de hombres poco temerosos del peligro y de la muerte" que las tripularon.<sup>83</sup> Pero antes que cualquier otro personaje, la reina Isabel es quien ocupa el papel estelar en el relato de Baranda:

la Reina magnánima, honra y lustre de su sexo, que con la misma mano con que arrojó sus joyas en la balanza en que se pesaban los destinos del mundo, puso en libertad á los indios que Colón, pagando tributo á las debilidades de su siglo, pretendiera vender en Sevilla. Las cadenas se hicieron pedazos al salir de los labios de Isabel la noble exclamación que aún resuena armoniosa en nuestro oído: *¿Quién es Don Cristóbal Colón para disponer de mis súbditos? ¡Los indios son tan libres como los españoles!*<sup>84</sup>

En este mismo tenor, se dejó en claro que la hazaña del *Descubrimiento* no fue un resultado científico y experimental, puesto que "la ciencia lo había negado, la tradición se había

---

<sup>80</sup> Esta figura del Almirante de la Mar Oceánica la había presentado en yeso Manuel Vilar a la Academia de San Carlos, en 1858, y fue vaciada en bronce por Tomás Carandete y colocada en el pedestal diseñado por el arquitecto Juan Agea.

<sup>81</sup> Joaquín Baranda, "Discurso pronunciado en el acto de la inauguración del Monumento elevado a Cristóbal Colón en la plazuela de Buenavista, de esta capital, el 12 de octubre de 1892", en *Obras, op. cit.*, pp. 109-125.

<sup>82</sup> *Ibid.*, p. 117.

<sup>83</sup> *Ibid.*, p. 118.

<sup>84</sup> *Ibid.*, p. 121.

perdido, y sólo queda la casualidad como único factor de esa epopeya; pero la casualidad se llama en este caso Cristóbal Colón!".<sup>85</sup> En otras palabras, para Joaquín Baranda el *descubrimiento* de América había sido accidental, mero producto de la casualidad. Pero ello no importaba, pues más allá del acto del "descubrimiento", lo que se conmemoraba era que, a partir del 12 de octubre de 1492, se "integró el planeta física y moralmente", abriendo este Nuevo Mundo su seno para que lo poblaran todos los pueblos de la Tierra: "estaba allí, rico, exuberante, lujurioso, como en vísperas de desposarse con la civilización moderna".<sup>86</sup>

De acuerdo con Baranda, las naciones latinoamericanas, una vez recobrada su autonomía y gozando ya de una vida de libertad y progreso, "han arrancado de sus anales, con tierna y filial emoción, el largo y doloroso capítulo de los cargos y de las recriminaciones; han olvidado sus quejas y depuesto sus odios, para desbordarse en sentimientos sinceros de concordia y amor y confundirse en fraternal abrazo con sus progenitores".<sup>87</sup> Por ello es que "México, la primera por su posición geográfica de las naciones hispano-americanas, en las que se conserva limpia y fija el habla majestuosa de los descubridores; [...] se ha asociado á todos los pueblos del mundo para conmemorar, aquende y allende los mares, el cuarto centenario del descubrimiento de América".<sup>88</sup> Una "fiesta secular, que más que del descubrimiento es la de la comunión de todos los pueblos en sentimientos de justicia y de admiración por el pasado, de nobles aspiraciones y lisonjeras esperanzas para lo porvenir".<sup>89</sup>

Una vez concluida la disertación del licenciado Baranda, Justo Sierra saltó a la tribuna para dar lectura a su famosa oda *a Cristóbal Colón*.<sup>90</sup> Pero en vez de reproducir aquí algunos fragmentos de dicho canto, considero más pertinente traer a colación el breve discurso que el propio Sierra pronunció en la Cámara de Diputados por la tarde, en una velada organizada por la Sociedad de Geografía y Estadística para conmemorar también el 12 de

---

<sup>85</sup> *Ibid.*, pp. 119-120.

<sup>86</sup> *Ibid.*, p. 118.

<sup>87</sup> *Ibid.*, pp. 122-123.

<sup>88</sup> *Ibid.*, p. 123.

<sup>89</sup> *Ibid.*, p. 124.

<sup>90</sup> Justo Sierra, "A Cristóbal Colón", en *Discurso y poesía leídos en la inauguración del monumento erigido a Cristóbal Colón por la Junta Colombina nombrada por el Señor Presidente de la República para organizar la participación de México en la Exposición de Madrid*, México, Imprenta de F. Díaz de León, 1892, pp. 15-20.

octubre de 1492.<sup>91</sup> El ensayo de Don Justo fue titulado "Proporciones Humanas de Colón" y podría ser dividido en dos apartados; de los cuales el primero está más bien enfocado a derribar la "gran leyenda" forjada en torno a la figura del genovés y que lo exhibía como un ser casi sobrenatural, visionario, providencial y repleto de las más altas virtudes.<sup>92</sup>

El papel protagónico de Cristóbal Colón en el *Descubrimiento* fue diluido por Sierra al preguntar "Si Martín Alonso Pinzón no le da su auxilio en el puerto de Palos, ¿cómo podría haberse emprendido el viaje? Y si, cuando desalentado y sin fe el genovés, el marino andaluz no le hubiese empujado hacia adelante, ¿cómo el viaje habría llegado a término?".<sup>93</sup> Aunque sin lugar a dudas lo que principalmente buscaba don Justo era despojar la imagen del célebre Almirante de todo carácter divino y revestirlo de características completamente humanas. Insistía constantemente en que "no, Colón no fue un adivino, ni un iluminado, ni un santo";<sup>94</sup> para Sierra, la fe del genovés "era científica" y su iluminación procedía "de dos afirmaciones positivas, verdad la una, la otra error": la verdad era la esfericidad de la tierra, y el error, la pequeñez relativa de ésta; "Sin lo primero, Colón no habría concebido su viaje; sin lo segundo, no lo habría creído posible".<sup>95</sup>

De ahí que Juan A. Ortega y Medina señalara, al analizar este discurso del campechano, que "gracias a la pluma de Justo Sierra, el Colón estatuario queda convertido en un hombre de carne y hueso; en uno de los héroes que no por casualidad quedó santificado en el calendario positivista de Augusto Comte".<sup>96</sup> Efectivamente, si bien Sierra despoja al Almirante de la Mar Oceánica de su leyenda dorada, en su intento por dotarlo de un carácter más real y positivo, terminó por esculpirle otro pedestal, empleando como cincel a la lírica y como martillo a la poesía. Así, pues, Justo Sierra trasladaría al genovés de los altares cristianos al panteón positivista:

la ola del mito, al retirarse, se ha llevado en su iris y sus espumas todo lo que había en Colón de sobrehumano y milagroso y ha dejado en las playas de la realidad a un hombre de pie. Y es nuestro, decimos, el "embajador de Dios"; es de nuestra débil raza, de nuestra maculada estirpe; pero así lo sentimos más pegado a nuestro corazón, más digno de amor por sus

---

<sup>91</sup> Justo Sierra, "Proporciones humanas de Colón", en *Obras Completas*, t. V (*Discursos*), México, UNAM, 1948, pp. 153-161.

<sup>92</sup> *Ibid.*, p. 154.

<sup>93</sup> *Ibid.*, p. 155.

<sup>94</sup> *Ibid.*

<sup>95</sup> *Ibid.*, p. 158.

<sup>96</sup> Juan A. Ortega y Medina, *La idea colombina... op. cit.*, p. 40.

errores, sus vacilaciones y sus faltas. Su sangre y sus huesos son nuestros huesos y nuestra sangre; sus ilusiones son la atmósfera de ideal en que nuestro espíritu vive.<sup>97</sup>

Casi para finalizar su discurso, don Justo Sierra expresó la idea de que si la empresa colombina no hubiese topado con la isla de Guanahaní, "habría venido al fin el descubrimiento; pero lo habrían hecho las razas pías": las razas anglosajonas, de las que Sierra, muy convencido, afirmaba que habrían exterminado por completo a "la familia nativa de nuestro continente".<sup>98</sup> Agradeció, por tanto, que la integración del Nuevo Mundo a la civilización occidental fuese obra de aquel grupo de "hombres intrépidos": de raza latina, retoños de España, "nuestra madre".<sup>99</sup> No hay palabras más certeras que las de Claude Dumas, para poner de relieve el sentido profundo de dicha interpretación de Sierra sobre el acontecimiento del 12 de octubre de 1492:

esta forma de concebir el Descubrimiento toma en cuenta el conjunto de las ideas contemporáneas en México sobre el antagonismo entre latinos y anglosajones. Por medio del tema del Descubridor, Justo Sierra, expresa así una vez más su desconfianza hacia Norteamérica y sus simpatías hacia España, madre de la otra América, y portaestandarte de la raza latina. Se recordará que era éste un punto que unía por una vez a la mayoría de los conservadores y los liberales.<sup>100</sup>

El hecho de mostrar a la nación mexicana como obra de la civilización hispánica, dotaba a México de una moralidad diferenciada y distante de la estadounidense. Simbolizaba su adhesión a la superioridad moral de la cultura latino-católica que debía poner freno al expansionismo de los sajones-protestantes. De suerte que en el ocaso del siglo XIX, los recelos hacia la península cesaron un poco y España recibió temporalmente el indulto, pues para esas fechas las élites mexicanas veían en Estados Unidos un enemigo más cercano y fuerte que la antigua metrópoli. Con esa actitud es con la que México se presentaría en Madrid para participar en los festejos por los 400 años del *descubrimiento* de América: "surfeando" entre dos tipos de oleaje, el del imperio espiritual y el del imperialismo capitalista; recordando los maltratos de la madre patria, pero temiendo otra paliza de la madrastra del norte.

---

<sup>97</sup> *Ibid.*, p. 156.

<sup>98</sup> *Ibid.*, p. 160.

<sup>99</sup> *Ibid.*, p. 161.

<sup>100</sup> Claude Dumas, *Justo Sierra y el México de su tiempo, 1848-1912*, Trad. de Carlos Ortega, t. I, México, UNAM, 1992, p. 309 (Nueva Biblioteca Mexicana).

### III. MÉXICO EN LOS EVENTOS CONMEMORATIVOS DE 1892

El IV Centenario del *descubrimiento* de América tuvo una resonancia literalmente trasatlántica, pues no sólo fue conmemorado en Europa y el continente americano, "sino que también lo celebraron Marruecos o lugares tan lejanos como Saigón y Hong-Kong".<sup>1</sup> En el Reino Unido, por ejemplo, la Sociedad Geográfica organizó, junto con otras instituciones británicas, diversos eventos culturales para celebrar los 400 años de la hazaña colombina. El 13 de octubre de 1892, Londres fue sede de un banquete al que asistieron el príncipe de Gales y la reina Victoria. Mientras que en Francia, por su parte, el 12 de octubre se festejó con una exposición cartográfico-americana y con la realización de la *Vieille Amérique*, en la que se reprodujeron desde edificios y calles americanas de diversas épocas, hasta la llegada de Cristóbal Colón a las Lucayas. En Calvi (Córcega), que reclamaba la cuna del almirante, se erigió un monumento en honor a Colón, mientras que en las principales ciudades del territorio galo se abrieron ciclos de conferencias de temática colombina y americanista.

En Alemania, la celebración del IV Centenario del *descubrimiento* de América motivó la publicación de dos importantes obras que estuvieron a cargo de la Sociedad de Geografía de Berlín: una lleva por título *El Descubrimiento de América y su influencia sobre las naciones de la historia del mundo*; en tanto que la otra es una colección de *Mapas Históricos en torno al Descubrimiento de América*. Esta última fue autoría de Konrad Kretschmer y se editó para presentarla en el IX Congreso de Americanistas (Huelva, 7-11 de octubre de 1892). Del *Atlas* de Kretschmer, tres ejemplares fueron obsequiados a España: uno a la Sociedad Geográfica de Madrid, otro a la Academia de la Historia y el tercero a la Universidad de Salamanca.<sup>2</sup>

Pero donde más empeño se puso para solemnizar los 400 años de la hazaña colombina fue definitivamente en Italia, Estados Unidos y España. En Italia, las conmemoraciones centenarias comenzaron el 10 de julio, que era el día dedicado a San Cristóbal mártir. La nación italiana había promovido una celebración centrada exclusivamente en la figura del gran almirante, por lo que no ha de extrañarnos que la ciudad de Génova -de dónde era oriundo Colón- haya concentrado la mayoría de los actos conmemorativos: entre éstos

---

<sup>1</sup> Salvador Bernabeu Albert, "El IV Centenario del Descubrimiento de América en la coyuntura finisecular (1880-1893)", *op. cit.*, p. 356.

<sup>2</sup> Véase María Teresa Gutiérrez de Mac Gregor, "El descubrimiento de América en 1892 y 1992", en *Investigaciones Geográficas* (Boletín del Instituto de Geografía de la UNAM), No. 63, agosto de 2007, pp. 168-171.



podemos mencionar algunos certámenes y desfiles históricos que se realizaron durante agosto y octubre; además de una exposición Italo-Americana y los Congresos Geográfico, Histórico, Literario, Militar, de Botánica, de Pedagogía y de Derecho Marítimo. El Vaticano asimismo se unió a los festejos panegiristas del genovés y, el 16 de julio de 1892, el Papa León XIII redactó la Encíclica *Quarto abeunte saeculo* para enaltecer las virtudes de Colón y retomar la propuesta que habían iniciado el Papa Pío IX y el Conde Roselly de Lorgues, de elevar al Almirante de la Mar Oceánica a los altares cristianos.

Si bien los estadounidenses habían perdido la disputa por la sede del IV Centenario del *descubrimiento* de América frente a España, el 21 de julio de 1892 fue emitida la resolución oficial que declaraba como día festivo al 12 de octubre y anunciaba los actos con que la república del norte conmemoraría el 400 aniversario de la hazaña colombina. Las solemnidades comenzaron en Nueva York durante los primeros días del mes de octubre y se extendieron hasta el siguiente año en que tuvo lugar la *World's Columbian Exposition* de Chicago, celebrada del 1 de mayo al 3 de octubre de 1893. Numerosas cabalgatas y desfiles, tanto militares como escolares y civiles, se concentraron en Nueva York para recordar el trascendental acontecimiento de 1492 y elogiar, sobre todo, la figura de Cristóbal Colón.

El gobierno español, por su parte, decidió invitar a todos los países americanos y europeos para asistir a los eventos que las élites peninsulares tenían proyectados para el Centenario, y aprovechó para sugerir a las nuevas naciones latinoamericanas la declaración de día de fiesta permanente todos los 12 de octubre a partir de ese año de 1892. Para conmemorar por vez primera -en un ambiente internacional- la hazaña del *descubrimiento* de América, en España se llevaron a cabo once Congresos: el Monasterio de La Rábida (en Huelva) albergó el IX Congreso Internacional de Americanistas; en Sevilla se llevó a cabo la tercera reunión del Congreso Católico Nacional Español; mientras que la ciudad de Madrid fue sede de nueve Congresos más, el Pedagógico, el Geográfico, el Jurídico, el Mercantil, el Militar, el Literario, el Africanista, el Librepensador y el Espiritista.

Precisamente fue en la capital de España donde se concentraron la mayor cantidad de los eventos que conmemoraron los cuatrocientos años del *descubrimiento* de América, pues en Madrid se organizaron asimismo tres importantes exposiciones internacionales: la Histórico-Americana, la Histórico-Europea y la Internacional de Bellas Artes. Mientras que las demás ciudades españolas también se engalanaron con la celebración de conferencias,

certámenes literarios, desfiles militares y diversos actos de mayor proyección popular, como conciertos, bailes, banquetes, cabalgatas, corridas de toros, salvas y fuegos artificiales.

Todos estos eventos fueron importantes intentos de los diversos sectores de la sociedad española para fomentar las relaciones con América Latina durante las fiestas centenarias. Aunque, a decir verdad, los países hispanoamericanos no respondieron al convite con el entusiasmo que los peninsulares esperaban. En Latinoamérica, cada gobierno decidió festejar a su manera el 12 de octubre de 1892: se presentaron gran cantidad de bailables y obras de teatro; se develaron varios e imponentes monumentos a Cristóbal Colón en las capitales y en las principales ciudades de cada país (como los de la Plaza de Buenavista, Querétaro, San Miguel Allende y Toluca, en el caso de México); así como también se escucharon algunas conferencias y se llevaron a cabo múltiples ceremonias escolares para ilustrar a los niños y jóvenes sobre el magno suceso de 1492.

Casi todas las repúblicas latinoamericanas acudieron a los eventos organizados por el gobierno y las asociaciones culturales de España, sin embargo, aquellas comisiones que se presentaron en Madrid lo hicieron generalmente con escaso material y con un reducido número de integrantes. Como razones de esta relativa apatía hispanoamericana frente al IV Centenario del *descubrimiento* de América podríamos señalar, quizá el antihispanismo que aún se respiraba en algunos sectores políticos de las naciones de América Latina, pero principalmente la atención internacional que había despertado la Exposición Universal de Chicago, programada para el siguiente año.<sup>3</sup>

México, Uruguay y Colombia fueron los países latinoamericanos que enviaron a España el mayor número de colecciones y comisionados. Los 23 delegados oficiales del primero más una banda de guerra integrada por 64 miembros, hicieron que la actuación mexicana fuera una de las más destacadas de las fiestas centenarias. Un estudio reciente advierte muy bien las motivaciones políticas de la nación uruguaya y la colombiana: "Tanto Colombia como Uruguay contendían el beneplácito español que les favoreciera en un posible dictamen para la delimitación de fronteras con Venezuela y Argentina, respectivamente".<sup>4</sup>

---

<sup>3</sup> Los fines mercantiles y propagandísticos con que fue concebida la *World's Columbian Exposition* reunieron en Chicago a 46 países (más del doble que la Exposición Histórico-Americana de Madrid) y superaron las marcas de cualquier certamen internacional anterior, con más de 27 millones de visitantes.

<sup>4</sup> Carlos Ramírez Vuelvas, "Babel de Hispania: México en el IV Centenario del Descubrimiento de América", *Actas del XIV Encuentro de Latinoamericanistas Españoles: Congreso Internacional, 200 años de Iberoamérica (1810-*

El gobierno mexicano también tuvo que hallar algo de provechoso en la conmemoración de los cuatrocientos años del *descubrimiento* de América para acceder a participar en los festejos españoles. La razón más plausible e inmediata es que, al igual que desde la península ibérica, en México se veía con cierto recelo la expansión económica norteamericana. Pero si pretendemos llevar nuestro análisis un poco más lejos, resulta preciso tomar asimismo en cuenta que uno de los principales objetivos de la administración porfirista era dotar a México de reconocimiento internacional, no sólo en los ámbitos político, social y económico, sino también en el científico y el cultural.

Es verdad que desde su ascenso al poder en 1877, la preocupación primordial del general Porfirio Díaz era proveer de progreso económico y estabilidad política a la nación. Pero no menos cierto es que, después del "interinato" que representó el periodo presidencial de Manuel González (1880-1884), don Porfirio exhibió un interés especial por el desarrollo de la cultura y la ciencia en México: dos elementos que, a su vez, se consideraba que conllevarían también a cambios positivos en la estructura económica nacional y, desde luego, en la posición que ocupaba el país en el plano internacional. Por lo que el gobierno porfiriano comenzó a impulsar la fundación de academias, teatros, museos, agrupaciones artísticas y sociedades científicas dentro de la República, a la vez que a promover, como nunca antes, la participación de México en diversos certámenes culturales internacionales.

En este sentido, podemos decir que si bien el IV Centenario del *descubrimiento* de América se presentó como el momento idóneo para estrechar la mano amistosa que les venía tendiendo España a las repúblicas de su progenie, a la vez representaba una excelente ocasión para mostrar al mundo el retrato de ese México *moderno y progresista* que se estaba pintando durante el porfiriato. Y es que la conmemoración centenaria de 1892 se circunscribía, en definitiva, dentro de aquellos certámenes internacionales en los que, de acuerdo con el ingeniero y político veracruzano, Manuel Fernández Leal: México tenía la oportunidad de "figurar en el conjunto admirable de países que, fraternizando en ideales, en ambiciones y en tendencias, marchan unidos a la vanguardia del progreso".<sup>5</sup>

---

2010), Santiago de Compostela, 15-18 de septiembre de 2010: edición digital en disco (1 CD-ROM), Eduardo Rey Tristán y Patricia Calvo González (coord.), Universidade de Santiago de Compostela, 2010, p. 871 (Cursos e congresos da Universidade de Santiago de Compostela, 196).

<sup>5</sup> Manuel Fernández Leal, *El Correo Español*, 1 de septiembre de 1891, citado por Mauricio Tenorio Trillo en *Artilugio de la nación moderna: México en las exposiciones universales, 1880-1930*, México, FCE, 1998, p. 27.

Al cumplirse los 400 años de la gesta colombina, los “magos del progreso” ya habían dado pruebas de la maestría con que practicaban el arte “demostrativo” que tanta fascinación causó en la civilización occidental hacia fines del siglo XIX: la imagen de México como Estado-nación moderno había sido exhibida en tres importantes ferias y exposiciones universales, la de Filadelfia (1876), la de Nueva Orleans (1884) y la de París (1889).<sup>6</sup> De modo que al iniciar la década de 1890, el prestigio de México ya era considerable entre las demás naciones de occidente. El periodista Francisco de Paula Flaquer, por ejemplo, resumía en estos términos la impresión que de nuestro país se tenía en España al iniciar el año del tan esperado IV Centenario del *descubrimiento* de América:

México en su feliz período de reconstrucción camina á pasos agigantados hacia el progreso, siendo ya conocido como uno de los pueblos más adelantados de la América Española. Y no lo decimos por el cariño que México nos inspira, sino por ser una verdad incontestable. En la nación mexicana, desde mucho tiempo, las artes de la paz han reemplazado á las destructoras de la guerra; el pueblo mexicano, con la lección de lo pasado, ha olvidado las techas de destrucción, de enconos y de revoluciones, para grabar con letras de oro las que recuerdan inventos, adelantos y realización de grandes empresas, más provechosas cien veces que las batallas y los triunfos del más refinado maquiavelismo político.<sup>7</sup>

Esta gran consideración que se le tenía a México en la península era retribuida con ciertas muestras de cariño hacia la Madre Patria, y sobre todo, con la enorme disposición que manifestaban las élites porfirianas para colaborar en el Centenario que estaba por celebrarse en España. Dicho entusiasmo podemos advertirlo claramente en un comunicado del 7 de mayo de 1892, en el que el presidente Porfirio Díaz, agradeciendo la invitación para asistir al Congreso Literario Hispano-Americano, expresaba así su sentir con respecto a la participación de México en los eventos españoles:

En ningún caso negaría mi cooperación para todo aquello que afecte a la unión y grandeza de países que se confunden y estrechan por muchos vínculos, especialmente por el poderoso de la lengua; y negarla en el presente sería olvidar la importancia del acontecimiento que trata de conmemorarse y que, después de cuatro siglos, ha venido a ser, con la sanción del tiempo y de la historia, gloriosa herencia que comparten fraternalmente el pueblo que lo llevó a cabo sobreponiéndose al nivel intelectual de su época y los pueblos que por ese mismo acontecimiento entraron a la vida de la civilización moderna.<sup>8</sup>

---

<sup>6</sup> Y aún estaban por venir las de Chicago (1893), Búfalo (1901) y San Luis (1904): Véase Tenorio Trillo, *op. cit.*

<sup>7</sup> Francisco de Paula Flaquer, “Crónica Española y Americana”, en *El Álbum Iberoamericano*, Madrid, 7 de enero de 1892, p. 2.

<sup>8</sup> Porfirio Díaz, “Comunicación del Excmo. Señor Presidente de la República de México”, 7 de mayo de 1892, reproducida en *Actas del Congreso Literario Hispano-Americano (Madrid, 1892)*: Edición facsímil, pról. de José Antonio Pascual Rodríguez y Juan Gutiérrez Cuadrado, Madrid, Instituto Cervantes-Pabellón de España-Biblioteca Nacional, 1992, Apéndice 2, p. 603.

Así, pues, el gobierno de Díaz aceptó gustoso la invitación a participar en los eventos centenarios de 1892, comenzando por impulsar las investigaciones y publicaciones de carácter histórico, antropológico y etnográfico como nunca antes. El gran esfuerzo de las élites porfiristas sobrepasaría la actuación de México en los festejos peninsulares, quedando también reflejado en la Exposición Universal de Chicago del siguiente año, así como en dos eventos sumamente importantes celebrados en suelo mexicano: el XI Congreso Internacional de Americanistas de 1895 (el primero que se organizó en tierras americanas); y posteriormente el Centenario de la Independencia nacional en 1910, entre cuyos actos conmemorativos alojaría asimismo al XVII Congreso Internacional de Americanistas.

La participación de México en el IV centenario del *descubrimiento* de América tuvo una enorme repercusión en los ámbitos político, cultural y científico que, sin embargo, no ha sido reconocida en su justa medida. Para muestra de la destacada actuación que tuvo la delegación mexicana y para arrojar un poco de luz sobre la importancia que tiene dicha conmemoración centenaria para la historia de nuestro país, basta con hacer referencia a uno de los eventos culturales que precisamente parecen haber tenido mayor relevancia en ese año de 1892: la Exposición Histórico-Americana de Madrid.

#### **LOS ESFUERZOS PARA DESTACAR A MÉXICO EN LA EXPOSICIÓN HISTÓRICO-AMERICANA**

La IV sesión del Congreso Internacional de Americanistas de 1881 es de suma importancia para nuestro estudio, no sólo porque en ella se expuso por primera vez -cuando menos en un ambiente internacional- la necesidad de solemnizar el 12 de octubre de 1892 en España, sino también porque en dicha reunión se sugirieron gran parte de los eventos que terminaron por conmemorar el IV Centenario del *descubrimiento* de América. Se recordará que las principales propuestas las hizo el joven abogado y político español, Tomás Montejo, quien recomendó, entre otras cosas, la organización de una Exposición universal en Madrid:

Ya que hoy son las exposiciones universales los más grandes certámenes que se conocen, a donde ciencias, artes e industrias concurren a mostrar sus respectivos progresos, parece muy apropiada al objeto del Centenario la celebración de una de ellas en la capital del reino español. Así habrá también ocasión de admirar tangiblemente, en no pocas cosas, la influencia ejercida en la civilización de los pueblos modernos por el descubrimiento del Nuevo Mundo.<sup>9</sup>

---

<sup>9</sup> Tomás Montejo, "Homenaje á Colón. Discurso leído en la clausura del Congreso de Americanistas el 29 de septiembre de 1881", en *Congreso Internacional de Americanistas op. cit.*, vol. II. p. 351.

Esta sugerencia de Tomás Montejo fue recogida por el gobierno español en los reales decretos de 1888, entre cuyos postulados se anticipaba ya la celebración de la importante Exposición Histórico-Americana de Madrid en 1892. Dicho evento se llevó a cabo en la parte inferior del nuevo Palacio de Biblioteca y Museos Nacionales y contó con la participación de un total de 19 países: Alemania, Argentina, Bolivia, Chile, Colombia, Costa Rica, Dinamarca, Ecuador, España, Estados Unidos, Guatemala, México, Nicaragua, Noruega, Perú, Portugal, República Dominicana, Suecia y Uruguay. De las naciones europeas que fueron invitadas al certamen, Inglaterra y Francia no asistieron; mientras que de Latinoamérica, El Salvador, Honduras, Paraguay y Venezuela tampoco acudieron.

A decir verdad, muy poco se sabe de la Exposición Histórico-Americana, y ello se debe a que probablemente no tuvo el impacto ni las dimensiones de las habituales exposiciones internacionales decimonónicas, pero si es que no lo tuvo fue precisamente porque su interés no era mercantil ni propagandístico como el de aquellas otras, por el contrario, era ante todo cultural y científico. Tan es así que como parte de las “Instrucciones de la Delegación general de la Junta directiva del Centenario a los Representantes en aquellos países [latinoamericanos]”, se señalaba que:

Esta índole especial de nuestra Exposición Histórico-Americana rechaza toda idea de interés individual, de lucro mercantil y de beneficio personal, aguijones poderosos que proporcionan granada concurrencia de expositores y de objetos á otra clase de certámenes generales. En nuestro caso, por el contrario, es preciso buscar los expositores é invitarles y convencerles para que envíen sus objetos ó sus colecciones sin otro estímulo que la satisfacción personal que les producirán la exhibición, la publicidad y el renombre que puedan alcanzar sus objetos, y esta tarea, por sí misma penosa y difícil, ha sido una de las primeras encargadas á las Comisiones españolas en el extranjero.<sup>10</sup>

Inmediatamente después de aceptar la invitación, el gobierno de Porfirio Díaz decidió crear, el 9 de mayo de 1891, una comisión especial dedicada a organizar, clasificar y preparar los materiales y colecciones que serían exhibidos en el certamen madrileño. Como Jefe máximo de la delegación mexicana quedó el enviado extraordinario y Ministro Plenipotenciario en Madrid, Vicente Riva Palacio, quien para esos años gozaba ya de gran prestigio y simpatía en toda España. "El General", como se le conocía comúnmente entre los peninsulares, tuvo

---

<sup>10</sup> Juan Navarro Reverter (Delegado general de la Exposición Histórico-Americana), en *Archivo Diplomático y consular de España. Revista internacional, política, literaria y de intereses materiales*, Madrid, núm. 38, 08 de noviembre de 1891, pp. 1358-1359.

una gran influencia no sólo en la notable actuación de los delegados porfirianos, sino en la organización misma de los eventos oficiales que conmemoraron el tan esperado Centenario.

Vicente Riva Palacio era nieto del General Vicente Guerrero (1783-1831), uno de los héroes de la independencia mexicana, al mismo tiempo que también era el hijo de Mariano Riva Palacio (1803-1880), el célebre político y abogado liberal a quien la Reina María Cristina le tenía un especial aprecio porque defendió a su tío, el emperador Maximiliano de Habsburgo, durante el juicio que le costó la vida y puso fin al Segundo Imperio en México (1867). Justamente esto último es lo que parece haber tenido mayor peso en la popularidad de Riva Palacio en España, pues desde enero de 1891 la Reina Regente lo nombró vocal de la Junta Directiva del Centenario y vicepresidente de honor de la misma para octubre de ese año. Suficiente tenía ya "El General" con las múltiples responsabilidades que el gobierno español le iba adjudicando, pero a pesar de ello nunca dejó de alentar a sus paisanos para que México consiguiera una de las actuaciones más destacadas en las fiestas centenarias.

Para trabajar de manera conjunta con Riva Palacio desde este lado del Atlántico, don Joaquín García Icazbalceta fue nombrado Presidente de la comisión en México, mientras que Francisco Sosa fungiría como Secretario de la misma. En torno a estos dos miembros de la Academia Mexicana de la Lengua, se aglutinaban otros destacados personajes de la esfera política y cultural porfirista; todos ellos escritores y bibliófilos eruditos de la talla de Joaquín Baranda, Alfredo Chavero, José María Vigil, José María de Agreda y Francisco del Paso y Troncoso (entonces Director del Museo Nacional y quien por cierto se encargaría de elaborar el *Catálogo de la Sección de México en la Exposición Histórico-Americana*). Además de los auxiliares generales: Presbítero Dr. Francisco Plancarte, erudito cura de Tacubaya que se interesó sobremanera por la arqueología mexicana; Francisco Río de la Loza, profesor de química en el Instituto Médico Nacional de México; Fernando del Castillo, teniente de la plana mayor facultativa de ingenieros; y Jesús Galindo y Villa, secretario de la Sociedad Científica "Antonio Alzate" de México.<sup>11</sup>

El nombre que todos estos estudiosos y políticos dieron a la comisión mexicana fue el de "Junta Colombina", y pronto vieron ensanchar sus filas con muchas otras personas que asimismo decidieron brindar su apoyo no sólo en la Capital del país sino también desde los

---

<sup>11</sup> Véase Archivo General de la Nación, México (AGNM), Administración Pública Federal S. XIX, Instrucción Pública y Bellas Artes (125), Caja 166, Exp. 10, 4 fojas; y Caja 229, Exp. 115, 2 fojas.

estados. Entre los personajes que se fueron sumando a la causa de la Junta Colombina destacan los licenciados Nicolás Meléndez (de Puebla) y Cecilio Robelo (de Cuernavaca), aunque definitivamente las aportaciones más sobresalientes de dicho grupo adherente fueron las del jesuita Aquiles Gerste, que había llegado a México desde 1885, así como las del entonces director de la Aduana de Veracruz, Teodoro A. Dehesa, quien a partir del 1° de diciembre de 1892 se desempeñaría como gobernador de su estado hasta mayo de 1911.

Estos dos personajes cooperaron con la Junta Colombina proporcionando valiosos informes estadísticos y favoreciendo las adquisiciones de numerosos objetos. De acuerdo con Francisco del Paso y Troncoso, "el Sr. Dehesa llevó además su generosidad hasta ceder al Museo Nacional un códice de su propiedad", dicho documento indígena colonial pertenece al área cultural mixteca y se conoce como *Códice Dehesa* en honor a su donante.

Mientras que sobre el padre Aquiles Gerste, Del Paso y Troncoso informa que:

con abnegación ejemplar, fue hasta las regiones del norte de México, y haldas encinta, cruzó desiertos, visitó las famosas ruinas de Casas Grandes, practicó allí excavaciones que dieron abundante material prehistórico, y penetró, finalmente, por las fragosidades de la Sierra Madre para llegar hasta las grutas donde los Tarahumaras gentiles, modernos trogloditas, habitan todavía; y recoger en medio de ellos esa interesante colección etnográfica que con orgullo mostramos en nuestra Sección como fruto de los afanes de aquel excelente Padre, tan querido de los mexicanos todos.<sup>12</sup>

La principal tarea de la Junta Colombina fue "acopiar objetos que revelaran el adelanto de nuestros aborígenes, tanto en la época prehispánica, como en la posterior a la Conquista, y el estado que actualmente guardan".<sup>13</sup> Para cumplir con la primera parte de tal cometido (revelar "el adelanto" de las culturas precolombinas) era indispensable echar mano de los materiales que resguardaba el Museo Nacional, pero como no se podía dejar sin acervo al Museo, se dispuso sacar únicamente las piezas que se tenían por duplicado y aquellas que no habían sido expuestas al público todavía. Fue entonces que se acordó comprar otras colecciones particulares, emprender diversas expediciones y reproducir los objetos más imponentes del Museo Nacional, para así lograr remitir el mayor número posible de muestras arqueológicas a España.

---

<sup>12</sup> Francisco del Paso y Troncoso, *Exposición Histórico-Americana de Madrid. Catálogo de la Sección de México*, Madrid, Sucesores de Rivadeneyra, 1892, tomo I, pp. 6-7.

<sup>13</sup> *Ibid.*, p. 7.



Para la elaboración y reproducción de todo tipo de láminas cromolitográficas, Porfirio Díaz puso a disposición de la Junta Colombina la Oficina Litográfica del Timbre, que era para entonces el establecimiento del ramo mejor montado en el país. Así mismo, al interior del Museo Nacional se organizó, bajo la dirección de José María Velasco y Francisco del Paso y Troncoso, un taller de pintura en donde los alumnos de la Escuela de Bellas Artes, Adrián Unzueta, Rafael Aguirre, Isidro Martínez y Basilio Argil reprodujeron durante varios meses de tarea constante aquellos códices del Museo Nacional que se consideraban de mayor importancia, por ejemplo: la *Tira de la Peregrinación*, el *Códice de Tlatelolco*, el *Mapa de Coatlinchan* y el *Códice de la introducción de la justicia española en Tlaxcala*.

Así, pues, entre réplicas y piezas auténticas, se consiguió reunir una colección de alrededor 43 documentos pictográficos. De los códices originales que se llevaron a Madrid, cinco fueron adquiridos exprofeso para la Exposición Histórico-Americana: el *Códice Colombino* que el comerciante alemán, José Dorenberg, vendió a la Junta Colombina; el *Códice Porfirio Díaz* que facilitó el presidente de la República después de haberlo comprado a un particular de Oaxaca; el *Códice Baranda* que se conservaba en la Biblioteca Nacional y pasó al Museo Nacional por orden del Secretario de Justicia, Joaquín Baranda; el *Códice Dehesa* que donó su expropietario al Museo; y el *Lienzo de Tlaxcala*, cuyas acuarelas facilitó el licenciado Alfredo Chavero.

Para la reproducción por molde y vaciado de los majestuosos monolitos que resguardaba el Museo Nacional, la Junta Colombina estableció un nuevo taller dentro del mismo Museo. El elegido para llevar a cabo esta laboriosa tarea fue el escultor Epitacio Calvo, quien en cinco meses de trabajo y con un pequeño grupo de auxiliares logró reproducir veintiséis de los más admirables y representativos monumentos de la época precolombina, entre los que se encontraban: el "Calendario azteca" o Piedra del Sol, la piedra de Tízoc o Altar de Sacrificios Gladiatorios, un Chac Mool, una cruz de Palenque, el Bloque de Itz'papálotl, un busto en piedra de Quetzalcóatl, una escultura de Xochipilli y otros relieves más que en su mayoría también pertenecían a la civilización mexicana o azteca.

Entre algunas otras reproducciones que se hicieron para la Exposición Histórico-Americana de Madrid, merecen ser mencionadas las de: un estandarte que se dice llevó Cortés durante la conquista y luego regaló a los tlaxcaltecas; un escudo que supuestamente perteneció a Moctezuma y que Maximiliano de Habsburgo devolvió a la nación; un plano de

México a principios del siglo XVIII; así como una pequeña colección de heráldica mexicana con armas de ciudades y algunos títulos conferidos a México por Castilla. A decir del propio director del Museo Nacional, todas estas piezas "y, en fin, lo más interesante que nuestro gran salón de arqueología encierra quedó imitado tan perfectamente, que puestos los modelos junto a los originales, confundíanse unos con otros".<sup>14</sup>

Como puede advertirse, la Junta Colombina invirtió bastante presupuesto y esfuerzo en crear copias fieles de los ejemplares que se conservaban en el Museo. Sin embargo, aún quedaban en el "gran salón de arqueología" varios monolitos importantes que, debido a sus dimensiones, no podían llevarse a Madrid ni siquiera en réplica por el elevado costo que implicaba su reproducción y por las dificultades que representaba su traslado. La solución que la Junta ideó para este problema fue la creación de un taller más, el de fotografía, mismo que se encargaría de capturar y reproducir imágenes de las majestuosas esculturas precolombinas que se deseaba exhibir en España. Para la ejecución cabal de estos trabajos, Porfirio Díaz ofreció el personal del taller fotográfico establecido en la Secretaría de Guerra y Marina, donde el capitán Hilario Olaguíbel, bajo la inspección del Jefe de los talleres, Fernando Ferrari Pérez, obtuvo más de seiscientos negativos en casi cinco meses de trabajo.

Para complementar las labores de los talleres ya mencionados, se estableció uno especializado en carpintería: en el que se construyeron a escala los modelos en madera del Templo Mayor de Cempoala y de la Pirámide de Papantla; todo con base en los planos y perfiles proporcionados por la *Comisión Científica de Cempoala* que había visitado esos monumentos del estado de Veracruz entre agosto de 1890 y abril de 1891.<sup>15</sup> Las tareas generales de carpintería se encomendaron a Manuel Tapia, quien se desempeñaba entonces como conserje del Museo Nacional; la dirección de los trabajos corrió a cargo del Teniente de la Plana Mayor Facultativa de Ingenieros, Fernando del Castillo, quien iba diseñando los perfiles para la construcción, mientras el artesano Manuel Medinilla iba ejecutando los detalles de cada una de las obras.

La actividad que se registraba al interior del Museo Nacional era ya verdaderamente notable, pero para cumplir con las ambiciosas metas que se había fijado la Junta Colombina

---

<sup>14</sup> *Ibid.*, pp. 11-12.

<sup>15</sup> De los frutos obtenidos por la *Comisión Científica*, dirigida justamente por Del Paso y Troncoso, se llevaron a la Exposición Histórico-Americana: más de 300 piezas arqueológicas; 200 vistas que capturó el fotógrafo Rafael García; y otras casi 100 tomas hechas por Francisco Río de la Loza, de los sitios y objetos que se iban encontrando.

desde el día de su creación, los comisionados porfirianos decidieron también impulsar varios trabajos fuera de la institución. Así, por ejemplo, tenemos que el cura de Tacubaya, Francisco Plancarte, mandó construir una réplica del imponente Templo de Jacona en Michoacán; mientras que el arqueólogo Antonio Peñafiel, quien unos años antes había visitado el sitio arqueológico de Xochicalco (cercano a Cuernavaca), promovió la reproducción fiel del Templo de Xochicalco, cuyos relieves realizó el artesano José María Rodríguez bajo su dirección.

El Dr. Peñafiel, además de vigilar su iniciativa, recibió la encomienda de dos nuevos e importantes trabajos: uno de estatuaria y el otro de panoplia. En esta última tarea, en la que Peñafiel recibió la ayuda de su hijo Julio, se logró reunir una colección de armas compuesta por quince modelos de escudos, al lado de numerosos y variados instrumentos bélicos empleados por los aztecas, que iban desde la honda, el mazo, la macana, el arco y el *átlatl* (lanza dardos), hasta los caracoles guerreros y el monótono *teponaztle* de madera. El proyecto de estatuaria, por su parte, debía mostrar la riqueza de los trajes y adornos que usaban los aztecas: las estatuas se hicieron en la Escuela Nacional de Bellas Artes bajo la inspección del distinguido profesor de Escultura, Miguel Noreña, quien iba guiando en los trabajos a sus discípulos Guillermo Cárdenas, Manuel Espejel y Agustín Ocampo.

Seis fueron en total las esculturas que el equipo de Noreña entregó a la Junta Colombina. Dos de ellas eran representaciones de una mujer noble y de un sacerdote mexicas; mientras el resto reproducía los arquetipos de cuatro personajes emblemáticos para la historia prehispánica nacional:

el del guerrero tlaxcalteca Xicotencatl víctima de su patriotismo, y el de tres emperadores aztecas: Itzcóatl fundador de la hegemonía mexicana en Anáhuac; Moctezuma II el monarca más pujante de la dinastía, y Cuauhtémoc último emperador de México, digno por su heroicidad y por su estoicismo, bien probados en combates y en tormentos, de que su nombre pase a las futuras generaciones como modelo de patriotas.<sup>16</sup>

El deseo expreso de la Junta Colombina era exhibir en Madrid, de todas las maneras posibles, el glorioso pasado de México. Por lo que se le encomendó al ingeniero Antonio García Cubas la elaboración de una carta etnográfica e histórica que mostrara, principalmente, las divisiones territoriales de las portentosas civilizaciones que se habían

---

<sup>16</sup> Francisco del Paso y Troncoso, *op. cit.*, p. 15.

asentado en el territorio del legendario Anáhuac, así como los itinerarios de las principales exploraciones que los europeos hicieron por mar y por tierra en la época del *Descubrimiento*.<sup>17</sup> Al igual que esta *Carta*, algunos libros más fueron elegidos desde un inicio para ser llevados a España, por ejemplo: la colección completa de los *Anales del Museo Nacional de México* en seis tomos; cuatro volúmenes de las *Gramáticas de la lengua mexicana* publicados por la Imprenta del Museo Nacional; y una colección de libros y varios documentos inéditos que había comprado el Museo a la viuda del médico, científico y académico mexicano Rafael Lucio Nájera.<sup>18</sup>

Las principales adiciones que se hicieron en los últimos meses a aquella previa selección bibliográfica fueron: la obra sobre *Antigüedades Mexicanas* que mandó editar la Junta Colombina con texto de Alfredo Chavero;<sup>19</sup> la monumental *Bibliografía Mexicana del siglo XVI* de Joaquín García Icazbalceta;<sup>20</sup> las *Obras históricas de Fernando de Alva Ixtlilxochitl*, impresas en dos volúmenes por orden directa de Porfirio Díaz con motivo del Centenario;<sup>21</sup> los *Apuntes de Epigrafía Mexicana* de Jesús Galindo y Villa;<sup>22</sup> un libro de arte que había realizado el viajero Karl Nebel durante sus expediciones en México;<sup>23</sup> así como varias obras que poseía el padre Francisco Plancarte sobre lingüística.

En su afanosa tarea de recopilar todo tipo de piezas históricas, arqueológicas y etnográficas, la Junta Colombina contó con el constante apoyo del presidente Porfirio Díaz, quien a través de algunos comunicados solicitó la cooperación de los gobernadores y jefes políticos del territorio nacional así como la de todos los mexicanos en general: a los

---

<sup>17</sup> Antonio García Cubas, *Carta General del Imperio Mexicano y demás naciones descubiertas y conquistadas por los españoles en el siglo XVI, en el territorio perteneciente a la hoy República Mexicana*, México, Oficina Tipográfica de la Secretaría de Fomento, 1892.

<sup>18</sup> El *México a través de los siglos* no parece haber sido necesario llevarlo a España, pues entre 1884 y 1889 la editorial barcelonesa Espasa y Compañía lo había difundido en la península ibérica, mientras J. Ballezá y Compañía (con quien se llevó a cabo la coedición) hacía lo propio en México y Estados Unidos.

<sup>19</sup> Junta Colombina de México, *Homenaje a Cristóbal Colón: Antigüedades Mexicanas*, México, Oficina Tipográfica de la Secretaría de Fomento, 1892.

<sup>20</sup> García Icazbalceta, *Bibliografía mexicana del siglo XVI. Primera parte: catálogo razonado de libros impresos en México de 1539 a 1600 con biografías de autores y otras ilustraciones, precedido de una noticia acerca de la introducción de la imprenta en México*, México, Librería de Andrade y Morales, 1886.

<sup>21</sup> Alfredo Chavero (ed.), *Obras históricas de Don Fernando de Alva Ixtlilxochitl*, México, Oficina Tipográfica de la Secretaría de Fomento, 1891-1892, 2 vols.

<sup>22</sup> Galindo y Villa, *Apuntes de Epigrafía Mexicana: breve colección de inscripciones diversas, acompañadas de algunas noticias históricas, descriptivas, biográficas y bibliográficas. Tomo I: Epigrafía de la ciudad de México*, Imprenta del gobierno federal, 1892, 466 p.

<sup>23</sup> Karl Nebel, *Viaje pintoresco y arqueológico sobre la parte más interesante de la República Mexicana, en los años transcurridos desde 1829 a 1834*, con Notas de Alexander von Humboldt, París, Renouard, 1840, 60 p., lams. e ils.

primeros se les pidió que remitieran fotografías de ruinas y de tipos indígenas, además de que facilitaran cualquier trabajo de excavación en las regiones que caían bajo su jurisdicción; mientras que a los particulares se les hacía la invitación para que prestaran o donaran cualquier objeto que pudiese enriquecer la sección de México en la Exposición Histórico-Americana de Madrid.<sup>24</sup>

Los gobernadores de los estados y los jefes políticos de todo el país atendieron con diligencia las peticiones del Presidente de la República, y de inmediato comenzaron a enviar a la capital las más ricas y variadas colecciones arqueológicas y etnográficas que ya tenían o que iban reuniendo. De todas estas colecciones, Del Paso y Troncoso señala que tres fueron particularmente las más destacadas: una estaba compuesta por vestigios e indumentaria mayas, pertenecientes al estado de Yucatán; otra reunía piezas extraídas de las ruinas de la Quemada, en el territorio de Zacatecas; y la tercera constaba de un monumental álbum fotográfico del estado de Morelos, con tipos indígenas y vistas de sitios arqueológicos.<sup>25</sup>

En realidad, las reproducciones fotográficas de tipos y vistas panorámicas fueron el recurso más empleado en todo el territorio nacional para apoyar la participación de México en la Exposición Histórico-Americana. Las imágenes remitidas por los gobiernos de Baja California, Chiapas, Chihuahua, Colima, Guanajuato, Guerrero, Jalisco, Michoacán, Nayarit, Nuevo León, Sonora y Querétaro, aportaron un poco más de 3000 elementos al *corpus* fotográfico reunido por Olaguíbel y Ferrari Pérez: la mayor parte de estas reproducciones eran vistas de sitios arqueológicos; mientras que alrededor de 700 eran retratos de tipos indígenas y algunos mestizos que, a decir de Georgina Rodríguez, "representan el primer mapeo etnográfico realizado en nuestro país a partir de fotografías".<sup>26</sup>

En otro trabajo, la misma Georgina Rodríguez afirma que "las fotografías étnicas que se exhibieron en Madrid fueron en su mayoría, tomadas por fotógrafos comerciales; mandadas a hacer a petición de los gobernadores y jefes políticos que respondieron a la convocatoria

---

<sup>24</sup> Cfr. Porfirio Díaz, "Circular para los gobernadores y jefes políticos de los territorios", México D. F., 13 de noviembre de 1891, en Archivo Porfirio Díaz, Universidad Iberoamericana, México: Leg. 016, Caja 027, Doc. 013449; y la contestación a dicha circular por parte de Bernardo Reyes (gobernador de Monterrey), con fecha del 21 de noviembre de 1891, en *Ibid.*, Caja 028, Doc. 013637.

<sup>25</sup> Francisco del Paso y Troncoso, *op. cit.*, pp. 16-20.

<sup>26</sup> G. Rodríguez Hernández, "Miradas sin rendición", en *Luna Córnea*, Núm. 13 (sept.-dic. de 1997), México, p. 27.

de la Junta".<sup>27</sup> Pero en nuestro caso, más allá de quiénes las hayan tomado, lo que nos interesa es que los miembros de la Junta Colombina siempre recibieron con gusto todo tipo de fotografías que les iban remitiendo: si una imagen no mostraba la majestuosidad de las zonas o piezas arqueológicas, cuando menos daba cuenta de la riqueza natural del México decimonónico o el exotismo de los indígenas contemporáneos; y en algunas extraordinarias tomas, todos estos elementos aparecían reunidos en un solo cuadro como corolario de la perspicacia naturista y arqueológica del fotógrafo.<sup>28</sup>

En definitiva, las fotografías debían estar presentes en la sección mexicana de la Exposición Histórico-Americana, no sólo porque ayudaban a satisfacer el objetivo de "revelar el adelanto de nuestros aborígenes, tanto en la época prehispánica, como en la posterior a la Conquista, y el estado que actualmente guardan", sino porque al mismo tiempo servirían como informes objetivos para demostrar que el México porfiriano estaba preparado para recibir turistas, inmigrantes e inversión extranjera. Y por si estas dos virtudes no fueran suficientes, hay que decir que cualquier imagen tomada por una cámara constituía un rasgo paradigmático de *modernidad* para la sociedad decimonónica occidental: "La fotografía se consideraba el lápiz de la naturaleza, y su objetividad se veía como indiferente del estilo. La existencia de la fotografía era en sí misma una prueba de la modernidad, ya fuera que captase un ferrocarril o un tipo popular".<sup>29</sup>

Retomando la excitativa de Díaz para colaborar en los trabajos de sus comisionados, ésta pronto hizo eco entre los particulares. Con lo que la Junta Colombina consiguió dos nuevas y ricas colecciones: una de objetos eclesiásticos que proporcionó el Dr. Eulogio G. Gillow y Zavalza, arzobispo de Antequera de Oaxaca; y otra de objetos arqueológicos y etnográficos, que facilitó el presbítero Francisco Plancarte, cura de Tacubaya. Este clérigo erudito, aficionado a los estudios históricos y a las exploraciones arqueológicas, logró reunir, en varias expediciones por Michoacán, el Estado de México y el Distrito Federal, alrededor de

---

<sup>27</sup> Georgina Rodríguez, "Recobrando la presencia. Fotografía indigenista mexicana en la Exposición Histórico-Americana de 1892", en *Cuicuilco*, Núm. 13 (mayo-agosto de 1998), México, p. 132. Entre los fotógrafos más reconocidos se encontraban: el yucateco Pedro Guerra, el austriaco Teobert Maler y el francés Desiderio Lagrange.

<sup>28</sup> A pesar de la gran ayuda de Gina Rodríguez, sólo he logrado localizar alrededor de 100 fotografías que pueden consultarse en el Fondo Étnico de la Fototeca Nacional del INAH: entre los números de inventario 430921 y 477598.

<sup>29</sup> Mauricio Tenorio Trillo, *op. cit.* pp. 164-165.

tres mil piezas de los antiguos tarascos, tecos, matlatzincas, otomíes y tepanecas.<sup>30</sup> Entre las mayores aportaciones del padre Plancarte a la participación de México en la Exposición Histórico-Americana, destaca una importante colección de cráneos que sedujo al médico y célebre antropólogo francés, Ernest Théodore Hamy, quien "los vio a su paso por Madrid, y desea que figuren en la grande obra que prepara sobre Craneología".<sup>31</sup>

El propio presidente de la República proporcionó dos ricas colecciones: una de objetos de barro procedentes de las ruinas totonacas del estado de Veracruz; la otra, encerrada en una caja de madera fina, estaba conformada por varios objetos que utilizaban en sus bailes los habitantes nativos de Xico (en el estado de Hidalgo). Porfirio Díaz dispuso que al término del certamen madrileño ambas colecciones pasaran al Museo Nacional: un gesto de interés por el fortalecimiento de la institución que también exhibió Alfredo Chaverro al solicitar el mismo destino para su colección conformada por varios objetos de piedra, barro, madera y una manta pequeña. Incluso los particulares que ofrecieron alguna colección a la Junta Colombina también decidieron donar, sin excepción, todos sus tesoros arqueológicos para enriquecer con ellos el acervo del Museo Nacional, luego de que la Exposición Histórico-Americana terminara. De ahí que Dení Ramírez Lozada afirme que la participación de México en aquella exposición internacional de 1892 constituye "todo un hito en temas políticos, culturales y, sobre todo, científicos" al haber marcado la pauta de "la primera gran reestructuración que sufrió el Museo Nacional".<sup>32</sup>

Todo lo reunido hasta ese momento ya era material suficiente para mostrar una imagen clara de la historia de México, sin embargo, la Junta Colombina consideraba que también era necesario llevar a Madrid algunos objetos representativos de las eras prehistóricas. Para la búsqueda de tales piezas se organizaron dos expediciones: la más fructífera fue aquella que encabezó el erudito clérigo Aquiles Gerste hacia el Norte del país (*vid. supra*, cita 12); y la otra se emprendió hacia el Sur bajo la encomienda del Jefe de la Sección de Química

---

<sup>30</sup> Francisco Plancarte y Francisco del Paso y Troncoso, *Catálogo de la colección del señor presbítero don Francisco Plancarte, formada, con la colaboración del dueño [...]*, México, Imprenta de Ignacio Escalante, 1892, 87 p.

<sup>31</sup> Del Paso y Troncoso, *Exposición Histórico-Americana op. cit.*, p. 18. Ernest Hamy fue fundador y Presidente de la Société des Americanistes de Paris, y en 1893 entabló un intercambio epistolar con Del Paso y Troncoso que revela: más allá de la amistad consagrada entre ambos a partir de la Exposición Histórico-Americana, el enorme interés de aquel médico francés por la antropología y la etnografía mexicanas; así como las piezas de la sección de México que fueron remitidas a Hamy para su estudio en París. Al respecto, véase Juan Comas, "Carta inédita de Francisco del Paso y Troncoso", en *Historia mexicana*, vol. XVIII, no. 3 (71), enero-marzo de 1969, pp. 424-431.

<sup>32</sup> Dení Ramírez Lozada, *op. cit.*, pp. 276-293.

Analítica, Francisco Río de la Loza, y del oficial Pedro Pablo Romero, quien en aquellos días había ascendido a capitán 1° del batallón de ingenieros. Las comisiones pronto se dieron cuenta de que conseguir objetos prehistóricos en territorio nacional era mucho más difícil de lo que se esperaba, por lo que decidieron aprovechar cada exploración para seguir levantando planos de ruinas y obtener más fotografías de monumentos y tipos indígenas.

A su paso por Tabasco, los expedicionarios recibieron, de parte del gobernador Simón Sarlat, una colección de objetos de barro pertenecientes a la nación chontal y otra de armas utilizadas por los antiguos lacandones. Desde la capital del país, Chavero y Del Paso y Troncoso realizaban excavaciones en la gran plaza de Santiago Tlatelolco, bajo la dirección del diputado Manuel Tico. Mientras el padre Plancarte recopilaba pinturas tarascas en Morelia, y el gobernador de San Luis Potosí, Carlos Diez Gutiérrez, apoyaba con la extracción de osamenta humana en su estado. A última hora, entre el padre Plancarte y Francisco del Paso y Troncoso lograron reunir un pequeño repertorio de arte plumaria y otra de trajes indígenas. La primera colección, que debía reflejar la maestría con que los mexicanos ejecutaban sus exóticas obras plumarias, contenía un cuadro con las Armas Nacionales, varios retratos de Cristo, de la Virgen de Guadalupe y de algunos santos más. En tanto que el segundo compendio aglutinaba trajes, dijes, adornos, armas y otros instrumentos provenientes de todo el territorio nacional, desde el norte de la República hasta la península de Yucatán, con el propósito de dar al mundo una idea de cómo eran los indígenas mexicanos de aquel entonces.

Como puede advertirse, los comisionados porfirianos echaron mano de todos los avances en las ciencias y las artes para lograr que México tuviese una actuación destacada en la Exposición Histórico-Americana: desde la antropología, la arqueología, la bibliografía, la epigrafía, la etnografía, la historia y la numismática, hasta la arquitectura, la escultura, la pintura y la fotografía. Todo estaba dispuesto, pues, para exhibir en Madrid el grado de progreso que tenía la ciencia mexicana hacia finales del siglo XIX. Y es que sin lugar a dudas, "ante todo, las grandes exposiciones decimonónicas versaban sobre ciencia. La ciencia era al mismo tiempo la partera y la primogénita de los tiempos modernos y hubiera sido absurdo querer presentar una apariencia moderna sin un ajuar científico".<sup>33</sup>

---

<sup>33</sup> Tenorio Trillo, *op. cit.* p. 173.



## EL LIENZO SOBRE EL QUE DEBÍA SER PLASMADA LA IDENTIDAD NACIONAL MEXICANA

A mediados del mes de septiembre de 1892, los habitantes de Cantabria dieron la bienvenida a un grueso grupo de periodistas, profesores, sacerdotes, abogados, filólogos y arqueólogos mexicanos. Eran los miembros de la Junta Colombina que cruzaron el Atlántico a bordo de la fragata militar Zaragoza, llevando consigo los instrumentos musicales de la banda militar del 8º Regimiento de Caballería, así como el abundante material arqueológico, etnográfico y osteológico que iba a ser exhibido en el nuevo Palacio de Biblioteca y Museos: un imponente edificio neoclásico situado en el Paseo de Recoletos de Madrid, que fue inaugurado en ese año de 1892 precisamente para albergar a todos los países que aceptaron la invitación a participar en la Exposición Histórico-Americana.

Debido a la profusión y riqueza de sus colecciones, a México se le asignaron un vestíbulo y cuatro grandes salones en la planta baja de la Biblioteca: cinco salas en total donde los comisionados presididos por Francisco del Paso y Troncoso se dieron a la tarea de ordenar y clasificar aquellos utensilios, herramientas, indumentaria, cráneos, esculturas y las numerosas fotografías que "constituyeron por entonces la más abundante y científica muestra del arte y de la cultura mexicana de todos los tiempos presentada en Europa, con el patriótico, artístico y científico objetivo de dar a conocer desde el corazón de la vieja España los valores de las civilizaciones prehispánicas y las realizaciones meritorias del México colonial e independiente".<sup>34</sup>

La Exposición Histórico-Americana fue abierta al público el domingo 30 de octubre, aunque la inauguración oficial se llevó a cabo hasta el 12 de noviembre. En el acto inaugural la ambientación estuvo a cargo de la banda de música mexicana, compuesta por 64 músicos que, bajo la dirección del capitán Encarnación Payén, ya gozaban de un gran prestigio entre los peninsulares tras varias actuaciones desde su llegada a Madrid (el 29 de septiembre), como por ejemplo la serenata a la Reina María Cristina, ofrecida el 4 de octubre de 1892:

No había sonado la última campanada de las nueve en el reloj de Palacio, cuando ya se oían los primeros acordes de la Marcha real española, y una multitud inmensa invadía la gran explanada de la plaza de la Armería, excitada por una viva curiosidad [...] Los mexicanos debieron sentirse satisfechos. El aplauso con que fueron recibidos por la masa popular, repercutirá en el corazón de aquella patria americana, cuyo nombre tan agradablemente suena en los oídos españoles.<sup>35</sup>

---

<sup>34</sup> Juan A. Ortega y Medina, *La idea colombina... op. cit.*, p. 16.

<sup>35</sup> "La serenata de anoche" en *El Liberal*, Madrid, 5 de octubre de 1892.

De acuerdo con el Delegado General de la Exposición Histórico-Americana, Juan Navarro Reverter (entonces ministro de Hacienda en España), el certamen madrileño debía estar compuesto por dos grandes secciones: una de ellas "reuniría cuantos objetos, recuerdos, noticias y colecciones precolombinas y contemporáneas de la conquista pudieran enviar las naciones americanas, o los Museos de Europa"; mientras la otra "sumaría el mayor número posible de manifestaciones del trabajo ibérico anterior al descubrimiento de América".<sup>36</sup> Con esta clasificación, los organizadores españoles pretendían que el público visitante tuviera todos los elementos para poder comparar "el estado de cultura y de civilización en que se hallaban las razas conquistadas y los pueblos conquistadores al encontrarse, por azares providenciales, en los inmensos y ricos territorios que sus audaces expediciones fueron a poblar a través del Atlántico".<sup>37</sup>

Ya ha quedado de manifiesto que la conmemoración del IV Centenario del *descubrimiento* de América se presentó en España como una excelente oportunidad, no sólo para superar la Leyenda Negra forjada en torno a los procesos de Conquista y colonización en el continente americano, sino para promover, al mismo tiempo, la idea de una "raza hispánica" insigne, valiente y bondadosa, capaz de contraponerse a la "raza anglosajona" que buscaba la hegemonía internacional mediante el panamericanismo. Y la prensa madrileña del momento, además de dar cuenta fehaciente de ello, nos permite advertir que tales pretensiones del gobierno español iban acompañadas de ciertos sentimientos de pesimismo, decadencia y nostalgia por las glorias pasadas:

Si nuestro presente es triste, nuestro pasado es grande, y un consuelo contra las amarguras del alma afligida por las decadencias, es dilatarse en el pasado con el recuerdo y en el porvenir con la esperanza. Cuando penetramos en las salas de la Exposición histórica y vemos el pendón glorioso de Lepanto y las banderas de las Naves; cuando contemplamos aquellos soberbios tapices y aquellas brillantes armaduras; cuando vemos brillar las filigranas de plata y oro de los preciosos objetos destinados al culto de una religión a la que debemos tantos triunfos y tantos consuelos, olvidamos las desdichas del presente y nos sentimos como confortados por auras de grandeza. Y qué regocijo para el espíritu ver los originales de las obras de nuestros grandes poetas y los cuadros de nuestros excelsos e inimitables pintores.<sup>38</sup>

---

<sup>36</sup> Juan Navarro Reverter, "Reseña General I", en *El Liberal en la EXPOSICIÓN HISTÓRICO AMERICANA*, número especial de *El Liberal* (destinado a la venta "durante todo el tiempo que esté abierta la Exposición Histórico Americana", no lleva fecha), Madrid, octubre de 1892, [p. 1].

<sup>37</sup> *Ibid.*

<sup>38</sup> Anónimo, "Madrid", en *El Día (Edición de la noche)*, Madrid, 30 de octubre de 1892, s.p.

Llegados a este punto no ha de extrañarnos que aquellos españoles que alzaron la voz para opinar sobre los festejos centenarios hayan adoptado una actitud paternalista al referirse a los países latinoamericanos, posición misma que por cierto llevaba implícita una autoafirmación de superioridad. En 1892 fue muy común ver a los políticos e intelectuales peninsulares apelar al argumento de que las nuevas naciones americanas le deben a España el beneficio de haberlas insertado en la civilización occidental. Los pueblos nativos del continente americano eran generalmente vistos como culturas "gigantescas y colosales", pero encerradas en un estado de barbarie del que penosa y difícilmente hubiesen logrado salir por sí solas. El científico y político español, Ricardo Becerro de Bengoa, estaba convencido incluso de que: "Si estuviera á la altura de tener conciencia de ello, también la población india celebrarí­a con entusiasmo aquella fecha, que fué [Sic.] la de su regeneración. Desde que la cruz y la espada de Castilla aparecieron en este continente, suprimiéronse para siempre las sangrientas hecatombes, que los poderosos monarcas y caciques de ambas Américas hacían entre sus súbditos".<sup>39</sup>

Siguiendo con el propio Juan Navarro Reverter, en su "Crónica General" sobre la Exposición Histórico-Americana afirmaba que una de las mayores aportaciones de España a los habitantes de América fue el hierro: "este músculo inflexible de la humanidad que doblé­a, rompe, divide y transforma la materia, que es el más poderoso de los elementos de construcción, que es por sí sólo el eje de todo progreso".<sup>40</sup> Recordemos que la Edad de Hierro es el último de los tres principales períodos en el sistema de "las tres edades" que se emplea para clasificar las sociedades arcaicas, por lo que a los pueblos americanos se les situaba, quizá no en la primitiva Edad de Piedra, pero sí definitivamente todavía dentro de la Prehistoria: en ese estadio donde prevalecía "la condición salvaje del ser humano".<sup>41</sup>

La posición de liderazgo y tutela moral y espiritual adoptada por las élites españolas al calor de las fiestas centenarias es un claro reflejo de la pretensión de preservar la integridad del carácter hispánico en las antiguas colonias americanas. Apelando a los fundamentos ofrecidos por la filosofía spenceriana, se insistiría, pues, en que las naciones latinoamericanas se mantendrán siempre unidas a su Madre Patria gracias a la sangre, la

---

<sup>39</sup> B. de Bengoa, "Desde América", en *La Ilustración Española y Americana*, Madrid, 12 de octubre de 1892, p. 266.

<sup>40</sup> Juan Navarro Reverter, "Reseña General II", en *El Liberal en la EXPOSICIÓN...*, *op. cit.*, [p. 2].

<sup>41</sup> Michel Foucault, *Genealogía del Racismo*, Trad. de Alfredo Tzveibel y Pról. de Tomás Abraham, Argentina, Editorial Altamira, 1996, p. 77 (Colección Caronte Ensayos).

lengua y la parte de historia que comparten como resultado de tres siglos de convivencia colonial. Desde este punto de vista, "el Atlántico no es más que un estrecho arroyo que separa las casas de España de las de América, y sobre el cual está echado en todas las viviendas el puente perdurable del amor. Somos unos, y la fiesta es una. Al glorificar a Colón, el mismo deber cumplimos y el mismo orgullo sentimos unos que otros".<sup>42</sup>

Como podemos advertirlo con el propio Becerro de Bengoa, ya para 1892 los políticos e intelectuales españoles no parecían tener empacho en que la conmemoración rindiera homenaje al almirante genovés, pues el argumento de la "misión civilizadora de España en el Nuevo Mundo" ya había quedado impreso en la organización misma de los eventos centenarios. La Exposición Histórico-Americana desde luego no era la excepción, y las siguientes líneas de Navarro Reverter pueden resumir las aspiraciones que las élites peninsulares tenían en general de dicho certamen:

[...] al reconstruir aquellas antiguas, típicas y poco conocidas sociedades, sobre los numerosos y originales objetos que se disputarán vuestra atención; al comparar aquel estado y aquellas costumbres con las prosperidades y la adelantada cultura actual de las naciones americanas, se despertará en vuestra alma el legítimo orgullo de ser españoles. Por algo eligió a España la Providencia como medio civilizado; por algo hemos esparcido, en todo el planeta, el genio inmortal de nuestra raza; por algo recibimos hoy, muy lisonjeados y muy agradecidos, la visita de las naciones independientes y hermanas nuestras del Nuevo Mundo.<sup>43</sup>

Esta ideología providencialista, que en el fondo no es más que una concepción imperialista, es justamente la misma que percibía Edmundo O'Gorman en el "espíritu" de la obra de Fernández de Oviedo: "Se trata en realidad de una visión mesiánica de la historia, fundada en la inquebrantable fe que algunos españoles tenían en el destino providencial de su pueblo como elegido por Dios para implantar la monarquía universal católica hasta la consumación de los tiempos".<sup>44</sup> Pero veamos ahora cuál fue la postura que adoptaron los políticos e intelectuales mexicanos ante el IV Centenario del *descubrimiento* de América, una conmemoración que además reclamaba al México porfiriano una representación de sí mismo ante el otro, ante los demás Estados-naciones *modernos* y *progresistas* que también aceptaron participar en los festejos españoles de 1892.

---

<sup>42</sup> Becerro de Bengoa, "Desde América", *op. cit.*, p. 267.

<sup>43</sup> Juan Navarro Reverter, "Reseña General II", *Ibid.*

<sup>44</sup> Gonzalo Fernández de Oviedo, *Sucesos y diálogo de la Nueva España*, prólogo y selección de Edmundo O'Gorman, 2a ed, México, UNAM, 1995, p. XXIII (Biblioteca del Estudiante Universitario, 62).

Ya se ha puesto de relieve -en el capítulo anterior- la tendencia del gobierno y las élites porfirianas a restablecer los lazos históricos con España, sobre todo al aproximarse los 400 años de la hazaña colombina. La actitud conciliadora de México con la antigua metrópoli colonial motivó a que el 26 de septiembre de ese año, por acuerdo presidencial, se declarara el 12 de octubre como día de fiesta nacional. Ésta fue una recomendación española que con beneplácito adoptó el gobierno mexicano, pero ¿acaso la delegación enviada a Madrid también seguiría el guión preestablecido por las élites peninsulares en los festejos centenarios, que implicaba por cierto dejarse arrastrar por la oleada hispanoamericanista?

Sería interesante rastrear si en medio de esa corriente hispanocentrista los comisionados de Díaz encontraron la oportunidad para afirmar su identidad como mexicanos. Si fuese así ¿de qué se valieron? ¿Cómo le hicieron para exhibir y defender su identidad nacional en tierra no sólo extranjera, sino precisamente en el corazón de aquella nación que había mantenido encadenada al águila mexicana por 300 años?

#### **EL RETRATO DE LA IDENTIDAD NACIONAL MEXICANA EXHIBIDO EN ESPAÑA**

Para nuestro análisis, me parece pertinente y necesario conocer, en primer lugar, la actitud que adoptó Vicente Riva Palacio ante a los festejos por el IV Centenario del *descubrimiento* de América, pues el embajador mexicano, al ser el Jefe máximo de la Comisión porfiriana, fue definitivamente el diseñador principal de la imagen que de México se proyectó en Madrid hacia 1892. Y es que el polifacético Riva Palacio, más allá de sus orígenes (nieto de un independentista, a la vez que hijo de un defensor de Maximiliano), ciertamente parece encarnar una postura diplomática bilateral frente a la oleada hispanoamericanista desatada al calor de la conmemoración centenaria.

En efecto, a partir de su arribo a Madrid en 1886, "El General" puso todo su empeño para fomentar el diálogo y el fortalecimiento de los vínculos entre el México porfiriano y la España de la Restauración, no sólo desde su papel como Ministro Plenipotenciario, sino también en los ámbitos académico y cultural: colaborando en importantes instituciones hispanoamericanistas como la Unión Iberoamericana y en célebres publicaciones periódicas con sentido panhispánico como *La Ilustración Española y Americana*, *La España*

*Moderna y El Álbum Íbero Americano*.<sup>45</sup> Pero a pesar de su destacado apoyo a los intereses peninsulares que lo llevó a tomar parte en la organización de los fastos centenarios de 1892, Riva Palacio representa, al propio tiempo, una de las posiciones más divergentes con respecto al discurso hispanocentrista que enmarcó la conmemoración de los cuatrocientos años del *descubrimiento* de América.

Nada puede ser más ilustrativo de esta postura ambivalente que el discurso sobre *Establecimiento y propagación del Cristianismo en Nueva España*, con el que Vicente Riva Palacio participó en el ciclo de conferencias americanistas organizado por el Ateneo de Madrid entre 1891 y 1892.<sup>46</sup> La conferencia del General Riva Palacio nos revela, de entrada, que él estaba abierto al diálogo iberico-americano, a diferencia de los demás representantes latinoamericanos invitados (cerca de 300) que se rehusaron a participar en las actividades organizadas por los ateneístas madrileños.<sup>47</sup> Pero a pesar de esta muestra de simpatía con la Madre Patria, el tema de su ponencia, en definitiva, obligaba al Ministro mexicano a andarse con pies de plomo para no causar un desaire entre los peninsulares, pues la historia de la Conquista y la colonización de América era justamente la materia prima de la que se nutría el espíritu de la conmemoración centenaria.

Si bien es cierto que otros muchos acontecimientos y personajes del pasado español también fueron manipulados a discreción durante el Centenario, lo peculiar de la etapa de la Conquista y la Colonia es que, al constituir una parte de historia compartida por México y España, se prestaba indistintamente para ser moldeada de acuerdo a los intereses particulares de ambos países: brindaba a las élites peninsulares la posibilidad de reivindicar el glorioso pasado imperial, sus gestas heroicas y los logros civilizadores; al mismo tiempo que proporcionaba a los mexicanos -y a todos los latinoamericanos- una alternativa para recriminar a la Madre Patria por el actuar sangriento con que implantó su dominio en el continente americano.

---

<sup>45</sup> Véase José Ortiz Monasterio, "El general Vicente Riva Palacio. El embajador 1832-1896", en *Escritores en la diplomacia mexicana*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 2002, t. III, pp. 261-285.

<sup>46</sup> "Establecimiento y Propagación del Cristianismo en Nueva España: Conferencia del General D. Vicente Riva Palacio, Ministro de Méjico en Madrid, leída el día 18 de enero de 1892", en *El Continente americano: Conferencias dadas en el Ateneo[...]*, Madrid, Sucesores de Rivadeneyra, 1892, vol. II: 2a Conferencia.

<sup>47</sup> Aparte de Riva Palacio, sólo el uruguayo Juan Zorrilla de San Martín y el ministro peruano, Pedro Alejandrino del Solar, decidieron prestar su voz en el Ateneo: tres disertaciones latinoamericanas, una de ellas mexicana, frente a 52 discursos peninsulares. Véase Enrique Sánchez Albarracín, "Les grandes voix latino-américaines du IVe Centenaire", en *La convergence hispano-américaniste de 1892... op. cit.*, Capítulo III: pp. 375-445.

Lo que a primera impresión se esperaría de Riva Palacio es que se sumara a esta última posición, pero la verdad es que, haciendo gala de la astucia y la inteligencia que lo caracterizaban, logró conjugar ambas posturas en un discurso verdaderamente diplomático que, al mismo tiempo, nos ofrece una sugerente interpretación del acontecimiento que se estaba conmemorando en 1892. Efectivamente, antes de entrar de lleno a hablar sobre la *propagación del Cristianismo en Nueva España*, El General planteó que el *descubrimiento* de América no debía ser visto como un mero hallazgo marítimo sino como un "suceso extraordinario" y de "consecuencias trascendentales", pues al echar abajo la concepción aristotélico-ptolemaica de la ecúmene y "abrir" el mundo por completo, el 12 de octubre de 1492 "marca el fin de la Edad Media y el principio de una era nueva".<sup>48</sup>

Con estos argumentos iniciales el Ministro mexicano no contravenía los intereses peninsulares, pero sí comenzó a diferir ya con el discurso hispanocentrista cuando planteó que la hazaña del *Descubrimiento* había sido una "exigencia de la ciencia", más no el cumplimiento de un designio divino. Apoyado en los postulados de la escuela sociológica y en especial de la teoría evolucionista de Darwin, Riva Palacio negaba que Cristóbal Colón y España hayan sido "elegidos por la Providencia": ni el primero para *descubrir* el continente americano ni la segunda para conquistarlo. Pues para él, los grandes cambios en la historia no podían ser obra de un hombre o un puñado de hombres, sino más bien consideraba que "las grandes ideas, las reformas trascendentales, las redenciones de los pueblos, son trabajos lenta y penosamente elaborados por una serie de generaciones".<sup>49</sup>

Una vez reducido el papel de España (de "pueblo elegido") a mero "instrumento" de la ciencia -como lo había hecho Humboldt con Colón-, el general Riva Palacio se dispuso a recriminar la excesiva violencia con la que se había producido la evangelización en el nuevo mundo.<sup>50</sup> Éste era no sólo un tema sumamente polémico para la época, sino que también iba

---

<sup>48</sup> Riva Palacio, "Establecimiento y Propagación del Cristianismo en Nueva España", *op. cit.*, p. 8.

<sup>49</sup> *Ibid.*, p. 6.

<sup>50</sup> Véase la contestación a esta postura por parte de Joaquín García Icazbalceta, publicada como "Conquista y colonización de Méjico. Estudio histórico", en el *Boletín de la Real Academia de la Historia*, tomo 25, 1894, pp.5-39. Lo cual sabemos gracias a una nota epistolar con fecha del 15 de enero de 1893, en la que don Joaquín le confiesa a su amigo Thomas A. Janvier que, desde su punto de vista, el discurso leído por Riva Palacio en el Ateneo madrileño "expresa ideas erradas acerca de la conversión de los indios de Nueva España": *Joaquín García Icazbalceta. Papers, 1883-1894. Letters, 1883-1894*, vol. I (correspondencia que inicia el 25 de diciembre de 1883 y termina el 16 de octubre de 1894). Estas cartas se encuentran en la New York Public Library y el acceso a ellas lo debo a la generosidad del Mtro. Ricardo Candia Pacheco.

en contra de la principal carta a la que apelaban el gobierno y las elites españolas para superar la "Leyenda Negra". Pues estos planteaban, como toda potencia colonial tratando de justificar sus conquistas, que la conversión de los indígenas a la religión católica constituía el mayor beneficio que España había traído a los pueblos latinoamericanos y a la humanidad en general.<sup>51</sup>

El 18 de enero de 1892, "hermosas damas, ilustres personajes de la política y de todos los partidos y selecta representación de la diplomacia" se dieron cita en el Ateneo madrileño para escuchar la conferencia de Vicente Riva Palacio.<sup>52</sup> Pero dicha aristocracia peninsular debió fruncir el ceño cuando El General se atrevió a equiparar la propagación del cristianismo en Nueva España con "el progreso rápido y sangriento del islamismo, no sólo en los días en que Mahoma sujetaba la Arabia, sino durante el tiempo de sus sucesores, cuando Omar gobernaba a los creyentes"; y más aún porque al mismo tiempo señaló a la espada como el verdadero motor de la evangelización masiva de los indios americanos: "No arrancó a los pueblos vencidos del culto de sus ídolos la predicación del apóstol, sino la espada del conquistador y el hacha y la tea del soldado, que derribaban al dios de los altares y ponían fuego a los adoratorios".<sup>53</sup>

Desde luego que el embajador mexicano no se olvidaba que de lo que se trataba en 1892 era de celebrar el acontecimiento del 12 de octubre de 1492 y de resaltar los aspectos más positivos que trajo consigo. Así que, en medio de sus reproches por la sangre derramada durante la Conquista, Riva Palacio buscó la oportunidad para brindar reconocimiento al papel que ha tenido España en la formación de las nuevas repúblicas hispanoamericanas:

No se conserva memoria de otro pueblo que, como el español, sin desmembrar su territorio patrimonial y sin perder la existencia social y política, haya formado directamente diez y seis nacionalidades enteramente nuevas sobre la faz de la tierra, hoy ya emancipadas, y a las que legó sus costumbres, su idioma, su literatura, su altivez, su indomable patriotismo y el celo exagerado por su autonomía.<sup>54</sup>

---

<sup>51</sup> De hecho en su contestación al General Riva Palacio, García Icazbalceta insistiría en que Dios eligió a España para "abolir los sacrificios humanos y abrir á la fe y la civilización el Nuevo Mundo" ("Estudio histórico", *op. cit.* p. 25). Para él era necesario reconocer "la acción de la Providencia en la marcha de la humanidad", pues lo contrario implicaba "empequeñecer la Historia, y adulterarla, ó convertirla en seca narración que nada enseña" (*Ibid.* p. 20).

<sup>52</sup> Francisco de Paula Flaquer, "Crónica Española y Americana. En el Ateneo de Madrid", *El Álbum Iberoamericano*, Madrid, 22 de enero de 1892, p. 26.

<sup>53</sup> Riva Palacio, "Establecimiento y Propagación del Cristianismo en Nueva España", *op. cit.*, p. 10.

<sup>54</sup> *Ibid.*, p. 9.



Por su "tono de confraternidad española tan hermoso y tan simpático", las anteriores líneas fueron reproducidas una y otra vez en la prensa madrileña. Todos los periodistas que comentaron la participación de Riva Palacio en el Ateneo, sin excepción, hicieron alusión a "ese párrafo que tan bien sonó en todos los pechos hispanoamericanos, confundidos anoche en el amor a la patria común".<sup>55</sup> Pero al mismo tiempo que el diplomático mexicano elogió la obra civilizadora de España, dejó en claro que los nuevos países americanos se habían situado, por sus propios méritos, dentro de los cánones de progreso y modernidad que prevalecían en la civilización occidental del siglo XIX, atreviéndose a plantear, incluso, que "quizá algún día la España, hija del antiguo mundo, podrá decir delante de esas diez y seis nacionalidades, como Cornelia la romana: «Tengo más orgullo en ser la madre de los Gracos, que la hija de Scipión el africano.»"<sup>56</sup>

En un verdadero despliegue de erudición, Riva Palacio citó a lo largo de varias páginas a diversos autores, desde padres de la iglesia y poetas hindúes hasta personalidades más contemporáneas como Hegel y Renan, cuyos planteamientos le permitieron apuntalar sus reproches y reconocimientos hacia la Madre Patria y finalmente cerrar su disertación con la siguiente exhortación: "a pesar de que aun pueda tenerse por una paradoja, el historiador debe decir que el descubrimiento del Nuevo Mundo era una necesidad de la ciencia; su ocupación, un derecho de la humanidad, y la conversión de sus habitantes al Cristianismo, una exigencia ineludible de la civilización y del progreso".<sup>57</sup> Estas palabras con las que Riva Palacio concluyó su discurso, además de resumir las ideas que él tenía del *Descubrimiento*, la Conquista y la colonización de América, revelan una concepción de la historia claramente regida por leyes sociológicas.

Efectivamente, en su ponencia del 18 de enero de 1892, El General circunscribía a México -y a los demás países latinoamericanos- dentro de ese devenir histórico que, ante los ojos positivistas, se revelaba como el desarrollo progresivo de tres estadios necesarios: Estado Teológico o Ficticio (punto de partida), Estado Metafísico o Abstracto (etapa de transición)

---

<sup>55</sup> Sin autor, "El Cristianismo en América", en *El Liberal*, Madrid, 19 de enero de 1892 [Foja 2]; *Cfr.* Sin firma, "Centenario del descubrimiento de América en el Ateneo", en *El Día*, Madrid, 19 de enero de 1892, p.1; y Francisco de Paula Flaquer, "Crónica Española y Americana. En el Ateneo de Madrid", *op. cit.*

<sup>56</sup> Riva Palacio, "Establecimiento y Propagación del Cristianismo en Nueva España", *op. cit.*, p. 9.

<sup>57</sup> *Ibid.*, p. 35.

y Estado Científico o Positivo (fase fija y definitiva).<sup>58</sup> Aunque la verdad es que los postulados de la escuela evolucionista no eran un recurso nuevo para Riva Palacio, pues ya había recurrido a ellos en la coordinación de *México a través de los siglos* (1882-1884) y en la redacción del tomo II (sobre *El Virreinato*) para fundamentar sus ideas en torno a la formación y el destino de la "raza mexicana": surgida ésta durante la época colonial como producto de la mezcla racial entre la población indígena y la española.<sup>59</sup>

El embajador mexicano apelaba "a los fríos y descarnados axiomas de la filosofía zoológica y a las doctrinas de la joven pero robusta ciencia de la antropología" para argumentar que la Conquista fue un proceso doloroso pero "necesario" para dar forma al México mestizo que logró conquistar su independencia política y encarrilarse, a partir de entonces, en dirección constante del progreso hacia mejor. En efecto, para el General Riva Palacio, "toda tentativa de independencia era infructuosa mientras el cruzamiento de las razas no produjese un pueblo nuevo, exclusivamente mexicano", por ello es que consideraba justo reconocer el gran papel que tuvo España en la formación de las nuevas repúblicas latinoamericanas.<sup>60</sup>

Aunque siendo más precisos debemos aclarar que, para Riva Palacio, la "raza mestiza" no constituía por sí sola a la nación mexicana, pues él estaba convencido de que para forjar una identidad nacional se requería tanto la unidad biológica como una lengua, una cultura y una historia unificadas:

No basta para constituir una nacionalidad, como ha dicho un pensador de nuestros tiempos [Renan], ni la unidad del lenguaje y de religión, ni la comunidad de intereses, ni la posición geográfica de un territorio ocupado por una gran comunidad de familias, y quizá ni aun la raza, tomándose esta palabra en el sentido de remota fuente de individualidades; pero tampoco basta tener en común una herencia de recuerdos, de glorias o de sufrimientos nacionales, como quiere ese pensador, para formar el alma de una nación: preciso es el concurso de todos estos factores, porque las naciones, como los individuos, deben tener un espíritu, un alma nacional, pero también un cuerpo, un organismo material igualmente nacional.<sup>61</sup>

---

<sup>58</sup> Véase Auguste Comte, *La filosofía positiva*, proemio, estudio introductorio, selección y análisis de Francisco Larroyo, 10ª ed., México, Porrúa, 2006, 344 p. (Sepan cuantos-340).

<sup>59</sup> Véase Álvaro Matute, "Notas sobre la historiografía positivista mexicana", en *Secuencia*, núm. 21 (septiembre-diciembre de 1991), pp. 49-64.

<sup>60</sup> Vicente Riva Palacio, *México a través de los siglos*, vol. II, p. 471.

<sup>61</sup> *Ibid.* cfr. Ernest Renan, *¿Qué es una nación? Cartas a Strauss*, estudio preliminar y notas de Andres de Blas Guerrero, Madrid, Alianza Editorial, 1987, p. 81.

Enrique Florescano ha señalado muy atinadamente que *México a través de los siglos* constituye "el primer intento considerable por ofrecer una interpretación del devenir nacional en la que se asimila la realidad del mestizaje".<sup>62</sup> Pero la verdad es que, al igual que el trabajo de Vicente Riva Palacio en aquella suma historiográfica del porfiriato, su conferencia sobre *Establecimiento y propagación del Cristianismo en Nueva España* está enmarcada también por un relato nacionalista que se desglosa en torno a los mitos del mestizaje racial y la síntesis cultural. Ambos trabajos reflejan el punto de vista de un mestizo que se considera, a la vez que producto de la fusión de cuando menos dos "razas", heredero de la cultura, las tradiciones y las instituciones tanto hispanas como indígenas.

El mestizo puede hallar motivos de orgullo y ecos de gloria en sus dos raíces, pues precisamente la mezcla del componente indígena y el español ha hecho de México un país único: "un pueblo que no era ni de los conquistadores, ni de los vencidos, sino un pueblo que heredó las virtudes de ambas partes y los vicios, las glorias y tradiciones, personajes y temperamentos".<sup>63</sup> Vicente Riva Palacio era un liberal ya consagrado, a la vez que un nacionalista romántico, y de manera sorprendente logró hacer confluir sus orígenes, no sólo con las nuevas condiciones de la sociedad finisecular del siglo XIX, sino también con los requerimientos diplomáticos que imponía la conmemoración por los cuatrocientos años del *descubrimiento* de América.

Para lograr esta conciliación de intereses, El General daba forma a una ingeniosa amalgama en su pensamiento: de la civilización decimonónica de occidente reunía a Hegel y Renan (por la importancia que ambos daban al estudio de la religión y por las ideas de éste último sobre la nación), a Spencer (por las características lingüísticas y raciales del nacionalismo cultural), así como a Darwin y Comte (en cuanto a los postulados de la evolución científica y social). Y es que como señalaría el maestro Álvaro Matute:

Riva Palacio es un caso expreso de eclecticismo intelectual que lejos de menoscabarlo lo engrandece. Su impulso romántico vital trata de llegar a la madurez científicista en un interesante equilibrio. Si el lenguaje expresa, también disfraza. Lejos de la unidad lograda por Bulnes o Molina, Riva Palacio atenúa con su evolucionismo el impulso nacionalista romántico que lo sustenta.<sup>64</sup>

---

<sup>62</sup> Enrique Florescano, *Historia de las historias de la nación mexicana*, México, Taurus, 2002, p. 370.

<sup>63</sup> Vicente Riva Palacio, *Obras Escogidas IV, Ensayos históricos*, compilación, coordinación y estudio preliminar de José Ortiz Monasterio, México, Conaculta/Instituto Mora/UNAM/Instituto Mexiquense de Cultura, 1997, p. 126.

<sup>64</sup> Álvaro Matute, *op. cit.*, p. 57.

Hasta aquí he tratado de mostrar cómo es que, sin abandonar su identidad nacional distinta de la española y expresando su sentir distante del discurso hispanocentrista en torno al *Descubrimiento*, Conquista y posterior colonización de América, Vicente Riva Palacio logró satisfacer magistralmente los requerimientos diplomáticos de la conmemoración centenaria. Por lo que ahora sí es momento de analizar la actuación de la delegación mexicana en la Exposición Histórico-Americana, considerando en principio que, al acceder participar en dicho certamen, el gobierno de Díaz aceptaba estrechar la mano amistosa que hacia 1892 les tendía España a las repúblicas de su progenie en un claro intento por frenar la política expansionista de Estados Unidos.

#### **UN DISCURSO NACIONALISTA DESPLEGADO A TRAVÉS DE VITRINAS Y PEDESTALES**

La sección de México en la Exposición Histórico-Americana de Madrid estuvo conformada por utensilios, herramientas, indumentaria, cráneos, réplicas de esculturas y varias fotografías que en total sumaban alrededor de 17 000 piezas.<sup>65</sup> Para el análisis de todo ese abundante material, podríamos dividirlo en dos grupos claramente reconocibles: de un lado estarían aquellos objetos que exhibían lo exótico y majestuoso de las culturas autóctonas, desde fotografías de tipos indígenas hasta códices y facsímiles de piezas monumentales como la misma piedra del Sol; mientras que en el otro grupo se ubicarían aquellas representaciones que subrayaban la resistencia al conquistador español, por ejemplo, las efigies de los legendarios héroes y mártires prehispánicos -como Cuauhtémoc y Xicoténcatl- esculpidas por discípulos de Miguel Noreña.

En todas las Exposiciones Universales de finales del siglo XIX fue una constante que la elite porfiriana hiciera alusión al suntuoso pasado prehispánico: tanto piezas arqueológicas como indumentaria indígena fueron el material más abundante que integraba las participaciones culturales y propagandísticas de México en el extranjero. La Exposición Universal de París, celebrada en el centenario de la toma de la Bastilla (del 15 de mayo al 6 de noviembre de 1889), representa, si bien no la primera, pero definitivamente sí una de las mayores y mejores logradas actuaciones del gobierno mexicano en aquellos importantes certámenes internacionales. De modo que muchos de los elementos de la imagen exhibida

---

<sup>65</sup> Dení Ramírez, *op. cit.* p. 281.

de México en la Feria Universal parisina, serían retomados y afinados en la Exposición Histórico-Americana de Madrid: principalmente la reivindicación del pasado prehispánico.

En París, los "magos del progreso" habían presentado como pabellón un templo azteca que concordaba con las ideas que en el mundo entero prevalecían en torno a la necesidad de rescatar antiguas civilizaciones a través del exotismo, los conceptos de raza y el lenguaje del nacionalismo. Si bien la sociedad decimonónica de occidente no adquiría aún la total capacidad para mirar y calificar con objetividad las intrincadas formas precolombinas, la verdad es que para finales del siglo XIX, por efecto del pensamiento ilustrado primero y por el romanticismo poco después, se estaban sentando ya las bases para la futura valoración de culturas y estéticas no reguladas por la normatividad clasicista.

El México porfiriano de inmediato se integró al esquema cultural mundial de la era finisecular, dándose a conocer como la cuna de importantes civilizaciones tan gloriosas como aquellas que florecieron en el mundo clásico. Al llegar el año de 1892, sin lugar a dudas en la península ibérica nuestro país ya era ubicado dentro de dicha categoría, pues el célebre arqueólogo y escritor español, José Ramón Mélida, señalaba que:

México es en América, el país clásico de las antigüedades. Es la Grecia del Nuevo Continente, pues allí fue donde el arte brilló con luz más viva, que llegó poderosa hasta la América Central. Es el país de los grandes monumentos, que nos recuerdan los de aquellas poderosas civilizaciones del Oriente antiguo. Es el país que primeramente excitó la curiosidad de los arqueólogos y de los artistas europeos.<sup>66</sup>

Las numerosas piezas arqueológicas, obras de arte, fotografías y los restos humanos que la Junta Colombina logró reunir y presentar en Madrid superaron por mucho las expectativas de los organizadores españoles. Todos los comentaristas de la Exposición Histórico-Americana coinciden al afirmar que la de México fue, además de impactante, "la sección más numerosa del certamen": sus grandes colecciones que requirieron cinco salas completas, constituyeron "un verdadero y riquísimo museo" del que, "por fortuna, pocos, poquísimos objetos pertenecen a los tiempos modernos; todos los demás son de los tiempos precolombinos, que son los que nos interesan".<sup>67</sup>

---

<sup>66</sup> José Ramón Mélida, "Exposición Histórico-Americana. México (I)", *La Ilustración Española y Americana*, Madrid, 30 de diciembre de 1892, p. 455.

<sup>67</sup> *Ibid.*

Las producciones prehispánicas en verdad fueron el material más abundante que de nuestro país se llevó a Madrid para ser exhibido en 1892: ocuparon cuatro de los cinco salones reservados a México en el nuevo Palacio de Biblioteca y Museos Nacionales (del I al IV). Con su diseño intrincado y exuberante, estos objetos acapararon la atención de los peninsulares y despertaron la curiosidad de todos los visitantes en general. Al contemplar las vitrinas y pedestales de la sección mexicana, el público elogió principalmente aquellas piezas con las que se sentía más familiarizado, por ejemplo, las reproducciones de monumentos piramidales, cuya composición geométrica facilitaba la comprensión visual de alguien con formación clasicista, a la vez que permitía establecer la analogía con el antecedente arquitectónico de las majestuosas pirámides de Egipto.

La estrategia puesta en marcha por el gobierno y los comisionados porfirianos para insertar las creaciones precolombinas dentro del esquema artístico occidental parece haber consagrado su éxito definitivo en el certamen madrileño, pues en este evento los políticos e intelectuales extranjeros no dejaron de equiparar los objetos de la sección mexicana con las obras producidas en la antigüedad clásica. Un claro ejemplo de ello lo constituye el propio Delegado General de la Exposición Histórico-Americana, quien opinaba que:

Las estrellas matutina y vespertina del Códice Borgiano, tienen sus semejantes en las escrituras cabalísticas del Egipto. El Totec [Xipe Tótec], ídolo colosal del Templo Mayor, cuya cabeza de diorita presenta en admirable reproducción México, recuerda la belleza griega y la indumentaria asiática. El carácter sencillo, gigantesco, ciclópeo, con la línea recta por elemento y la forma apiramidada por ley, de los monumentos de Papantla y de Xochicalco, que México envía, diríase que están copiados de las colosales construcciones pelásgicas y egipcias, cuya contemplación hace brotar en el pensamiento la duda de si las generaciones que los levantaron se componían de organismos sobrehumanos o poseían formidables dones divinos.<sup>68</sup>

José Ramón Mélida afirmaba, de hecho, que al admirar los objetos y piezas arquitectónicas de los antiguos mexicanos "desaparece el indio y aparece el hombre civilizado, que construye grandiosos monumentos y los embellece con una decoración seriamente concebida y ejecutada; que sabe esculpir y modelar ateniéndose al modelo, o a una concepción puramente artística". Por tales razones, el arqueólogo español consideraba que "en México es donde parece estar oculta la deseada clave que los americanistas persiguen

---

<sup>68</sup> Juan Navarro Reverter, "Reseña General II", *op. cit.*, [p. 2]. n

para penetrar el gran misterio del Nuevo Mundo, o sea el origen de los americanos y la antigüedad a que se remonta su civilización".<sup>69</sup>

El punto de vista de Mérida merece que lo tomemos muy en cuenta puesto que él fue justamente quien reseñó, a lo largo de tres números de *La Ilustración Española y Americana*, la actuación de los comisionados mexicanos en el certamen Histórico-Americano.<sup>70</sup> En la primera parte de dicha narración, el autor, además de exponer los argumentos ya citados, se detiene a describir y comentar las manifestaciones artísticas de los tarascos, tecos, matlatzincas y tepanecas, con el manifiesto propósito de dar a conocer al público español "cuáles fueron los primeros ensayos, los tanteos y hasta dónde llegó la habilidad técnica de los pueblos que, sin duda, se mantuvieron aislados de los grandes centros de la civilización precolombina en México y en la América Central".<sup>71</sup>

Al iniciar el segundo apartado de su reseña, José Ramón Mérida se ocupa brevemente de aquellas piezas que, como las de Michoacán, "corresponden a la infancia del arte y que provienen de pueblos antiguos cuyo origen no se ha aclarado todavía. Estos pueblos son los otomites [*sic.*], los huastecos, los pames y los totonacos".<sup>72</sup> El escritor y arqueólogo español consideraba a todas estas civilizaciones precolombinas como "las razas primitivas de México", por lo que prefirió enfocar su atención en las producciones artísticas nahuas y mayas en vez de "desperdiciar tinta" hablando sobre otros grupos étnicos.

Según Mérida, la cultura maya "sabía dar a la figura su proporción natural, gallardía a las formas, vigor al modelado de cada uno de los miembros; en una palabra, poseía el modo de ver justo, que permite al artista educado ajustarse al natural".<sup>73</sup> Mientras que los aztecas: "esa raza poderosa que arribó al Anahuac [*sic.*] llevando por jefe á un personaje semidivino, llamado Quetzalcoatl, encarnación del creador de las cosas, produjo un arte en que se revela de un modo más patente que en el de los mayas el hieratismo porque se rigieron aquellos imperios".<sup>74</sup> A decir verdad, el arqueólogo madrileño consideraba a las producciones nahuas "de un gusto menos exquisito que las cosas mayas", pero sin lugar a dudas ambas

---

<sup>69</sup> José Ramón Mérida, *vid. supra.*, nota 48.

<sup>70</sup> Mientras la "Exposición Histórico-Americana. México (I)" fue publicada el 30 de diciembre de 1892 (pp. 455-458), la "Exposición Histórico-Americana. México (II)" apareció el 22 de enero de 1893 (p. 47), y finalmente la "Exposición Histórico-Americana. México (III)" salió a la luz hasta el 8 de febrero de 1893 (pp. 87-90).

<sup>71</sup> "Exposición Histórico-Americana. México (I)", *op. cit.*, p. 158.

<sup>72</sup> "Exposición Histórico-Americana. México (II)", *op. cit.*, p. 47.

<sup>73</sup> *Ibid.*

<sup>74</sup> "Exposición Histórico-Americana. México (III)", *op. cit.*, p. 87.

culturas constituían para él lo más representativo del México prehispánico y lo más avanzado de los antiguos pueblos que habitaron el continente americano: "cabe decir, para mejor hacer comprensible la diferencia estética de uno y otro pueblo, que los mayas fueron los griegos y los nahuas los romanos de América".<sup>75</sup>

De acuerdo con Mérida, "el modelo más importante de la Exposición es el del templo mayor de Cempoala, en el Estado de Veracruz, pues ofrece, no sólo el santuario, sino todas sus dependencias y el recinto sagrado, con sus murallas almenadas".<sup>76</sup> De todas las representaciones arquitectónicas, este centro de culto era particularmente importante para el pueblo español debido al célebre lugar que ocupa en la historia de la Conquista: Cempoala fue de los primeros poblados que visitó Hernán Cortés en tierras mexicanas, donde recibió comida y alojamiento antes de la fundación de la Villa Rica de la Vera Cruz (22 de abril de 1519) y donde venció a Pánfilo de Narváez durante la noche del 28 para amanecer 29 de mayo de 1520.

La colección de códices y arte plumaria que logró reunir la Junta Colombina también llamaron la atención de los visitantes de la Exposición Histórico-Americana. Aunque definitivamente uno de los objetos que más impresionaron a los peninsulares fue la monumental y exótica representación de la diosa Coatlicue, aquella efigie nada bonita de acuerdo a los preceptos clásicos de belleza, a la que Mérida calificaba como:

un conjunto horrible, una amalgama monstruosa de miembros de reptiles y formas semihumanas, que sólo pudo concebirse y realizarse bajo un poder teocrático que conducía al fanatismo en sus formas más extrañas. ¿Puede considerarse semejante escultura como obra capital de la escultura nahua? En el simbolismo mejicano debió serlo; pero el arte de aquella raza produjo obras mucho mejores.<sup>77</sup>

Aquellas otras piezas artísticas a las que Mérida consideraba "mucho mejores" que la Coatlicue, eran nada menos que las representaciones de "el Calendario Azteca", la piedra de Tizoc y la reproducción de un busto mediano de Quetzalcóatl. En la mente de varios personajes españoles, como Juan Navarro Reverter, "todos estos y otros muchísimos dioses, ídolos, símbolos que se admiran en la Exposición, tienen, sus homólogos en la India y en Asiria, y en Grecia y en Roma, y bajo formas menos abigarradas, más artísticas, acaso más

---

<sup>75</sup> *Ibid.*

<sup>76</sup> *Ibid.*

<sup>77</sup> *Ibid.*, p. 90.



ideales, todos ellos hallan su correspondencia en el poblado Olimpo de la Mitología pagana".<sup>78</sup> Ubicado en ese mismo tenor de ideas, José Ramón Mélida precisaba que la Cruz de Palenque era el objeto arqueológico que inmediatamente lo remontaba a la antigüedad clásica occidental: "estos relieves de Palenque son al arte americano lo que son los mármoles del Partenón al arte griego: las obras más acabadas y perfectas".<sup>79</sup>

De este modo, como dejaría constancia el propio Jesús Galindo y Villa en su "Nota relativa a la sección de la República Mexicana" en la Exposición Histórico-Americana: gracias a todo el arsenal prehispánico que los comisionados porfirianos llevaron a Madrid en 1892, "el público inteligente que visitó nuestros salones pudo formarse cabal juicio del grado de adelanto y de cultura que habían adquirido los pueblos del Anáhuac en el momento de descubrirse el Continente, y cuando el genio español desplazó los blasones de las dinastías mexicanas con la punta de su espada".<sup>80</sup>

Cuando las élites peninsulares solicitaron a los países latinoamericanos que remitiesen todas aquellas colecciones que revelaran "el estado que guardaban los aborígenes al momento del Descubrimiento", aquellas esperaban que tales piezas mostraran más bien "el atraso" en el que se encontraban los indígenas antes del contacto con los europeos. Sin embargo, lo que ocurrió fue exactamente lo contrario: las imponentes construcciones arquitectónicas y las majestuosas esculturas de manufactura precolombina, lejos de despertar el orgullo hispánico y reconocer la empresa civilizadora de la Madre Patria, daban validez a aquel argumento antihispanista que señalaba que la Conquista había interrumpido la marcha independiente de los nativos americanos hacia la civilización.

La prensa madrileña del momento termina por confirmar que, de todas las producciones artísticas prehispánicas, la Junta Colombina exhibió un especial interés por las piezas pertenecientes a la cultura mexica o azteca. Tales objetos integraron, de hecho, más del 70 por ciento de la sección de México en la Exposición Histórico-Americana. Y es que para los intelectuales y políticos liberales, los aztecas eran la civilización que representaba con mayor dignidad la antigüedad mexicana. Al presentar a los mexicas como un "imperio" en

---

<sup>78</sup> Juan Navarro Reverter, "Reseña General II", *Ibid.*

<sup>79</sup> "Exposición Histórico-Americana. México (II)", *op. cit.*, p. 47.

<sup>80</sup> Jesús Galindo y Villa, "Exposición histórico-americana de Madrid de 1892. Nota relativa a la sección de la República Mexicana", en *Memorias de la Sociedad Científica "Antonio Alzate"*, Tomo VI, México, Imprenta del Gobierno Federal en el Ex-arzobispado, 1892-1893, p. 322.

pleno desarrollo al momento de la llegada de los españoles, se asimilaba a todos los demás pueblos indígenas bajo su dominio y se fortalecía así la idea de un poder político centralizado. De modo que la gloria azteca representaba el auténtico pasado mexicano y precedente inmediato del Estado-nación moderno que las elites porfiristas estaban tratando de definir al cumplirse los 400 años del *descubrimiento* de América.<sup>81</sup>

Los políticos liberales consideraban que el glorioso pasado azteca, además de dotar de legitimidad al gobierno centralista, serviría también como incentivo para que los indígenas contemporáneos progresaran y se modernizaran. Ésta era una postura que emergía desde lo más profundo del mestizaje, entre cuyos objetivos primordiales se proponía diluir los "defectos" de los indígenas y los criollos del país. Desde la óptica de los mestizos (con el mismo Porfirio Díaz entre ellos), los otros grupos sociales no hacían más que alimentar la desunión y la falta de cohesión entre los mexicanos, por lo que era necesario proveerlos de libertad y propiedad individuales para que, promoviendo y atendiendo sus propios intereses libremente, fomentaran el bienestar de la sociedad política igualitaria y con ello el progreso de toda la nación en general.<sup>82</sup>

Para estos políticos e intelectuales mexicanos, el sector que más ayuda necesitaba era la población indígena: en primer lugar había que acabar con los sentimientos de servilismo y sumisión que éstos manifestaban, lo cual era posible gracias al pensamiento liberal que mezclaba una postura antirreligiosa, la búsqueda de la igualdad y el incesante deseo de progreso y modernidad. Así, pues, el mestizaje racial y la síntesis cultural se enarbolaron como la mejor opción para que el país se abriera paso en un mundo que marchaba en dirección del progreso hacia mejor. Pero para lograr hacer de México un auténtico Estado-nación *moderno y progresista*, no bastaba con recrear y hacer recordar el glorioso pasado mexicano, era preciso enseñar y transmitir a todos los habitantes del territorio nacional una serie de valores y cualidades que, por supuesto, los mártires prehispánicos encarnaban en estado puro al igual que los héroes de la Independencia y de la Reforma.

---

<sup>81</sup> Véase al respecto: Andrés Lira, "Los indígenas y el nacionalismo", en *El nacionalismo y el arte en México. IX Coloquio de Historia del Arte*, México, IIE-UNAM, 1986, pp. 11-32; Enrique Florescano, "El Estado nacional y los indígenas", en *Etnia, Estado y Nación*, México, Taurus, 1996, pp. 285-416; y Jorge Chávez Chávez, *Los indios en la formación de la identidad nacional mexicana*, Ciudad Juárez, Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, 2003, 175 p.

<sup>82</sup> Sobre el mestizaje como factor de unidad nacional puede leerse: William D. Raat, "Los intelectuales, el positivismo y la cuestión indígena", en Solange Alberro (comp.), *Cultura, ideas y mentalidades*, México, Colmex, 1992, pp. 111-126; y Rogelio Jiménez Marce, "La construcción de las ideas de raza en algunos pensadores mexicanos de la segunda mitad del siglo XIX", *Secuencia*, No. 59 (mayo-agosto 2004), pp. 73-100.

En un país con tan bajo porcentaje de escolaridad como el México decimonónico, las artes visuales jugaron un papel determinante en la nueva pedagogía cívica. Las elites gobernantes apelaron a la escultura, la pintura y el grabado para transmitir un mensaje histórico que fuera capaz de establecer lazos de identidad con la tierra que se habitaba y que permitiera construir un destino común como nación. Y es que después de todo, como enseñaría el célebre sociólogo francés, Émile Durkheim: "En una manera general, un sentimiento colectivo sólo puede tomar conciencia de sí mismo al ser fijado sobre el objeto material".<sup>83</sup>

Vicente Riva Palacio, quien era el Jefe máximo de la Comisión mexicana -y por tanto el diseñador principal del retrato de la identidad nacional mexicana proyectado en Madrid hacia 1892-, durante los primeros dos periodos presidenciales de Porfirio Díaz se había desempeñado como Secretario de Fomento, y desde ese lugar privilegiado puso en marcha un revolucionario proyecto escultórico que, comenzando por la glorificación de Cuauhtémoc como héroe de la patria, buscaba impulsar el culto a los líderes y mártires prehispánicos.<sup>84</sup> Cuando en agosto de 1877 Riva Palacio publicó la convocatoria para erigir el célebre monumento a Cuauhtémoc del Paseo de la Reforma, el Ministro mexicano daba seguimiento a su idea de que el rescate de la morfología prehispánica constituía "la mejor manera de honrar el heroísmo y sacrificio de una raza tan valiente y llena de abnegación por su patria, y el adelanto de su civilización".<sup>85</sup>

De tal suerte, al llegar el Centenario de 1892 los mitológicos héroes precolombinos se estaban ya consolidando como parte fundamental del mito identitario nacional, por lo que una de las principales preocupaciones de Riva Palacio fue persuadir a la Junta Colombina sobre la pertinencia y necesidad de exhibir las representaciones de esos indígenas "patriotas" en la sección reservada a México en la Exposición Histórico-Americana. Atendiendo a tales indicaciones, los miembros de la comisión porfiriana colocaron las esculturas de los líderes y héroes prehispánicos en puntos estratégicos de la sección mexicana: justamente en las entradas y a lo largo de los pasillos que conectaban cada una de las salas. Las estatuas de Cuauhtémoc y Xicotécatl, por ejemplo, fueron ubicadas a los

---

<sup>83</sup> Émile Durkheim, *Las formas elementales de la vida religiosa*, México, Editorial Colofón, 2011, p. 379.

<sup>84</sup> Enrique Florescano, "Patria y Nación en la Época de Porfirio Díaz", en *Signos Históricos*, enero-junio, no. 13, México, UAM-Iztapalapa, 2005, pp. 154-156.

<sup>85</sup> Fausto Ramírez, "Cinco interpretaciones de la identidad nacional en la plástica mexicana del siglo XIX (1859-1887)", en *Arbor. Revista de Ciencia, Pensamiento y Cultura*, Madrid, Vol. 185, No. 740 (2009), p. 1176.

costados de la puerta de acceso al IV Salón, el primer personaje del lado izquierdo y el otro del derecho: "ambos condenados al suplicio de horca, patriotas los dos, quedan bien colocados formando heroica pareja, justamente admirada de todo pecho mexicano".<sup>86</sup>

Recordemos que los trabajos escultóricos del mencionado basamento a Cuauhtémoc que decora el Paseo de la Reforma fueron dirigidos por Miguel Noreña, justamente el maestro de la Escuela Nacional de Bellas Artes que recibió también la encomienda de supervisar a los alumnos Guillermo Cárdenas, Manuel Espejel y Agustín Ocampo en la ejecución de aquellas esculturas de Xicotencatl, Itzcóatl, Moctezuma y Cuauhtémoc que la Junta Colombina presentó en Madrid hacia 1892. Si el director de ambos proyectos fue el mismo, no resulta nada extraño que podamos encontrar varias similitudes entre las efigies de los líderes y mártires prehispánicos exhibidas en la Exposición Histórico-Americana y el monumento a Cuauhtémoc inaugurado el 21 de agosto de 1887: en primer lugar la idealización del cuerpo humano en su contexto étnico.

Efectivamente, los rasgos físicos de todos los personajes representados distaban mucho de la fisonomía de los indígenas contemporáneos. Los rostros respondían a rasgos occidentales de un guerrero romano, mientras que el resto del cuerpo correspondía totalmente a los cánones de belleza descritos por Agesandro, Polidoro, Atenodoro y Polícleto: de una altura ideal que equivalía a siete veces la dimensión de la cabeza, con extremidades totalmente simétricas y de buena definición muscular.<sup>87</sup> Siguiendo el mismo patrón establecido por Noreña para el Cuauhtémoc del Paseo de la Reforma, las esculturas que se llevaron a Madrid en 1892 estaban llenas de acción y dinamismo; eran figuras imponentes en disposición de combate que, en vez de líderes indígenas, parecían más bien representaciones de varios gladiadores a la mexicana.

De todas las efigies exhibidas en el IV Centenario del *descubrimiento* de América, la de "el último emperador azteca" fue la más y mejor trabajada: lo cual nos revela la importancia que tenía ya este personaje para la historia patria en aquellos años. Cuauhtémoc era algo así como el Hércules de México, el héroe máximo de la época prehispánica que habría de ser

---

<sup>86</sup> Francisco del Paso y Troncoso, *Catálogo op. cit.*, p. 232.

<sup>87</sup> Para los griegos, una bella representación del hombre podía transmitir valores ideales: *vid.*, Dominique Paquet, "La belleza en la Antigüedad", en *La historia de la belleza*, Barcelona, Editorial Grupo Zeta, 1998, pp. 13-28.

reivindicado como tal por las élites porfirianas en el corazón de aquella nación que lo hizo caer junto con su "imperio" en 1521:

su gesto es arrogante y gallarda la actitud: embraza[sic.] con la mano izquierda el imperial escudo, cuya divisa es la de la Metrópoli azteca tan heroicamente por él defendida, mientras que con la mano derecha empuña el *átlatl*, especie de ballesta que servía para arrojar los dardos; vistoso penacho de plumas corona su cabeza, en tanto que reviste su pecho el *escailpil* ó peto acolchado de algodón y revestido de ricas plumas.<sup>88</sup>

He aquí, pues, la representación paradigmática del "primer defensor de la patria", que al incorporar el escudo y el *átlatl* expresaba simbólicamente la idea de rechazo a todo enemigo extranjero que amenazara con invadir el territorio nacional.<sup>89</sup> Al igual que el monumento del Paseo de la Reforma, la escultura de Cuauhtémoc que se llevó a Madrid era la materialización de un discurso nacionalista que, a partir de un magistral despliegue de virtudes, buscaba fomentar el fervor patrio entre los mexicanos: además de permitir establecer una relación entre el guerrero mexica y el ejército nacional, inculcaba al mismo tiempo los más altos valores entre todos los habitantes de la República Mexicana para así poder darle a la "Patria querida", literalmente un soldado en cada hijo.

Después de tantas guerras de invasión, había que hacer de los mexicanos todos guerreros dispuestos a dar la vida con tal de preservar la soberanía nacional. El mismo Porfirio Díaz pretendía ostentarse como un héroe de la patria, no por nada en todos sus retratos hacía alarde de las numerosas medallas que había conseguido durante su exitosa carrera militar. Para las últimas décadas del siglo XIX, el heroísmo del General Díaz durante la segunda intervención francesa comenzó a ser identificado incluso con la valentía y destreza que -se dice- el último *tlatoani* mexica mostró ante los conquistadores españoles.<sup>90</sup> Tan es así que en la inauguración del monumento a Cuauhtémoc del Paseo de la Reforma, Alfredo Chavero cerró su discurso con la siguiente sentencia:

---

<sup>88</sup> Del Paso y Troncoso, *Ibid.*

<sup>89</sup> Para una acercamiento a la consolidación de Cuauhtémoc como héroe nacional *Cfr.*: Fausto Ramírez, "Leandro Izaguirre. *El suplicio de Cuauhtémoc*", en *Catálogo comentado del acervo del Museo Nacional de Arte. Pintura. Siglo XIX*, México, Conaculta/INBA/Munal/IIIE-UNAM, 2002, t. I, pp. 328-339; Tomás Pérez Vejo, "Los hijos de Cuauhtémoc: el paraíso prehispánico en el imaginario mexicano decimonónico", en *Araucaria. Revista de Filosofía, Política y Humanidades*, año 5, núm. 9, Buenos Aires, 2003, pp. 95-115; y Citlali Salazar Torres, "En *conSecuencia* con la imagen. La imagen de un héroe y un monumento: Cuauhtémoc, 1887-1913", *Secuencia*, núm. 59, mayo-agosto de 2004, México, pp. 201-214.

<sup>90</sup> Porfirio Díaz *Combatió en la Batalla de Puebla, el Sitio de Puebla, la Batalla de Miahuatlán y en la Batalla de la Carbonera.*

Señor presidente, a más de tres y media centurias que el gran Cuauhtemotzin caía en la ciudad de México en poder de Hernando Cortés, capitán del emperador austriaco Carlos V; y hace veinte años, que tras cruenta lucha con uno de los descendientes del mismo Carlos V, recobrabais para la patria la ciudad de México, y se os entregaban presos en el palacio nacional los soldados austriacos. Vos le habéis dado la revancha a Cuauhtémoc; de derecho os toca descubrir su estatua.<sup>91</sup>

Al ostentar a los héroes y mártires prehispánicos en cualquier otro certamen, como la misma Feria Universal de París, éstos no pasarían de ser pilares esenciales del nacionalismo mexicano, pero al hacer gala de ellos en el corazón de la antigua metrópoli se enarbolaban inevitablemente como elementos del antihispanismo. Muy probable es que por ello los políticos e intelectuales peninsulares, al comentar sobre la actuación mexicana en la Exposición Histórico-Americana, evitaron hacer cualquier alusión a las reproducciones de Xicotencatl, Itzcóatl, Moctezuma II y Cuauhtémoc, pues el reconocimiento de la grandeza de estos personajes definitivamente representaba un obstáculo para el hermanamiento y la elaboración de una memoria común entre México y su Madre Patria.

Ya se ha dicho que al acceder a participar en los eventos centenarios de 1892, el gobierno mexicano aceptaba estrechar la mano amistosa que les tendía España a las repúblicas de su prole en un claro intento por frenar la política expansionista norteamericana; pero al mismo tiempo podemos notar que las élites porfirianas rechazaron todos aquellos planteamientos hispanocentristas que pretendían sustraer el elemento indígena del ser nacional. Y es que el argumento que señala la historia prehispánica como inicio de la genealogía nacionalista liberal, de entrada, lleva implícita una concepción lineal de la historia: la cual se circunscribía perfectamente en el devenir evolucionista de la sociedad moderna de occidente y se adhería a la afanosa búsqueda decimonónica del progreso continuo hacia un desarrollo "perfecto" de los pueblos.

Pero la importancia del ingrediente indígena para la proyección internacional del México porfiriano no radicaba sólo en el hecho de que constituía una parte fundamental de la identidad nacional mexicana, sino que además era un auténtico elemento cosmopolita para la época: mediante el estudio y recuperación de las antiguas culturas prehispánicas, las élites porfiristas tomaban parte en discusiones universales sobre antropología, arqueología,

---

<sup>91</sup> Alfredo Chavero, Francisco Sosa *et al.*, *Memorándum acerca de la solemne inauguración del monumento erigido en honor de Cuauhtémoc en la calzada de la Reforma en la ciudad de México*, México, Imprenta de J. F. Jens, 1887, p. 39; también citado por Fausto Ramírez en "Cinco interpretaciones de la identidad nacional[...]", *op. cit.*, p. 1177.

etnografía, epigrafía, estética, sociología y hasta medicina. De modo que la parte del hispanoamericanismo que parecen haber visto con buenos ojos los políticos e intelectuales porfirianos hacia 1892, fue aquella exaltación de los vínculos culturales que distancian a los países latinoamericanos de Estados Unidos y que los unen eternamente con España: pues al defender la unidad del mundo hispánico, su lengua y religión, México se adhería definitivamente a la superioridad moral de la cultura latino-católica que debía hacer frente a las ambiciones mundanas de los sajones-protestantes.

En vista de todo esto, Jesús Galindo y Villa calificó como "insuperable" el desempeño de la delegación mexicana en la conmemoración centenaria, no sólo por la riqueza y profusión de sus colecciones, sino "por el método y orden científicos" que logró exhibir en Madrid hacia 1892: "México obtuvo por tal motivo, el aplauso de propios y extraños, y pudo alcanzar de esta suerte el más honroso lugar, en el seno mismo de la Madre Patria, donde por primera vez iba a ondear nuestro pabellón en verdadera fiesta de familia".<sup>92</sup> Y es que si bien hemos podido advertir que los comisionados porfirianos no se apegaron del todo al esquema hispanocentrista de las élites peninsulares, nadie podía negar que México tuvo una de las actuaciones más destacadas de todo el Centenario. Tan así fue que el gobierno mexicano recibió "El gran diploma de honor", mientras que las siguientes personalidades e instituciones también fueron galardonadas con medalla de oro:

General Porfirio Díaz, Ministro de Justicia e Instrucción pública de México, Gobierno del Estado de Yucatán, Museo Nacional de México, Museo Michoacano, Museo Oaxaqueño, Academia Nacional de Bellas Artes de México, Instituto Campechano, Junta Colombina de México, Comisión Científica de Cempoala, doctor D. Próspero M. Alarcón, doctor D. Eulogio G. Guillord [Gillow], D. Joaquín García Icazbalceta, D. Alfredo Chavero, D. Teodoro Dehesa, Reverendo Padre Aquiles Gerste, Reverendo Padre Francisco Plancarte, D. Antonio García Cubas, D. Fernando Ferrari Pérez, D. Pedro Pablo Romero, D. Fernando del Castillo, D. José María Velasco, [y por supuesto] D. Vicente Riva Palacio.<sup>93</sup>

El gobierno porfirista, en gratitud por el recibimiento y los reconocimientos otorgados a la delegación mexicana, decidió donar al Museo Arqueológico Nacional de España trece de los ejemplares que más sensación causaron entre los peninsulares durante la Exposición Histórico-Americana, a saber:

---

<sup>92</sup> Jesús Galindo y Villa, *op. cit.*, p. 304.

<sup>93</sup> Sin firma, "Exposición Histórico-Americana. Adjudicación de Premios", en *La Época*, Madrid, 29 de enero de 1893, [foja 2]; *Cfr.* Francisco de Paula Flaquer, "Crónica Española y Americana. Premios de la Exposición Histórico-Americana", en *El Álbum Ibero Americano*, Madrid, 30 de enero de 1893, p. 38.

1. Modelo del "Calendario Azteca"
2. Modelo de "la escultura de *Chal chilmitlique* [*Chalchiuhtlicue*], «la de la saya de piedras preciosas», diosa del agua"
3. Modelo de "un torso humano colosal, procedente de Tetzcocho"
4. Modelo de "la lápida conmemorativa de la dedicación del templo Mayor de Méjico"
5. Modelo del "relieve de la Cruz de Palenque, así llamado por la figura del centro, que parece una cruz"
6. Modelo de "la piedra del juego de pelota, llamada por los mejicanos *tlachtli*"
7. Modelo de "un vaso sagrado, cilindrico y hueco, en cuya superficie exterior se ven esculpidas ocho calaveras"
8. Modelo de "Quetzalcóatl, «culebra con plumas», el Dios del aire"
9. Modelo de "un ciclo mejicano. Piedra que se halló en el valle de Méjico. Tiene forma de cilindro estriado"
10. Reproducción en yeso de "una cabeza humana, tallada en piedra, de tamaño natural"
11. Plano de las ruinas de Cempoala
12. Un ejemplar del "*Homenaje á Colón*, ó sea reproducción de los códices Colombino, Porfirio Díaz, Baranda Dehesa, Relieves de Chiapas y del lienzo de Tlaxcala"
13. Ejemplar de las *Obras Históricas de Don Fernando de Alva Ixtlilxóchitl*, publicadas y anotadas por Alfredo Chavero.<sup>94</sup>

---

<sup>94</sup> Véase Angel Gorostizaga, "MUSEO ARQUEOLÓGICO NACIONAL. Sus aumentos desde la celebración de las Exposiciones Históricas: Sección Etnográfica", en *Boletín de Archivos, Bibliotecas y Museos. Órgano Oficial del Montepío del Cuerpo Facultativo del Ramo*, Madrid, año I, No. 8, 15 de noviembre de 1896, pp. 143-149.



## CONCLUSIONES

Cuatrocientos años después de que Cristóbal Colón y sus marinos arribaron a la costa de la isla de Guanahaní, se convocó por primera vez a naciones de ambos hemisferios para festejar en grande el *descubrimiento* de América. Las celebraciones fueron encabezadas por el gobierno y las organizaciones culturales de España, aunque la verdad es que la iniciativa de conmemorar el IV Centenario de la gesta colombina provino originalmente de los Estados Unidos. Cien años antes, durante el aniversario de 1792, la sociedad española no refleja ni la más pequeña intención por solemnizar el 12 de octubre; mientras que los estadounidenses, por su parte, sí organizaron algunas ceremonias para recordar el magno suceso de 1492 y para honrar sobre todo la memoria del navegante genovés.

Al cumplirse el Tercer Centenario del *descubrimiento* de América, a escasos dieciséis años de que las antiguas Trece Colonias británicas conquistaron su autonomía política (1776), la naciente república norteamericana ya había adoptado a Cristóbal Colón como un símbolo ideal de oposición frente a las potencias europeas que insistían en mantener su dominio sobre este continente: por lo que a partir de la década de 1780 muchas regiones, instituciones y congregaciones de aquel país del norte empezaron a recibir el nombre de *Columbia* en honor al "descubridor". Para estas mismas fechas, los estadounidenses ya comenzaban también a vincular teleológicamente la hazaña del *Descubrimiento* con la Independencia y la expansión de su patria, señalando al magno suceso de 1492 como un *designio* marcado en el destino del país norteamericano para constituirse en "la nación más gloriosa" de todas -en argumentos similares a lo que más tarde se conocería como el *Destino Manifiesto*.

Mientras en Estados Unidos todas estas ideas fueron cobrando cada vez vigor al avanzar el siglo XIX, en otras regiones del mundo comenzaron igualmente a surgir varios intentos por reivindicar la imagen de Colón, sobre todo a partir de que en 1828 se publicó el exitoso libro de Washington Irving: *A History of the Life and Voyages of Christopher Columbus*, que no es otra cosa que una biografía novelada enfocada a ensalzar al genovés y a adjudicarle el papel estelar de la hazaña del *Descubrimiento*. La imagen que reproduce Irving de Cristóbal Colón es la misma que concebían en su mente la mayoría de los norteamericanos: la de un personaje con ideales independientes y superiores a los de su época; la del brillante

navegante que, después de haber regalado a España el conocimiento de un Mundo Nuevo, fue traicionado por los Reyes Católicos y terminaría sus días en la cárcel.

Gracias al gran prestigio del que gozaba el neoyorkino, más sus buenas dotes como escritor, la *Historia de la Vida y Viajes de Cristóbal Colón* fue muy bien recibida en diversos países. La traducción al castellano tardó cinco años, muy probablemente porque el enfoque desde el cual escribió Irving le restaba protagonismo al pueblo español. Mientras que en los países de América Latina la edición de la obra tuvo que esperar más de veinte años, pues el tema del *Descubrimiento*, como cualquier otro que hiciera referencia a España, corrió con muy mala fortuna en la historiografía latinoamericana debido a la fiebre antihispánica que se había propagado en el centro y sur del continente con los recientes procesos independentistas.

A decir verdad, en la primera década del México independiente había dos corrientes claramente reconocibles: de un lado estaban los indigenistas o *antihispanistas*, para quienes la hazaña del *Descubrimiento* representaba la intrusión española en territorio del Anáhuac y el inicio de una trágica época que cubrió de sangre a todo el Nuevo Mundo; mientras que del otro lado estaban los colonialistas o *prohispanistas*, quienes consideraban que Colón "completó la circunferencia del globo" y abrió el acceso a un régimen colonial que, enmarcado por la hegemonía de la Iglesia, había dotado de orden y prosperidad a la Nueva España. Pero el abismo que separaba a estas dos maneras de ver el 12 de octubre en México comenzó a estrecharse entre 1836 y 1845. Después del reconocimiento de la Independencia nacional por parte de España y poco antes de la intervención norteamericana, los proindependentistas empezaron a recuperar la figura de Cristóbal Colón y a aplaudir su gesta trasatlántica como lo hacían los colonialistas; sólo que, a diferencia de éstos, aquéllos separaban al genovés de la Corona castellana, pues para esas fechas todavía exhibían bastante rencor hacia España.

Al llegar el año de 1850, tanto en Europa como en México y el resto del continente americano, la temática colombina comenzó a proliferar en novelas, poesías, carteleras teatrales y trabajos historiográficos. Todas estas obras, en general, por una parte glorificaban al "Gran Almirante" por su hazaña; mientras que por la otra sancionaban la "ingratitude de España" hacia el genovés, así como el proceder sangriento de los conquistadores en el Nuevo Mundo. De modo que la personalidad de Cristóbal Colón se fue

enriqueciendo con las más altas virtudes al avanzar la centuria decimonónica, hasta el punto en que algunos panegiristas del navegante italiano se propusieron dotarlo de cualidades santas.

En efecto, a lo largo del primer capítulo de esta investigación tuvimos la oportunidad de apreciar que en México y otras partes del mundo surgieron varias visiones románticas e idealistas de Colón. Aunque desde luego ninguna como la del Conde Roselly de Lourgues, quien, animado por el Papa Pío IX, dedicó gran parte de su vida a pugnar por que el Almirante de la Mar Oceánica llegara a los mismísimos altares cristianos. Y justamente la figura épica de Cristóbal Colón y los sentimientos que en torno a ella se aglutinaron -sobre todo en la segunda mitad del siglo XIX-, hicieron posible la conmemoración de los 400 años de la hazaña colombina: pues más allá de celebrar el suceso de aquel histórico 12 de octubre de 1492, lo que en principio se buscaba honrar en 1892 era la memoria del personaje considerado como el protagonista de ese trascendental acontecimiento.

De hecho, cuando el 29 de septiembre de 1881 (durante el IV Congreso Internacional de Americanistas), se planteó por primera vez en un ambiente internacional la necesidad de festejar el 12 de octubre, las propuestas del joven abogado y político español, Tomás Montejo, iban también encaminadas a glorificar la memoria del genovés. Y es que sin lugar a dudas la leyenda colombina logró seducir la mente tanto de americanos como de europeos, lo mismo a religiosos que a seculares, por lo que el IV Centenario del *descubrimiento* de América se presentó ante el mundo finisecular como el Centenario de Colón. Los norteamericanos e italianos así lo promovieron, con la superposición del almirante genovés como el objeto a conmemorar, en un claro intento por restar protagonismo al papel desempeñado por la Corona de Castilla en la hazaña del *Descubrimiento*.

Si bien fue un español el que propuso solemnizar el año de 1892, la verdad es que el gobierno peninsular tomó el asunto muy a la ligera. Y no es que los políticos e intelectuales de España no estuviesen interesados en la conmemoración, sino más bien parece ser que tenían la plena confianza en que nadie podía negarle a su patria el derecho de encabezar los festejos centenarios. Muy distinta fue la actitud de los norteamericanos, quienes a escasos dos años de que Tomás Montejo expusiera su iniciativa de celebrar el IV Centenario de la gesta colombina, comenzaron a promover la idea de que el mayor derecho de protagonizar las fiestas de 1892 pertenecía a los países del continente americano, particularmente a

Estados Unidos, que para esas fechas ya era considerado por sus habitantes como superior a todas las naciones de América Latina. Y aunque las respectivas protestas españolas tampoco se hicieron esperar, sobre todo por parte de la Sociedad Colombina Onubense, la república del norte siguió amenazando con adoptar el papel estelar en la conmemoración centenaria.

Las presiones estadounidenses se intensificaron durante los últimos años de la década de los ochenta, hasta que en 1888 el entonces Presidente del Consejo de Ministros, Práxedes Mateo Sagasta, anunció al mundo la creación de una Comisión que se encargaría de los festejos centenarios en España. Sagasta sabía que el IV Centenario del *descubrimiento* de América era una excelente oportunidad para recuperar la parte de historia que había estado relacionada con el continente americano desde 1492 y que tras los procesos independentistas de principios del siglo XIX había quedado relegada, por lo que inmediatamente comenzó a contactar con diversas autoridades italianas y norteamericanas para conocer, de entrada, los planes que cada uno de los respectivos gobiernos tenían para solemnizar el año de 1892.

Los políticos españoles pronto se percataron de que, así como Estados Unidos, Italia también buscaba liderar las celebraciones centenarias y restarle protagonismo a la nación castellana, por lo que los tres países se enfrascaron en una acalorada disputa diplomática que decidiría la sede de la conmemoración. Pero aún con todo y que los italianos apelaban al origen genovés de Cristóbal Colón, la verdad es que Italia no era un rival tan fuerte para España como sí lo era la república norteamericana. Y es que mientras el interés de los políticos italianos por los festejos centenarios estaba animado por el deseo de fortalecer las glorias comunes de su nación recién unificada, los estadounidenses buscaban acaparar la atención internacional en 1892, aprovechando el contexto conmemorativo para intensificar sus relaciones con los países latinoamericanos y tratar de consolidar su política panamericanista.

En nuestro segundo capítulo hemos visto que, a partir 1845, la república del norte comenzó a dar muestras claras de que buscaría extender su comercio y su influencia política, anexándose territorios al puro estilo de las potencias coloniales europeas. Conforme avanzaba el siglo, los preceptos de la "doctrina Monroe" y el respaldo teológico del *Destino Manifiesto* fueron configurando la política exterior de los Estados Unidos. De suerte

que hacia el ocaso de la centuria decimonónica, los norteamericanos ya estaban completamente decididos a convertirse en la nación más poderosa del mundo. Dichas aspiraciones políticas fueron exhibidas abiertamente durante la Primera Conferencia Internacional Americana (Washington D. C., 1889-1890), y a partir de entonces, tanto los países de América Latina como las potencias europeas, no pudieron ocultar más su temor a que la república de Norteamérica llegara a conquistar la hegemonía política y económica.

Pero en el mismo segundo apartado de nuestra investigación, hemos tenido oportunidad de apreciar que los políticos estadounidenses no fueron los únicos interesados en potenciar las relaciones con las repúblicas iberoamericanas al aproximarse el siglo XX, pues durante aquellas últimas décadas del decimonónico el gobierno español también estaba realizando propuestas de acercamiento con sus antiguas colonias americanas sin precedentes. Para los peninsulares, las buenas relaciones con Hispanoamérica representaban la recuperación de su glorioso pasado. Era el mejor camino para que España recobrar su prestigio internacional, luego de padecer varios años de decadencia y soportar por siglos el peso de una tormentosa leyenda negra forjada en torno a los procesos de conquista y colonización de gran parte del continente americano.

Así fue que desde la Península surgió aquel movimiento político-cultural conocido como el "hispanoamericanismo", que buscaba desafiar la oleada expansionista norteamericana a partir de la exaltación de los vínculos históricos, raciales y culturales compartidos por España y las naciones latinoamericanas, como consecuencia de tres siglos de convivencia colonial. Puesto que el movimiento hispanoamericanista era una respuesta ideológica al panamericanismo impulsado por los Estados Unidos, también llevaba implícita una cierta pretensión, aunque con diferentes matices, de liderazgo y tutela moral y espiritual por parte de España: como una forma de preservar la integridad del carácter hispánico en los territorios que alguna vez constituyeron sus más grandes posesiones coloniales.

De modo que lo que se disputaban Estados Unidos y España, en el trasfondo de la conmemoración centenaria de 1892, eran nada menos que las relaciones políticas y comerciales con América Latina. Mientras el gobierno estadounidense apelaba a la geografía compartida y al argumento de que las potencias europeas representaban un enemigo común para todas las nuevas naciones del continente americano; los peninsulares, por su parte, echaban mano de aquellos elementos históricos e identitarios que habían

unido y mantendrán siempre unidos a los pueblos de la América hispana con su Madre Patria (principalmente la lengua y la religión).

Por el derecho que le otorga la historia, España terminó por adjudicarse la sede de los festejos centenarios, convirtiéndolos en un elemento crucial para su política exterior. Pero cuando en julio de 1890 el Parlamento largo liberal cedió el turno al gobierno conservador de Antonio Cánovas del Castillo (a casi tres meses de concluida la Primera Conferencia Internacional Americana), éste se encontró con que la Comisión Real creada en febrero de 1888 por Sagasta no había hecho prácticamente nada para solemnizar los cuatrocientos años de la hazaña colombina. Por lo que en enero de 1891, ante la inminente llegada del año 1892, Cánovas del Castillo decidió remplazar la antigua Comisión por una nueva "Junta Directiva del Centenario". Esta nueva Junta, en poco tiempo y con menos presupuesto que su predecesora, logró programar numerosas exposiciones y congresos que le imprimieron al centenario matices más culturales, retrospectivos y nacionalistas.

Los políticos e intelectuales españoles sabían que la tan esperada conmemoración había llegado a la península ibérica con la tendencia a festejar más bien a Cristóbal Colón, por lo que varios historiadores, con Cesáreo Fernández Duro a la cabeza, emprendieron la afanosa tarea de desnudar al genovés de toda mitificación y dotarlo de realidad histórica. El gobierno de Cánovas del Castillo, con ayuda de la Academia de la Historia, la Sociedad Colombina Onubense y los Ateneos de Madrid y Barcelona, logró reorientar la celebración del "Centenario de Colón" hacia una conmemoración que, con el título de "IV Centenario del Descubrimiento de América", rindiera homenaje no sólo al Almirante de la Mar Oceánica sino también a todos los españoles que de una u otra manera apoyaron la empresa colombina: desde los Reyes Católicos hasta los marineros onubenses y los propios monjes de la Rábida.

Sin lugar a dudas, la celebración de 1892 brindaba la posibilidad de reivindicar el pasado imperial de España, sus gestas heroicas y los logros civilizadores que exhibían aquellos siglos de gloria castellana como una época de grandes beneficios para la humanidad en general. Y fue precisamente a partir de tales ideas que las organizaciones culturales españolas programaron cada uno de los eventos centenarios: por una parte buscando persuadir al mundo de que el *descubrimiento* de un nuevo continente, así como la conversión cristiana de sus pobladores y el ordenamiento político-administrativo de la

Colonia, constituyen los mayores aportes hispánicos al progreso universal del Hombre; pero al mismo tiempo con la intención de fomentar, en ambos lados del Atlántico, el orgullo de pertenencia a la insigne raza hispana, bondadosa y gallarda como ninguna, capaz de hacer frente a los codiciosos sajones-protestantes.

La Primera Conferencia Internacional Americana había puesto de relieve que, hacia el ocaso del siglo XIX, la nación norteamericana estaba completamente decidida a desafiar la supremacía española así como la de cualquier otra potencia europea. Pero, a la vez, dicha conferencia panamericana vino a confirmar que la política expansionista de Estados Unidos representaba también un peligro latente para todos los países iberoamericanos. De modo que los políticos peninsulares vieron en la conmemoración de 1892 la ocasión perfecta para consolidar las relaciones culturales, diplomáticas y comerciales con América Latina, pues al momento de cumplirse los cuatrocientos años de la hazaña colombina, España compartía con los pueblos latinoamericanos no sólo una misma lengua y gran parte de su cultura, sino también ahora un enemigo común: los Estados Unidos.

El IV Centenario del *descubrimiento* de América se convirtió, así, en un llamado a la reconquista de las antiguas colonias americanas: los políticos e intelectuales españoles aprovecharon el contexto conmemorativo de la gesta colombina para emprender una conquista que, en vez de armada, ahora sería más bien espiritual. España buscaba afirmar su centralidad en ese mundo de cultura hispana que debía poner freno a la política expansionista norteamericana, por lo que todos los gobiernos de América Latina recibieron la invitación a participar en los festejos peninsulares. La mayoría de los países latinoamericanos acudieron a los eventos centenarios, pues ante la amenazante política panamericanista de Estados Unidos, la conmemoración de 1892 se presentaba, sin lugar a dudas, como el momento más idóneo para estrechar la mano amistosa que les venía tendiendo España a las repúblicas de su progenie.

En este sentido, podemos decir que la participación de México en el IV Centenario del *descubrimiento* de América es, de entrada, una muestra clara de que el gobierno porfirista miraba con recelo, al igual que España, la expansión económica norteamericana. Y es que los pequeños balances historiográficos de nuestros dos primeros capítulos, que en un inicio sólo buscaban rastrear el paulatino interés que entre los mexicanos fue despertando el tema del *Descubrimiento* conforme se aproximaba el Centenario, han terminado también

por revelarnos: por una parte, el conjunto de sentimientos emanados a partir de las interacciones políticas que nuestro país mantuvo con Estados Unidos y España a lo largo de la centuria decimonónica; y por la otra, el peso que dichas relaciones diplomáticas ejercieron sobre la actuación de México en la conmemoración centenaria de 1892.

Efectivamente, en un principio hemos podido advertir que el acontecimiento del 12 de octubre, como cualquier otro tema que tuviera que ver con la antigua metrópoli, corrió con muy mala fortuna en la historiografía, la literatura y la pintura del México recién independizado. Después vimos que al iniciar la década de 1840, incluso los indigenistas mexicanos comenzaron a redimir la imagen de Cristóbal Colón y a elogiar su hazaña; aunque todas estas glorificaciones al genovés eran generalmente acompañadas todavía de severas críticas a España: ya sea por la ingratitud con que Castilla pagó a Colón el regalo de un Nuevo Mundo, o bien por el proceder de los conquistadores que cubrieron de sangre el valle del Anáhuac y encadenaron por tres siglos al águila mexicana.

Pero ya a partir de la guerra con Estados Unidos en 1847, empezamos a percibir algunas reivindicaciones al papel desempeñado por el pueblo español, no sólo en la hazaña de 1492, sino también en la formación de las nuevas nacionalidades iberoamericanas: asistimos, pues, a una revaloración histórica de la Madre Patria, que por cierto fue cobrando mayor vigor conforme se aproximaba la conmemoración de 1892. Y es que así como el proceso emancipador que inició Miguel Hidalgo en 1810 había dejado un ambiente cargado de antihispanismo en México, a partir de la invasión norteamericana de 1846-1848 se le comenzó a repudiar y a temer cada vez más a los Estados Unidos. De suerte que al llegar el ocaso del siglo XIX, los rencores hacia la península cesaron un poco y España recibió temporalmente el indulto, pues para esas fechas los políticos e intelectuales mexicanos veían en la ambiciosa nación norteamericana un enemigo más cercano y fuerte que la antigua metrópoli.

Una vez inmerso el México de Díaz dentro del juego diplomático que enmarcó la conmemoración de los 400 años de la gesta colombina, las élites porfiristas se percataron de que dicha celebración era una magnífica oportunidad para revitalizar también la política exterior mexicana. Al participar en los festejos españoles, México aceptaba volver a unir parte de los lazos rotos con España tras la Independencia nacional. Lo cual, a su vez, no sólo fomentaría el intercambio político, económico y cultural con la península, sino que también



daría pie a una política bilateral más segura entre el México porfiriano y su cada vez más poderoso vecino del norte: buscando, así, “el múltiple acercamiento -industrial, comercial, financiero, cultural- a Europa, como recurso equilibrador frente a los Estados Unidos”.<sup>1</sup>

Si en 1892 México decidió estrechar la mano amistosa que les tendía España a las naciones de su progenie, entonces quiere decir que todos los intelectuales mexicanos que desempeñaron un papel destacado en la conmemoración centenaria, o cuando menos la mayor parte de ellos, simpatizaban con el gobierno español y su política hispanoamericanista: que buscaba en las relaciones culturales el fundamento de las nuevas interacciones políticas y económicas entre la península ibérica y las repúblicas de América Latina. Y es que, a final de cuentas, el planteamiento hispanoamericano de que la nación mexicana es obra fundamental de la civilización hispánica, dotaba a México de una moralidad diferenciada y distante de la angloamericana, pues simbolizaba su adhesión a la superioridad moral de la cultura latino-católica que debía poner freno al expansionismo de los sajones-protestantes.

Pero, a decir verdad, nuestra investigación también nos ha permitido advertir que, a pesar de exhibir una actitud de profunda desconfianza respecto a Estados Unidos y aún reconociendo la herencia que el pueblo español ha dejado en el continente americano, los comisionados porfirianos tampoco se dejaron arrastrar completamente por la oleada hispanocentrista. Y no aceptaron del todo las propuestas del hispanoamericanismo, básicamente porque entre sus postulados esta corriente afirmaba que la historia de América inicia en 1492 y no antes: con lo que España acaparaba el legado del trascendental *Descubrimiento*, reduciendo la realidad americana a la cultura occidental, y sustrayendo así el componente indígena del ser nacional mexicano.

Después de estudiar por varios años el nacionalismo como fenómeno cultural universal, Mauricio Tenorio Trillo ha logrado discernir que “en la medida en que una imagen nacionalista suele presentarse como una idea de nación homogeneizante, centralizadora y vigorosa, una síntesis oficial y exclusiva, varias identidades se ven afectadas.”<sup>2</sup> Y en este caso que nos hallamos frente a una especie de *trasnacionalismo* impulsado por el gobierno y

---

<sup>1</sup> Enrique Krauze, *Místico de la autoridad. Porfirio Díaz*, México, Fondo de Cultura Económica, 1987, p. 47-48.

<sup>2</sup> Mauricio Tenorio Trillo, *Artifugio de la nación moderna: México en las exposiciones universales, 1880-1930*, México, Fondo de Cultura Económica, 1998, p. 325.

las élites de España, también salta a la vista que la idea de una identidad hispana *única* a escala transnacional era en sí misma la antítesis de todas las identidades nacionales de los países latinoamericanos, entre ellas por supuesto la de México.

Las tensiones entre la identidad nacional mexicana y la propuesta hispanoamericana han quedado reflejadas en nuestro tercer capítulo, donde pudimos apreciar que tanto la voz de Riva Palacio en el Ateneo de Madrid como las vitrinas y pedestales reservados a México en la Exposición Histórico-Americana, exhibieron el matiz fundamental de sus orígenes mixtos y por consiguiente de su identidad nacional *única*, diferente de la española. Los comisionados porfirianos sabían que precisamente la mezcla del componente indígena y el español hacían de México un país único: un nuevo pueblo que heredó las glorias, tradiciones, personajes y temperamentos de dos grandes culturas; y que por reunir las virtudes de ambas partes, tenía todo para conseguir un lugar digno en ese mundo moderno y progresista que representaba la civilización occidental de finales del siglo XIX.

Por ello es que la delegación mexicana, apelando a todo tipo de ciencias y artes, exhibió en los festejos centenarios de 1892 una imagen de México como *nación mestiza*, que a pesar de reconocer su pertenencia a la gran familia hispánica, requería la valoración positiva del pasado indígena precolombino y de su contribución profunda a la historia patria. Y es que el argumento liberal que señala a la historia prehispánica como inicio de la genealogía nacionalista del pueblo mexicano, de entrada lleva implícita una concepción lineal de la historia: la cual insertaba a México dentro del devenir evolucionista de la sociedad moderna de occidente y lo hacía tomar parte en la afanosa búsqueda decimonónica del progreso continuo hacia un desarrollo perfecto de los pueblos.

Aunque desde luego la importancia del ingrediente indígena para la proyección internacional del México porfiriano no se quedaba ahí, pues además de constituir parte esencial de la identidad nacional mexicana, el indigenismo era un auténtico elemento cosmopolita para la época. Al estudiar y hacer alarde de su glorioso pasado prehispánico, los comisionados mexicanos se adherían a la tendencia que en el mundo entero prevalecía sobre el rescate de antiguas civilizaciones a partir del exotismo y los conceptos de raza y evolución social. De modo que la parte del hispanoamericanismo que parecen haber visto con buenos ojos los políticos e intelectuales porfirianos hacia 1892, fue únicamente aquella

exaltación de los vínculos culturales que distancian a los países latinoamericanos de Estados Unidos y que los unen eternamente con España.

Si tomamos en cuenta que "el rito es el mecanismo espacial, temporal, intelectual y sensorial (puede recurrir a la música, al movimiento, a los colores) que pretende crear, reforzar o recordar la conciencia compartida (recíproca) del vínculo representado e instituido en el otro", podemos decir que la conmemoración del IV Centenario del *descubrimiento* de América se convirtió en una auténtica ceremonia *ritual*: en un asombroso artilugio (*espacial, temporal, intelectual y sensorial*) que ofrecía a los políticos españoles la oportunidad de evocar, reinventar y reforzar los lazos histórico-culturales que mantenían y mantendrían siempre unida a la América de habla hispana con su Madre Patria.<sup>3</sup> De modo que los eventos madrileños de 1892 fueron programados, a su vez, como pequeños rituales a través de los cuales las elites peninsulares buscaban afianzar la idea de la misión civilizadora del pueblo español en el Nuevo Mundo, y sobre ese planteamiento construir el puente perdurable de la conciencia compartida entre ambos lados del Atlántico.

Aprovechando el contexto conmemorativo de la gesta colombina, el gobierno y las organizaciones culturales de España pretendían borrar de la memoria del mundo (hacer *olvidar*) aunque sea por un momento, el proceder sangriento con que los conquistadores implantaron su dominio colonial en el continente americano. Y a la vez buscaban vigorizar el *recuerdo* de que las nuevas naciones americanas le deben a España el beneficio de haberlas insertado en la civilización occidental, pues según ellos, al momento del *Descubrimiento* los pueblos nativos se hallaban sumergidos en un estado de barbarie del que muy difícilmente hubiesen logrado salir por sí solos. Pero como señalan los actuales estudios sobre la memoria colectiva y los rituales cívicos modernos: "El escenario de la conmemoración da la posibilidad, bajo un rito preciso, de que los emblemas adquieran forma y, gracias a algún grado de libertad individual-grupal presente en ese escenario, producir recuerdos que no necesariamente son iguales a los del grupo dominante".<sup>4</sup>

Así hemos visto, por ejemplo, que en su discurso sobre *Establecimiento y propagación del Cristianismo en Nueva España*, Vicente Riva Palacio logró hacer confluír magistralmente sus

---

<sup>3</sup> Véase: Marc Augé, "El rito como mediación: rito y laicidad" en *¿Por qué vivimos? Por una antropología de los fines*, Trad. de Marta Pino Moreno, Barcelona, Gedisa, 2004, p. 92-105.

<sup>4</sup> David Díaz Arias, "Memoria Colectiva y Ceremonias Conmemorativas. Una Aproximación Teórica", en *Diálogos. Revista Electrónica de Historia*, Universidad de Costa Rica, vol. 7, núm. 2 (septiembre 2006–febrero 2007), p.189.

*recuerdos* personales con los requerimientos diplomáticos que imponía la conmemoración de los cuatrocientos años del *descubrimiento* de América. El punto de partida para lograr esta conciliación de intereses fueron los orígenes mixtos de la nación mexicana, pues el General Riva Palacio, como todo mestizo, podía hallar motivos de orgullo y ecos de gloria tanto en su raíz indígena como en la española. De modo que, a pesar de lamentar la sangre derramada durante la Conquista y aún reconociendo los méritos que ha hecho México para situarse por su cuenta dentro de los cánones de progreso y modernidad de la civilización occidental, el Ministro mexicano no tuvo ningún empacho en reconocer el papel que ha desempeñado España en la formación de las nuevas repúblicas hispanoamericanas.

Pero en el caso de la Exposición Histórico-Americana, vimos que la conciliación con el discurso hispanocentrista no se consiguió de manera tan satisfactoria. La representación histórica de México en Madrid requería la recuperación del glorioso pasado prehispánico, sólo que al hacer gala de este componente propio de la identidad nacional mexicana en el corazón de España, inevitablemente se enarbolaba como una expresión del antihispanismo. Así tuvimos oportunidad de apreciar, pues, que si bien los políticos e intelectuales españoles esperaban que las piezas prehispánicas mostraran "el atraso" en el que se encontraban los indígenas antes del contacto con los europeos, lo que ocurrió fue exactamente lo contrario: ya que las imponentes construcciones arquitectónicas y las majestuosas esculturas de manufactura precolombina, lejos de despertar el orgullo hispánico y reconocer la empresa civilizadora de la Madre Patria, daban validez al argumento antihispanista de que la Conquista había interrumpido la marcha independiente de los nativos americanos hacia la civilización.

Así las cosas, podemos decir, entonces, que gracias a ese "grado de libertad individual-grupal" que ofrecía el IV Centenario del *descubrimiento* de América (como todo escenario conmemorativo), los comisionados mexicanos encontraron la oportunidad para afirmar su identidad nacional. Éstos aprovecharon los *sub-rituales* encabezados por el gobierno y las organizaciones culturales de España, incluso para hacer alarde de sus principales héroes y mártires indígenas: los cuales, al ser ostentados en el corazón mismo de la antigua metrópoli, definitivamente se erigían como un obstáculo para el hermanamiento y la elaboración de una memoria común entre México y España. Por ello es que todos los peninsulares que comentaron la actuación mexicana en la Exposición Histórico-Americana,

evitaron hacer cualquier alusión a las reproducciones de Xicotencatl, Itzcóatl, Moctezuma y Cuauhtémoc que con fervor patrio esculpieron los discípulos de Miguel Noreña.

Como hemos podido apreciar, la participación de México en los eventos centenarios de 1892 exigió al gobierno y las élites porfiristas encontrar la manera de fusionar la historia con el mito, las costumbres, la raza, la lengua, el grado de desarrollo evolutivo y hasta las aspiraciones como nación. Toda una amalgama de elementos tanto reales como ilusorios que precisamente dan forma al retrato de la identidad nacional de un país como el nuestro: surgido de un proceso de descolonización, que llegó tarde al desarrollo industrial moderno y en el que, por tales razones, el nacionalismo adquirió un rasgo muy peculiar caracterizado por la inquebrantable unión entre *imagen nacional y modernización*.

En efecto, como señala Mauricio Tenorio Trillo, al ser México un país económicamente débil el nacionalismo se presentaba ante los políticos e intelectuales porfirianos como "una exigencia económica, a la vez el requisito y la principal consecuencia de la modernización".<sup>5</sup> Y es que a partir de que se consiguió la Independencia política, ser una nación moderna ha significado seguir, de una manera ambivalente pero constante, el camino señalado ya sea por Europa o por los Estados Unidos: "Los valores, capital, y tecnología modernos no se hallaban dentro del país sino afuera. Por ello nacionalismo y modernización se volvieron términos inseparables".<sup>6</sup>

El mismo David Brading ha puesto de relieve que México, a lo largo de su historia, de una u otra forma ha sido permeado por el oleaje de los movimientos culturales metropolitanos de Estados Unidos y Europa, por lo que la vida intelectual de nuestro país se define en función de la imitación y adopción, por lo general anacrónicas, de tales modelos idiosincrásicos.<sup>7</sup> En comparación con Europa y Norte América, la verdad es que el México decimonónico parecía más bien un país tradicional, atrasado y no completamente occidentalizado. De modo que si la modernidad estaba afuera, México necesitaba reflejar aquella imagen *moderna, progresista y civilizada* que los políticos e intelectuales porfirianos percibían de la civilización occidental en general: había que proyectar en Madrid, pues, la

---

<sup>5</sup> Mauricio Tenorio Trillo, *op. cit.*, p. 329.

<sup>6</sup> *Ibid.*

<sup>7</sup> David A. Brading, *Mito y profecía en la historia de México*, Trad. de Tomás Segovia, México, Editorial Vuelta, 1988, 211 p.

imagen de un interior ordenado, sólido y capaz de situarse por sus propios méritos dentro de los cánones de *progreso y modernidad*.

Hacia aquellas últimas décadas del siglo XIX, entre las que se cumplieron los cuatrocientos años del *descubrimiento* de América, sin duda alguna Francia constituía el modelo paradigmático de nación vanguardista y cosmopolita: de suerte que el supuesto universal forjado en torno al concepto de nación *moderna y progresista* reclamaba "una construcción homogénea occidentalizada, orientada hacia el mercado internacional y reglamentada y organizada científicamente".<sup>8</sup> La ciencia era producto y a la vez fuente de *modernidad* en el mundo occidental, por ello es que el gobierno y los comisionados porfirianos pusieron tanto empeño para que México consiguiera una de las actuaciones más destacadas en el certamen histórico-americano de Madrid: desplegando todo un ajuar científico-artístico que iba desde la antropología, la arqueología, la bibliografía, la epigrafía, la etnografía, la historia y la numismática, hasta la arquitectura, la escultura, la pintura y la fotografía.

Así, finalmente, con su participación en la Exposición Histórico-Americana, México demostró al mundo su singularidad e importancia: no sólo por darse a conocer como la cuna de civilizaciones tan majestuosas como aquellas que florecieron en la antigüedad clásica, sino porque en sus esfuerzos por exhibir su glorioso pasado prehispánico, terminó haciendo gala del grado de progreso que tenía la ciencia mexicana hacia finales del siglo XIX. Mientras que Vicente Riva Palacio, también echando mano de los principales postulados científicos y filosóficos que regían por entonces a la moderna civilización de Occidente, consiguió afirmar su identidad nacional en el Ateneo de Madrid sin salirse del todo del esquema preestablecido por los organizadores peninsulares de defensa de la obra de España en América.

De modo que la imagen que de México proyectaron el gobierno y los comisionados porfiristas en el IV Centenario del *descubrimiento* de América fue la de una nación original, y originada a la vez, por sus características locales y un pasado legendario totalmente desligado de la historia europea, pero que no por ello se hallaba fuera del concierto de las demás naciones modernas: el grado de progreso y modernidad de su ciencia revelaba lo primero y confirmaba lo segundo.

---

<sup>8</sup> Tenorio Trillo, *op. cit.*, p.332.

## FUENTES:

### ARCHIVOS

Archivo General de la Nación, México:

+Administración Pública Federal S. XIX, Instrucción Pública y Bellas Artes (125).

+Ramo Fomento, Exposiciones Nacionales e Internacionales (165), Sección Segunda.

Archivo Histórico de la Secretaría de Relaciones Exteriores de México, "Genaro Estrada".

Archivo Porfirio Díaz, Universidad Iberoamericana, México.

### REPOSITARIOS Y RECURSOS DIGITALES

*Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes* (<http://www.cervantesvirtual.com/>)

*Biblioteca Virtual de Prensa Histórica [España]* (<http://prensahistorica.mcu.es/es/consulta/busqueda.cmd>)

*Hemeroteca Digital de la Biblioteca Nacional de España* (<http://hemerotecadigital.bne.es/index.vm>)

*Internet Archive* (<https://archive.org/index.php>)

-*Actas del XIV Encuentro de Latioamericanistas Españoles: Congreso Internacional, 200 años de Iberoamérica (1810-2010)*, Santiago de Compostela, 15-18 de septiembre de 2010: edición digital en disco (1 CD-ROM), Eduardo Rey Tristán y Patricia Calvo González (coord.), Universidade de Santiago de Compostela, 2010 (Cursos e congresos da Universidade de Santiago de Compostela, 196).

-*Diálogos. Revista Electrónica de Historia*, Universidad de Costa Rica (1999 a la fecha).

### PERIÓDICOS Y REVISTAS

*El Álbum Iberoamericano. Ilustración Semanal*, Madrid, 1891-1909.

*Anales de Literatura Hispanoamericana*, Madrid, (1972-).

*Araucaria. Revista de Filosofía, Política y Humanidades*, Buenos Aires (1999-).

*Arbor. Revista de Ciencia, Pensamiento y Cultura*, Madrid (1944-).

*Archivo Diplomático y consular de España. Revista internacional, política, literaria y de intereses materiales*, Madrid, 1885-1892.

*Boletín de Archivos, Bibliotecas y Museos. Órgano Oficial del Montepío del Cuerpo Facultativo del Ramo*, Madrid, abril-diciembre de 1896.

*Boletín de la Real Academia de la Historia*, Madrid (1877-).

*The Catholic Historical Review*, Washington DC (1915-).

*El Centenario: revista ilustrada: órgano oficial de la Junta Directiva encargada de disponer las solemnidades que han de conmemorar el descubrimiento de América*, Madrid, 1892-1893.

*El Correo Español*, México, 1890-1914.

*Correo Literario y Mercantil*, Madrid, 1828-1833.

*El Correo Militar*, Madrid, 1883-1901.

*Cuadernos Americanos*, México, primera época, 1942-1986.

*Cuicuilco. Revista de la Escuela Nacional de Antropología e Historia*, México (1980-).

*El Día*, Madrid, 1881-1908.

*Gaceta de Madrid*, 1697-1934.

*The Gentleman's Magazine*, Londres, 1731-1922.

*El Hombre y la Máquina*, Cali (1988-).

*La Ilustración Española y Americana. Periódico de ciencias, artes, literatura, industria y conocimientos útiles*, Madrid, 1869-1921.

*El Imparcial*, Madrid, 1868-1933.

*The Independent*, Nueva York, 1848-1928.

*Investigaciones Geográficas*, Boletín del Instituto de Geografía de la UNAM (1969-).

*Kalendarario manual y guía de forasteros en Madrid*, Madrid, 1722-1837.

*El Liberal*, Madrid, 1879-1939.

*El Liberal en la EXPOSICIÓN HISTÓRICO AMERICANA*, número especial de *El Liberal*, "destinado este número á la venta durante todo el tiempo que esté abierta la Exposición Histórico Americana", Madrid, octubre de 1892.

*Luna Córnea*, Centro de la Imagen-CONACULTA, México (1992-).

*El Museo mexicano, o Miscelánea pintoresca de amenidades curiosas é instructivas*, México, primera época (1843-1844) y segunda época (1845-).

*La Provincia*, Huelva, 1880-1937.

*Revista Contemporánea*, Madrid, 1875-1907.

*Revista de Indias*, Madrid, (1970-).

*Revue Historique*, París (1876-).

*Secuencia. Revista de historia y ciencias sociales*, México (1985-).

*Signos Históricos*, Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Iztapalapa, México (1999-).

#### BIBLIOGRAFÍA:

*Actas del Congreso Literario Hispano-Americano (Madrid, 1892)*: Edición facsímil, pról. de José Antonio Pascual Rodríguez y Juan Gutiérrez Cuadrado, Madrid, Instituto Cervantes-Pabellón de España-Biblioteca Nacional, 1992, 631 p.

Álvarez Junco, José, *Mater dolorosa: la idea de España en el siglo XIX*, Madrid, Editorial Taurus, 2001, 664 p.



- Anderson, Benedict, *Comunidades Imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, Trad. de Eduardo L. Suárez, México, Fondo de Cultura Económica, 1993, 315 p.
- Angelis, Bernardo de (ed.), *Ejercicios espirituales de S. Ignacio de Loyola: en su texto original, con una introducción oportuna para su aprecio, inteligencia y uso*, Madrid, Imprenta de M. de Burgos, 1833, 181 p.
- Augé, Marc, *¿Por qué vivimos? Por una antropología de los fines*, Trad. de Marta Pino Moreno, Barcelona, Gedisa, 2004, 188 p.
- Balderas, Gonzalo, *La reforma y la contrarreforma: dos expresiones del ser cristiano en la modernidad*, México, Universidad Iberoamericana, 2007, 361p.
- Baranda, Joaquín, *Obras*, México, Imprenta de V. Agüeros, 1900, 415 p. (Biblioteca de Autores Mexicanos).
- Belknap, Jeremy, *A Discourse, Intended to Commemorate the Discovery of America by Christopher Columbus: Delivered at Request of the Historical Society in Massachusetts, on the 23rd day of October, 1792, Being the Completion of the Third Century Science that Memorable Event[...]*, Boston, Printed at the Apollo press, 1792, 132 p.
- Bernabéu Albert, Salvador, "El IV Centenario del descubrimiento de América en la coyuntura finisecular: 1880-1893", *Revista de Indias*, vol. XLIV, núm. 174, Madrid, 1984, pp. 344-366.
- \_\_\_\_\_, *1892: El IV Centenario del descubrimiento de América en España*, Madrid, CSIC, 1987, 206 p., docs. e ils. (Colección tierra nueva e cielo nuevo, 20).
- \_\_\_\_\_, "El Centenario interminable. Contenidos ideológicos y culturales del IV y V Centenario de 1492", en Gerhard Wawor y Titus Heydenreich (eds.), *Columbus 1892/1992: Heldenverehrung und Heldendemontage*, Frankfurt, Vervuert, 1995, pp. 9-27 (Lateinamerika-Studien, 37).
- \_\_\_\_\_, "De leyendas, tópicos e imágenes. Colón y los estudios colombinos en torno a 1892", en Consuelo Varela (coord.), *Congreso Internacional: Cristóbal Colón, 1506-2006. Historia y leyenda*, Universidad Internacional de Andalucía, 2006, pp. 299-333.
- Blancarte, Roberto (comp.), *Cultura e identidad nacional*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes-Fondo de Cultura Económica, 1994, 424 p.
- Bosch García, Carlos, "Dos diplomacias y un problema", *Cuadernos Americanos*, vol. III, núm. 1, julio-septiembre de 1952, pp. 46-65.
- Brading, David A, *Mito y profecía en la historia de México*, Trad. de Tomás Segovia, México, Editorial Vuelta, 1988, 211 p.
- Bustamante, Carlos María de (ed.), *Historia del descubrimiento de la América Septentrional por Cristóbal Colón escrita por el R. P. fr. Manuel de la Vega, Religioso Franciscano de la Provincia del Santo Evangelio de México. Dada á luz con varias notas para mayor inteligencia de la Historia de las Conquistas de Hernán Cortes [por F.L. de Gómara] que puso en mexicano Chimalpain, y para instrucción de la juventud mexicana*, México, Testamentaria de Ontiveros, 1826, 237 p.
- \_\_\_\_\_, *Historia de las Conquistas de Hernando Cortés [por F. L. de Gómara], traducida al mexicano y aprobada por verdadera por D. Juan Bautista [Domingo Francisco] de San Antón Muñón [Chimalpahin] Quauhthlehuantzín, indio mexicano*, México, 1826, Testamentaria de Ontiveros, 2 vols.

- Calderón Quijano, José Antonio, *El IV Centenario del descubrimiento en La Ilustración Española y Americana y en el Ateneo de Madrid*, Sevilla, Escuela de Estudios Hispanoamericanos, 1986.
- \_\_\_\_\_, "El IV Centenario del descubrimiento de América", en *Boletín de Bellas Artes*, núm. 18, Sevilla, 1990, pp. 93-166.
- Chávez Chávez, Jorge, *Los indios en la formación de la identidad nacional mexicana*, Ciudad Juárez, Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, 2003, 175 p.
- Comisión General de España, *Exposición Universal de Chicago de 1893: adición al catálogo de la Sección Española. Comprende las islas de Cuba, Puerto Rico y Filipinas*, Madrid, Imp. de Ricardo Rojas, 1894, 124 p.
- Comte, Auguste, *La filosofía positiva*, proemio, estudio introductorio, selección y análisis de Francisco Larroyo, 10ª ed., México, Porrúa, 2006, 344 p. (Sepan cuantos-340).
- Congreso Internacional de Americanistas: Actas de la cuarta reunión, Madrid, 1881*, Madrid, Fortanet, 1882-1883, II vols.
- Connerton, Paul, *How societies remember*, Cambridge, Cambridge University Press, 1996, 121 p.
- Cosmes, Francisco G., *La dominación española y patria mexicana*, México, Imprenta del Partido Liberal, 1896, 88 p.
- Cuadriello, Jaime, "Los umbrales de la Nación y la modernidad de sus artes: Criollismo, Ilustración y Academia", en *Hacia otra historia del arte en México*, Esther Acevedo (coord.), México, CONACULTA, pp. 16-35.
- Del Paso y Troncoso, Francisco, *Exposición histórico-americana de Madrid. Catálogo de la Sección de México*, Madrid, Sucesores de Rivadeneyra, 1892, tomos I y II.
- Díaz, Agustín, *Exposición internacional Colombina de Chicago en 1893. Comisión geográfico-exploradora de la República Mexicana. Catálogo de los objetos que componen el contingente de la Comisión, precedido de algunas notas sobre su organización y trabajos*, Xalapa-Enríquez, Tipografía de la Comisión Geográfico-Exploradora, 1893, 24 p., ils.
- Díaz Arias, David, "Memoria Colectiva y Ceremonias Conmemorativas. Una Aproximación Teórica", en *Diálogos. Revista Electrónica de Historia*, Universidad de Costa Rica, vol. 7, núm. 2 (septiembre 2006-febrero 2007), pp. 170-191.
- Dumas, Claude, *Justo Sierra y el México de su tiempo, 1848-1912*, Trad. de Carlos Ortega, México, UNAM, 1992, II vols. (Nueva Biblioteca Mexicana).
- Durkheim, Émile, *Las formas elementales de la vida religiosa*, trad. de Ramón Ramos, México, Editorial Colofón, 2011, 708 p.
- Escobar Ohmstede, Antonio (coord.), *México, Indio, nación y comunidad en el México del siglo XIX*, México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social/Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos, 1993.
- Fernández de Navarrete, Martín, *Colección de los viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles desde fines del siglo XV, con varios documentos inéditos concernientes á la historia de la marina castellana y de los establecimientos españoles en Indias*, Vol. I, Madrid, Imprenta Real, 1825.

- Fernández de Oviedo, Gonzalo, *Historia general y natural de las Indias, Islas y Tierra-Firme del Mar Océano* estudio prel. de Juan Pérez de Tudela y Bueso, Madrid, Atlas, 1959, 5 vols. (Biblioteca de autores españoles, Rivadeneira; 117, 118, 119, 120, 121).
- \_\_\_\_\_, *Sucesos y diálogo de la Nueva España*, prólogo y selección de Edmundo O'Gorman, 2a ed, México, UNAM, 1995, 174 p. (Biblioteca del Estudiante Universitario, 62).
- Florescano, Enrique, *Etnia, Estado y Nación*, México, Taurus, 1996, 512 p., ils.
- \_\_\_\_\_, *Historia de las historias de la nación mexicana*, México, Taurus, 2002, 530 p., ils.
- \_\_\_\_\_, "Patria y Nación en la Época de Porfirio Díaz", en *Signos Históricos*, enero-junio, no. 13, México, UAM-Iztapalapa, 2005, pp. 152-187.
- Foucault, Michel, *Genealogía del Racismo*, Trad. de Alfredo Tzveibel y Pról. de Tomás Abraham, Argentina, Editorial Altamira, 1996, 222 p. (Colección Caronte Ensayos).
- Galindo y Villa, Jesús, *Apuntes de Epigrafía Mexicana: breve colección de inscripciones diversas, acompañadas de algunas noticias históricas, descriptivas, biográficas y bibliográficas. Tomo I: Epigrafía de la ciudad de México*, Imprenta del gobierno federal, 1892, 466 p.
- \_\_\_\_\_, "Exposición histórico-americana de Madrid de 1892. Nota relativa a la sección de la República Mexicana", en *Memorias de la Sociedad Científica "Antonio Alzate"*, vol. 4, México, Imprenta del Gobierno Federal, 1892-1893, pp. 301-323.
- Gaos, José, "O'Gorman y la Idea del Descubrimiento de América", en *Historia Mexicana*, Vol. 1, No. 3, enero-marzo, 1952, p. 475.
- García Cubas, Antonio, *Memoria para servir a la Carta General del Imperio Mexicano y demás naciones descubiertas y conquistadas por los españoles en el siglo XVI, en el territorio perteneciente a la hoy República Mexicana*, México, Oficina Tip. de la Secretaría de Fomento, 1892, 57 p., ils.
- García Icazbalceta, Joaquín, "Colón (Cristóbal)", en Lucas Alamán, Manuel Payno, Guillermo Prieto, Justo Sierra, et al., *Diccionario Universal de Historia y de Geografía*, México, Tipografía de Rafael, 1853, t. II, pp. 411-448.
- García Pimentel, Luis, *El monumento elevado en la ciudad de México á Cristóbal Colón: descripción é historia*, México, Imprenta de Francisco Díaz de León, 1879, 23 p.
- Granados, Aimer, *Debates sobre España. El hispanoamericanismo en México a fines del siglo XIX*, México, Colmex/UAM-Xochimilco, 2005, 381 p. (Ambas Orillas).
- \_\_\_\_\_, nación y proyectos culturales Colombia y México: 1886-1921. Un estudio de historia comparada", en *Memoria y Sociedad* (Pontificia Universidad Javeriana), vol. IX, Núm.19, julio-diciembre de 2005, pp. 5-18.
- Guerra, François-Xavier (Coord.), *Mémoires en devenir. Amérique latine XVIe-XXe siècle. Colloque international de Paris, 1er- 3 décembre 1992*, Burdeos, Maison des Pays Ibériques, 1994, 377 p.
- Gutiérrez de Mac Gregor, María Teresa, "El descubrimiento de América en 1892 y 1992", en *Investigaciones Geográficas* (Boletín del Instituto de Geografía de la UNAM), No. 63, agosto de 2007, pp. 168-171.
- Hale, Charles A., *La transformación del liberalismo en México a fines del siglo XIX*, trad. de Purificación Jiménez, México, Vuelta, 1991, 453 p.

- Hegel, G. W. F., *La razón en la Historia*, Trad. de César Amado Gómez, Intr. de Antonio Truyol, Madrid, Seminarios y Ediciones, 1972, 333 p.
- \_\_\_\_\_, *Fenomenología del Espíritu*, Trad. de Wenceslao Roces, Barcelona, RBA Coleccionables, 2002, 483 p.
- \_\_\_\_\_, *Enciclopedia de las ciencias filosóficas*, edición, introducción y notas de Ramón Valls Plana, Madrid, Alianza Editorial, 2005, 629 p.
- Hibbs-Lissorgues, Solange, "Los centenarios de Calderón de la Barca (1881) y Santa Teresa de Jesús (1882): un ejemplo de recuperación ideológica por el catolicismo integrista", en Francis Cerdan (ed.), *Hommage à Robert Jammes*, vol. II, Toulouse, Presses universitaires du Mirail, 1994, pp. 545-552.
- Hobsbawm, Eric y Terence Ranger, *The Invention of the Tradition*, Cambridge, Cambridge University Press, 1983, 322 p.
- Humboldt, Alexander von, *Cosmos. Ensayo de una descripción física del mundo*, Madrid, Cosmos. Ensayo de una descripción física del mundo, Madrid, Imprenta de Gaspar y Roig, 1874, 4 vol, 1874, 4 vols.
- International American Conference, First: Reports of Committees and Discussions Thereon*, Washington, Government Printing Office, 1890, 4 vols.
- Irving, Washington, *Historia de la Vida y Viajes de Cristóbal Colón*, trad. de José García de Villalta, Madrid, Imprenta de D. José Palacios, 1833-1834, IV Tomos.
- Jiménez Marce, Rogelio, "La construcción de las ideas de raza en algunos pensadores mexicanos de la segunda mitad del siglo XIX", *Secuencia*, No. 59 (mayo-agosto 2004), pp. 73-100.
- Junta Colombina de México, *Discurso y poesía leídos en la inauguración del monumento erigido a Cristóbal Colón por la Junta Colombina nombrada por el Señor Presidente de la República para organizar la participación de México en la Exposición de Madrid*, México, Imprenta de F. Díaz de León, 1892, 20 p.
- Kaiser, Chester C., "México en la primera conferencia panamericana", en *Historia mexicana*, vol. XI, no. 1 (41), julio-septiembre de 1961, pp. 56-80.
- Krauze, Enrique, *Místico de la autoridad. Porfirio Díaz*, México, Fondo de Cultura Económica, 1987, 160 p., ils.
- \_\_\_\_\_, *La presencia del pasado*, México, Tusquets Editores, 2005, 384 p.
- León-Portilla, Miguel, "Quinto Centenario: tomar en cuenta a los otros" en *Mexican Studies/Estudios Mexicanos* 8, University of California, enero de 1992, No. 2, pp. 155-166.
- Lira González, Andrés, "Los indígenas y el nacionalismo", en *El nacionalismo y el arte en México. IX Coloquio de Historia del Arte*, México, IIE-UNAM, 1986, pp. 11-32.
- Lombardo de Ruiz, Sonia, *El pasado prehispánico en la cultura nacional. Memoria hemerográfica, 1877-1911*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1994, 2 vols.

- Lomnitz, Claudio, "Antropología de la nacionalidad mexicana", en Lourdes Arizpe (coord.), *Antropología breve de México*, México, Academia de la Investigación Científica Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias-UNAM, 1993, pp. 343-371.
- López de Gómara, Francisco, *Historia general de las Indias*, modernización del texto antiguo por Pilar Guibelalde, con notas de Emiliano M. Aguilera, Barcelona, Iberia, 1954, 2 vols. (Obras maestras).
- Lukes, Steven, "Political ritual and social integration", en *Sociology: Journal of the British Sociological Association*, No. 9, Reino Unido, mayo de 1975, pp. 289-308.
- Mainer, José Carlos, "Un capítulo regeneracionista: el hispanoamericanismo (1892-1923)" en Manuel Tuñón de Lara et al., *VII Coloquio de Pau. De la crisis del antiguo régimen al Franquismo. Ideología y sociedad en la España contemporánea. Por un análisis del Franquismo*, Madrid, Edicusa, 1977, pp. 149-203.
- Martín, Cesilda, María Rosa Martín y María Teresa Solano, *El hispanoamericanismo, 1880-1930*, en *Quinto Centenario 8*, Universidad Complutense de Madrid, 1985, pp. 149-165.
- Matute, Álvaro, "Notas sobre la historiografía positivista mexicana", en *Secuencia*, núm. 21 (septiembre-diciembre de 1991), pp. 49-64.
- Maya Sotomayor, Teresa Yolanda, "Estados Unidos y el panamericanismo: el caso de la I Conferencia Internacional Americana (1889-1890)", en *Historia mexicana*, vol. XLV, no. 4 (180), abril-junio de 1996, pp. 759-781.
- Miranda Sáenz, Adolfo, *Polémico Testimonio*, Managua, Editorial Somarriba, 2009, 340 p., fotos.
- Morales, Francisco, "La imagen de Hispanoamérica en la España de los siglos XIX y XX", en *Estudios Latinoamericanos*, vol. I, n.º 6, 1980, pp. 199-236.
- Muriá, José María, "El IV Centenario del «descubrimiento de América»", en *Secuencia*, núm. 3, México, 1985, pp. 123-136.
- \_\_\_\_\_, "Cuarto Centenario del descubrimiento de América, en Leopoldo Zea, *El Descubrimiento de América y su sentido actual*, México, Colección Tierra Firme-Instituto Panamericano de Geografía e Historia-Fondo de Cultura Económica, 1989, pp. 121-130.
- O'Gorman, Edmundo, *La idea del descubrimiento de América. Historia de esa interpretación y crítica de sus fundamentos*, México, Ediciones del VI Centenario de la Universidad de México, 1951, 417 p.
- \_\_\_\_\_, *La Invención de América. Investigación acerca de la estructura histórica del nuevo mundo y del sentido de su devenir*, 3a ed., México, Fondo de Cultura Económica, 2003 (Colección Tierra Firme), 193 p.
- Ortega, Eulalio María, *Elogio de Cristóbal Colon*, presentado y premiado en el concurso abierto por convocatoria del Ateneo Mexicano de 20 de julio de 1845, Imprenta de Ignacio Cumplido, 1846, 34 p., ils.
- Ortega y Medina, Juan Antonio, *Destino Manifiesto. Sus razones históricas y su raíz teológica*, México, CNCA/Alianza Editorial Mexicana, 1989, 154 p. (Serie Los Noventa).
- \_\_\_\_\_, *Reforma y modernidad*, ed. y pres. de Alicia Mayer, México, UNAM-IIH, 1999, 224 p.

- Ortiz Monasterio, José, "Los orígenes literarios de México a través de los siglos y la función de la historiografía en el siglo XIX", en *Secuencia*, núm. 35, mayo-agosto de 1996, México, pp. 109-122.
- \_\_\_\_\_, "Patria", *tu ronca voz me repetía: biografía de Vicente Riva Palacio y Guerrero*, México. UNAM-Instituto Mora, 1999, 301 p. ils.
- \_\_\_\_\_, "Vicente Riva Palacio", en Jorge Ruedas de la Serna (org. y pres.), *La misión del escritor. Ensayos mexicanos del siglo XIX*, México, UNAM, 1996, pp. 285-324.
- \_\_\_\_\_, "El general Vicente Riva Palacio. El embajador 1832-1896", en *Escritores en la diplomacia mexicana*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 2002, t. III, pp. 261-285.
- Pani, Erika (coord.), *Nación, Constitución y Reforma, 1821-1908*, vol. 3 de la serie *Historia Crítica de las Modernizaciones en México*, México, Fondo de Cultura Económica, 2010, 360 p.
- Paquet, Dominique, *La historia de la belleza*, Barcelona, Editorial Grupo Zeta, 1998, 130 p.
- Patiño, Germán, "Debate al Quinto Centenario del Descubrimiento de América": conferencia dictada en la antigua Corporación Universitaria -ahora Universidad- Autónoma de Occidente, con motivo de los 500 años del descubrimiento de América, Santiago de Cali (Colombia), octubre de 1992; y publicada en la revista *El Hombre y la Máquina*, Universidad Autónoma de Occidente, Cali, No. 8, marzo de 1993, pp. 11-21.
- Pérez Vejo, Tomás, *Nación, identidad nacional y otros mitos nacionalistas*, Oviedo, Nobel, 1999, 241 p.
- \_\_\_\_\_, "Pintura de historia e imaginario nacional: el pasado en imágenes", en *Historia y grafla*, núm. 16, México, Universidad Iberoamericana, 2001, pp. 73-110.
- \_\_\_\_\_, "La nación: mito identitario de la modernidad" en García de Cortazar, Fernando (Coordinador), *La nación española: historia y presente*, Madrid, Fundación para el Análisis y los Estudios Sociales, 2001, pp. 41-72.
- \_\_\_\_\_, "Los hijos de Cuauhtémoc: el paraíso prehispánico en el imaginario mexicano decimonónico", en *Araucaria. Revista de Filosofía, Política y Humanidades*, año 5, núm. 9, Buenos Aires, 2003, pp. 95-115.
- \_\_\_\_\_, "La pintura de historia y la invención de una memoria nacional", en *Image et Mémoires. Actes de 3 Congrès International du Grimh*, Lyon, Université Lumière-Lyon 2, 2003, pp. 83-96.
- Plancarte, Francisco y Francisco del Paso y Troncoso, *Catálogo de la colección del señor presbítero don Francisco Plancarte, formada, con la colaboración del dueño, por el director del Museo Nacional de México*, México, Imprenta de Ignacio Escalante, 1892, 87 p.
- Pratt, Julius W., "The Origin of 'Manifest Destiny'", *The American Historical Review*, vol. XXXII, No. 4, julio de 1927, pp. 795-798.
- Puig y Valls, Rafael, *Exposición Universal de Chicago: notas científicas*, Barcelona, Tip. de la Casa Provincial de Caridad, 1896, 274 p.
- Raat, William D., "Los intelectuales, el positivismo y la cuestión indígena", en Solange Alberro (comp.), *Cultura, ideas y mentalidades*, México, Colmex, 1992, pp. 111-126.
- Rama, Carlos, *Historia de las relaciones culturales entre España y la América Latina. Siglo XIX*, México, Fondo de Cultura Económica, 1982, 350 p.
- Ramírez Losada, Dení, "La Exposición Histórico-Americana de Madrid de 1892 y la ¿Ausencia? de México", *Revista de Indias* (electrónica), núm. 246, 2009, pp. 273-306.

- Ramírez Rojas, Fausto, "El arte en el siglo XIX", en *México esplendores de treinta*, New York, The Metropolitan M., ARF, 1990, pp. 499-510.
- \_\_\_\_\_, "Leandro Izaguirre. *El suplicio de Cuauhtémoc*", en *Catálogo comentado del acervo del Museo Nacional de Arte. Pintura. Siglo XIX*, México, Conaculta/INBA/Munal/IIE-UNAM, 2002, t. I, pp. 328-339.
- \_\_\_\_\_, "Cinco interpretaciones de la identidad nacional en la plástica mexicana del siglo XIX (1859-1887)", en *Arbor. Revista de Ciencia, Pensamiento y Cultura* (Madrid), Vol. 185, No. 740 (2009), pp. 1169-1184.
- Ramírez Vuelvas, Carlos, "Babel de Hispania: México en el IV Centenario del Descubrimiento de América", *Actas del XIV Encuentro de Latinoamericanistas Españoles: Congreso Internacional, 200 años de Iberoamérica (1810-2010)*, Santiago de Compostela, 15-18 de septiembre de 2010: edición digital en disco (1 CD-ROM), Eduardo Rey Tristán y Patricia Calvo González (coord.), Universidade de Santiago de Compostela, 2010, p. 871 (Cursos e congresos da Universidade de Santiago de Compostela, 196).
- Renan, Ernest, *¿Qué es una nación? Cartas a Strauss*, estudio preliminar y notas de Andres de Blas Guerrero, Madrid, Alianza Editorial, 1987, 132 p.
- Ricoeur, Paul, *La Lectura del Tiempo Pasado: Memoria y Olvido*, Traducción de Gabriel Aranzueque y presentación de Ángel Gabilondo, Madrid, Arrecife, 1999, 119 p.
- Rippy, J. Fred, "The Pan-Hispanic Movement", en *Historical Evolution of Hispanic America*, New York, Crofts and Co., 1932, pp. 461-478.
- Riva Palacio, Vicente (ed.), *México a través de los siglos*, 5 vols., México, Ballezá y Cía Editores, 1884-1889.
- \_\_\_\_\_, *Obras Escogidas IV, Ensayos históricos*, compilación, coordinación y estudio preliminar de José Ortiz Monasterio, México, Conaculta/Instituto Mora/UNAM/Instituto Mexiquense de Cultura, 1997, 320 p.
- Rodríguez Hernández, Georgina, "Miradas sin rendición", *Luna Córnea*, núm. 13, septiembre-diciembre de 1997, México, pp. 25-31.
- \_\_\_\_\_, "Recobrando la presencia. Fotografía indigenista mexicana en la Exposición Histórico-Americana de 1892", *Cuicuilco*, núm. 13, mayo-agosto de 1998, México, pp. 123-144.
- Rodríguez, Miguel, "De la moda de los centenarios a un aniversario: el 12 de octubre en España", en Erika Pani y Alicia Salmerón (coords.), *Conceptualizar lo que se ve: François-Xavier Guerra historiador: homenaje*, México, Instituto Mora, 2004, pp. 250-288.
- \_\_\_\_\_, *Celebración de "la raza": una historia comparativa del 12 de octubre*, México, Universidad Iberoamericana, Departamento de Historia, 2004, 386 p.
- Rodríguez, Sandra Patricia, "Conmemoraciones del cuarto y quinto centenario del «12 de octubre de 1492»: debates sobre la identidad americana", *Revista de Estudios Sociales*, núm. 38, enero de 2011, Bogotá, pp. 64-75.
- Romanones, Álvaro de Figueroa y Torres, Conde de, *Moret y su actuación en la política exterior de España*, Madrid, Gráfica Ambos Mundos, 1921, 79 p.

- Roselly de Lorgues, Antoine-François-Félix, *Historia de Cristóbal Colon y de sus viajes: escrita en Francés según documentos auténticos sacados de España é Italia*, trad. de Mariano Juderías, 2ª ed., Cádiz, Imprenta y Litografía de la Revista Médica, 1858, II vols.
- Ruiz Ham, Emma Paula y David Guerrero Flores, *El país en formación. Cronología. (1821-1854)*, México, INEHRM, 2012, pp. 15-75
- Sainz de Medrano, Luis, “Un episodio de la autobiografía de Rubén Darío: La conmemoración en España del IV Centenario del Descubrimiento de América”, *Anales de Literatura Hispanoamericana*, N°4, Madrid, 1975, pp. 395-403.
- Salazar Torres, Citlali, “En *conSecuencia* con la imagen. La imagen de un héroe y un monumento: Cuauhtémoc, 1887-1913”, *Secuencia*, núm. 59, mayo-agosto de 2004, México, pp. 201-214.
- Sánchez Albarracín, Enrique, “Circunstancias y semejanzas: Las voces latinoamericanas del cuarto Centenario de 1892”, Ponencia presentada en el XXVII Simposio Internacional "Sociedad global, comunidades históricas", Hermosillo, México, 3 de marzo de 2002.
- \_\_\_\_\_, “Tradiciones y Neologismos: Los Encuentros de Ricardo Palma y Rubén Darío con España”, en *InterSedes: Revista de las Sedes Regionales*, año IV, núm. 6, Costa Rica, 2003, pp. 35-55.
- \_\_\_\_\_, *La convergence hispano-américaniste de 1892. Les rencontres du IVe centenaire de la découverte de l'Amérique*, Tesis para obtener el grado de Doctor con especialidad en Estudios Ibéricos y Latinoamericanos, por la Université Sorbonne Nouvelle-Paris 3, Paris, 11 de diciembre de 2006, 740 p.
- Sierra, Justo, *Obras Completas*, México, UNAM, 1948, Tomo V (*Discursos*).
- Sociedad Colombina Onubense, *Memoria correspondiente al año de 1883*, Huelva, Imprenta de la viuda de Muñoz e hijos, 1884, 20 p.
- Sombart, Werner, *Lujo y Capitalismo*, trad. de Luis Isabel, Madrid, Revista de Occidente, 1965, 184 p.
- \_\_\_\_\_, *El Burgués*, trad. de María Pilar Lorenzo, Madrid, Alianza Editorial, 1972, 371 p.
- Suárez Cortina, Manuel, Evelia Trejo Estrada y Aurora Cano Andaluz (eds), *Cuestión religiosa España y México en la época liberal*, México-Santander, UNAM-IIB-IIH, PubliCan ediciones-Universidad de Cantabria, 2012, 624 p.
- Suárez, Henry, *Intervenciones de Estados Unidos en América Latina*, London, Manifesto Press-Embassy of the Bolivarian Republic of Venezuela in the UK, 2010, 48 p.
- Tenenbaum, Barbara A., “Murals in stone. The paseo de la Reforma and Porfirian Mexico, 1783-1980”, en *La ciudad y el campo en la historia de México: Memoria de la VII reunión de historiadores mexicanos y norteamericanos*, tomo I, México, IIH-UNAM, pp. 369-379.
- Tenorio Trillo, Mauricio, *Artilugio de la nación moderna: México en las exposiciones universales, 1880-1930*, México, Fondo de Cultura Económica, 1998, fotos; ils. 409 p.
- \_\_\_\_\_, “1910 Mexico City. Space and Nation in the City of the Centenario”, en William H. Bessley y David Loret (comps.), *¡Viva México! ¡Viva la Independencia!*, Wilmington, Scholarly Resources, 2001, pp. 167-197.



- Torres Martínez, José Carlos, "El proyecto político-cultural del segundo centenario de Calderón (1881)", en Alfonso Bullón de Mendoza y Luis E. Tigores (coords.), *Cánovas y su época*, Madrid, Fundación Cánovas del Castillo, 1999, pp. 883-897.
- Troeltsch, Ernst, *El protestantismo y el mundo moderno*, trad. de Eugenio Imaz, México, Fondo de Cultura Económica, 1967, 108 p. (Breviario No. 51).
- Valera, Juan, *Obras Completas*, 2a ed., Estudio preliminar de Luis Araujo Costa, Madrid, Aguilar, 1947, Tomo III.
- Varela, Consuelo, "Colón en la Francia decimonónica", en Eloy Arias Castañón, María Elena Barroso, María Parias Sainz de Rozas y María José Ruiz (coords.), *Comunicación, Historia y Sociedad: Homenaje a Alfonso Braojos*, Universidad de Sevilla-Ayuntamiento de Sevilla, 2001, pp. 209-225.
- Velázquez, Angélica, "La historia patria en el Paseo de la Reforma. La propuesta de Francisco Sosa y la consolidación del Estado en el Porfiriato", en *Arte, Historia e Identidad en América. Coloquio Internacional de Historia del Arte*, t. II, México, IIE-UNAM, 1994, pp. 333-344.
- Vidart, Luis, *Descubrimiento del Nuevo Mundo. Crónica Dialogada de la conmemoración secular de este grandioso descubrimiento*, Madrid, Imprenta de Enrique Rubiños, 1893, 101 p.
- Villalpando César, José Manuel, *Los monumentos a Colón en la ciudad de México*, México, [Edición del autor], 1982, 22 p.
- Villoro, Luis, *Los grandes momentos del indigenismo en México*, CIESAS-SEP, México, 1987, 248 p. (Lecturas mexicanas. Segunda serie, 103).
- VVAA, *El Continente americano: Conferencias dadas en el Ateneo científico, literario y artístico de Madrid con motivo del Cuarto Centenario del descubrimiento de América*, Madrid, "Sucesores de Rivadeneyra", 1892, 2 vols.
- Weber, Max, *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, trad. de Luis Legaz Lacambra, introducción y edición crítica de Francisco Gil Villegas, México, Fondo de Cultura Económica, 2003, 564 p.
- Winchester, Elhanan, *An Oration on the Discovery of America. Delivered in London, October the 12th, 1792. Being Three Hundred Years from the Day on which Columbus Landed in the New World*, London, Printed for the Author and Sold by him at the Vestry of the Chapel in Parliament Court, 1792, 32 p.
- Winthrop Bowen, Clarence, *Christopher Columbus 1492-1892*, New York, s. e., 1889, 14 p.
- Yaqouti, Hamid, "Christophe Colomb: une historiographie vivante (1492-1992)", en *Revue Historique*, T. 300, Fasc. 4 (608), octubre/diciembre de 1998, pp. 765-793.
- Zea, Leopoldo (comp.), *América Latina en sus ideas*, México, Siglo XXI, 1986, 499 p.